









ANT
XIX
480





V.P.F. SALVADOR JOAQUIN DE SEVILLA

Mision.º Capuch.º, Murió en su Conv.º de dha Ciudad en
13 de Set.^{re} de 1830. A los 64 años y 19 dias de edad. y 40 años 8m.
y 8.dias de hab.º con grande opinion y olor de Santidad.



V. R. SALVADOR IGONIN DE SEVILLA

... en el ... de ...
... de ...
... de ...

✠

Jesus Maria y José

EL CAPUCHINO

SANTIFICADO EN SU PATRIA:

Ó SEA

VIDA EGEMPLAR DEL V. Y R. P.

Fr. SALVADOR JOAQUIN DE SEVILLA,
 ex Lector de Sagrada Teología, Misionero Apostólico de
 la Sagrada Congregacion de *Propaganda fide*, y procurador en la causa Diocesana que se está formando al V. P. Fr. Diego de Cádiz, del Orden de Menores Capuchinos de esta Provincia de Andalucía; morador en el Convento de esta Ciudad, conocido generalmente por el *P. Verita*.

LA ESCRIBE

El R. Pr. F. Juan Evangelista de Utrera ex Lector de Sagrada Teología, Misionero Apostólico y compañero del venerable difunto en la Procuracion de la causa del referido P. Fr. Diego de Cádiz

—❖—

SEVILLA:
 IMPRENTA MAYOR.

1832.



EL CAPUCHINO
SANTIFICADO EN SU PATRIA:

Bextorum virorum vitae litteris traditae, velut imagines quaedam vivae divinae Reipublicae ad bonorum operum in imitationem propositae sunt.

S. Greg. Nac. Epit 1.

Ob hanc utilitatem scribuntur exempla Sanctorum, quibus aedificaetur homo; quae varias faciunt consecrari virtutes.
Isidorus. lib. 2. sent. c. 2.

LA ESCRIBE

SEVILLA:
Imprenta Mayor.

1872

DEDICATORIA Á MARIA SANTISIMA

PASTORA DE LAS ALMAS.

Soberana Emperatriz de los Cielos y tierra: Paraiso de las delicias de Dios: Hermosura príncipe de las manos omnipotentes: Gloria del Líbano: Alivio, consuelo y remedio de las ovejas que el Pastor eterno ha colocado en esta su amada montaña: Madre de Dios y refugio de los mortales afligidos en el dulcísimo, ternísimo y amabilísimo título de Pastora de las Almas.

Agraciadísima y poderosísima Señora.

Si el Varon ejemplar que forma el objeto de esta pequeña obra, hubiera consagrado sus dias en obsequio de esas divinidades de barro que tanto imponen á los desdichados mortales con la arrogancia de su poder efímero, el escritor de sus proezas tendria que presentar sus escritos ante sus aras, perfumados con el incienso de la lisonja y adulacion; mas no siendo de este carácter el héroe cuya vida dibujo, no quiero dirigir mis votos á personajes de la tierra. El os sirvió con toda su alma: él tuvo tanta ansia por ostender la gloria de vuestros cultos, cuanta el conquistador soberbio por la de sus conquistas y orgullosas empresas. El predicó vuestras alabanzas, y sostuvo vuestro título amable de Pastora con indecible celo por el largo espacio de treinta y seis años. El ha llenado la España de esos Rosarios humildes sí, mas cargados de innumerables indulgeneias, con los cuales como con otras tantas cadenas ha querido aprisionar todos los corazones para hacerlos vuestros cautivos. Vos le inspirasteis cuanto bueno hizo y practicó. Sus penitencias, sus austeridades, sus afanes por el bien de sus prógimos, y aquella caridad ardentísima que al fin vino á concluir con su salud, y á mino-

rar sus días, todas estas virtudes y otras innumerables con que tanto se distinguió no son flores ni frutos de esta tierra, sino del ameno y delicioso jardin de vuestra maternal predileccion. Por lo tanto siendo todo vuestro este Justo y cuanto hizo y emprendió, permitid, Señora, que á Vos sola consagre, dedique y ofrezca este libro ó historia de su vida. Disimulad, Madre amabilísima, mi arrojó; conozco que mis trabajos se resienten de la debilidad del que los ha producido, mas no mireis, dulce Pastora, la mano que escribe, sino la materia de que trata, y lo mucho que os amaba el V. P. Fr. Salvador Joaquin de Sevilla, cuyos hechos escribo. Mirad tambien la multitud de verdades y máximas cristianas que aqui se vierten, como otros tantos silvos que se dan á las ovejas descarriadas, para que vuelvan á vuestro redil. Mirad tambien á que como Capuchino soy tambien vuestro hijo (aunque sin merecerlo) que tiernamente os ama, y el amor como es ciego, tiene por propiedad característica suya no detenerse en reparos, sino dejarse caer ciegamente en los brazos del objeto amado sin mas méritos para ellos que el amor mismo. Con este me presento á vuestros sacrosantos pies en nombre de toda mi Provincia de Andalucía, y especialmente de esta vuestra amante y piadosísima Ciudad de Sevilla. Con este amor llevo delante de vuestro trono estas débiles producciones para que tocándolas con el fuego de vuestra caridad enciendan los corazones de cuantos las lean, y con este mismo amor soy y seré mientras respire, y despues eternamente, amabilísima Pastora, vuestro humilde siervo = *Fr. Juan Evangelista de Utrera.* = Capuchino.

PROLOGO.

La vida que presentamos al público no es una de aquellas producciones que no teniendo mas apoyo que la imaginacion del que las escribe, solo se dirigen al entretenimiento y á la diversion. Sale á la luz este escrito con todos los caracteres que pueden interesar al amante de la verdad y de la Religion. El habla principalmente con los que han tratado y visto al V. y R. P. Fr. Salvador Joaquin de Sevilla, Misionero Capuchino, conocido en todas partes con el dictado del *Padre Verita*, título sugerido por el cariño, y que alude al apellido de *Vera* que tenia por su madre. No es posible que puedan mirarse con ojos lánguidos unos hechos que han sido practicados en medio de nosotros mismos, y dirigidos á nuestra propia utilidad. Este ejemplar religioso estaba enlazado por nudos y relaciones muy estrechas con toda clase de personas. Son innumerables los que lo consideran con el cariño que inspira el parentesco espiritual. Quien se acuerda de la caridad con que se prestó á bautizar sus hijos; quien de la prontitud con que acudia á sus socorros; quien de los rosarios y reliquias que recibió de su mano generosa; quien de la dulzura de su trato y de la afabilidad de sus modales. Todos estos recuerdos no han fallecido con él; viven grabados en los corazones, y no hay quien en Sevilla y fuera de Sevilla no ansie vivamente por ver escrita é impresa la vida de este Justo. Aun personajes muy recomendables por sus talentos, erudicion y alto rango han tomado con empeño el que se ralice la referida empresa. Son muchísimos los que han instado por lo mismo: los clamores son generales; no ha sido posible que la pobre Comunidad de Capuchinos, que tanto debe al pueblo Sevillano desoyese unas súplicas que al mismo tiempo que

tanto honran al venerable difunto, la cubren de gloria como madre de un hijo tan benemérito: se le dá por título *El Capuchino santificado en su Patria*, ya porque estas palabras embeben en sí mismas el particular caracter de este Justo, que fue hacerse Santo en medio de la ciudad que lo vió nacer, conversando con todos y promoviendo de cuantas maneras le sugirió al espíritu del Señor la santificación agena, sino tambien porque en realidad en Sevilla su Patria fue donde comenzó, medió y concluyó la hermosa carrera de sus grandes virtudes, como todos saben y conocen. La prontitud con que se ha exigido este trabajo, aunque no ha estorbado para poner en él cuanto esmero ha sido posible, quizás habrá ocasionado la omision de otros hechos importantes que hubieran sido escritos, si el amor del piadoso pueblo de Sevilla hubiera permitido dilaciones. Todos los que aqui se refieren son ciertísimos: regularmente se pone al pie el testigo que lo ha referido; y no hemos omitido cosa alguna que pueda interesar. Cada trozo de su vida va acompañado de un discurso preliminar y apologético, y cada capítulo presenta los hechos perfectamente eslabonados con la moral Evangélica: las circunstancias de los tiempos nos obligan á discurrir apoyados sobre principios sólidos. No gustamos se zahiera por causa nuestra al Justo que nos ha tocado elogiar, y no queremos se nos tenga por preocupados y fanáticos con descrédito de la Religion. Esperamos, que interesando tanto esta Historia, todos la reciban con utilidad y aprovechamiento de sus almas. Asi sea.

VIVA IESUS.
PROTESTA.

Aunque en esta vida le doy al R. P. Fr. Salvador Joaquin de Sevilla el título de venerable, y aunque refiero hechos prodigiosos, singularmente despues de su fallecimiento, no es mi ánimo de modo alguno prevenir el juicio de la Iglesia. Lo llamo venerable porque lo es todo varon virtuoso: es muy comun en los autores antiguos hallarse no estos elogios, sino otros mucho mas sublimes: Juan Abad de Raite, escribiendo á S. Juan Clímaco cuando este Santo se hallaba de Abad en el Sinai, lo llama igual á los Angeles, Padre de los Padres &c. y el mismo Santo dá el título de Bienaventurado á su corresponsal (1) pudiéramos alegar muchos ejemplos de estos; asi tambien se practica generalmente, mas no le doy este elogio en el sentido sublime en que lo dá la sagrada congregacion al Justo cuyas virtudes ha aprobado en grado heróico. Obedezco en todas sus cláusulas al decreto del Sr. Urbano VIII, como hijo obedientísimo de la Santa Sede, y es mi ánimo que no se dé á esta Historia mas fé que la que merece una relacion humana: asi lo protesto, y asi quiero que la tenga todo el mundo entendido. = *Fr. J. Evangelista de Utrera.*

(1) Vida de S. Juan Clím. c. 14. ap. Vit. P. P.

VIVA JESUS.

EL CAPUCHINO SANTIFICADO EN SU PATRIA,

Ó SEA VIDA EJEMPLAR

DEL V. Y R. P. FR. SALVADOR JOAQUIN DE SEVILLA,

CONOCIDO GENERALMENTE CON EL NOMBRE

DE P. VERITA.

INTRODUCCION.

La vida de un Justo, que ha aparecido entre los mundanos, como la luz de la Aurora entre las tinieblas de la oscura noche, consuela á la Iglesia, y hace conocer á los pueblos la Divinidad del Autor y consumidor de nuestra Fé. Uno de los servicios mas importantes que podemos hacer á la sociedad cristiana, es presentar á la vista de todos los hechos, las virtudes y santidad de aquellos varones ejemplares, que habiendo conversado entre nosotros, habiéndolos tratado y visto, cercados de los mismos riesgos que á tantos hacen eternamente desgraciados, han sabido escapar del naufragio de la corrupcion general por medio de una vida pura é irreprochable. El alto y empinado cedro no descuella tanto sobre los demas árboles del hermoso Líbano, como estos hombres extraordinarios entre los de su edad. Como la luz hermosa que al despuntar el dia se derrama sobre el vasto campo de la naturaleza, recrea delicio-

samente la vista, deleita, complace y derrama sobre los sentidos un placer y gozo que se insinua hasta en la misma alma, así dice el Espíritu Santo (1) la fama de las virtudes y ejemplos del justo, recrea el corazón del que los oye. Este consuelo es tan eficaz, que á la manera de un bálsamo suavísimo penetra hasta los huesos; porque ánima al hombre y lo alienta para que pueda emprender aquellos heroismos que admira. Así entienden las expresiones del sábio los sagrados expositores. (2)

La virtud cubre de gloria al mismo que la practica: ella es aquella antorcha que Jesucristo nuestro Salvador, queria ver brillar en sus amados Discípulos para que iluminados los hombres con su luz, glorificasen al Padre celestial. (3) Ella es al mismo tiempo un fuego que inflama los corazones en el amor del Criador. Es muy fácil que todos aun los mas carnales conozcan por las obras de un amigo de Dios la magestad y grandeza del árbitro Soberano que reina sobre los serafines. El Justo se parece al astro del día cuando se comienza á descubrir sobre las elevadas colinas. *Nada hay* (decia el P. S. Juan Crisóstomo. (4) *que así distinga al hombre y lo haga tan insigne y esclarecido, aunque con grandes rodeos desee esconderse como este resplandor y brillantéz de la virtud, como si estuviese cercado del Sol mismo, así ciertamente el hombre Justo resplandece con claridad mayor: sus rayos no solo iluminan la tierra, sino que tambien doran las altas cimas de los collados eternos.*

Esto ha hecho que los primeros personajes del mundo hayan tributado homenajes de respeto y veneracion á muchos Justos que vestidos de un grosero sayal, y escondidos en las grutas ó en habitaciones despreciables, estaban consagrados á la práctica de las verdades y máximas del Evangelio. Así como los Reyes de Israel y de Judá reverenciaron á los antiguos Profetas, los llamaban sus padres

(1) Prov. 15. 30 (2) Alap. in hunc locum. (3) S. Mat. 5. (4) S. Joan. Crist. ap. Alap. loc. cit.

y seguian sus consejos como dictados por el mismo Dios, así tambien los Príncipes Romanos y los Emperadores de todo el mundo han respetado y venerado á estos Elias y Eliseos de la Religion cristiana. El Emperador Constantino el grande y sus dos hijos Constancio y Constante, habiendo oido hablar de la eminente santidad de S. Antonio, *le escribieron como á su padre, y desearon que aquel pobrecito anacoreta les respondiese.* (1) No debemos estrañar la reverencia que el Emperador Theodosio el primero, tenia á aquel gran solitario llamado Juan, puesto que era su Profeta que le anunciaba sus victorias. ¿ Quien puede decir las ventajas que de aquí han resultado, no solo á la Religion sino á los pueblos y ciudades en sus afliciones? Nosotros vemos que este mismo Príncipe, estando irritado contra la ciudad de Antioquia porque habian echado por tierra sus estatuas y la de la Emperatriz Plácila su esposa, y resuelto á hacer un castigo ejemplar por medio de sus ejércitos que mandó allí, *los monges bajaron de sus montañas, como los Angeles bajan del Cielo,* dice S. Juan Crisóstomo (2) para venir á consolar á aquella ciudad oprimida de la afliccion y del miedo: uno de estos Justos, que era el gran Macedonio, habiendo hablado con libertad santa á los oficiales mandados por el Emperador, y habiéndole rogado que escribiesen de su parte al Emperador Theodosio, diciéndole *que él no solo era Monarca, sino que tambien era hombre que mandaba á hombres imágenes de Dios, y que si S. M. imperial estaba ofendido de aquel desacato de las estatuas, Dios no lo seria menos, si haciendo morir á tantos vasallos rompiese tan gran número de imagenes suyas vivas, que no podria resucitar despues de muertas, en vez que las de bronce ya estaban restituidas en su lugar.* Aquellos oficiales recibieron con reverencia estas palabras, y las escribieron al grande Theodosio, que conmovido se inclinó á usar de misericordia. Otro Emperador habiendo oido hablar de S. Abraham solitario, que no se alimentaba mas que de le-

gumbres, y que no usaba del pan ni del agua, ni fuego quiso verlo, y habiéndolo verificado, dijo *que el cilicio, ó sacco con que estaba cubierto, era mas augusto que la púrpura imperial: las Emperatrices mismas le besarian las manos.* (1) Tan venerables como esto son la santidad, y la sabiduría á los Reyes, y á todos los hombres.

Mas no solo las brillantes luces que derrama la virtud causan la admiracion y el respeto de los primeros hombres del mundo, sino tambien dan á conocer á los impíos la santidad y pureza de aquella Religion que los produce. S. Agustin, aquel poderoso y apostólico defensor de la doctrina y costumbres de la Iglesia católica, presenta á los ojos de los Maniqueos las acciones brillantes de los varones justos de su tiempo, como un trofeo de la castidad de la esposa de Jesucristo sobre la continencia y pretendida perfeccion de que aquellos hereges se gloriaban, y como un espejo tan puro y tan claro que desafía á aquellos insolentes escritores á que se acerquen y la examinen á ver si encuentran la menor mancha: *reconoced (les dice) la eminensia de la virtud de esos perfectos cristianos, que no se contentan con alabar la mas excelente castidad, sino que la practican. Yo no digo cosas que ignorais, yo digo solamente lo que vosotros fingis ó disimulais no saber: Porque ¿quien no sabe que una multitud de Cristianos perfectamente continentes y purísimos se esparcen todos los dias cada vez mas por toda la tierra, especialmente en el Oriente y en Egipto? Vosotros lo sabeis lo mismo que nosotros. Yo no quiero hablar de aquellos que han huido de la vista de los hombres que no comiendo mas que un poco de pan que se les lleva de cuando en cuando, y no bebiendo mas que una poca de agua habitan en los desiertos, gustan de la compañía y conversacion de Dios, y gustan de las delicias de una soberana bienaventuranza en la contemplacion de aquella hermosura que no puede ser mirada sino del alma Santa. Yo no hablaré de aquellos solitarios porque parece á algunos que ellos han mirado con*

(1) Theod. Phil. c. 17.

demasiado desprecio al mundo, que lo han abandonado sin cuidar de la salvacion de sus hermanos. Ellos no saben quanto bien trae á los pueblos el ardor de las oraciones y el exemplo de estos hombres que no se ven mas que por la fama de sus austeridades. Seria largo y superfluo estenderme sobre este asunto, siendo casi imposible que ellos mismos no admiren y no honren un estado tan escelente y tan sublime de Santidad: basta mostrar á aquellos que se glorian de una falsa pureza, que la templanza y la virtud de los grandes Santos que estan en la Iglesia Católica, ha subido á un punto tan eminente que á precio de algunos ha tenido necesidad de ser contenida en los limites de la naturaleza humana, tan elevada es su vida y tan admirable es sobre todo encarecimiento: *Replicad si podeis.* (1)

No podian replicarle al Santo, y este argumento los llenaba de confusion. El Espíritu Santo se habia derramado sobre aquellas soledades, y las habia llenado de aquellas tropas de Vírgenes y de continentes, de aquellas legiones de Angeles, que vivian como si no tuviesen sexo alguno, para confundir asi la audacia y la vanidad de los Hereges, como la de los Filósofos y Judios. S. Juan Crisóstomo entrando en los sentimientos mismos del P. S. Agustin despues de haber hablado algunas palabras del célebre S. Antonio, de quien dice *se habia acercado á los Apóstoles*, y despues de haber ponderado sus milagros y sus profecias, pronuncia estas escelentes palabras. *Este Santo es una de las señales mas clásicas de la verdad de la Religion Cristiana: ninguno de los Hereges y Filósofos puede mostrar entre ellos un hombre que sea comparable con tan gran personage.* (2)

No solo se ilustra la Iglesia con las acciones ejemplares de sus hijos predilectos, sino que ademas de eso el hombre carnal conoce al brillante resplandor que arroja de sí la vida de los Justos, la vanidad, y locura de los placeres terrenos, y se excita poderosamente

(1) S. Aug. de moribus Ecl. cant. c. 31. (2) S. Cris. Hom. 8. in Mathe.

te á detener el vicio, y practicar la virtud. El P. S. Atanasio creyó hacer un servicio importante á la Iglesia escribiendo la vida, y admirables hechos del gran Patriarca de los Anacoretas S. Antonio Abad. El fruto que se siguió de este trabajo fue tan asombroso que los hombres mas ilustrados por sus talentos, se quedaban leyéndola pasmados y como fuera sí. El golpe de luz que despedian los hechos de aquel insigne Santo eran tan fuertes, que heria los ojos de los mundanos; conocian claramente la vanidad de los placeres y delicias del mundo, huian los puestos distinguidos que gozaban en los Palacios de los Príncipes, y como las aves que escapan del lazo, asi huian y volaban á los desiertos.

S. Agustin refiere en sus confesiones (1) que su amigo Ponticiano le contó „ que hallándose una vez en „ la ciudad de Tréveris, mientras que el Emperador asis- „ tia al espectáculo de los juegos circenses que se cele- „ braban despues del medio dia, se habia salido con „ otros tres amigos y compañeros suyos, á dar un paseo „ por las huertas que estaban contiguas á los muros de „ la ciudad, y que estando en ellas se pusieron á pasear „ de dos en dos. Ponticiano con uno de ellos echó por „ una parte, y los otros dos juntos echaron por otra, y „ se fueron alejando los unos de los otros. Los dos pri- „ meros siguiendo su paseo sin rumbo, ni camino deter- „ minado, vinieron á parar en una pobre casita en que „ habitaban algunos siervos de Dios, que profesan la po- „ breza de espíritu; y alli encontraron un libro en que „ estaba escrita la vida del Santo Abad Antonio. Comen- „ zó á leerla uno de ellos, y comenzó tambien á admi- „ rarse, y á encenderse en devocion. Al mismo tiempo que „ leia estaba pensando en sí mismo abrazar aquel géne- „ ro de vida, dejar el servicio del Emperador y servir „ solo á Dios. Y repentinamente lleno de un amor san-

(1) S. Aug. Conf. L. 8. c. 6.

„to y de una Santa Confesion: entra en cólera contra
 „sí mismo, y arrojando unas miradas de enfado sobre
 „su amigo le dijo: ruégote hombre, que me digas ¿ adon-
 „de aspiramos? ¿ que es lo que pretendemos con tan-
 „tas fatigas y trabajos? ¿ que buscamos? ¿ con que fin
 „seguimos la corte? ¿ podrá nuestra esperanza prometer-
 „se mayor fortuna en el Palacio que llegar á ser ami-
 „gos del Emperador? y cuando consigamos eso ¿ que
 „hemos adelantado? ¿ que hay en la gracia misma del
 „Soberano que no sea fragil y de corta duracion? ¿ Y
 „por cuantos peligros es menester pasar para llegar á
 „otro peligro mas grande? ¿ que cierto tiempo es me-
 „nester consumir para conseguir esto? Siendo así que si
 „quiero ser amigo de Dios, en este mismo instante lo
 „puedo ser. Dicho esto, y como atribulado con el pro-
 „yecto que habia concebido de mudar de vida, vuelve
 „los ojos al libro, sigue leyendo, y al paso que leia
 „se va mudando su interior: su alma se va despojan-
 „do de los afectos del mundo: su corazon se agita,
 „como las olas de los mares: con varios afectos y pen-
 „samientos, da grandes sollozos y suspiros: en fin elige
 „y abraza la mejor parte, y resuelto á ser de Dios ex-
 „clama á su amigo: yo te declaro que renuncio para
 „siempre todas nuestras esperanzas; estoy resuelto á ser-
 „vir á Dios, y á comenzar de este mismo momento
 „sin esperar á mas; y en este mismo lugar sin ir
 „mas lejos. Si tu no quieres seguirme en mi retiro, al
 „menos no me hagas oposicion. A que respondió el otro
 „que él no quería dejarlo, y así ambos se retiraron
 „del mundo.“ S. Agustin al oir esta narracion se sintió
 „movido de un amor ardiente al Cristianismo; aca-
 „bada y concluido el negocio á que habia venido Pon-
 „ticiano, se marchó: entonces lleno de turbacion en su
 „ánimo, con el rostro que manifestaba bien lo que pa-
 „saba en su alma, atónito, pasmado y como fuera de sí
 „exclama, dirigiéndose á su amigo Alipro. ¿, Que es es-

„to que pasa por nosotros? ¿ Que es lo que nos suce-
 „de? ¿ Que es esto que has oido? Levántanse los in-
 „doctos y se apoderan de los Cielos, y nosotros con
 „todas nuestras doctrinas, sin juicio ni cordura, nos es-
 „tamos revolcando en el cieno de la carne y de la
 „sangre. ¿ Por ventura nos da vergüenza el seguirlos?
 „¿ Por que ellos van delante? ¿ Cuanto mayor vergüen-
 „za es no seguirlos?

Todas estas grandes mudanzas causó nada mas que la leccion de la vida de un Justo, y su historia referida por el que habia oido su lectura. Si consultamos los grandes sucesos que presentan los anales de la Religion, veremos á un S. Juan el ilustre fundador de los Servatos convertidos al Señor con la leccion de la Vida de Sta. María la Egipcíaca; S. Ignacio de Loyola con los de otros Santos; y varios otros personajes ilustres por su santidad, que de aqui les resultó su gran dicha y el alto punto de perfeccion á que despues subieron.

¿ Y quien puede estrañar esto? El hombre naturalmente propende á imitar lo grande, lo raro, lo que no es comun. Esta es una de aquellas inclinaciones generosas grabadas por el dedo de Dios en el corazon humano, y que prueba la grandeza de nuestra alma, su espiritualidad, la semejanza con su Criador, y el destino sublime á que es llamada por su Autor Soberano. Sinembargo esta propension se haria inutil en órden á la reforma de la vida, lo constituiría solamente un admirador esteril, ó á lo mas un filósofo estra-
 vagante, si no estuviese acompañada de la uncion poderosa del Espíritu Santo. Este Señor es el que se insinua de un modo inefable en el corazon humano, mientras se pama y se admira el entendimiento al contemplar los portentos de la gracia en los escogidos del Altísimo. Entonces se desenrolla de un modo tan magnífico el pasmoso espectáculo de la magestad de Dios y de la hermosura de la virtud, que al fin esta vence, triunfa y

sale victoriosa de las viles pasiones que encadenan la razon del hombre. Aquella voz que cada cual oye cuando las acciones del Justo imponen silencio al alma admirada, es tan fuerte que se escucha hasta en sus mas profundos senos. Parece que oye aquel grito mismo que obligó al Abad Rancí (1) á emprender el heroismo de la reforma de la Trapa. Si este Justo ha podido hacer tanto en obsequio de su último fin, ¿por qué razon no has de poder tu tambien, puesto que eres de su misma naturaleza, y cuentas en favor tuyo con los mismos recursos de que este se valió para su propia santificacion? ¿No es tu alma tan noble como la suya? ¿No te importa á ti tanto como á él asegurar aquel gran negocio que una vez perdido despues es irreparable? ¡Ay! Este grito es demasidamente fuerte para que el hombre sensible á las luces de la razon la escuche con fria indiferencia. Esta voz excita pensamientos de salud, hace estremecer al alma descuidada, y pone en movimiento sus ideas para que dé una mirada atenta al fin eterno que la aguarda. La sabiduría infinita se infiere en estas lecciones y pensamientos santos como cosas que esclusivamente le pertenecen. Dios promueve estos medios de santificacion como uno de los mas poderosos recursos que ha inventado su amor para rendir la dureza del hombre carnal, y hacerle volver á sus brazos. Su amable bondad en estas ocasiones derrama sobre el alma sus mas claras luces, y toca de un modo insinuante y poderoso á las puertas del corazón hasta entrar en él y hacerlo suyo. Hablemos ya prácticamente. Nosotros hemos visto en esta ciudad de Sevilla por muchos años al respetable Varon, cuyos hechos voy á referir. Pocos habrá en esta gran poblacion. que no hayan conocido, y aun tratado al R. P. Fr. Salvador Joaquín de Sevilla', conocido comunmente por el P. Verita; mas no todos lo han admirado como correspon-

(1) Véase su Vida.

de, y muy pocos saben el precioso tesoro de virtudes que encerraba bajo su humilde aspecto. Todos veian en él un Sacerdote irrepreensible, un ejemplar Capuchino, que llamaba la atencion del Público por lo pobre y desaliñado de su traje, por aquel semblante humilde, penitente y mortificado. Todos lo miraban con respeto; sin embargo todo esto no era mas que la superficie exterior del tabernáculo; dentro estaba escondido lo mas precioso, y que no era facil descubrir. Pocos reflexionaban sobre lo extraordinario y admirable de sus operaciones, y este vacío es el que tratamos de llenar ahora con el presente escrito. En él verán todos que este Capuchino tan pobre, y de una presencia tan poco recomendable á los ojos del mundo, tuvo una educacion brillante, que se crió con la delicadeza que trae consigo la abundancia, y que para abrazar el tosco sayal que vistió, tuvo que abandonar grandes conveniencias y risueñas esperanzas. Verán que sin embargo de una vida tan pura y tan inocente, se trató á si mismo con tal dureza, cual pudiera un tirano á un esclavo suyo. Que jamas volvió ni por su crédito, ni por ningun bien que á él perteneciese: verán que iba á todas partes adonde la caridad lo llamaba, sin otro objeto que el de hacerse util á sus prógimos necesitados: verán que si andaba largos y penosos caminos á pié, y casi siempre enteramente descalzo, era porque su corazon amable no sabia negarse á ninguno, siendo los que mas influjo tenian sobre su alma sensible los mas pobres y necesitados: lo verán incansable por aumentar el número de los hijos de la Religion, administrando el Sto. Sacramento del Bautismo á cuantos podia para contradecir con esta conducta rara los esfuerzos de los impíos de nuestros dias por disminuir los seguidores del Evangelio. Lo verán promover la devocion á Maria Santísima nuestra Señora por medio de aquellos Rosarios que repartia en tanto número que llenó de ellos toda la

España, los introdujo en la Corte y en el Palacio de nuestros Reyes, y los estendió hasta fuera del Reino. Lo verán correr infatigable tras del Moro para convertirlo y catequizarlo, tras del Protestante para reducirlo al gremio de la Iglesia, y tras del Católico distraído para reducirlo al camino de la salvacion. Verán que son innumerables los afligidos que consoló, los enfermos que confesó y los pecadores de todas clases que por caminos extraordinarios redujo á los brazos de su Dios. Verán que haciendo tanto y trabajando sin cesar se humillaba hasta el polvo. ¿ Quien no ha de sentir en su interior el toque poderoso de la gracia que lo excita y llama á penitencia cuando vea divulgada aquí la imagen espresiva de su rigurosa maceracion? ¿ Cual será el voluptuoso que no se estremecerá cuando advierta en el Padre Salvador tanto como hizo por castigar su carne inocente y pura, hasta sacrificar su salud del modo lastimoso con que todos vimos que llegó á perderla? ¿ Cual será el amator de la vanidad, del lujo y de la desenvoltura á quien no llame la atencion el desprecio que de sí mismo hizo, su voluntaria pobreza y su continuo abatimiento? ¿ Por ventura cabe en esto aquel capricho ó fanatismo religioso con que se quieren afean las acciones mas santas? ¿ Quien por sentimientos tan viles y rateros, obra heroismos tan útiles y tan perfectos? Por otra parte él no era insensible, su cuerpo no era una roca ó un bronce contra quien se pudiera enfurecer impunemente? ¿ No estaba vestido de la misma carne y sangre, que esos ídolos del mundo, que están dedicados á la molicie y adorno de sus cuerpos, y que hacen gala de su amor á la vanidad? ¿ No profesaba el mismo Evangelio que los demas? ¿ No aspiraba al mismo fin y con la esperanza de la misma recompensa que los otros? Por ventura su carne sacrificada á los duros golpes de la penitencia era acaso menos sensible, ó mas criminal que la de esos Cristia-

nos, que se tratan con tanto esmero y delicadeza.

Estas reflexiones al paso que dan á conocer la virtud, gigante de este Justo, convencen nuestra inaccion acusan nuestra debilidad, y nos estimulan fuertemente á la práctica de la virtud: este es el fruto que esperamos saquen cuantos atentamente lean los hechos prodigiosos de un hombre á quien tanto tratamos y conocimos. Esta circunstancia de haberlo visto y conocido, hace mas apreciable la historia de su vida. No conviene ademas que el olvido devore tantos servicios como él practicó en obsequio de los necesitados de todas partes, singularmente los de esta su patria. Al mismo tiempo la relajacion pública en que casi generalmente se vive, la desmoralizacion tan universal, que á la manera de la feroz gangrena corre con rapidez cada dia mas sensiblemente las clases todas de la sociedad; esas máximas impías que circulan por todas las venas del cuerpo político de esta respetable nacion, hacen en cierto modo preciso, poner al alcance de todos, la egemplar conducta del V. P. Salvador, como un estímulo para la virtud, y como un motivo de confusion para los viciosos. Esto lo hacemos refiriendo los hechos no descadenadamente ó sujetos á una narracion sencilla, como en siglo menos ilustrado se hacía sino enlazados estrechamente con la Doctrina de la Religion, con ánimo de que los luces que derrama la vida de este varon irrepreensible no hallen estorbo en su comunicacion al entendimiento, y puedan inflamar los ánimos y corazones de todos. Esta vida es una apología de la Religion y de la virtud. Hasta el incrédulo si bien advierte y repara en las pruebas que se alegan en honor de el Justo, hallará motivos fuertes y poderosos, que le hagan detestar su error. El V. P. Salvador ha dado honor á la ciudad en que nació, á la honrada familia, á que por su sangre pertenecía, á la Religion Capuchina que lo crió, y á la Iglesia Santa cuyos sa-

grados dogmas y principios, procuró siempre defender con sus ejemplos y doctrina.

Vamos pues á dividir este tratado en tres partes. *En la primera* hablaremos de su vida en el siglo hasta que Dios lo llamó á la Religion. *En la segunda* se tratará de su entrada en el claustro, y de la vida oculta que en él llevó por algunos años. *Y en la tercera* consideraremos su vida pública, ó dedicada al beneficio de los prógimos que ocupó sus dias hasta la muerte. En la primera parte veremos un jóven alegre y divertido en medio del siglo, sin corromperse. En la segunda, un Capuchino penitente y retirado en medio de sus hermanos, sin desmayar jamas, ni desistir de sus asperezas. En la tercera un Ministro del Evangelio en medio del Mundo, sin omitir su propia santificacion, ni dejar de atender á la de los demas. Este es el plan de esta pequeña obra. Nada omitiremos que pueda contribuir á la edificacion del Público.

PRIMERA PARTE.

Su Vida en el Siglo.

Tres cosas son para mí difíciles de comprender, decía Salomon en los Proverbios (1) y la cuarta absolutamente la ignoro. El rumbo del Aguila por medio de los aires, el rastro de la culebra sobre la piedra lisa, el camino de la nave en alta mar, y el que sigue un varon en los dias de su juventud. Cada cosa de estas es investigable. Porque ¿quien es el que puede conocer en los aires el rumbo que ha llevado el ave, y mucho menos el Aguila cuando con la rapidez de su vuelo ha cortado los vientos? ¿Por qué señales se podrá conocer el rastro de una culebra cuando ha pasado por cima de la dura piedra? ¿ó qué vestigios deja tras de sí una Nave, cuando surca por medio de las ondas para que vengamos en conocimiento de sus caminos? Pues si esto es tan difícil de comprender, mucho mas lo es

(1) Prov. 30. 18.

conocer, ó formar una idea exacta del hombre por los dias de su juventud. Es tal la movilidad de los primeros años, tal la inestabilidad que suele advertirse en el jóven en razon de su corta edad, poca experiencia y fogosidad de su sangre, que asi como el camino del Aguila, de la Culebra y de la Nave es obliquo, tortuoso y tan incierto, que es casi imposible conocer el menor vestigio de su rumbo; asi el que ha de llevar á un jóven por entre las vicisitudes humanas es muy difícil de indagarse, ó traslucirse en sus primeros años. Es verdad que el órden comun de la Providencia es que el justo comience á dar muestras de lo que ha de ser casi desde la cuna. El camino de la niñez, y el de la adolescencia es el que suele no abandonarse jamas. *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (1). Mas no es esta una regla tan invariable, que no la veamos á cada paso mudada por la mano Omnipotente en la conducta de sus escogidos. Esta bondad inefable no ha querido ligarse á sí misma en la comunicacion de sus riquezas; y muchas veces destina para vasos preciosísimos de sus dones, á los que en sus pequeños años parecerian dar señales claras de ineptitud para tan sublime destino.

¿Cuántas veces vemos jóvenes de un genio fogoso, de un caracter vivísimo, expertos, ágiles, cuyos ojos centellean el fuego de una alma inquieta, y en cuyos movimientos se advierte un continuo electricismo? Ellos todo lo avanzan, á todo se arrojan, todo lo emprenden, nada les parece grande, nada árduo, nada difícil. Ellos se entran en el oscuro alcázar de las ciencias mas abstractas, comprenden todos sus secretos con tanta facilidad que nada les sorprende, ni coge de nuevo. Ellos rien, juegan, se aficionan al paseo, á la diversion, al vestido exquisito, mas no se les advierte ningun crimen que suponga una malicia refinada: son como águilas que van

(1) Prov. 22. 6.

de vuelo : cualquiera que presagie mal de su término ó conducta sucesiva solo por aquellos antecedentes, se espone á un grande engaño. Francisco de Asís, aquel portento de pobreza y de penitencia, ¿ no fue en sus primeros años un jóven divertido, de talento despejado, alegre, vivísimo, naturalmente franco, y amigo del adorno, y de la vanidad? Cualquiera que lo hubiera visto sobre el bufete de su Padre, dedicado al comercio, chistoso, entretenido, y hablando el idioma frances, hubiera creído que sus años habian de terminar en la disolucion y en la codicia. Mas ¡ ay ! quanto se hubiera engañado ! Esta clase de jóvenes suelen algunas veces, aun en medio de sus devaneos y pasatiempos, descubrir algunos brillos nada vulgares, y cierta grandeza de alma, capaz de los mayores heroísmos. Alejandro el grande desde jóven presagiaba lo que habia de ser ; y desde luego se conoció que seria un gran conquistador : lo mismo Francisco de Asís ; en la flor de sus años juveniles manifestaba en su mismo despejo, en sus palabras y acciones la capacidad de su espíritu, y su aptitud para las grandes resoluciones. ¡ Con qué facilidad se desprendia del oro y de la plata, y aun de sus ricos vestidos, cuando se le presentaba un indigente ó un infeliz ! ¡ Qué ningun apego á los intereses del mundo ! ¡ Qué generosidad la suya ! Digamos lo mismo, guardando la debida proporcion, de la juventud del V. P. Fr. Salvador de Sevilla, mientras se contaba entre los habitadores del siglo, con el nombre de D. Joaquin Caraballo.

Yo no puedo presentar en este jóven hechos prodigiosos de santidad, como leemos de algunos otros que desde los brazos de sus madres ya eran santos. Pero puedo hacer ver que tenia un alma sublime, que no conocia la bajeza de las inclinaciones rateras, un corazon magnánimo, un entendimiento vivo, una extraordinaria comprension y capacidad. Veremos un jóven cristianamente educado, de muchas esperanzas, de costumbres puras, y

que jamás obró cosa que desdijese de sus principios. Esta primera parte de su vida, aunque no está como las otras, sembrada de los abrojos de la severidad y penitencia, da mucha luz para conocer el hermoso carácter del V. P. Fr. Salvador.

CAPITULO I.
Padres y patria del V. P. Fr. Salvador Joaquin de Sevilla.

Nada hay que no merezca nuestra consideracion en la conducta que Dios observa con sus escogidos. La Patria en que nacen, el tiempo ó época en que se hallaba el mundo en su nacimiento, los Padres que les destina, su educacion, sus principios; todos estos incidentes que el hombre poco reflexivo llama casualidades, son delante de Dios como los eslabones fabricados por su admirable Providencia, y que entran á formar la hermosa cadena de su predestinacion. Por eso la Escritura Santa casi siempre que nos refiere la vida de alguno de los Amigos del Señor que han descollado entre los de su nacion, como descuella el cedro sobre la eminencia del Líbano para que sean el modelo de sus semejantes, nos cuenta su Patria, su Familia, sus Padres, su educacion, y demas circunstancias que pueden hacerlo célebre y esclarecido entre los hombres. ¡Con qué exactitud presenta el Espíritu Santo en el Sagrado libro de los Reyes el nacimiento de el célebre Samuel, que fue el último de los Jueces del pueblo de Dios, sus padres, patria y demas! Lo mismo vemos con el Santo Isaac, y con otros muchos Justos del antiguo Testamento. El Evangelio de S. Lucas forma el elogio del gran Bautista, comenzando por el que merecian sus virtuosos padres, ambos justos delante de Dios, y ambos dignos de todo respeto y veneracion.

A la verdad siendo un siervo de Dios uno de los mayores beneficios que el Señor suele hacer á un pais, ó á una nacion, como personage destinado por su altísima Providencia para promover su felicidad eterna, y veá-

ces tambien la temporal. ¿Qué cosa mas justa que referir su patria honrada con tan glorioso hijo? Suelen tambien estos ser la recompensa de las virtudes que adornan á los padres. *Un Justo*, dice el Espíritu Santo en los Proverbios, (1) *que ha vivido en su simplicidad, esto es en una vida santa é irrepreensible, deja despues de sí hijos bienaventurados.* Un hombre santo educa santamente á sus hijos, y los hace semejantes á sí mismos, sencillos, justos y buenos. Esta es la primera bendicion, y como el principio de otras muchas que el Señor concede á una familia. Por esta razon cuando antiguamente el padre recibia alguna bendicion, caia inmediatamente sobre los hijos; como lo vemos en las que el Señor dió á Abraham, á Noé, á Isaac, Jacob, y los antiguos Patriarcas, *Bendito seas, hijo mio*, dijo Raquel al jóven Tobias, (2) *bendito seas, porque eres hijo de un varon bueno y escelente.* Y el Espíritu Santo dice en los Proverbios (3) *que la gloria de los hijos son sus Padres.*

El Señor quiso conceder esta gloria al V. P. Fr. Salvador de Sevilla. Este tuvo por patria la opulenta, magnífica, y jamas suficientemente celebrada Capital que le dió el sobrenombre, segun la costumbre de los Capuchinos; la misma ciudad de Sevilla. Es tan fecunda en héroes, tan conocida en ambos mundos, tan poderosa, tan brillante por sus circunstancias todas, que seria eclipsar sus glorias, querer en breves lineas dar una idea aproximada de su grandeza; su solo nombre embebe dentro de sí misma su elogio; el que la oye nombrar, ya siente suscitársele dentro de sí mismo ideas mucho mas nobles y gloriosas que las que yo podria espresar. En este gran pueblo nació el V. P. Fr. Salvador. Sus padres fueron los Sres. D. Juan Hipólito Caravallo, natural de la Ciudad de Carmona, y Doña Teresa de Vera, que lo fue de Sevilla. Las circunstancias nada vulgares que concurrieron en dichos Señores, me ponen en la agradable neces-

(1) Prov. 20. 7. (2) Tob. 7. 7. (3) Prov. 17. 6.

sidad de dar una noticia circunstanciada de ellos, deteniéndome especialmente en las de su Sra. Madre. (1)

D. Juan Hipólito era ya bien adelantado en edad cuando casó con la Sra. Doña Teresa; mas aunque desiguales en esta parte, eran muy conformes en los sentimientos de Religion, en la piedad, en la nobleza, y en la caridad con los pobres, que se dejaba ver de un modo nada comun en ambos consortes. Aunque resplandecian en todas las virtudes, esta sobresalia entre todas. Ellos hacian el mejor uso en honor de Dios, y alivio de los necesitados de los muchos bienes de fortuna, con que el Cielo los habia enriquecido.

Aunque fueron pocos los años de esta union por haber fallecido el D. Juan Hipólito, no decayó el fervor de estas virtudes en la casa de Caravallo, porque le eran á la jóven Viuda Doña Teresa como connaturales y hereditarias. La compasion de las desdichas agenas habia nacido con ella y sacado del vientre de su Madre. Muy lejos de pensar en segundas nupcias, á que (segun la opinion comun) parecia que debian inclinarla su tierna edad, su fisico agraciado sobremanera, y sus muchos bienes de fortuna, vivió segun el modelo que dá S. Pablo á las Viudas (2). Esta Señora en lugar de su difunto Esposo, no puso su atencion en otro que en solo Dios que lo era de su alma pura. Ella descansaba en los brazos paternales de su bondad y Providencia, y todo su conato era atraer sobre su casa las bendiciones y misericordias de aquel Señor, que es llamado en las Santas Escrituras el Padre de los huérfanos, y el Juez de las Viudas (3). Su recato podia servir de modelo á todas las de su clase; la honestidad que se observaba en su porte y trato era el mas ejemplar.

Una de las mayores complacencias de Doña Teresa, y

(1) La noticia que aquí se da es muy exacta y verídica, está comprobada con innumerables testigos que conocieron á dichos Señores, y en todo he procurado cesirme á un informe que se me ha entregado, digno por sus circunstancias de toda recomendacion.

(2) 1. ad Tim. c. 5. (3) Psalm. 67.

en la que se le advertia un esmero singular, era el asistir al Rosario del Pópulo en los dias de fiesta. Este Templo precioso, y que pertenece á los RR. PP. Agustinos descalzos, está situado cerca de las casas de su morada: con este motivo era el mas frecuentado de esta Señora; ella no solo asistia al Rosario de mugeres, sino que autorizaba este acto de religion con cuanta solemnidad le era posible: ella misma llevaba el Estandarte ó Sinpecado, y sus dos niños á un lado y á otro teniendo las borlas. Esta accion es muy digna de notarse en una jóven rica y hermosa por su publicidad. Todos saben cuan poderoso es el influjo que tiene el mundo en las personas de esta clase y gerarquia. Al paso que estan mas penetradas de los dotes con que la naturaleza, ó por mejor decir la mano del Señor las ha enriquecido, mas se abochornan de estos actos públicos de piedad y devocion. Una jóven rica y bien parecida es un ídolo de la vanidad y del lujo; ella se idolatra á sí misma, y solo le agrada encontrar en los sitios públicos admiradores insensatos de su hermosura: no quieren que las tengan por cristianas y recogidas, que en el idioma del mundo es lo mismo que necias é ilusas. Si alguna vez entran en el Templo, y se presentan ante la Magestad tremenda del Señor, van allí cargadas con todos los atractivos del adorno mundano: y sin él no se atreven ni aun á confesar sus flaquezas á los pies del Sacerdote, ni á recibir en sus miserables pechos la hostia Sacrosanta. Si hacen alguna de aquellas cosas que inspiran la piedad Evangélica, mas es por la propension tierna del sexo, que por movimientos de la gracia; en estos casos obran con aquella reserva y cautela que practica el que va á cometer un crimen: no gustan de que nadie las observe, ni lo advierta. No asi Doña Teresa de Vera; ella se dejaba ver en público, y en los dias mas clásicos, á la vista de las grandes concurrencias que pasan por delante del Pópulo para la alameda, y al paseo de la

orilla del rio con el Simpecado en las manos, y sus dos niños á los lados. ¡O que pocas imitadoras tiene esta ejemplar viuda!

El arreglo de su casa en todo respiraba religion: ella procuraba instruir en la piedad á sus domésticos, no solo con reflexiones santas, sino tambien con el poderoso medio del ejemplo. La honestidad de su trage, el desprecio de todo lujo, la modestia de su cara, la frecuencia de los Santos Sacramentos en el Pópulo, y en S. Pablo Casa grande de N. P. Sto. Domingo, sus muchas horas de oracion delante de Dios, especialmente cuando estaba su Magestad manifiesto, con las manos cruzadas, y cerrados los ojos, pareciendo inmovil: todos estos actos de religion, juntos con su amable conversacion, que en todo respiraba temor y amor de Dios, distinguieron á esta noble viuda de un modo particular, y le conciliaron el respeto y la veneracion de cuantos la conocian.

Su casa era el asilo de todos los pobres, ya de los que andan mendigando, y ya singularmente de muchos á quienes el rango de su nacimiento los cubria de rubor para pedir una limosna. A estos socorria, dándoles con frecuencia cantidades decentes. Era un espectáculo tierno á los ojos de la humanidad, y de gloria á los del mismo Dios, el ver á esta Señora salir á la calle llevando siempre tras sí un número considerable de pobres que imploraban la beneficencia de aquel corazon amable. Los vecinos de la calle del Pópulo son testigos de las filas de infelices, que se formaban desde la Iglesia hasta su casa: todos veian en ella una Madre compasiva que á todos socorria, y consolaba en su hambre y desnudez, y á nadie desatendia por importuno que fuese: nunca estaba mas llena de satisfaccion que cuando franqueaba sus bienes y abria sus manos al desdichado. Los enfermos eran los que mas ascendiente tenian sobre su corazon compasivo. Ella hacia provision de medicinas para curar varias enfermedades, como de quina, bálsamos, acci-

tes, específicos remedios para las quebracias, y otros socorros, que al efecto se traian de América por su órden.

Todos encontraban en la casa de la viuda Vera de Caravallo, remedio en sus necesidades, y alivio en sus penas. En las calamidades públicas, en las ocasiones de afliccion grande ó general, como es, quando el Guadalquivir inunda la Ciudad, en las épocas que ha habido de epidemia y de carestia, eran mas cuantiosas sus limosnas, inquiriendo por sí y por medio de sus criados las necesidades que habia para socorrerlas; queriendo ella sola ser la madre universal de todo el mundo, si á todo él pudiera socorrer. A la manera que Santa Paula se creia agraviada, como dice S. Gerónimo (1) quando los pobres acudian á otra que á ella para ser socorridos; así eran los deseos de su corazon. Sus hermosos ojos se iban tras el menesteroso, y su alma toda rebosaba de placer al socorrerlo.

Seria nunca acabar si hubiese de referir el pormenor de las grandes virtudes que adornaron á Doña Teresa de Vera: baste decir, que su vida fué ejemplarísima, que en todo respiraba amor de Dios y del prójimo, y que su constancia en la virtud la condujo á la muerte de los Justos. ¿Quién puede recordar sin ternura sus últimas disposiciones.? ¡Con qué serenidad de semblante, y con cuanta alegría recibió la noticia de su muerte! ¡Con que devocion no se preparó para aquella última hora, tan terrible para todos los que no han vivido en la rectitud, y conformes con las máximas de la piedad, y virtud cristiana! Esta Señora recibió los Santos Sacramentos con grande edificacion de todos los circunstantes, de mano de su digno hijo el V. P. Fr. Salvador de Sevilla. El tiempo de vida que le restó despues del sàgrado Viático, y Estremauncion, lo empleó en dulces y piadosas jaculatorias, tiernos actos de

(1) Ex Epist. 27. Sti. Hieron.

Fé, Esperanza y Caridad, encargando á todos sus domésticos la Religion y la práctica de las virtudes, efectos del grande amor á Dios que ardía en su fervoroso corazon. Es muy digno de notarse, que como media hora antes de morir, por sí misma se acomodó la ropa, de que con arreglo á su honestidad estaba vestida, ciñéndose en la parte inferior del brazo cerca de la mano un Rosario que tenia concedidas muchas indulgencias para la hora de la muerte: encargó con mucho encarecimiento á una parienta suya que la asistia llamada Doña Josefa Criado (que aun vive) que nadie llegase á su cuerpo, mas que para acomodarle la mortaja. Despues de estas prevenciones, habiendo edificado á cuantos la pudieron conocer, por su ejemplar vida, llena de un santo gozo, y de una alegria pura, que manifestó muy bien en su semblante, acabó su preciosa vida, que tan santamente habia empleado en servicio del Señor. Fué sepultada en el decente Panteon, que en la Iglesia del Pópulo construyeron sus Abuelos para toda la familia: familia de Justos, en quienes la Religion, la piedad y el esplendor parece que han sido como hereditarios. ¡ Cuando se olvidará la memoria de D. Juan Caravallo y Vera, hijo de esta Señora, y hermano de nuestro V. P. Fr. Salvador! En medio de un siglo donde la virtud es tan rara, y entre las muchas distracciones que ofrece el comercio fué muy ejemplar en todas las virtudes. Su agradable memoria vive todavia; los corazones de cuantos lo conocieron se enternecen con el recuerdo de sus preciosas cualidades: imitó á su ejemplar madre en la caridad con los pobres, y tambien en su piedad y Religion. Aun se conserban muchos monumentos de su piadosa generosidad ofrecidos á los Templos, entre otros de los mas frecuentados por él y su familia, que fueron los de el Pópulo y S. Pablo para el culto divino. Además, su formalidad é integridad le adquirieron un nom-

bre respetable en el Comercio, dentro y fuera de la Península, y á su casa en esta Ciudad y su comarca el glorioso renombre de asilo de los pobres.

Este virtuoso comerciante, y nuestro V. P. Fr. Salvador, fueron los frutos preciosísimos de la vigilancia y virtudes de Doña Teresa. Vamos ahora á entrar en el hermoso campo que presenta la vida de su dichoso hijo el referido V. P. Fr. Salvador.

CAPITULO 2.

Nacimiento y educacion del V. P. Fr. Salvador Joaquin de Sevilla.

El nacimiento de los Justos debe considerarse como un bien general y comun. (1) La santidad es un complejo de virtudes que á la manera de un bálsamo precioso, no puede existir sin utilidad de los que perciben su fragancia. Por eso en los nacimientos de estos personajes favorecidos de Dios se envia como una prenda de la vida que despues han de llevar, alguna otra señal dispuesta por la divina Providencia, para que la anuncie ó presagie: tal fué en el del gran Bautista aquel gran gozo que se esparció por toda la comarca; y tales fueron tambien en el nacimiento del V. P. Salvador las circunstancias del dia en que se verificó, y otras nada despreciables.

Nació esta feliz criatura en la ciudad de Sevilla en el dia 16 de Agosto del año de 1766, y fué bautizado en el mismo dia. Su Padrino fué D. Juan Justo de Vera, su Abuelo materno. (2) Le pusieron por nombre Joaquin María; y son muy de notar cada cual de las circunstancias de este nacimiento. Sucede en el mismo dia en que los Cielos y la Tierra estan inundados en placer con la memoria del dulcísimo misterio

(1) S. Amb. com. in Luc. c. 4.

(2) En un tomo pequeño, donde tenia el V. P. varios apuntes propios de su genio exacto y muy vivo, estan escritas las noticias que vamos dando de su mismo niño. En las cuales se refiere á un libro en pergamino con 400 folios que escribió su Sra. Madre, que empeñaba así, Jesus María y Jo-é. En el año de 1777 empecé este libro para mis apuntes diarios de gastos &c. A los folios 383 y 389 dice varias noticias de mi vida (son palabras del mismo venerable difunto) que iré copiando literalmente. De estos apuntes tomamos las citas Cronológicas &c.

de la Asuncion de María Santísima á los Cielos, dentro de su octava y al siguiente de su gran solemnidad. El glorioso S. Francisco de Sales (1) contaba entre las grandes misericordias que Dios habia usado con él, la de haberle hecho nacer en el dia 21 de Agosto dentro de la misma octava, como un presagio de la soberana proteccion que habia de dispensar tan gran Señora á este Siervo suyo, que tanto lustre ha dado á la Iglesia Católica con su singularísimos ejemplos, y admirable suavísima doctrina. En efecto, á esta cariñosa y dulce madre debe este gran Santo multitud de innumerables gracias, y extraordinarios favores, no siendo el mas pequeño, haberse libertado por su poderosa intercesion de aquella horrible melancolía, que le causó cierta tentacion espantosa, acerca de la salvacion de su alma, y haber adquirido aquella dulzura y suave paz interior que lo ha hecho tan célebre. Pues si era de tanto consuelo á este Santo la circunstancia de haber nacido en esta octava, alentando con ella su confianza para recibir tanto como de su mano recibió ¿la mirarémós nosotros con indiferencia, sabiendo cuan devoto fué el V. P. Salvador de esta Señora, quanto trabajó por estender su culto, y quanto se complacía en servirla, y en amarla? Es ciertamente un anuncio de los servicios que habia de prestarle, y de sus afanes por su culto el haber nacido en dia tan señalado, así como tampoco mirarémós como una casualidad, haberle acaecido el accidente de que murió en el mismo dia del nacimiento de esta Señora, y fallecido en su octava. Nació de unos padres devotísimos de tan dulce Madre en una casa próxima á su sagrado Templo, y se le puso por nombre *Joaquin Maria*; el uno ya hace muchos siglos que la Iglesia toda venera con él (segun el testimonio de S. Juan Damasceno, y otros gravísimos autores) al felicísimo Padre de la augustísima Emperatriz de los Cielos

(1) Véase la preciosa obrita titulada: *Espíritu de S. Francisco de Sales.*

y Tierra: y el otro es el mismo Santísimo nombre de esta Señora. El impío, y el poco piadoso se mofará de nuestra piedad, pero los hechos de el V. P., y la providencia del Altísimo, que en nada brilla tanto como en la conducta de los Justos, nos garantiza suficientemente. Aunque nada obsérvamos fuera del curso natural en su nacimiento, mas las referidas circunstancias le servian de consuelo al V. P. y á nosotros deben llamarnos la atencion para no despreciarlas.

En estos tiempos gobernaba la Iglesia N. S. P. Clemente XIV, tiempo desgraciado, tiempo en que la falsa filosofia comenzaba á esparcir sus venenosas doctrinas. Dos años habia (1) que Voltaire y Rouseau habian publicado aquel la obra intecua del *Diccionario filosófico manual*, impresa en Londres en el año de 1764, y este la titulada *Cartas escritas de la montaña*; obras ambas á cual mas impía; Misterios, Dogma, Moral, Disciplina, culto, verdad de la Religion, Autoridad divina y humana, todo lo impugnan las plumas sacrílegas de estos Autores. En los dias en que nació el V. P. Salvador, comenzaba á eclipsarse la hermosura de nuestro Orizonte Español. Ya se aplaudian ciertos escritos, y se admitian novedades que jamas se habian oido en nuestro suelo (2). Ya estaban socavándose los firmes cimientos de nuestra prosperidad, que toda estriba en la pureza de nuestra fé y doctrina; ya la Francia comenzaba á sentir aquellos horrendos sacudimientos, que no tardaron mucho en echar por tierra su Trono y sus Altares. Ya la Compañía de Jesus habia comenzado á desaparecer de algunos Reinos Católicos, y el año siguiente que fue el 1767, tambien

(1) Memorias para serv. á la hist. Ec. del sigl. 18. y Bert. sig. 16. (2) Desde mediados del siglo 18 principiaron á cubrir la España multitud de males Doctrinas, que al modo de nubes venian de los Pirineos, y oscurecian nuestros Orizontes religiosos y políticos. Infinidad de libros Franceses se introdujeron entre nosotros, y con ellos se contagi6 la salud pública. Nuestras Universidades principiaron á cultivar nuevos libros; y algunos de sus Catedráticos deslumbrados por la luz que jamas habian visto, se dejaron arrastrar de la novedad. Exon. Sr. Velez Apolog. t. 1. 38.

Hasta en España (escribia Alembut) el filosofismo penetra sordamente al rededor de la Inquisicion. Barruel t. 1. de las memorias 272.

fueron espulsados de nuestro territorio. Voltaire cuenta como uno de sus mayores triunfos, la caída de este cuerpo religioso. En este tiempo, y en circunstancias tan poco favorables á la Religion, aparece este varon Justo en la ciudad de Sevilla.

Aqui era donde habia de florecer mas egemplarmente su virtud, aqui donde habia de conquistar para el Cielo muchas almas, aqui donde se habia de escuchar por el espacio de tantos años, y aqui quiso el Señor que naciese para bien de su Patria, y consuelo de los pecadores. Nació, y en el mismo dia recibió el Santo Bautismo; señal clara de la proteccion que le dispensaba desde aquellos momentos el Señor, no queriendo que estuviese muchos días sin ser su hijo adoptivo, su querido y su amigo. El estaba destinado para hacer guerra al Infierno; justo era que se diesen prisa sus Padres á poner bajo sus tiernas plantas los despojos de la infernal Babilonia.

¿Quien puede decir el esmero con que su virtuosa madre crió á este niño desde sus primeros años? Ella sabia aquella máxima tan constante en todos los Padres (1). Que la predestinacion, eleccion, salud eterna y bienaventuranza de los hijos, pende en cierto modo de la buena educacion de sus Padres. *La educacion que nosotros recibimos desde nuestra niñez* (decia un antiguo P. de la Iglesia Griega (2) *y los ejercicios en que hemos pasado nuestra mas tierna juventud, contribuyen cuando hemos entrado en una edad mas adelantada, ó á hacernos abrazar la virtud de la vida religiosa, si esta educacion ha sido buena, ó á reusarla y separarnos de ella si ha sido mala.* Por eso considerando la referida Señora que la educacion de los dos niños que la bondad divina le habia concedido debia ser el primero y principal de todos sus ejercicios; no perdonó fatiga, medio, ni diligencia para criarlos en el santo

(1) Ap. Alap. in Prov. in c. 23. v. 14. (2) S. Joan. Clim. scala gr. 26.

temor de Dios, procurando instruirlos en máximas santas proporcionadas á su edad.

Correspondió nuestro niño Joaquin desde sus primeros años á los esmeros de su piadosa Madre. El aunque de un genio vivo y alegre, no descubrió el menor vicio, ni la mas pequeña inclinacion torcida: acompañaba y asistia con su Madre al Templo, recibia desde que fue capaz de ello, con la mayor frecuencia los Santos Sacramentos; su compostura y devocion edificaba, sin separarse de su lado, la acompañaba en el santo Rosario como dejo ya notado arriba. Podia desde luego presagiarse por esta educacion tan cristiana, y tan bien aprovechada que el niño Joaquin habia de ser gran Siervo de Dios en lo sucesivo. *Ex studiis suis cognoscitur puer, simunda, et recta sint opera ejus* (1). De los ejercicios de un niño en su pequeña edad, se conoce lo que ha de ser en lo sucesivo, si sus obras en la edad adulta han de ser limpias y buenas; asi lo dice el Espíritu Santo, asi lo hemos visto prácticamente innumerables veces, y lo tocamos en el V. P. Salvador.

CAPITULO 3.

Sus estudios.

„Tres cosas, decia un antiguo filósofo (2), son necesarias á los niños, el ingenio, el ejercicio y la disciplina. La vista recibe la luz por medio del aire que la rodea, y el ánimo por medio de la enseñanza y de la instruccion. Las raices de los estudios son desagradables, mas sus frutos son suavísimos. Preguntándosele en una ocasion á este Filósofo en qué se diferenciaban los sabios de los ignorantes; respondió, en lo que se diferencian los vivos de los muertos. Decia que la erudicion era entre las cosas prósperas un precioso; adorno, y entre las contrarias un refugio. Los padres que tratan de dar á sus hijos el conocimiento de las ciencias son mas dignos de este nombre, y del honor y gloria; que

(1) Prov. 20. 11. (2) Hæc refert. Laertius. de Arist. c. 5.

„ aquellos que solo le hubiesen dado el ser natural, es-
 „ tos solamente son autores de un ser miserable, los otros
 „ lo son de una existencia dichosa y feliz.“ La virtuosa
 Doña Teresa de Vera procuró adquirirse este honor, pro-
 porcionándole á sus hijos una instruccion sólida y verda-
 dera. En nuestro Joaquin se hallaron cuantas disposicio-
 nes desea y exige el Filósofo para las ciencias. La vive-
 za de su ingenio era estraordinaria; su penetracion pro-
 funda, su entendimiento claro y despejado. Los primeros
 rudimentos que se enseñan en las escuelas, y la gramá-
 tica latina, eran para él como el que se pasea sobre flo-
 res y lirios; nada le es difícil, todo lo alcanza, y en to-
 do se instruye con perfeccion. Aprendió la lengua latina
 en el Colegio mayor de Sto. Tomas con tanta rapidez,
 que siendo todavía muy niño cuando la concluyó, no
 quisieron que pasase al estudio de filosofía, sino que per-
 maneciese un año mas estudiando la retórica, y perfec-
 cionándose en la latinidad (1). Aprendió perfectamente
 todas las reglas de la oratoria y de la poesía: le fueron
 muy familiares los autores mas sublimes en uno y otro
 ramo, como Ciceron, Demóstenes, Virgilio, Horacio y
 otros poco conocidos, que él manejaba con la mayor fa-
 cilidad. A Virgilio, que sin disputa es el Príncipe de los
 Poetas latinos, casi lo sabia de memoria: Ovidio le era
 tan familiar que se puede decir, adquirió su misma sol-
 tura y facilidad. Aunque era buen poeta castellano, era
 aun mejor poeta latino. Las composiciones en versos de
 este idioma que tiene impresas, y las que dejó escritas,
 y de que se hablará mas adelante, acreditan esta verdad
 hasta la evidencia. Pasma el ver lo que este varon ejem-
 plar dejó trabajado en versos exámetros y pentámetros so-
 bre materias las mas sublimes de la religion, y sobre
 otros asuntos instructivos.

No solo aprendió con facilidad la gramática latina,

(1) Teniendo 11 años de edad pronunció una oracion retórica en Latin en la Sta. Iglesia Catedral, como estudiante de Sto. Tomas, en 1 de Diciembre de 1777.

sino con tanta afición y aplicación que jamás dejaba el libro de la mano. Se le advirtió cuando estaba ocupado en estas instrucciones, que mientras su madre le peinaba estaba estudiando, sin quererlo omitir ó interrumpir ni aun en estas ocasiones (1) Ya se le descubria desde entonces aquella laboriosidad infatigable que habia de formar en lo sucesivo su caracter especial: para él no habia mayor diversion que la aplicación á los libros.

CAPITULO 4.

Pasa á los estudios de Filosofia, y recibe en la Real Universidad el grado de Licenciado en esta facultad.

Es forzoso hacerse buen filósofo para poder discurrir con acierto, conocer á la naturaleza, penetrar sus secretos, y ademas formar ideas exactas del hombre, y de sí mismo. La filosofia adornada hermosamente con sus propios vestidos, es tan necesaria al estudioso, como lo es la luz brillante del astro del dia para percibir los objetos, y ponerlos al alcance de nuestra investigacion: sin esta guia serán errados todos nuestros pasos hácia cualquiera ciencia á que se dirijan: ella es la que nos toma de las manos, y nos conduce al alcazar en donde moran las demas ciencias ya abstractas y divinas, ya prácticas y morales: sin filosofia no se le permite á ninguno acercarse á investigar los profundos arcanos de la Divinidad; sin esta luz no le permitirá la Iglesia Santa que entre á informarse de sus leyes y disciplina; ni el Magistrado le confiará sus principios de legislacion, ni ninguna facultad lo admitirá por su adepto, ni discípulo.

Con estos antecedentes fue preciso no dejar sin estos adornos el gran talento de D. Joaquin Caravallo. Su Tio político D. Bartolomé Romero, creyendo que en la Universidad podria progresar mas en esta facultad, en razon del sublime rango que ocupa en el orbe literario, la vasta erudicion de sus Catedráticos, el mayor concurso de jóvenes estudiantes que allí acuden de todos los

(1) Informe de su Catedrático el M. R. P. Mtro. Rodriguez, N. 1.

puntos de nuestra Península, y la proteccion con que nuestros Soberanos siempre han distinguido á este Licéo respetable; sin embargo de que el Colegio mayor de Santo Tomas ha producido tan opimos frutos de sabiduría como la mas acreditada Universidad; distinguiéndose sus alumnos en la comportacion mas cristiana y ejemplar entre cuantos cuerpos literarios se conocen; no obstante todo esto nuestro D. Joaquin fué sacado del Colegio mayor de Santo Tomas, á quien tanto debía, para que cursase la Lógica en la Real Universidad.

Mas no hay una cosa tan difícil á un jóven como el conservarse en la rectitud y en los deberes de una aplicacion tenaz, cuando son muchos los estímulos que lo distraen especialmente si tiene un alma fogosa, y una imaginacion facil á electrizarse con las impresiones lisongeras que á cada paso presenta el mundo. Aunque nuestro D. Joaquin jamas se deslizó del camino de la honestidad y buenas costumbres, en que lo habia educado su santa madre, y aunque nunca se le observó cosa digna de notable reprehension, sin embargo, ya no era en la Universidad tan aplicado como en el Colegio mayor. El amor á los libros se habia oscurecido en su corazon algun tanto, y en su lugar se echaron de ver algunos rasgos de disipacion, atendiendo mas al paseo, á la conversacion y á divertirse con sus iguales que á las abstracciones de la Lógica. ¡Oh! lo que pueden los egemplos disipadores! Ciertamente que á no estar nuestro jóven tan bien cimentado en la piedad y en la práctica de la virtud, quizas hubiera sido para él la Universidad, lo que es una Ciudad contagiada para los que incautos entran en ella. No es posible en una concurrencia tan numerosa de jóvenes de tantas y tan distintas partes, de tan diferentes educaciones y principios, que la vigilancia de los maestros, respetables Catedráticos pueda precaver las malas consecuencias que resultan del trato de unos con

otros; cuando vienen algunos de sus casas inficionados con el veneno de la relajacion; de aqui es que jóvenes inocentes y purísimos han salido de sus hogares llenos de candor para ir á la Capital á cursar las facultades precisas, y despues cuando han regresado á sus púeblos han llevado consigo la hediondez del crimen, la disolucion, el libertinage y multitud de ideas que cubren de dolor á unos padres, que lejos de sus hijos, no pudieron en su ausencia vigilar sobre sus modales y educacion: esto se está viendo ahora, y se ha visto siempre, sin que la rectitud del Claustro pueda evitar unos males de tanta consecuencia. ^{Gracias} ¡Gracias al Cielo! que nuestro D. Joaquin no sufrió el menor desliz en la pureza de sus costumbres, mas lo padeció en su aplicacion: su Tio D. Bartolomé observó esta conducta y trató de poner á ella un pronto remedio. Un año no mas estuvo D. Joaquin en la Universidad. Vuelve otra vez á Santo Tomas, y aunque al principio continuaba con alguna tibieza sus estudios, mas reprendido (1) oportunamente por su Catedrático el M. R. P. Mtro. Fr. Gabriel Rodriguez, que todavia vive, el que tenía un corazon recto, mucho pudor y vergüenza, se estimuló de manera que bien pronto fué la admiracion de cuantos lo observaban. Como tenia un talento desmedido, facilmente corrió por los ásperos caminos de la filosofia, con la rapidez que el ave cursa los aires, vuela, se remonta, se pierde de vista, con esa misma adelantó nuestro D. Joaquin en esta facultad.

Sin embargo de que en el primer año que pasó en la Universidad habia adelantado tan poco, como hemos visto, se aprovechó (2) en el segundo de las instrucciones de su sabio Catedrático de una manera tan sobresaliente, que este lo juzgó capaz de que actuase al fin del tercero las conclusiones públicas que el dicho

(1) Informe de su R. Catedrát. núm. 2. (2) Inform. cit.

Colegio tuvo de filosofía en el día 23 de Mayo del año de 1783, teniendo en la actualidad diez y siete años de edad aun no cumplidos. En esta ocasión, desplegó su talento sobremanera: todos los que concurren, celebraron al joven actuante, admirando tanta destreza, tanto desenrollo de ideas, tanto ingenio é instruccion en tan corta edad. Su Catedrático habla aun con elogio (1) del lucimiento con que brilló en esta ocasion nuestro D. Joaquin, y no se ha borrado de su memoria este ejercicio que tanto honor le dió al Colegio, y que tanto prometia en el nuevo estudiante.

Concluida la filosofía, quiso su Tio y su virtuosa Madre que recibiese el grado de Licenciado en esta facultad: en efecto lo recibió al año siguiente de 1784, en la Real Universidad, con general aplauso de todo el claustro: muchos de sus condiscípulos que aun viven hablan del talento é instruccion del Sr. Caravallo, como de uno de los mas ilustres de aquel tiempo; y no olvidan las repetidas pruebas que dió en esta y en distintas ocasiones de su capacidad y sabiduria. Finalizado con tanto lustre su curso de filosofía quisieron que empezase el de sagrada teologia en la misma Universidad. Ciertamente que era arriesgado volver á esponer á este joven á que incurriese otra vez en las mismas distracciones que anteriormente. Ignoramos las causas que pudieron concurrir para que dejase de nuevo el Colegio de Sto. Tomas; mas sean las que fuesen, nuestro D. Joaquin lejos de hacer progresos notables en esta facultad, trató de abandonarla á poco de haberla comenzado, y dispuso seguir otro rumbo.

CAPITULO 5.

Amabilidad y caracter alegre y despejado que se advertia en él, en los dias de su juventud.

La vida del Sábio observa en su carrera pasos muy análogos á los que se advierten en el Sol. En un principio cuando este Astro hermosísimo asoma por nues-

(1) Inform. cit.

tro Horizonte, sus rayos son dulces, alegres y tan placenteros que la naturaleza toda parece como que se rie al recibirlos. El mundo se viste de gala, los prados, las flores, las avecillas tienen en esta ocasion un no se que de alegria que no se advierte cuando el Sol ha subido á la cumbre de su marcha luminosa: pues á ese modo debemos considerar la vida de un Justo; *Justorum semita quasi lux splendens*. Sus primeros rayos son como la aurora de aquellos grandes hechos, de aquel manantial de luz, de aquellos torrentes de fuego que despues han de derramar sobre el mundo moral. Cuando aparecen en el Horizonte de la vida pública, la primera luz que despiden de sí, son sus modales apacibles, su caracter lleno de amabilidad, su genio tratable; que acompañado todo de una suave moderacion, de una modestia alagüenia, hace que su trato sea tan ameno á los ojos de los mortales, como los de la aurora á toda la naturaleza. En el alma del Justo, y en su santa conversacion hay lo que en el Sol cuando se acerca á nosotros, entonces se ve el gracioso rocío que platéa y cubre de hermosura á las yerbecillas; pero hay todavia algo de la noche, no teniendo el aire toda la plenitud de la claridad y del resplandor, sino solo una luz moderada, y gustosa; lo mismo en el Justo: no se ven en su trato grandes rigores, terribles maceraciones, acciones heróicas de caridad, sino solo una amabilidad, un trato cariñoso que lleva tras de sí los corazones. Quizás es esto lo que decia Salomon de sí mismo cuando afirmaba, era un *jóven ingenioso, y que le habia tocado en suerte una alma buena* (1). Siendo estas cualidades con que la mano del Señor lo habia condecorado, como la aurora de aquella grande sabiduria con que despues brilló, y que el Espíritu Santo compara á las arenas que estan á las orillas de los mares (2). S. Pablo habla de sus primeros años y dice que cuando era niño se portaba como

(1) Sap. 6. 19. (2) 3. Reg. 4. 29.

niño, que hablaba y hacia las demas cosas como los demas niños. (1) Sin embargo bien se echaria de ver aquel genio fogoso que (aunque primero le hizo caer) despues le sirvió tanto para llevar por todas partes el reino de Jesu-risto. Esta Aurora de los Justos, no siempre es tan visible, ni se deja ver con tanta brillantez, que desde luego se presente con todas las cualidades con que la acabo de dibujar. Hay Justos, cuyos primeros rayos son ya tan crecidos, que apenas se advierten cuando ya deslumbran. Los de nuestro D. Joaquin no fueron por este orden.

Asi como la naturaleza lo dotó de un hermoso talento, asi igualmente no fue escasa en concederle otros dotes. Aunque es verdad que era de un cuerpo mediano, no era ridículo: su estatura y demas circunstancias que lo adornaban, no las hemos de calcular por lo que vimos y conocimos en los dias de su rigor y de su penitencia: entonces no tenia ni aun figura de lo que habia sido; él se destruyó con sus rigores y maceraciones. Aquel cuerpo agoviado, aquella cara tan penitente, aquel traje tan desaliñado y mal compuesto no pueden darnos una idea de lo que él era en los dias de su juventud. Es menester oír al que lo conoció en aquella brillante época de su vida. El llamaba la atencion de todo Sevilla; cuerpo recto, rostro hermoso, tez muy blanca, ojos negros, rasgados en muy buena proporcion: nariz y boca sin imperfeccion, su modo de reír muy gracioso, y en fin todo el conjunto le hacia muy bien parecido.

Adornado por la naturaleza de estas cualidades el D. Joaquin, no podia por menos de ser muy agradable su vista. Ademas él era rico, tenia por su casa quantas proporciones podia desear para vestir tan bien y con tanto lucimiento como el primer personage de Sevilla. Vestia en efecto primorosamente según el gusto de aquel

(1) Ad Corinth. 13. 11.

tiempo. Su porte aunque muy modesto (pues jamas ofendió á la moderacion ni aun en el más leve movimiento de su cuerpo) (1) era muy gracioso: su genio claro y despejado, su humor festivo y alegre, hacia que en las concurrencias se produjese con unas oportunidades agudas y finisimas, todas las casas principales, y las Señoras del primer orden por sus años juveniles, vivacidad y distincion apreciaban mucho un rato de conversacion con D. Joaquín Caraballo. ¿Pero acaso se advirtió siquiera una vez en este apreciable jóven algun equívoco, alguna expresion que en su jocosidad llevase envuelto algun sentido menos puro y honesto? ¿Acaso abusaba de su genio poético para imitar á tantos, que mas valiera que jamas hubieran subido al Parnaso? Lejos de nosotros ni aun la más leve sospecha que pueda empañar la pureza de sus costumbres. Educado por una Madre ejemplarísima y por unos Tios virtuosos, quedó huérfano de Padre desde muy niño, y fue puesto bajo la direccion de los RR. PP. Dominicos de S. Pablo, que eran los Confesores de toda la casa. Con maestros tan instruidos en los caminos del Espíritu, aprendió en medio del siglo á ser jóven no libertino, como tantos de nuestros dias, cuyo porte no puede observarse sin dolor, sino moderado y religioso. (2)

CAPITULO 6.
Se dedica al Comercio, y para habilitarse trata de hacer un viage á las Americas.

El Comercio se funda en la equidad y en la justicia, que se ordena al bien comun de unos hombres con otros. La Religion aprueba el tráfico justo como un principio de felicidad; por estas relaciones de unos hombres con otros, de unas Ciudades con otras, y de unos

(1) NOTA. Su Confesor el R. P. Mtro. Barra, Prior de S. Pablo, solia decir: Joaquinito Carayallo hasta su entrada en Capuchino no ha cometido culpa grave. Relac. del R. P. Luciano. N. 1.

(2) Todo este por menor está tomado de la relacion que ha escrito el R. P. Santofia su condiscipulo, ya de lo que él alcanzó euando lo conoció jóven, y ya de las noticias fidedignas que el dicho Padre habia adquirido.

Reinos con otros, hay un alivio y mutuo socorro de las necesidades que trae consigo la escasez y la miseria. La sociedad se eslabona y estrecha mas y mas por el lazo de un bien que acomoda á cada uno. Las producciones y manufacturas de que abunda un Pais, se trasladan á otro en donde escasean, y de alli se conducen las que en aquel se necesitan. El Labrador se afana con gusto, el artista se ingenia con ardor y cada cual respira con la consideracion de que el producto de sus sudores ha de girar con ventajas del laborioso é industrioso ciudadano: Donde no hay comercio, ó donde no se halle protegido, no puede haber prosperidad. (1) Es imposible que un Reino suba al colmo de una gloria que lo haga respetar de las otras naciones, si no tiene un comercio brillante y sostenido. Sin este estímulo poderoso, el artesano abandona su taller, la industria desaparece, el labrador no quiere cultivar sus tierras, y toda la felicidad pública de los Estados se paraliza, ó se aniquila.

Un ciudadano de rectitud y de probidad que se dedica á este ramo, apoyando su sistema sobre las leyes santísimas del Evangelio, hace á su patria un servicio de la mayor importancia: asi como le hace un agravio, el que abrigando en su corazon viles ideas torcidas y criminales, quiere darles pávulo con el giro de un comercio injusto y dañoso á la sociedad. No era asi el que con tanto esplendor ha sostenido por muchos años la casa de Caravallo. La probidad, la exactitud y honradez, que tanto distinguieron á esta familia, pusieron su giro en el punto de la mas alta estimacion: allí no tuvo jamas entrada la pasion mezquina de la codicia: allí no se usó jamas del menor fraude: allí no se quebrantó ninguna ley, ni sagrada ni civil: allí no habia mas que Religion y formalidad. No era pues un cri-

(1) ¿Cuando Roma y Cartago se hubieran hecho tan poderosas si el Comercio no hubiese abierto las puertas á sus conquistas? Véase á Ntro. Mariana Hist. de Esp.

men, sino una accion digna de todo elogio que no sintiéndose entonces D. Joaquin llamado á destinos de otro orden, trátase de aplicar sus desvelos á aquel en que habia visto prosperar su casa y familia.

Para facilitarse mejor en la árdua carrera del comercio, quiso aprender aquellas lenguas ó idiomas de las naciones extranjeras con quienes tendria que verse, y como estas son la Inglaterra y la Francia, aprendió y poseyó perfectamente estos dos idiomas; no sabemos si tambien tendria conocimientos del Holandés y de otros con quienes se sostiene el actual comercio de nuestra España.

Instruido bien en estas lenguas para poder sin estorbo emprender sus comunicaciones mercantiles con los paises extranjeros, quiso dar principio á sus proyectos por un viage á los principales puntos de la América. A la verdad ¿quien ignora la importancia de un conocimiento práctico de los frutos tan varios y tan ricos de aquel dilatadísimo Pais? ¿Quien no sabe que este ha sido el copiosísimo manantial de las riquezas, que han hecho prosperar á la Europa toda? ¿Que nacion de toda ella, y quizas del Orbe civilizado no habrá acudido á Méjico, al Perú y otros puntos á buscar allí no solamente el oro, sino sus preciosas producciones? Mirada la España solamente por esta parte se puede decir sin arrogancia, que ella es la madre universal de todos los paises, y de todas las Provincias de la Europa, porque ¿cual será aquella en que no circule su orden? cuando en ella apenas se vé alguna moneda de otra Nacion.

Es muy util pues á un comerciante viajar á aquellos puntos, dedonde le ha de venir su prosperidad: esta razon fué una de las mas poderosas que movieron á nuestro ilustre jóven á embarcarse para las Américas. Su Señora madre toda entregada á la piedad, y á los ejercicios de la devocion derrama amargas lágrimas.

en la dolorosa separacion de su hijo, no solo por el temor fundado que debe tener como toda buena madre, no sea que la ausencia le produzca algun quebranto notable en la salud y en la vida, á la prenda amada, sino tambien por el riesgo á que se va á esponer un jóven en lo más fogozo de sus años, cuando las pasiones comienzan á desenrollarse, y cuando todavia su juicio no tiene aquella madurez y gravedad que dan los años y la esperiencia.

Hechos los preparativos necesarios para un tan largo y penoso viage, veamos las disposiciones cristianas y religiosas con que trató de atraer sobre sí las bendiciones del Cielo. Ante todas cosas considerando que podia naufragar, perecer ó ser asaltado de piratas, ó de una enfermedad maligna que le privase del consuelo de volver á ver á su digna madre, quiso practicar lo que deben cuantos se hallan en peligro de muerte. En el dia 14 de Enero del año de 1786 otorgó su testamento ante D. Juan Moran, Escribano público de Sevilla. (1) Despues de esto se arrodilló á los pies de su confesor, é hizo una fervorosa confesion y recibió devotísimamente á nuestro Dios Sacramentado, quizás con aquellas lágrimas y ternura, con que lo hace un buen cristiano cuando siente sobre sí la guadaña fatal, y vé que se le aproxima la terrible hora de comparecer ante el severo tribunal de la Divina Justicia.

Dispuesto todo quanto era conveniente á un jóven Cristiano que sale la primera vez de su casa para un viage tan largo y arriesgado, habiendo oido con ternura los consejos de su virtuosa madre, y recibido su bendicion, sale de su casa á principio de Enero de dicho año. ¡Que espectaculo tan tierno para un corazon sensible! ¡Que despedida tan amarga! ¡Que á Dios tan doloroso! Las lágrimas que en esta ocasion se derramaron por toda la familia, singularmente por la madre, los gemidos que entonces

(1) Apunt. del V. P. t. 2. N. 302.

resonaron, los votos y súplicas que en aquella ocasión y despues subieron al Altísimo por la prosperidad en su viage, son mas fáciles de discurrir que de espresar.

Habiendo salido de su casa, se dirigió D. Joaquin á la ciudad de Cádiz, y en el dia del Jueves Santo que aquel año cayó en 13 de Abril, salió de Cádiz para Vera Cruz á bordo de la Fragata S. Antonio de Padua, de la cual era Capitan D. José Joaquin Salazar.

CAPITULO 7.

Viage á Vera Cruz y Méjico: conducta de D. Joaquin Caravallo en él, y particularidades que le ocurrieron hasta su vuelta á la Peninsula.

Cuándo un jóven se separa de sus padres, entonces es cuando se conoce lo que hay en su interior. Mientras que tiene sobre sí la vigilancia y el cuidado de los que le dieron el ser, mientras que oye sus avisos y amonestaciones, no es extraño que su conducta corresponda bien que sea modesto, morigerado y que no dé el menor disgusto á sus padres. El sabe, que no puede dar un paso torcido, sin que inmediatamente se encuentre con la severa reprehension y con el castigo. No sabemos que el hijo pródigo hubiese dado el menor disgusto á su buen padre cuando estaba á su vista y cuando oía sus avisos, antes bien es de presumir, que su conducta seria como la del hermano mayor, el cual se gloriaba de no haber jamas quebrantado los preceptos y ordenaciones de aquel Autor de su existencia, como se lo dijo él mismo en el dia de la vuelta del hijo menor: mas cuando este jóven se vió con gran cantidad de dineros á su disposicion, cuando ya no tenia quien lo corrigiese, cuando se vió en un pais muy distante adonde no podian alcanzar el celo y la vigilancia de el que lo habia educado, entonces fué cuando se conoció lo que él era, su índole, sus pasiones, el desarreglo de sus modales: rompió todas las leyes del pudor, y no quedó maldad que no cometiese para saciar sus

brutales apetitos: tan cierto es, que la ausencia que hace un hijo de sus padres, es el crisol donde se prueba su honradez y su virtud si la tiene, ó donde se descubre su corrompido corazon, y la escoria de sus vicios si estos son los que le dominan.

Siendo esto certísimo, tantas veces acreditado por la esperiencia, ¿quien podrá elogiar debidamente á nuestro D. Joaquin Caravallo? El no obstante que quando emprendió su viage tenia la edad peligrosísima de 20 años no cumplidos, que no tenia centinela que atalayase su conducta, y que iba obrando por sí mismo; se portó de una manera tan cristiana y ejemplar, que causa admiracion leer su diario, en el que vá apuntando exactísimamente todas las ocurrencias del viage. No parece sino que iba con él como con el Joven Tobias, el Sto. Rafael para dirigir su conducta. ¿En donde se vé lo que en él advertian cuantos le acompañaban? ¿Que otro de su edad, y de sus circunstancias hubiera obrado mejor ni mas ejemplarmente? ¡Que moderacion en sus palabras! ¡Que devocion tan tierna á María Santísima! ¡Que ocupaciones tan puras y tan inocentes! De su diario se vé claramente que oia la Sta. Misa todos los dias; que comulgaba, alimentando su alma con este manjar celestial, y confesándose para ello con el capellan de la Fragata; que con él rezaba todos los dias el Sto. Rosario, en compañía de los otros pasajeros, y que nada omitia de aquellas distribuciones espirituales en que le habia educado su ejemplar madre. (1)

Ya desde entonces se descubria en él aquel genio zeloso, aquel ardor cristiano, aquella ansia por promover la gloria de Dios que despues le hizo en el curso de su penitente vida, emprender cosas tan árduas, y difíciles. Quando iba á bordo, se subía adonde estaban los marineros tal vez ó dormidos, ó en sus acostumbradas disipaciones, y rezaba con ellos otra parte

(1) Diario del V. P. f. 1.

de Rosario, y hasta que evacuaba esta piadosa diligencia no se retiraba á descansar.

Quando llegó á Vera Cruz, su primera atencion (después de cumplir con el dueño de la casa donde iba á parar) fué irse á la Iglesia Mayor á derramar los afectos y ternura de su agradecido corazon, delante de aquel Señor que tanto nos favorece; dándole gracias las mas espresivas por su feliz arribo. Todos los dias que estubo en Vera Cruz, no dejó de oir Misa: visitó todos los Templos de la ciudad, y en su diario dá una idea exacta y curiosa de cada uno de ellos y sus adornos. Lo mismo hizo quando llegó á la populosa Méjico, describiendo con el mayor esmero su magnífica Catedral, explicando la magnitud y figura de sus riquísimos adornos, altares y demas particularidades. Prueba clarísima de que su corazon se deliciaba en las casas del Señor, y que en ellas encontraba todo su placer y alegría. (1)

No hay funcion de Iglesia ocurrida en aquellas grandes poblaciones á que D. Joaquin no asistiese, y de que no dé una idea muy determinada en su diario. No hay convento que no viese, no hay acto de piedad que á él no le llame la atencion, y de que no hable; singularmente le robaban el alma las funciones que se le hacian á María Santísima; de manera que no parecía sino que D. Joaquin había ido á las Américas como un peregrino que vá á visitar los lugares célebres en el orbe Católico, mas bien, que como comerciante que vá á imponerse en el giro de los negocios temporales. ¡O cómo se ven claramente los caminos por donde el Señor vá conduciendo á sus escogidos, hasta que sin repararlo ellos, hallan haber llegado al término fijado para su santificacion por su mano sapientísima!

FIN DEL PRIMER CUADERNO.

(1) Sigue su Diario.

SEGUNDO CUADERNO

DE LA VIDA DEL

PADRE VERITA.

Un día, día dichoso y feliz para su alma, hallándose en Méjico entra en el célebre Colegio de Misioneros que bajo la advocacion de S. Fernando, tienen en aquella ciudad los religiosísimos hijos de N. S. P. S. Francisco de la regular observancia: al ver aquellos Religiosos, al observar su modestia, su compostura, sus caras estenuadas con la maceracion; y fijando su consideracion en la diversidad de cuadros, con que estaban adornados sus sombríos y penitentes claustros, se detiene á leer, llevado de una curiosidad devota, unas décimas que halla escritas al pie de cada pintura. Eran tan patéticas que se descubrian allí con coloridos tan terriblemente pavorosos los tormentos del réprobo en las cárceles infernales, la severidad del juicio, lo enorme del pecado mortal, las agonías funestas y los remordimientos devoradores de un mal cristiano, con otras verdades solidísimas de nuestra santa Religion, que D. Joaquin comienza á temblar y estremecerse apesar de lo ejemplar de su conducta. El levanta al Cielo sus ojos llenos de lágrimas, gime de lo profundo de su corazon, y resuelve reformar su vida: esto sucedió á principios del año de 87.

Ya desde este acaecimiento se advierte en D. Joaquin mas empeño, y mas fervor en las cosas de su alma; todos los dias iba al jubileo circular, y allí en la presencia de nuestro amable Redentor Sacramenta-

do, cual otro Publicano no cesaba de implorar sobre sí la divina misericordia. Como él era tan vehemente en todas sus cosas, dejándose llevar de sus fervores, hasta tocar en aquellos extremos, que son tan comunes en los antiguos penitentes, es de presumir que quizas de aqui se le originaría aquella tan tenaz enfermedad de la ictericia que le repitió por distintas ocasiones en Méjico, teniendo que salir á caballo por las inmediaciones de esta ciudad para distraerse: cuando hablemos de su muerte preciosa, veremos como le asaltó tambien en aquellos últimos dias el mismo achaque. Aunque esta enfermedad lo puso en un estado tal, y tan triste que daba compasion el mirarlo, aunque se veía sin fuerzas ni aun para vivir, aunque le devoraba una melancolía mortal, con todo eso lo mismo fué sentir un poco de alivio, que ayunar toda la Cuaresma, sin embargo de que no tenia edad para ello. ¡O conducta severa é irreprehensible! Si esto hacia cuando aun no se habia abrazado con el desnudo Crucificado en el claustro Capuchino ¿que sería cuando despues se dió todo á la maceracion y á la mas asombrosa penitencia? Esto hacia D. Joaquin en un Méjico, donde el olvido de este mandamiento está tan introducido, que son rarísimos los que hacen caso de él. ¿Para que es ese ayuno? le decian, esa es una ley que solo tienen obligacion de observar los grandes y perversos pecadores, que habiendo corrido el círculo de sus desórdenes, ya estan cansados de pecar, y quieren volverse á Dios por los caminos del rigor y de la áspera penitencia: mas el jóven que apenas ha aplicado sus labios al Cáliz del placer, que aun no ha estendido sus manos á las flores deliciosas del deleite, que no conoce otros objetos que lo enamoren, mas que los justos é inocentes ¿por que ha de ajar con el ayuno una carne que no le ha hecho ningun agravio? Esto le decian á nuestro D. Joaquin aquellos ignorantes Americanos, maravillados de ver en él una con-

ducta tan ejemplar y poco comun en aquellos países.

Quando cumplió un año de haber dejado á su virtuosa madre y venido á aquel reino, que fue el 23 de Enero de 87, se dirigió al templo, se postró delante del Señor y le tributó las mas rendidas gracias porque en todo aquel año le habia conservado la vida y colmado de innumerables beneficios: Puesto á los pies del Confesor se acusó de cuantos defectos habia cometido, y á pesar de que eran tan honestos y justificados los motivos que le habian obligado á emprender este viage, siente remordimientos en su interior de haberlo verificado, solo porque se acuerda que su madre (aunque le dió su bendicion y licencia) lo habia sentido mucho y en cierto modo, le parece que no habia procedido con tanta sumision como creia que debia haberlo hecho. Pide perdon al Señor de este defecto con tanto dolor como si fuera un gravísimo delito, y se arrepiente de él con lo íntimo de su alma.

CAPITULO 8.

Prosiguen sus ocupaciones provechosas en la América: observaciones que hizo en ella; se regresa á España por orden de su madre.

Nada hay tan peligroso á un jóven como los malos ejemplos de los otros de su clase que le rodean y alhagan para que siga sus mismos pasos: raro es el que se sostiene. El aire pestilente del mundo tiene demasiado ascendiente sobre el hombre carnal, y facilmente lo inficiona. Quando todos van á los ídolos de Jeroboan, raro es el israelita que se esconde: el estruendo armonioso que el mundo hace sonar, para que á su eco todos se postren humillados ante la estatua de oro, es muy imponente; pocos son los que tienen valor para negarle el incienso, y el homenaje: la impura y disoluta Babilonia está acostumbrada á mirar á sus pies, esperando que les alarguen la copa de oro de sus abominaciones, hasta los personajes mas respetables por su nobleza y distincion. Los per-

niciosos ejemplos son el origen de todos los males políticos y religiosos que aquejan á una sociedad: el lujo, la inmodestia, el aire de impiedad y libertinage que se advierte tan generalmente en los jóvenes, vienen de los ejemplos malos; estos son el triunfo del vicio y la ruina de las costumbres y de la religion.

Sin embargo, aunque el mundo ha podido y puede tanto sobre el corazon débil del hombre carnal, nada puede contra el virtuoso que se apoya sobre las bases firmísimas de una piedad sólida y verdadera: pocas ciudades tendrá el orbe civilizado, en que haya mas atractivos y mas lisonjas para seducir al corazon incauto de un joven como la ciudad de Méjico: como allí abunda tanto el oro y la plata; como que no hay nacion en la Europa que no fije sobre Méjico sus atenciones, para sostener con esta populosa Capital su comercio; resulta que el lujo, la desenvoltura y el trato libre y marcial del sexo seductor tienen allí un tono demasiado imponente: es menester ser un héroe para no deslizarse, ó á lo menos para no contraer alguna mancha que rebaje el pudor y la inocencia.

Pues esta especie de heroísmo lo tuvo ciertamente nuestro D. Joaquin: él no solo no se disipó con la multitud de objetos lisonjeros que allí se le presentaban, ni con las ocasiones que á cada paso le salian al encuentro para brindarle con la copa del placer, sino que se hizo aun mas circunspecto y virtuoso, como dejamos ya notado en el capítulo antecedente.

Su ocupacion diaria era la asistencia al templo, ofreciendo al Señor todas sus acciones, en seguida se retiraba á su bufete; y se empleaba en los negocios desabridos del comercio: lo que le sobraba de esta ocupacion lo dedicaba á observaciones topográficas del pais. Quizás no habrá habido un viagero de cuantos han llegado á escudriñar las rarezas y preciosidades de aquella Capital, que lo haya hecho con tanta exactitud y aplicacion, como el juicioso D. Joaquin.

El hombre estudioso y sabio es comparado en las Sagradas Escrituras á la abeja. (1) Asi como este pequeño animalito vuela sobre todas las flores, á todas las recorre, y de todas saca la dulzura de aquella miel con que llena su colmena; asi el entendimiento del sabio: él es una abeja que de cuanto ve y registra, de todo saca instruccion: á nuestro D. Joaquin nada se le pasa por alto. Quando iba embarcado, ya que alli no tenia objetos sobre que pudiese aplicar la atencion de su genio investigador, iba notando las leguas que adelantaba cada dia el buque, las brazas de agua que habia de fondo, y los grados de longitud y latitud, con los bajos, *sondas, viriles, vigias*, y demas pormenores de su ruta. (2) Todo esto lo hacia con tanto tino y aplicacion que corrigió la carta francesa, tildando, y echando de ver todos sus defectos. Establecido en Méjico hace una descripcion muy circunstanciada de la Ciudad, Conventos, edificios públicos, calles, costumbres, y modos de vestir. Copió á la letra todas las lápidas antiguas y modernas que hay en aquella Ciudad, ya en las Iglesias y ya en otras partes: y como su corazón estaba penetrado de las santas impresiones de un temor saludable que Dios le habia comunicado en el gran Colegio de S. Fernando, se detiene en la descripcion que hace de aquella casa religiosa. Da una noticia muy circunstanciada de aquellos cuadros de que hemos hablado antes, lo que significan y espresan, copiando las décimas que estan al pie de cada uno: los pasos de la Pasion del Salvador con sus distintas estaciones: la vida de S. Francisco Solano con su esplicacion en 47 décimas, y lo que es todavia mas pasmoso en un jóven alegre y rico escribió compendiosamente las vidas ejemplares de muchos varones extraordinarios en santidad, que se sacrificaron por

(1) Alap. in Prov. fol. 326. d.

(2) Es curiosísimo el Diario suyo, porque nada omitió de cuanto puede ocurrir, que sea de alguna importancia: despues de saltar en tierra nota todos los lugares, rios, posadas &c. por donde transitaba. T. 2.

la salud de las almas, refiriendo los trabajos que sufrieron en la conversion de los indios.

Véase aqui cuales eran las distracciones de D. Joaquin. En esto emplea todo el tiempo que le resta de su primera atencion. Para él no hay teatros, no paseos, no alamedas, no regocijos, ni fiestas públicas. El no va á hacer visitas inútiles: la brillante hermosura de las Mejicanas forma á sus ojos un objeto de horror: él no atiende mas que á lo que le pide la piedad y la religion, ó á lo que podia ser de instruccion para sí ó para los otros. La misma conducta que observó en Méjico, se le advirtió en Vera Cruz, y en los demas pueblos: nada hay en ellos notable que se le oculte, pero tambien nada profano que lo distraiga. Su genio investigador y exactísimo lo llevó hasta apuntar en su diario cuantos casamientos se habian hecho en Méjico en el tiempo que estuvo alli, que fue un año poco mas, los niños que nacieron, y los que habian muerto, y los enfermos que quedaban para el año siguiente.

Mientras que D. Joaquin con una salud muy quebrantada se ocupaba en todas estas cosas, su madre que lo amaba tiernamente, y que habia llegado á entender la enfermedad que sufrió de la ictericia, se llena de quebranto y de zozobra. Le escribe para que se vuelva otra vez á España, en atencion á lo que habia padecido. D. Joaquin siente en su corazon un movimiento de alegria al recibir esta carta. El regreso le es amable. Su patria se le presenta en aquella ocasion con tan vivos y dulces coloridos, que suspira por verla otra vez: mas su genio eficaz le obliga á que se detenga, no pareciéndole justo ni conveniente el irse tan pronto sin estar todavia perfectamente impuesto en el comercio, que habia sido el objeto de su viage; pero viendo que no se restablecia, y que su salud no presentaba un aspecto favorable muda de dictamen: su madre vuelve otra vez á escribirle, ordenándole expresamente que sin pérdida de la primera oportunidad, al

momento se regrese. Con este mandato no fue menester mas para que sin demora tratase ya de ponerse en camino. Se despide de sus conocidos, hace unos regalos decentes á los Señores de la casa endonde habia estado instruyéndose, y en el dia 30 de Enero del año de 1788 sale D. Joaquin de Méjico. El mismo hace la pintura de su salida de aquella populosa Capital con tales coloridos, y refiere tales curiosidades (1) que dan bien á conocer su genio ameno, y graciosamente observador. Estuvo en aquella Capital un año, seis meses y ocho dias. Sale en una canoa para Vera Cruz, endonde se ve precisado á detenerse, mientras se le proporciona *embarque*. Pasa á bordo del bergantin *Correo marítimo*, descansa en la Habana, y se vuelve á embarcar para Cadiz en una fragata de guerra llamada Sta. Paula. Llega con felicidad, y en seguida parte para Sevilla.

CAPITULO 9^o

Llega á su casa, y á poco tiempo despues recibe la borbola de Maestro en Artes de la Real Universidad de Sevilla.

¡Que momentos de tanto placer no ofrece la llegada de un objeto querido, que por mucho tiempo ha estado ausente y separado! Así como la separacion lleva consigo la imagen pavorosa del sepulcro, y tiene en sí misma todos los negros coloridos que grava en los corazones la muerte cruel, así por el contrario la llegada de una persona que interesa y tiernamente se quiere despues de una ausencia larga y desconsolada, tiene

(1) En su Diario se conoce su gusto por la exactitud, allí constan todos los pueblos que anduvo hasta llegar á Vera Cruz, y para que se vea su esmero hasta en estas cosas, copiarémas un trozo de él.—En 30 de Enero de 1788 á las diez y 37 minutos de la mañana me embarqué en una canoa para Chalco 7 leguas: Surita de S. Esteban, la Orilla, la Viga, Jamaica, bajo del Puente de Istacalló, Compuerta de Megilcasinga, Cuchuacan, Ntra. Sra. de la Guia, de la Estrella (dónde dentro de la acequia hay un manantial) Tomaltlan, Santiago, Zapotiltan, S. Francisco, Tlaltengo, S. Pedro de Clagua, y á las 11 de la noche llegamos á Chalco. En 31 Jueves, S. Martinito, Barranca de Suanes, venta de Rio-frio; y el Pueblo 6 leguas..... De este modo sigue hasta su llegada á Vera Cruz el 6 de Marzo á las 11 y 50 minutos de la mañana, y de allí salí para la Habana en el Correo marítimo el Alvarado, su Capitan D. Cristobal de Hoyo. Vera Cruz está situado seguú el Marinero instruido en la latitud 19. 10. ciertamente, y en la longitud 278. ° 39, dentro del trópico en la zona tórrida; y sigue haciendo su descripcion hasta su llegada á Cadiz. Hemos querido poner este trozo de su Diario, para que por él se advierta lo demas que no se pone, y se conozca su genio prolijo y curioso.

todos los visos de una nueva vida. Si los muertos sa-
 liesen de sus lóbregas mansiones, se reanimasen, y ale-
 gres con la nueva existencia se volvieran otra vez á pre-
 sentar á sus parientes y amigos, no podrian estos hacer
 mas que lo que hacen cuando ven entrar por sus puer-
 tas un hijo, un padre, un hermano, un dulce amigo que
 ha estado mucho tiempo distante de sus propios hogares.
 Aunque todo corazon sensible se alegre y esperi-
 mente una dulce conmocion en estos casos, mas ningun-
 o como el de una madre cariñosa. ¡Que lágrimas no
 le cuesta un hijo ausente! ¡Que angustia no devora su
 alma la incertidumbre de su estado! ¿Habrá un momen-
 to siquiera en que no tenga presente á la prenda que-
 rida? ¿Se le podrá olvidar la imagen de su hijo por mas
 que traten de distraerla? Mas cuando llega á ver que
 se le entra repentinamente por la puerta, cuando vé que
 se arroja en sus brazos, cuando oye el grito de gozo
 en que prorrumpe la familia al poner los pies en su
 casa ¿se podrá decir lo que pasa entonces en el co-
 razon de una madre? ¡Ah! ¡que transporte de júbilo!
 ¡que espresiones tan patéticas de alegría! ¡que lágrimas
 tan dulces! Se pregunta el uno al otro, se interrumpen
 las palabras, el gozo no cabe en el corazon: la na-
 turaleza entonces pone en movimiento todos sus mas en-
 cantadores y tiernos resortes para que todo sea dulce,
 todo alegre, todo satisfactorio. Así fué la llegada del
 santo jóven Tobías á su propia casa, cuya interesante
 pintura hecha por el Espíritu Santo es menester ser un
 mármol para no interesar el corazon. A este modo de-
 bemos figurarnos la entrada de D. Joaquin en la casa
 de su viuda y desconsolada madre. Esta señora habia
 padecido mucho, mientras su amable hijo habia estado
 fuera de su vista: ella conocia su genio vivísimo, y aun-
 que tenia grandes pruebas para persuadirse de que su alma
 no habria padecido en este largo viage por sus modales, siem-
 pre puros y moderados, con todo, temia hubiese alguna alte-

racion en la pureza de sus costumbres, asi como sabia la habia sufrido en su salud. ¡Mas cual fué su contento cuando lo observó con el mismo candor que antes de su marcha, con la misma aplicacion á su estudio, siendo los libros las delicias de su espíritu! ¡Que gozo tan tierno al tenerlo otra vez en su casa, y adornado con los mismos cristianos sentimientos con que habia salido.

¡Cualquiera que hubiese visto á D. Joaquin en las Américas dedicado al comercio, imponiéndose exactísimamente en todas sus circunstancias intrincadas y difíciles, giros, mercancías &c., hubiera creido que en llegando á su casa no volvería mas á pensar en el estudio, ni trataría de otra cosa que de aplicarse á aquel ramo á que lo vimos tan decidido, que le hizo abandonar su madre, casa y comodidades para progresar é instruirse en él! Mas ¿quien es capaz de seguir los rápidos vuelos de un caracter ingenioso y animado del electricismo que traen consigo los pocos años?

Lejos de haberse olvidado de las ciencias mientras su permanencia en la otra parte del mundo, ni de haber tomado un interes tal por las negociaciones mercantiles como si esta y no otra hubiese de ser su suerte y destino en lo sucesivo: apenas descansó de su viaje, cuando resolvió tomar la borla de maestro en artes, que corresponde al de Doctor en las otras facultades, en aquella Universidad. D. Joaquin llegó á Sevilla el dia 5 de Junio de 1788, y en el dia 6 del mes siguiente del mismo año, recibió este grado de tanto honor, y que supone en el que lo recibe una erudicion, y unas qualidades nada comunes. El jóven Caravallo á los treinta y un dias de haber venido de Méjico como comerciante, se le vió en la cátedra de la Real Universidad adornado de la muceta y bonete de Doctor, llamando sobre sí la atencion de todos los sábios. ¿Que fenómeno es este tan raro y tan pocas veces repetido? Ayer surcando las ondas como un mercader que viene de lejas tier-

ras por asuntos de su comercio, y hoy sentado entre los Doctores ocupando en medio de ellos un lugar de honor y de gloria. ¿En que vendrán á terminar tan brillantes principios?

CAPITULO 10.

Jura de Ntro. Católico Monarca el Sr. D. Carlos IV: fiestas y regocijos públicos de Sevilla. El alma de D. Joaquin se electriza, se adorna y hace un papel brillante en esta ocasion.

Si hay alguna cosa que justifique los regocijos públicos, una de ellas es el plausible motivo de obsequiar á nuestros augustos Soberanos, aplaudirlos y celebrar con extraordinario placer su instalacion al Trono. Esta ha sido la costumbre de todas las naciones. Siempre que un Monarca ha subido al Sólío, sus fieles vasallos han llegado á sus pies á prestarles el debido homenaje, y el reino todo ha resonado con los gritos del placer. La sagrada Escritura nos dice y refiere las aclamaciones del Pueblo fiel en las alegres ocasiones, en que alguno de la Tribu escogida por el Señor era ungido Rey. Allí se refieren sus vivas, allí estan demarcadas las demostraciones de gozo y de fidelidad. (1) ¿ Y que cosa mas justa? ¿ Hay un don venido de la mano del Altísimo para la felicidad pública, despues de el de la religion santa, que un buen Rey? El es un representante del Altísimo, y aunque abusara de su dignidad, debia siempre ser respetado por esta consideracion. La exaltacion de un Monarca religioso, es tambien la exaltacion de la Iglesia. ¡ Que motivos tan justos de alegria no tiene un Pueblo fiel para bendecir al Altísimo cuando sublima al trono personajes marcados con el caracter augusto de la creencia mas pura y sacrosanta! Cuando esta se sienta debajo del dosel, y se corona ocupando el corazon del Príncipe; florece en su república la justicia, se protege la inocencia y la probidad, y el Evangelio triunfa de todos sus enemigos.

(1) In-lib. Reg. passim.

De este principio nace la prosperidad de las naciones, la paz y la abundancia. Cuando el Pueblo corresponde con sus virtudes á los afanes de un Monarca religioso, se derrama por todas partes el bálsamo delicioso de la felicidad: la agricultura y las artes se egercitan, el comercio adquiere nervio y vigor, y en todas partes reina la seguridad y la abundancia. Los Templos, los Palacios, los Tribunales, las Casas, los negocios, las Universidades, el Clero, los Cuerpos regulares, las clases todas del Estado, todo, todo respira esplendidez, todo está lleno de gloria, todo es hermoso, todo magnífico; porque Dios no puede menos que bendecir á una Monarquía, cuyo Príncipe lo adora, y cuyos vasallos imitando sus ejemplos aprecian la virtud. ¡Ay de la Nacion que proyecte humillar ú oscurecer la gloria de un reino asi favorecido por el Cielo, que al momento se encontrará con la ira del Señor! (1) ¡Que de pruebas tan luminosas tenemos en los fastos de nuestras historias de esta verdad! Nosotros mismos somos testigos de la proteccion que el Altísimo nos ha dispensado, sin embargo de que nuestras costumbres no están al nivel de la creencia que profesamos. La España ha sido como una roca en medio de los mares embravecidos. Ella ha visto caer á sus pies el oleage mas furioso, sin que la hayan podido desquiciar de su firmeza; y si aun hay lágrimas en nuestros ojos, si no somos tan felices como los antiguos españoles, si Dios nos visita con algunas amarguras, consultemos á nuestro corazon, y allí encontraremos la razon y el motivo.

Promoviendo un Monarca católico de un modo tan ventajoso, la felicidad de sus estados. ¿Que cosa mas puesta en razon que alegrarnos en su exaltacion al Trono? Así lo ha hecho siempre la España en la jura de sus Reyes, y sus ciudades se han esmerado á competencia en hacer públicas manifestaciones de su gozo en estas ocasio-

(1) Ve gemit, insulgenti in genus meum. Judit, 16, 20.

nes. Pero ¿quien ha excedido á Sevilla? Generosa y amante de sus Soberanos cual pocas ciudades de la Monarquía, parece como que sale de sí misma, y se excede sobre manera cuando llegan estos dias de consuelo: entonces se acuerda que sus armas mismas son el símbolo del amor y de la lealtad: entonces oye el grito imponente de aquellos heroismos con que siempre se ha distinguido en favor de sus Soberanos, y consultando con la grandeza de sus sentimientos, hace cosas, que superan toda ponderacion. No se perdonan los gastos mas excesivos, no se repara en sacrificios los mas costosos, no se atiende mas que al electricismo de que se siente poseida: no hay gremio que no quiera sobresalir: no hay corporacion alguna, que no trate de hacerse singular. El Escmo. Ayuntamiento, la Real Audiencia, la Contratacion, la Universidad, los Colegios, cada cual de los gremios, todos, todos hacen prodigios, y cada cual imagina como ha de vencer en magnificencia á los demas; Que arcos triunfales!; Que iluminaciones!; Que fuegos!; Que carrozas tan ricamente adornadas!; Que músicas y conciertos tan armoniosos! No parece sino que todos estan trastornados por el excesivo placer! Sevilla es en estos dias la dulce imagen de el amor mas acendrado, de la fidelidad y del entusiasmo.

Los cuerpos que suelen llamar mas la atencion en estas tan gustosas circunstancias, son ciertamente la Universidad y el Colegio de Sto. Tomas. Como los individuos que los componen estan acostumbrados á no tener ociosos sus ingenios y talentos, son magníficas y graciosísimas sus invenciones. Ellos usan de aparatos alegóricos que representen al mismo tiempo un pasage tomado de la mitología ó de la historia, y la fidelidad y sentimientos del cuerpo científico que los produce. Sus individuos se olvidan en estos casos de sus grados y distinciones. Ellos se miran como poseidos de unos mismos pensamientos, y solo atienden á brillar sobre los otros.

Cada cual hace aquel papel que se le comisiona, sin atender á mas, y se cree muy honrado en contribuir de este modo al entusiasmo de su cuerpo y al regocijo de toda la ciudad.

En la jura del Sr. D. Carlos IV se hicieron cosas extraordinarias por su grandeza y ostentacion. Cada corporacion hizo prodigios, y la Universidad y Colegio de Sto. Tomas hicieron brillar hasta las nubes el buen gusto, la novedad, la profusion y el placer de un modo jamas visto. Nuestro D. Joaquin que poseia un alma grande y generosa, cuyo amor acendrado al Monarca ha sido siempre, mientras existió, sobre todo encarecimiento, como tenia aquel genio tan alegre y divertido, aquel entendimiento amenizado con las ideas del Parnaso, se dejó arrebatar de su amor al Soberano y apesar de sus sentimientos virtuosísimos, no tuvo dificultad en hacer un papel brillante en aquellos públicos regocijos de los cuerpos literarios.

El quiso distinguirse entre los Colegiales manteistas. Como pertenecia á la Universidad y al Colegio, tomó parte en las funciones de ambos cuerpos. En una de estas dos ocasiones se presentó en público haciendo el papel de una Diosa de la Gentilidad. El iba vestido magníficamente, su ropage era exquisito y representaba muy al vivo las ideas risueñas y encantadoras que los poetas nos dan de la graciosa fingida divinidad que representaba. Parecia bajado de las nubes, todos fijan su atencion en él; como lo habia dotado el Señor de una belleza, que aunque no era excesiva, sin embargo tenia un gracejo extraordinario; como iba tan magníficamente adornado, y él tenia un aire muy amable y gracioso por donde quiera que pasaba, se iba llevando los aplausos y las admiraciones. Iba sobre un caballo ricamente enjaezado, su cabeza con un adorno exquisito, sus cabellos ensortijados y esparcidos por el aire: su blanca frente coronada con pedrerías y el oro mas fino; su

cuerpo garvoso estaba cubierto de ricas telas, que cayendo oportunamente por los lados, desplegaban toda su brillantez: su garganta parecía el alabastro, y todo él hechizaba al mirarlo, no de otro modo que la risueña aurora cuando levantando su cabeza, se deja ver por el Horizonte descubriendo la hermosura de su rostro, y derramando por todas partes flores y alegría. ¡Que gritos resonaron por los aires en elogio de la Diosa! ¡Que aplausos! ¡Que esfuerzos del inmenso gentio por mirarlo de cerca!

Loca vanidad de los mundanos, tu te complaces ahora en mirar á D. Joaquin con un traje encantador, no tardará mucho sin que lo veas enteramente mudado. ¡Quien habia de creer que ese jóven tan precioso habia de ser algun dia el P. Verita, la imagen del rigor y de la penitencia! Vamos ahora á ver mudar el telon y variarse esta representacion teatral.

CAPITULO II.

Ocurrencia desgraciada que le hizo á D. Joaquin abrir los ojos y conocer la vanidad de los placeres mundanos: mutacion extraordinaria.

Nada sucede por un ciego acaso. Este es un error que repugna á la religion y que choca con la razon misma. Dios no es como el artifice que abandona su obra despues que la ha construido. Si asi fuese el mundo, retrocederia velozmente á su nada y dejaria de ser. Aun las acciones libres del hombre sin que en nada padezca la libertad de su albedrio, estan en los planes de su altísima Providencia, y de todo se sirve para gloria suya y utilidad de sus criaturas. Los ojos del Señor contemplan toda la tierra. (1) Ellos estan abiertos sobre los caminos de los hombres y consideran todos sus pasos. (2) No hay para que decir ¿que es esto que ha sucedido, porque todas las cosas serán conocidas á su tiempo? (3) Por ventura ¿hay quien pueda comprender los pasos de Dios? El es mas elevado que los Cie-

(1) Paral. 16. 9. (2) Job. 34. 13. (3) Ecl. 29. 26.

los, mas profundo que los abismos, mas estendido que los espacios todos del mar, cuando él trastornare de arriba á bajo todas las cosas ¿quien le contradecirá? (1) El es el que hace cosas admirables sin número, los caminos por donde conduce al hombre son rectos, y él solo los conoce. ¡Que ageno estaba el antiguo José, cuando andaba errante por los campos buscando á sus hermanos para cumplir con la órden de su padre, que se habia de ver en una cisterna, esclavo de los Madianitas, y por último en una carcel; y que estos eran los escalones que Dios le tenia marcados, para que subiese á una dignidad sublime! ¿Quien se habia de presumir que la pérdida de las asnas que buscaba Saul, le habian de proporcionar el trono de la gran Monarquía de Israel? Cualquiera que hubiese visto á S. Pablo montado sobre un brioso caballo, rodeado de la tropa que iba á sus órdenes, y respirando amenazas y muertes contra los discípulos de Jesucristo, ¿qué hubiera pensado? ¿Era posible que nadie se imaginára que aquel mismo, y en la misma ciudad donde calculaba derramar tanta sangre, habia de ser dentro de poco un Apostol, un vaso de eleccion, un pasmo de santidad? Pues así sucedió: Dios aguardó á verlo en lo mas furioso de su corage, vomitando amenazas, y ya próximo á Damasco, para hacer con él aquella tan pasmosa mutacion. El fue humillado hasta el polvo (2) pegado con la tierra habló, y desde el suelo fue oida su voz aterrada y confusa, como la voz de una muger que tiembla de miedo.

Esta es la conducta del Señor. El es el que domina el poder de los mares, y el que mitiga la veemencia de sus olas al eco imperioso de su omnipotente palabra: cuando el hombre está mas descuidado, entonces truena sobre su frente la voz de su grandeza, (3) todos sus juicios estan puestas en una Providencia admirable. (4) El Señor disipa los consejos de las gentes, y reprueba los pensamientos de los pueblos. Cuando D. Joaquin iba mas colmado de aplau-

(1) Job. 11. (2) Isai. 49. 4. (3) Job. 37. (4) Judit. 9. 4.

sos, cuando las gentes lo elogiaban a porfia, cuando la Ciudad toda estaba mirando en él un prodigio de brillantez y belleza; cuando quizás él mismo iba engreido en su hermosura creyéndose poco menos que la divinidad que representaba. Entonces... ¡ó Dios, y qué grande es tu sabiduría, y qué elevados tus pensamientos! Entonces á la vista y en presencia de los mismos que tanto lo celebraban, el caballo en que iba montado hubo de espantarse, nuestro D. Joaquin como que se hallaba embarazado con sus galas y distraído con los aplausos, se encuentra desprevénido, y sin saber como da en tierra con todos sus magníficos atavíos: aqui cae el manto precioso, por alli va rodando el primoroso esmalte de la corona; los símbolos representativos de la deidad profana, que tal vez serian la aljaba, y las flechas, todo anda tirado por los suelos, D. Joaquin se halla cubierto de polvo, y tendido en medio de la calle: aquellos mismos que un momento antes lo celebraban tanto, se mofan, se rien, le silvan, un alboroto insultador y burlesco se oye por alrededor: la algazara de los muchachos aumenta las risotadas, mientras que D. Joaquin levantándose del suelo, y sacudiéndose la ropa, lastimado del golpe, cubierto de confusion, y lleno de vergüenza, sin mirar á nadie trata de separarse de el tumulto é irse á su casa. ¿Quien no conocerá en este funesto acaecido visiblemente la mano del Señor, que no queria á su Siervo en los caminos de la vanidad? Asi como el cazador escondido en la espesura, espera el momento de presentarse la cierva descuidada, para dispararle la flecha y hacerla caer á sus pies, sin que se le pueda escapar, asi hizo Dios con este caballerito: cuando él menos imaginaba, en la ocasion en que se creia mas lleno de gloria y mas distante de aquellas ideas de recogimiento y tristeza que inspira la soledad, en las circunstancias de la mayor ostentacion de su buen gusto y de sus riquezas; entonces fue cuando Dios se acordó de él, para acercarlo á sí, y acabarlo de hacer enteramente suyo.

Lo mismo habia sucedido muchos años antes con S. Pedro Gonzalez Telmo. Este era un jóven divertido, y en una ocasion en que se presentó en público en la Ciudad de Palencia de paseo sobre un hermoso caballo, rodeado de otros jóvenes sus amigos, el animal brioso lo arroja en el lodo, y de aqui resulta su pasmosa conversion, renunciando la dignidad de Canónigo y entrando en la religion de Santo Domingo. La vergüenza en que se vió entonces aquel gran Santo, le motivó su conversion y la confusion que padeció D. Joaquin le hizo enteramente mudar de ideas y dedicarse al Señor. (1)

Desde esta escena á los ojos del mundo tan bochorrosa, mas gloriosísima á los de Dios, comenzó á ser otro. Desapreció aquel genio alegre, aquella jocosidad con que divertía á cuantos lo oían; ya no iba de visita, á derramar las sales de sus poesias para agradar; ya no quiere el concurso y la publicidad: taciturno y cogitabundo parecia estar poseido de una grande pena: y á la verdad ya tenia clavada en su alma aquella flecha que el cazador divino le habia disparado para apoderarse de él; ya no tiene la ligereza que antes para huir de sus alagos, allí está caido á sus pies, seguro está que se escape de su mano dulcemente triunfadora.

Su madre, aunque habia sucedido á su hijo aquel lance desagradable, como que tenia una alma tan superior á todas las vanidades del siglo, habia hecho muy poco caso, y lo había mirado con una fria indiferencia. Ella observa que su hijo está triste, y no presumiendo que un talento como el suyo, y un genio tan franco pudiera amilanarse por aquel acaecido, llega á sospechar que tal vez estaría enamorado de alguna jóven, y que el temor reverencial que siempre la habia tenido le serviría de obstáculo para que se manifestase. Con este pensamiento, viéndolo un dia tan triste y como llamado á dentro, le habla con mucho agrado

(1) P. Santofia en su Relacion.

y le insinua que se descubra con ella sin el menor reparo, y le diga si está contraido para casarse. Su madre lo quería con esmero, y él sabía muy bien cuan verdadero y entrañable era el amor que le tenía: podia ciertamente desahogarse con ella, y hablarle con toda franqueza, segurísimo de que cualquiera que fuese su resolucion, no la habia de reprobar. ¡Ay! ¡que agena estaba su virtuosa madre de lo que Dios iba obrando en lo interior de su hijo! *Madre mia*, le contesta, *yo no pienso contraerme con nadie, mis ideas son muy distintas, yo quiero ausentarme por unos dias de las gentes y de su trato; para eso he resuelto con su permiso y licencia, retirarme á hacer unos ejercicios espirituales.* ¡O que santamente sorprendida quedaría la Señora al oír de su hijo una resolucion tan cristiana y piadosa! Sus ojos se arrasan en lágrimas, y llena de ternura le dá gustosamente su licencia para que vaya á verificar sus proyectos.

CAPITULO 12.

Hace unos egercicios espirituales, y resuelve dejar el mundo y abrazar el áspero instituto de los Capuchinos.

Quando Dios llama á sí á alguna criatura, sacándola de la masa general de la corrupcion del siglo, suele sentirse en el alma un eco tan poderoso y tan fuerte, que á la manera de un penetrante aguijon se le clava y profundiza allá dentro, empujándola á obedecer. El alma docil rendida á sus pies como otro Saulo, al mismo tiempo que se mira rodeada de una celestial luz que le descubre la vanidad de quanto el mundo presenta á sus amadores, la fealdad del vicio, y la hermosura de la virtud, se siente con fuerza para hacer su voluntad y seguirla. Aun está caida en el lodo de su miseria, aun no se ha levantado, ni tampoco ha comenzado á caminar por los senderos del rigor y maceracion, y ya esclama toda llena de confusion ¿Señor que quieres que haga? Esta que fué la voz de Saulo con-

vertido, lo es tambien de todo aquel que se halla en el mismo caso. A aquel se le manda que entre en la ciudad, y que allí se le dirá lo que debe hacer para agradar á su inefable bienhechor, y á este se le ordena que á imitacion de aquel grande hombre, se ponga bajo la direccion de algun Ananías esperto, de un Director prudente, el cual ilustrado con la luz celestial que el Señor concede á sus ministros, le diga lo que debe hacer para cumplir y corresponder á la gracia recibida: en efecto, Dios ha querido que en su Iglesia se siga este rumbo, para conocer sin equivocacion el destino á que el Señor llama á cada uno: el que lo sigue tiene sobre sí una señal casi evidente de su predestinacion; mas el que lo reusa precisamente habrá de errar, y en su yerro tendrá un justísimo motivo para temer su reprobacion. Dios ha determinado dar á cada uno aquellos auxilios y aquellas gracias, que siendo correspondidas, precisamente lo han de conducir á un término feliz y dichoso; mas estas gracias estan eslabonadas con aquel destino, que su eterna providencia le señala á cada cual. Si el hombre se pone por sí mismo, ó por su antojo en otro, que por bueno que sea no es el que el Señor le había preparado; estando fuera del órden de su providencia, lo está tambien del camino que lo ha de salvar, y de aquellas gracias que le estaban destinadas. ¡O misterio de temor tan poco considerado de los cristianos! ¡O principio de ruina y de confusion para esos jóvenes que no queriendo oír la voz de Dios que los llama, escuchan la de sus pasiones, para colocarse en destinos que no son los marcados para ellos én el libro de los eternos consejos! ¡Cuantos perecen y perecerán eternamente por esta causa!

Para no incurrir en estas desgracias, nuestro D. Joaquin instruido del Cielo, resolvió hacer unos ejercicios espirituales con el fin de conocer en ellos la voluntad de su Dios,

y abrazar generosamente aquel camino á que fuese llamado. Obtenida la licencia y permiso de su madre se fue á S. Felipe Neri para escuchar en la soledad de aquel retiro la voz de su amado, que dice por Oseas (1) *Yo lo conduciré á la soledad, y cuando esté allí, le hablaré al corazón.* ¡O que frutos ha dado esta Congregacion ejemplar á la Iglesia de Dios! ¡O cuantos pecadores han salido de aquella casa justificados, como el Publicano del templo santo! ¡Qué de lágrimas tan gratas á los ojos de Dios se han derramado á los pies de aquellos ejemplares Sacerdotes! ¡Qué de suspiros se han oido, y qué mutaciones de la diestra del Escelso se han visto palpablemente entre aquellas paredes silenciosas! De allí han salido y salen todos los dias hombres que antes eran el escándalo de sus pueblos, y despues han vuelto á ellos para ser su modelo y su edificacion! ¡Cuantos penitentes han salido de sus ejercicios para llenar los claustros mas severos! ¡Cuantos Ministros tiene la Religion al rededor de sus altares que en S. Felipe concibieron el espíritu de fervor, con que ahora estan llenando sus Ministerios! ¡O quiera el Cielo proteger tan útil establecimiento! y que los Príncipes y los Prelados conozcan sus ventajas, y la necesidad de propagarlo!

¿Quien es capaz de decir la vida que observó nuestro D. Joaquin en los dias de su retiro? ¡Cuantas lágrimas derramaron aquellos ojos! ¡Qué gemidos salieron de aquellos labios! ¡Como estaria su corazón, y como quedaria despues de hacer su confesion general! ¡Cuales serian sus resoluciones y sus propósitos! Allí fue donde cobró aquel ánimo tan robusto y generoso que le hizo despedazar la dura cadena que á tantos tiene ligados con el mundo, la cadena de su opulencia y de sus bienes; todo lo desprecia; todo lo pone bajo de sus plantas, y trata de esconderse del mundo de manera que jamas lo vuelvan otra vez á mirar ni sus confidentes, ni sus amigos, ni la madre misma que le habia dado el ser.

(1) Oseas. 2. 14.

Animado de estos santos pensamientos toma la resolucion de ser Cartujo, y de consagrarse á la soledad y al retiro: propone á su director este pensamiento, y con su aprobacion, concluidos los ejercicios se va á la Cartuja de esta Ciudad. Estos solitarios renuevan las ideas del fervor, y asombrosa penitencia de los antiguos anacoretas: ellos no tratan con ninguno de los que moran en el siglo; jamas vuelven á hablar con sus madres, ni hermanas, ni muger alguna puede pisar ni aun el pavimento sagrado de sus templos preciosamente adornados; alli sin ver á nadie hacen á la patria un servicio mas distinguido que los valientes que la defienden con su sangre y con sus vidas; consagrados á la contemplacion, cada uno de ellos es un Moises con las manos (1) estendidas hácia el Cielo, implorando su asistencia soberana sobre los ejércitos, sobre el trono, y sobre toda la nacion. A estos solitarios debe Sevilla innumerables bendiciones del Cielo; ellos son como una barrera que detiene las avenidas del enojo del Señor, y mientras los mundanos van á los becerros de oro, y á sus diversiones profanas, ellos están disculpándolos delante de Dios, y orando por su conversion: sus bienes mas bien son para los infelices de Triana, y de toda la Ciudad que para ellos mismos; testigos de esta verdad los innumerables que han sido socorridos en los tiempos de inundacion y de calamidad pública. ¡O quanto mejor empleadas estan las riquezas en sus manos (que los políticos del dia llaman muertas) que en las de esos poderosos del siglo, que invirtiéndolas en sus propias conveniencias y en el lujo, miran con fria indiferencia las calamidades de sus semejantes.

A este santuario de las virtudes se retiró efectivamente D. Joaquin, con ánimo de vestir su penitente hábito; mas el Señor que no lo queria emplear solamente en su propia santificacion, sino en la de sus prógimos; le hizo conocer que no era alli adonde lo queria: encontró

(1) Exord. 12. 17.

cierta repugnancia en sí mismo para abrazar aquella soledad, que parecia lo sacaban de allí con un impulso extraordinario: en fin conoció claramente que Dios no lo queria para Cartujo, sin embargo de que amaba tiernamente aquel instituto, como se vió despues, que jamas dejó de visitar mientras vivió aquella soledad, y este era su alivio y su consuelo.

No mas que dos dias estuvo en el Monasterio (1) vestido con sus ropas del siglo. Mas ignorando que era lo que el Señor queria de él; para acertar con su santísima voluntad quiso hacer nuevos y distintos ejercicios en nuestro Convento de Capuchinos: En efecto, asi se verificó; lo mismo fue poner los pies en nuestros pequeños y oscuros claustros, que sentir en su interior la voz de Dios que le decia; este será tu descanso: como las arenas son las que á pesar de su menudencia y pequeñez, estan destinadas por el dedo de Dios, para que sobre ellas se deshagan las hinchadas y enfurecidas olas de los mares; asi nuestra humilde reforma fue la escogida por el Señor para que allí llegasen (2) y de allí no pasasen las olas amargas y encrespadas que anegaban el alma de D. Joaquin. Hace sus ejercicios con tanto fervor que la Comunidad toda quedó edificada.

Concebido el santo pensamiento de consagrarse al Señor en el claustro Capuchino; antes de manifestárselo al Prelado, se vá á su casa, se lo propone á su madre y á sus tíos. ¡Cual fue su quebranto y su dolor, cuando lejos de encontrar en aquella virtuosa familia la aprobación que necesitaba para volar á los brazos del Señor, lo que halló fue una resistencia abierta, y decidida. (3) ¡Que no hacen para retraerlo de su resolución! ¡Qué de reflexiones! ¡Qué de cargos para aterrarlo! Como hicieron los exploradores con el pueblo del Señor cuando le ponderaron los peligros de perecer, que iban á encontrar en la tierra de promision. ¡Que al vivo le dibujaron sus

(1) Carta del R. P. Guard. n. 2. (2) Job. 38. 11. (3) Carta del Prelado.

parientes la delicadeza de su complexion, su trato delicado, y la aspereza de nuestra vida capuchina! Por otra parte él era un jóven de grandes esperanzas en el comercio; su casa se hallaba en un estado brillante; se habian hecho grandes sacrificios porque fuese á las Américas para instruirse; y era muy duro despues de tantos gastos, cuando ya estaba en una carrera tan brillante, y en lo mejor de ella, dejarlo todo por hacerse un fraile Capuchino! El mundo no podia ver en esta resolucion mas que un fanatismo, un trastorno de cabeza originado de los ejercicios, en fin una estravagancia ridícula: no es creible que su virtuosa madre tomase parte en esta lucha; á no ser que sospechase era una ligereza, y no una verdadera vocacion: en este caso tenia un derecho, no á oponerse, sino á exigir pruebas de su vocacion, y que se procediese con madurez.

Nuestro D. Joaquin cual dura roca enmedio de los uracanes y tempestades, permanece firme en su resolucion: nada le arredra, nada le intimida: Dios está animándolo en su corazon y con su fortaleza, todo lo allana y todo lo consigue: vencidas todas las dificultades y obtenida con lágrimas la bendicion de su madre resuelve pretender el hábito Capuchino.

Ahora vamos á entrar en la parte mas edificativa de su egemplar vida, ahora vamos á ver acciones tan gigantes, que las de muchos que tal vez se tienen por virtuosos, no serán mas que pequeneces en su comparacion. ¡Quiera el Cielo que los que lean estos ejemplos de virtud practicados enmedio de un siglo tan corrompido, se hallen animados á abrazarla, y confiesen que en cualquier tiempo y circunstancias en que nos ponga la Divina Providencia, podemos despreciar los alagos del mundo, y atender á nuestra propia santificacion.

NOTA. Es muy importante advertir que sin embargo de quanto dejamos escrito sobre el caracter ameno y divertido de nuestro D. Joaquin Caravallo; fué siempre

de una conducta tan pura que su Confesor el M. R. P. Mtro. Fr. Antonio Barea, Prior que fué dos veces del Real Convento de S. Pablo, y por cuyo consejo tomó el hábito Capuchino, como hemos llegado á entender despues de escrita esta primera parte, solía decir *que Joaquinito Caravallo hasta la edad en que tomó el hábito y entró en la religion, no habia cometido alguna culpa grave.* El testimonio de este su Confesor tan sabio y religioso, es muy importante, y dá una idea nada equívoca de la gran virtud que recomienda á este ejemplar Capuchino. Pues si no cometió culpa grave cuando estaba cercado de tantos estímulos y ocasiones, ¿cual seria el candor y la inocencia de su alma, cuando en la vida Capuchina se entregó con tantas veras á su propia santificacion y la de sus prógimos? Lo que dejamos notado en su lugar sobre su vocacion al Claustro de nuestra penitente órden, como originada de los segundos ejercicios que practicó entre nosotros, no quita el que hubiese consultado su vocacion con el M. R. P. Mtro. Barea, su Confesor, y que este aprobando su celestial inspiracion, le hubiese aconsejado que la abedeciese y tomase el hábito sagrado: antes bien este era el órden que debia haber seguido para no errar.

Los apuntes que nuevamente hemos recibido del M. R. P. Fr. Luciano, certifican ademas que fue siempre muy devoto de María Santísima desde su pequeña edad, que su alma se electrizaba solo de oír nombrar á tan tierna y dulce madre. Esta devocion fue siempre en él muy firme y fervorosa: se ejercitaba tambien en otras prácticas de piedad. „i Con quanto gusto (solia decir) venia yo cuando muchacho á ayudar Misas á S. Pablo! Yo era (decia tambien) muy aficionado á dar limosna, y mi madre gustaba mucho de que estuviese bien ocupado, y como siempre he sido tan ingenioso para cumplir mi gusto, hice con su

„merced un contrato de que por cada distico lati-
 „no que compusiera me habia de dar dos cuartos. Asi
 „logré ganar para dar limosna, pues muchos dias sa-
 „lia por una peseta y algo mas de jornal, lo cual dis-
 „tribuia á los pobres con mucho gusto, aunque me pa-
 „rece que algunas veces se mezclaba en esto algo de
 „vanidad.“

No hemos querido omitir estas noticias, ya porque se descubre por ellas muy claramente el alma de este jóven, su virtud, su piedad, su religion, y cuan sólidos eran los principios y las bases que el Señor con su gracia poderosa iba preparando en su corazon para levantar despues el sublime edificio de su penitente y ejemplar vida; y ya tambien porque es muy recomendable para mí el mérito del sugeto que las ha dado, ya por sus cualidades y ya tambien porque trató con tanta inmediacion al Venerable difunto que se puede decir que fue como su director. Ademas de este R. P. Mtro. consultaba sus cosas interiores con el sabio y virtuoso R. P. Mtro. Guerra, de la casa Grande de N. P. S. Francisco, que fue un literato de primer orden, y muy conocido en esta Capital por su talento, para resolver las consultas mas dificiles. Es una desgracia que haya faltado sugeto tan benemérito, pues si viviese, nos podria dar conocimientos muy estensos de las virtudes del V. P. Salvador, el cual nada hacia que ofreciese algun reparo ó dificultad sin su dictamen.

SEGUNDA PARTE.

Su vida oculta en la Religion.

Mejor es, dice el Espíritu Santo en los Proverbios (1) mejor es estarse en el rincon de un terrado ò azotea al descubierto y á la inclemencia, que al abrigo de una casa con muger rencillosa. El venerable Beda esponiendo estas palabras, entiende por este ricon moles-

(1) Prov. 21. 9.

tosos y desabrigados la vida religiosa, espiritual y contemplativa: esta vida está llena de trabajos y mortificaciones repugnantes á la naturaleza, como lo sería la del que quisiese pasar las noches frias al raso y á la inclemencia; mas aunque tan incómoda y laboriosa, es sin comparacion mas llevadera y tolerable, que la que ofrece la compañía de la muger rencillosa: esto es el siglo, ó la vida inquieta, solícita y enredada que suele pasarse entre los mundanos. „ ¿ Que otra cosa es (dice aquel santo Doctor) (1) este rincon desabrigado y „ molesto, sino la vida religiosa, apartada de todo negocio terreno, tranquila y libre de las turbaciones „ de la vida presente? „ ¿ Y que se dá á entender y se designa por esta muger rencillosa sino la accion de „ un siglo turbado, que á sus amadores está siempre „ moviendo y suscitando tentaciones peligrosas, siembra „ discordias y escándalos, introduce pleitos, suscita guerras, disipa las amistades mas verdaderas; y no permite ni aun siquiera que tengan paz con sus hermanos „ ni consigo mismos, al mismo tiempo que inflama todas sus pasiones? “ Los mismos sentimientos animaban al venerable Tomas de Kempis. (2) „ En todas las cosas que ofrece el mundo he buscado un descanso, y „ no lo he hallado sino en el rincon de mi cláustro „ con mis libros. El que vive entre mundanos, preciso es, aunque no quiera, y aunque su corazon sea muy „ virtuoso, que alguna suciedad contraiga del polvo „ de la tierra. (3) (dice el P. S. Leon) Es pues forzoso huir.

La soledad y el retiro han sido siempre el taller de los grandes santos. Aqui es donde se han formado los Bautistas, los Hilariones, los Antonios, los Pablos, los Gerónimos y los Basilios. Los cláustros se han formado para hacer este mismo retiro mas inaccesible á las borrascas del siglo. Ellos son *la tierra desierta y sin agua* (4) que segun el testimonio del Oraculo di-

(1) Alap. in hunc loc. (2) Ap. Alapp. ibi. (3) Ap. Alap. (4) Ps. 62. 3.

vino sirve de teatro á las bondades de un Dios, inclinado á las oraciones del Justo: allí es donde se experimenta y se percibe de un modo inefable la virtud y gloria del Altísimo: estos son los lugares áridos en donde anda á veces, mas sin hallar descanso, el espíritu infernal hasta que se vé precisado á volver á su mansion primitiva que podemos decir son los amadores del siglo. Mas ¿como ha de encontrar descanso en los claustros donde se observa la disciplina regular, cuando se suceden unas á otras las mortificaciones, los ayunos, las vigili-
 as, la oracion, el coro sin que se pueda fijar el pie sobre ninguna comodidad ni interrupcion? Aqui agoniza continuamente la concupiscencia, muere la propia voluntad, se persigue sin cesar al regalo y á la abundancia: aqui nada hay propio, aqui no es el hombre dueño de sí mismo, siempre vive dependiente del parecer de otro, siempre mortificado, siempre humillado. Y si esto sucede en toda Religion bien sostenida, y que vive en conformidad con sus leyes, ¿que diremos del claustro Capuchino? ¿Hay por ventura entre nosotros alguna condescendencia con la comodidad? ¿Se escuchan las reclamaciones de una naturaleza siempre solícita de sus derechos, siempre quejosa y que jamas cesa de alegar sus principios y sus leyes? ¿Podemos aqui contar con alguna de aquellas conveniencias, sin las cuales parece imposible subsistir? ¿Que es un Capuchino sino un hombre de exterior severo, que recuerda las ideas de los antiguos anacoretas, cubierto de un saco y tan pobre que no tiene mas que el áspero sayal sobre sus carnes; desnudo, descalzo, con un coro casi continuo, con una oracion sostenida diariamente mañana y tarde, sujeto á la voluntad del superior, que á veces manda sin contemporizacion, y que es obedecido sin réplica? ¿Que es un Capuchino sino un mártir continuo que siempre está en un perpetuo choque de trabajos, y de sufrimientos? Si camina, aunque las jor-

nadas sean largas y la distancia de un extremo á otro del pais, no se le permite estando sano ningun recurso ni de carruage, ó bestia que lo conduzca, ni de dineros con que se socorra: si enferma tiene que sufrir el grueso y áspero sayal sobre sus carnes, aunque le devore una fiebre maligna, aunque se le pudra con llagas su cuerpo todo: si descansa, es sobre una tarima, sin sábanas, sin colchon, siempre vestido de su saco aunque el ardor del estío lo sofoque: su comida muy frugal, sus ayunos duran gran parte del año; sus conventos son estrechos, sus celdas tan pequeñas, que apenas sale el aire vital por la respiracion, cuando vuelve otra vez á entrarse dentro: todo entre los Capuchinos es severidad, todo rigor, todo está en una contradiccion manifiesta con la comodidad y el descanso. ¿Como es posible pues, que en una Religion de tanta severidad, en un lugar tan desierto de todo humano socorro, halle descanso el príncipe de las tinieblas: entrará sí, porque los Capuchinos son hombres, pero será de paso, y nada mas: *ambulat per loca arida, quærens requiem, et non invenit, tunc dicit: revertar in domum meam unde exivi.* (1)

A esta soledad, á este asilo del rigor y de la penitencia fué adonde se acogió D. Joaquin Caravallo y Vera tocado del dedo de Dios. Aquí fué donde fijó su mansion, huyendo de la vida mundana, y huyó tanto, que se ausentó del trato de los suyos y los perdió de vista, como la piedra que se hunde en los hondos abismos, ó como la nave que se vá á pique. Aquí dejó de ser lo que habia sido, y se convirtió tan en otro que ni aun podia reputarse por el mismo; ni aspecto ni figura le quedó de su antigua lozanía: aquí se abrazó desnudo, con el desnudo Crucificado: aquí emprendió una vida tan penitente, que solo un espíritu tan embriagado en el fervor como el suyo la podía abrazar. Vamos á ver ahora acciones tan corpulentas, que en su

comparacion las de otros aun espirituales y fervorosos parecerán langostas.

CAPITULO I.

Entra en el Noviciado de Capuchinos antes de tomar el Santo hábito en clase de catecúmeno.

Estremece la idea sola que presenta una resolucion tan generosa. D. Joaquin no era un jóven inesperto ni un pequeñito, como aquellas plantas tiernas, que sin haberlas tocado el ayre del siglo, son trasplantadas al jardin ameno de la Religion. Ya habia visto cuanto hermoso y placentero puede presentar el mundo para alagar á sus amadores: ya habia hecho un papel brillante en el teatro de la vanidad; se habia distinguido entre sus iguales en prendas de naturaleza, y las habia ostentado con sus ricos vestidos y con su porte; ya habia estado en las Américas, y el mundo no le habia ofrecido un disgusto que pudiese acivarrar las lisongeras esperanzas que por todas partes se le presentaban á la vista. El tenia delante de sus ojos el Cáliz de oro que la Babilonia mundana ofrece á las personas mas distinguidas; mas D. Joaquin todo lo desprecia. Criado en el regalo y en la delicadeza, rodeado de atractivos y de las caricias de una tierna madre todo lo deja, todo lo abandona por vestir el sayal de los Capuchinos: dá de mano á todos sus bienes, vuelve las espaldas á su familia, y cierra para siempre sus ojos antes alegres y festivos, resuelto como el santo Job á no volverlos á fijar jamas en ninguno de aquellos objetos que tanto electrizan á los mundanos.

Se dirige al Convento de Capuchinos, entra animoso por aquellos sombríos cláustros, y pretende lleno de fervor que se le vista el hábito sagrado. (1) Esta vocacion fue demasiado ruidosa; se trata por algunos inconsiderados de ligereza, y aun se zahiere y cri-

(1) Se cree que pretendió ser lego llevado de su humildad, mas que los Prelados no le consintieron. Rel. del P. Sant. N. 4.

tica el honor de el cláustro Capuchino. Fue menester que los Prelados no mirasen con fria indiferencia estos dicterios, y que hiciesen ver de un modo auténtico que esta humilde Congregacion no es nueva en recibir en su gremio personas acomodadas y distinguidas, y que no son muchas las Religiones que pueden escederle en gloria y en esplendor. Estan los Capuchinos acostumbrados á ver entrar por sus puertas pretendiendo su pobre sayal, no ya solo títulos de alto rango y generales de Ejército y de Armada, sino infantes de las actuales familias reinantes en la Europa: y aun Soberanos. (1) Mas todo este esplendor como mundano estaba despreciado y poco atendido porque siempre habia colocado la Religion Capuchina su gloria toda en lo interior y en la santidad de sus hijos.

Despues de las pruebas de costumbres fue admitido para no tener con él consideracion alguna. En el Noviciado Capuchino lo mimo se trata al que viene de una casa rica, como al que sale de su tugurio, ó deja el arado para vestir el santo hábito. Admitido por el Prelado y PP. mas graves de la Comunidad, lo conducen al santo Noviciado.

Era Mtro. de novicios por aquellos tiempos el P. Fr. Serafin de Marchena, Predicador religioso exactísimo en la observancia regular, naturalmente severo y de semblante adusto; solo su presencia inspiraba respeto, mas al mismo tiempo prudente, caritativo y que sabia usar con oportunidad del agrado y afabilidad religiosa. Este fue el Mtro. que la divina providencia tenia destinado para que instruyese á este jóven en los caminos de la perfeccion. Lo recibe con dulzura y urbanidad y es conducido á lo interior del Noviciado: iba vestido con su traje fino y delicado, y de este modo le abren una

(1) En esta ocasion se pintaron los retratos que aun existen en los claustros, en donde se miran varios personajes, entre ellos Fr. Serafin de Borbon, hijo del Rey de Francia Enrique IV: otro actual Duque de Módena, y varios de las primeras casas de Europa vésee la obra titulada "Glorias de la Religion Capuchina."

pequeña puerta, y lo introduce su Maestro en una celda tan reducida, que mas parecia gruta de algun habitador de los desiertos que mansion para hombre civilizado: alli no ve una cosa que le adule, ó lisonjee su delicada naturaleza; no ve mas que una ventana estrecha, una cama de bancos y tablas, sin otra comodidad que una cubierta de lana, que haga las veces de colchon sobre las mismas tablas, otra para cubrirse, una almohada llena de paja, con un pedazo de sayal por cima, una pequeña mesita al pie con algun libro espiritual y una cruz de palo á la cabecera: este es todo el menage de un novicio, y este fue todo el tren que se ofreció á la vista de D. Joaquin. Aqui entró mas alegre y animoso que Alejandro, y los antiguos conquistadores de la Grecia en las ciudades que subyugaban: el P. Mtro. despues de decirle que aquella era su habitacion se retira, y D. Joaquin se queda solo.

¡Qué contraste de ideas y de cosas! Un hombre vestido de seda, cubierto con una capa de grana, rico sombrero, y con todo el traje del gusto de aquellos dias fino y correspondiente á la abundancia de su casa, sentado sobre la pobre tarima, sin ver por todas partes mas que la imagen de la penitencia, y sin percibir otra cosa que el mudo y triste silencio de la soledad religiosa. Alli fue donde ya retirado del mundo recibe las impresiones mas puras y fuertes de la divina gracia; alli fue donde ya separado de el torbellino del siglo escucha la voz de Dios que le habla en lo hondo de su corazon: „No temas, le dice, „contigo estoy: yo soy el que te ha traído aqui, todo lo „puedes con mi gracia: déjate caer en mis brazos, que „yo cuidaré de tí. Mejor es aqui un bocado de pan seco, que las mesas de los poderosos del siglo. (1) Aqui te „hablaré al corazon: aqui descansarás de los cuidados y „distracciones del mundo: aqui te verás libre de las pesadas obras, y de los trabajos de los ladrillos de Egipto. „Aqui veras siempre delante de tí una columna de nube

(1) S. Ephrem, trast. de patient. ap. Alap. in c. 11, v. 1. Prov.

„pero brillante, y llena de resplandores, que ilumine todos tus caminos mientras estes en el desierto del mundo: „aquí gustarás de un maná delicioso, el pan de la tranquilidad y quietud de tu espíritu en mi seno, hasta que „conduciéndote yo por la mano llegues á la tierra buena que te he prometido, la celestial Jerusalem.“ Enagelado D. Joaquín con estas ideas, derrama abundantes lágrimas, lágrimas dulces, lágrimas de reconocimiento y de ternura; se admira de la bondad de Dios con él, y exala sus afectos en espresiones de gratitud la mas reconocida.

Acostumbramos los Capuchinos á detener algunos dias entre los novicios á los que pretenden el santo hábito, haciéndoles que se ejerciten en lo mismo que aquellos practican, para que despues con mas madurez y conocimiento abracen el estado que han escogido. En razon de esta práctica establecida por nuestras leyes, estuvo D. Joaquín algunos dias con sus vestidos delicados del siglo confundido y mezclado con los Novicios, y asistiendo con ellos á todos los actos de Comunidad. Era un espectáculo tierno, y digno de la admiracion de los hombres y aun de los Angeles ver á este soldado bisoño en las guerras del Señor adelantarse á todos en las humillaciones, y en el desprecio de sí mismo. Aquellas eran tanto mas dignas de atencion quanto contradecian mas á su trage y porte. Un dia acaeció el siguiente caso, que dá bien á entender hasta donde llegaba en su ánimo el desprecio de todas las cosas del mundo. Estando todavia de catecúmeno (asi llamamos nosotros á los pretendientes del santo hábito, mientras que estan en el Noviciado sin vestirlo) se despojaba del calzado, y se ponía unos alpargates con ánimo de no hacer ruido con los zapatos, que entonces se usaban con mucho tacon: cosa extraordinaria, y que no hacen los demas pretendientes, los cuales no varían cosa alguna de su exterior hasta tanto que toman el santo hábito; mas él llamado al corazon con aquel silencio tan edificativo que

alli se observa, suplicó que los dias que precediesen á su noviciado se le permitiera andar como los novicios, para no turbarlos con el ruido de su calzado. (1) Es de advertir que D. Joaquin estuvo mas dias de seglar que los que se acostumbran en la Religion, con ánimo de que procediese con mas conocimiento del nuevo estado que iba á abrazar. Acaeció pues que hallándose la Comunidad en recreo (asi se llaman ciertos dias que preceden á los tiempos santos de Adviento y Cuaresma, incluso el Carnaval, tiempo en el que la Comunidad comienza sus rigores, y preceden antes por una disciplina tan antigua como el instituto, que los religiosos tengan algunos inocentes y moderados alivios, para que despues entren con mas fuerzas en la severidad de los ayunos y mortificaciones) hallándose como digo la Comunidad en estos recreos, dispuso el P. Mtro. que bajase el Noviciado á la porteria para salir al campo: estaban en efecto los novicios ya formados como es costumbre, con sus manos metidas en las mangas, el capucho puesto, y los ojos bajos, esperando á su Maestro para echar á andar. Llega este, y en el momento mismo de partir el Noviciado, repara que nuestro D. Joaquin estaba entre ellos con los ojos en el suelo, las manos en el pecho, y en la misma ó mayor compostura que los novicios; míralo con atencion, y repara que llevaba puestos los alpargates. Como que iban á salir á un público: y á la vista de unas gentes que tanto conocian al caballero Caravalló, y la disonancia de los alpargates con las medias de seda y capa de grana era tanta, que precisamente habia de llamar la atencion, espuesto á que se burlasen de él los menos piadosos, le mandó el Maestro que fuese inmediatamente y se los quitase, poniéndose su calzado acostumbrado: esta ordenacion fue con un tono de enfado, que podia haber mortificado bastante al genio vivo de este señorito. Mas él ya estaba tan mudado, que lejos de hacerle impresion le su-

(1) Relacion del P. Sant. n. 3.

plicó al Maestro con toda humildad que le permitiese ir públicamente de aquella manera, y para persuadirlo á que le concediese esta gracia, le habló al oído cosas que no entendieron los demas, y no sabemos lo que fue; lo cierto es que siendo de un caracter duro, y difícil de doblegar el referido P. Maestro, despues de haberlo oido, dijo al Noviciado *Vamos andando*, y dejó que D. Joaquin saliese de aquella manera. Anduvo toda la tarde por alrededor de la Ciudad, ó por donde fueron de paseo, con su capa de grana, su vestido delicado, sus medias de seda y sus alpargates puestos: considérese este contraste tan extraño en un público, y á la vista de una Ciudad que poco antes lo habian visto vestido de Diosa de la gentilidad, y ostentar tanto garbo y primor. ¡O lo que puede la gracia del Señor! Para el que está ya penetrado de su amor santo nada hay difícil, nada repugnante; todo le es llevadero, y aun lo que mas choca á los otros lo abraza con placer.

¡Que no haria D. Joaquin dentro de un Noviciado tan austero, cuando tan vencido tiene ya su amor propio, y tan derrocada su vanidad! Pasados los dias que tuvieron á bien los PP. de la Comunidad, y habiéndole hallado siempre constante en su vocacion, resolvieron que tomase el santo hábito del modo acostumbrado en la Religion Capuchina.

CAPITULO 2.

Toma el santo hábito de Capuchino.

Como el velo precioso que cubria antiguamente el Santuario y Tabernáculo de la alianza, asi es el hábito de la Religion, ó el áspero vestido con que se cubre el religioso, dice el seráfico Dr. S. Buenaventura. (1) El no constituye al regular, ni en el sayal consiste su perfeccion, mas es un signo, ó señal que demuestra el estado que ha abrazado, sus deberes y las virtudes que deben adornar el espíritu del que habita en el cláustro.

(1) Bon. de Prefect. Relig. c. 32

Los que se visten de vestidos preciosos, decia nuestro Redentor Jesucristo moran en los palacios de los Reyes (1) porque aquella preciosidad es un indicio de la grandeza y riqueza del Señor, á cuyo servicio estan; como tambien los vestidos lujosos y mundanos lo son de que el que los viste, gusta de agradar, parecer bien y llamar la atencion de los demas. El vestido luctuoso ó indicativo de tristeza entre los Hebreos, eran el saco y el cilicio (2) su color era oscuro. Los Profetas que elegian una manera de vivir, ó una profesion que predicaba penitencia, se distinguian por sus vestidos luctuosos. Elias y S. Juan Bautistas se cubren con pieles, y los Profetas que vestian el paño basto, solian traer á la cintura faja ó ceñidor tambien de pieles; tan cierto como esto es, que el vestido se considera como un indicativo de las disposiciones interiores del ánimo, S. Juan Clímaco (3) decia á sus religiosos: *ese hábito mismo que os cubre, os exita á llorar vuestros defectos, porque todo él respira luto y tristeza.* Dios se complace en lo áspero del vestido, y lo aprueba con señales manifiestas de su ternura y misericordia. El Rey de Ninive aterrado con la predicacion de Jonás, desecha de sí sus ropages preciosos y se viste del saco penitente para aplacar el enojo de Dios (4) Lo mismo hizo Acab despues que amenazado por Elias, reconoció la gravedad de su delito, y ambos experimentaron la utilidad de estas exterioridades, que hoy tratan de mofar y poner en ridículo los enemigos del Evangelio.

Todas las Religiones usan de hábitos mas ó menos ásperos y de distintos colores segun la profesion que han abrazado. Los Monarcas de la tierra han creído que sus tropas y sus ministros debian vestirse de otra manera que los demas, variando sus trages en color y en figura segun sus destinos y esto no, se zahiere,

(1) Calm. v. Vestio. Dicción. (2) Mat. 11. 8. (3) S. Joan. Clim. Scala S. gr. 7. n. 23. (4) Joas. 3. 6.

la práctica es tan antigua casi como el mundo, y no hay un Monarca en el orbe que no la siga; ¿y se zahiere al Monacato porque usamos de unos vestidos análogos en cada cual de los religiosos á nuestra respectiva profesion? Es menester no conocer á los hombres, é ignorar absolutamente las historias para contradecir esta costumbre.

La Religion Capuchina usa de un trage el mas abaido, el mas grosero y el mas pobre que se puede encontrar; pocas nos igualan en la aspereza del vestido, y ninguna nos excede. Mas ¿hay por ventura muchas que superen, ó tal vez igualen en severidad á nuestra reforma? ¿No son sus profesores los que abrazan la pobreza Evangélica en todo su rigor? ¿Pues que extraño és que su hábito sea tan grosero y penitente?

Es una especie de heroismo elegir esta clase de mortificacion á la vista de un mundo que tanto se esmera por hacer brillar el buen gusto y delicadeza en los vestidos; y este es el que está resuelto á emprender D. Joaquin Caravallo.

Llega el dia 5 de Enero de 1790. Este era el dia destinado por la divina Providencia para que se viese en nuestro Convento de Sevilla el ruidoso espectáculo de un jóven que vá á poner sus plantas sobre todo lo que la vanidad mundana ofrece de mas encantador y lisonjero. La fama de este fenómeno tan chocante á los ojos de las pasiones, se ha esparcido por toda Sevilla. La curiosidad de unos, el amor que le profesaban otros, y la admiracion que reinaba en todos, hace acudir á Capuchinos multitud de gentes que no están acostumbradas á registrar aquellos lóbregos cláustros; su piadosa familia, que por ideas equivocadas habia opuesto alguna resistencia á sus deseos, ya se entra por las puertas para ver á la prenda querida de su corazon, en el acto mas tierno y sensible; todos esperan con ansia el momento de la ceremonia religiosa.

En el interin D. Joaquin recibe sobre su cabeza la tonsura monacal, se le despoja de sus vestidos del siglo, se cubre con una túnica de sayal, que entra á substituir las delicadas telas con que hasta alli se habia cubierto; sus pies reciben desnudos las alpargatas; y encima de todo este trage oculto y penitente vuelve á poner sobre sus hombros la capa primorosa que usaba, y espera ya con impaciencia el momento de salir al público.

Era Guardian en aquel tiempo el R. P. Fr. Buenaventura, de Cádiz; condiscípulo de nuestro Venerable ejemplarísimo Misionero el R. P. Fr. Diego José de Cádiz; uno y otro extraordinarios en virtud y sabiduria, aunque este último escedió al primero incomparablemente en ambas cosas. El R. P. Fr. Buenaventura era sinembargo un sabio; su elocuencia fogosa, sus conocimientos y su invencion singularísima en la eleccion de los asuntos que predicaba, le hicieron ocupar un lugar muy distinguido entre los literatos. Cuando anunciaba la palabra de Dios, lo hacia con energía tal, que salian todos pasmados de escucharle. Varios sermones que aun existen impresos, son un testimonio bien manifesto de esta verdad; este era el Prelado, y de su mano vá á recibir el hábito sagrado nuestro D. Joaquin.

Llegada la hora señalada estando la Iglesia llena de gente, y la Comunidad ocupando la Capilla mayor, he aqui que asoma el Sacerdote vestido con Sobrepepliz y Estola, y delante de él, ¡que asombro! ¿Quién lo habia de conocer? D. Joaquin Caravallo. Al ver todos á aquel jóven que antes deslumbraba con la elegancia de sus trages, que á todos enamoraba con sus modales finos, y que no habia quien no gustase de oirlo por la amenidad de sus dichos; al ver á un jóven de tantas esperanzas, que dejaba abandonada una rica herencia y una fortuna risueña; al verlo digo con los pies desnudos, con la cabeza ya tonsurada: y que

aunque adornado con su capa antigua, ella misma hacia resaltar mas la vileza de la túnica de sayal que traia debajo; al verlo con los ojos tan humildes, con la cabeza inclinada y con toda la aptitud de un penitente y mortificado varon, no hay quien no derrame lágrimas de ternura. Un ruido ó rumor general suscitado por los sollozos y por las espresiones de admiracion suena por toda la Iglesia: se apresuran, se apiñan por mirarlo mas de cerca. Nuestro D. Joaquin ya se ve postrado delante del Altar Santo; el Prelado comienza sus preces, á que contesta la Comunidad con sus tristes voces, y en seguida se procede á la ceremonia funesta. Echada la bendicion al hábito nuevo, lo primero que hacen es despojar á D. Joaquin de la capa del siglo, y en acto seguido vestirle la investidura grosera de sayal; despues lo ciñen con una vasta cuerda, y acaban este acto tierno con volverse el Prelado al novicio y echarle una plática fervorosísima. Como aquel era un sabio y estaba perfectamente instruido en las circunstancias nada comunes que habian precedido en el jóven, las del concurso y de su misma familia que se hallaba presente, dijo tales cosas que quedó el auditorio pasmado al escucharle. El tema que puso fue tomado del sagrado libro de los Cánticos, y lo aplicó oportunísimamente á la vocacion extraordinaria con que lo habia favorecido el Cielo. Le entregó antes de concluir unas disciplinas para que con ellas macerase su carne, y un rosario para que siendo devoto de María Santísima pudiese con ambas cosas superar y vencer las horribles batallas que el Infierno le tenia preparadas, á fin de separarlo de su santo propósito. Le muda el nombre con que hasta entonces habia sido conocido, para que teniendo otro distinto, imitase á aquellos que tratando de ocultarse en el pais adonde entran, varian sus nombres, para que no sea facil conocerlos, ni dar con ellos. El iba á esconder su vida en Jesucristo, le importaba mucho que no lo conociesen

por aquel mismo que antes era el gozo y la alegría de cuantos lo trataban. Esta práctica es tan antigua en la Religión, como su Seráfico Fundador; ella contribuye no poco para sepultar el lustre de los apellidos de distincion, y para vivir confundidos con los demas: le pusieron por nombre *el Hermano Fr. Salvador Joaquin de Sevilla*. No sabemos cual fue la causa que movió al piadoso Prelado para llamarlo *Salvador*, ó si seria á peticion del mismo, por la resolucion que traia en su alma de seguir á aquel amantísimo Jesus, que se constituyó por su inefable amor nuestra salud, y la vida de nuestras almas.

Concluida la toma de hábito, en seguida el Sacerdote lo abraza arrimándolo á su pecho, como para darle la enhorabuena, y manifestarle que ya es uno de nosotros. Despues, segun la costumbre Santa que observamos los Capuchinos, el novicio se levanta, se vuelve hácia la comunidad, é hincándose de rodillas delante de cada Religioso, comienza por el superior, y va abrazando á cada uno. ¡Qué seria ver á D. Joaquin en este lance! ¡Qué lágrimas tan fervorosas derramaria! ¡Qué rostro tan encendido en el amor de Dios seria el suyo!

¡O que cosas hace la gracia del Señor! ¡Qué transformaciones tan pasmosas! ¡Como sabe transformarlo todo! Bien podian sus parientes, sus amigos, la Ciudad toda acercarse á él para examinar su nuevo traje: El ya no es el que era. ¿Adonde se ha ido aquel vestido de tanto primor y tan delicado? ¿Donde aquellas medias de seda, dónde aquella capa de grana, dónde todo su adorno? Vense alli hácia un lado parte de los despojos que acaba de arrojar de sí. ¿En qué se parece este compungido novicio á aquel alegre y festivo mancebo, que transformado en Diosa de la gentilidad, iba tan adornado sobre un soberbio caballo, deslumbrando á todos los que le miraban con la preciosidad de sus atavíos? ¿En qué se parece aquel capucho tosco que ahora viste, á aquella muceta y á aquellas borlas que en premio de su sabiduría

recibió en la Universidad? Hágase el cotejo de unas cosas con otras, de unas funciones y aparatos públicos con otros, de persona con persona, de circunstancias con circunstancias, y no habrá corazón que no se enternezca, ni alma tan insensible que no exclame: ¡O lo que puede la mano del Señor!

Este es uno de los mayores milagros del Evangelio, y una de las pruebas más inclutables de su divinidad. ¿Qué fuerza sino la de un Dios hombre puede hacer que se prefiera la pobreza á las riquezas, las lágrimas al placer, las humillaciones á la gloria, y un sayal grosero á las delicadas telas, que tan amables son á los sentidos? Es verdad que el extravagante filósofo ha hecho otras veces cosas que se han parecido á estas, mas han sido como el saltador que roba la capa al pasajero para adornarse con ella; el filósofo se ha adornado con la imagen exterior de la pobreza para cubrir su orgullo, oíganse sus dichos, véase su conducta, y cualquiera conocerá esta verdad. Solo el Evangelio es el que tiene fuerza para producir heroismos de esta clase en una naturaleza que tanto los repugna.

Los ojos de todos están fijos en D. Joaquin; apenas acaban de creer lo mismo que están viendo, todos salen pasmados bendiciendo al Señor que obra tales maravillas en sus escogidos.

CAPITULO 3.

Su Noviciado.

El Noviciado es tan antiguo en la Iglesia como el Monacato mismo. (1) La Religión no quiere víctimas forzadas; no aprueba sacrificios que el corazón no dicta é inspira; ni tampoco gusta de ver en sus aras holocaustos, inmolados por la precipitación ciega é ignorante: el hombre cuando le ofrece por la profesión religiosa la porción más noble y preciosa de sí mismo, ha de conocer y palpar la cuchilla que ha de sacrificarlo, el altar endon-

(1) Thomasin t. 1. f. 3. c. 48.

de se ha de consumir, y el fuego que ha de reducir á pavesas todas sus pasiones. Nada se le ha de ocultar: para eso está santamente instituido el Noviciado. En él cada cual prueba sus fuerzas, ve si se halla con aliento para romper de una vez con el mundo, y consigo mismo, y para morir con una muerte poco menos sensible que aquella que nos arranca el último gemido. Aquí se le pone delante el cáliz de la vida religiosa al que viene de fuera, se le presenta con todas sus hieles, amarguras y penalidades, y se le dice sin rodeos, ni ambages ¿podeis beber este cáliz? Mirad que toda vuestra vida lo habeis de tener en los labios, mirad que no os será lícito en lo sucesivo volver la cara atras; que ya para vosotros se acabó el mundo, y que este os aborrecerá y detestará, poniendo en ridículo vuestro trage, vuestra vida, y vuestras penitentes maceraciones. ¡Desgraciados, si amilanados os dejais llevar de sus engaños!. ¿Podeis beber este cáliz? ¿Podeis subir á la Cruz con Jesucristo, y alli ser crucificado con él? Si el Novicio dice animosamente como los hijos del Zebedeo que puede, y se ve que su disciplina severa y exacta corresponde á sus palabras, entonces se le admite á la profesion religiosa. ¿Puede darse una conducta mas sabia? ¿Qué destino, que estado hay en la Iglesia, ni en la sociedad, que use de mas detencion y madurez? Señálese un empeño, una profesion, una clase cualquiera de las que hay en el mundo civil en la que se entre con tanta prevencion, con tanta deliberacion de la voluntad libre, y con tanto conocimiento? Ciertamente que no la hay, ni es posible escogitarse. Y sin embargo se atreven los incrédulos á llamar á los jóvenes que se consagran á Dios víctimas llevadas al matadero, desgraciados que espiran sin saberlo sobre las aras del fanatismo religioso? (1)

Si hay algun noviciado en que no se use de condescendencia alguna con las pasiones, y endonde mas se pruebe la vocacion religiosa, es ciertamente el de Capu-

(1) Ap. Berg. passim, et alios Apolog. haec referuntur.

chinos. Espanta la austera severidad con que acá se crian los jóvenes. El silencio es rigorosísimo, la abstraccion de todo trato no puede ser mayor; las mortificaciones de los sentidos continuas, los ayunos muchos, el sueño poco, é incesantes las humillaciones. Es terrible el Noviciado de Capuchinos. La Religion nada omite que pueda contribuir á formar en el jóven un varon ejemplar, penitente, y observantísimo de nuestro áspero instituto: seguro está que ninguno diga que se le ha engañado no mostrándole todo el rigor de la vida monástica, antes bien por lo mismo se les prueba de modo que jamas puedan alegar ignorancia de nuestras asperezas.

Aunque todos los novicios mientras siguen este rigor son ejemplares, ninguno ha excedido á nuestro Fr. Salvador de Sevilla: desde que vistió el sayal grosero, resolvió no volver jamas á mirar no solamente al mundo, pero ni á su propia familia. Olvidando todas sus antiguas delicadezas, se consideró á sí mismo tan infeliz como el que ha debido su nacimiento á unos padres desdichados, y su cuna al tugurio mas miserable, se propuso llegar con la gracia del Señor al término que se habia prefijado, segun la celestial vocacion con que el Cielo lo habia favorecido. Olvidó el hermano Fr. Salvador á su madre, hermano, parientes, como si á él solo le hubiese dirigido Jesucristo aquella sentencia del Evangelio: *El que no aborrece á su padre, á su madre, y á sí mismo, no puede ser mi discípulo.* (1) Propuso arrancar de su corazon todo cariño, toda ternura y todo afecto á su familia, queriendo que Jesucristo fuese para él su padre, su madre, y todas las cosas: hizo pacto con sus ojos como el Santo Job, (2) de que jamas los habia de fijar en rostro alguno, no ya solo de jóven ó soltera, pero ni aun de ninguna otra criatura que pudiese distraerlo. Su presencia de Dios era tan continua, que andaba abstraído, y tan fuera de sí, que parecia no estaba en este mundo. Un dia habian los novicios baja

(1) Luc. c. 2. (2) Job. 31. 1.

do al jardín de la sacristia para hacer cierta faena, y los rosales estaban podados; con este motivo habia varas llenas de espinas esparcidas por alli, se le van enredando unas detras de otras al hermano Fr. Salvador, y arrastra tras de sí porcion de ellas que lo espinan y mortifican las piernas; mas él está tan fuera de sí mismo, que al parecer no advertia lo que llevaba enredado en las piernas: un novicio lo repara y se las quita: ¡tal era su enagenamiento!

Su oracion se puede decir que era continua, y que jamas la interrumpia: edificaba verlo en el coro, en el refectorio, y en todas partes, porque su rostro era el de un Justo que está en actual trato con su Dios. Puso un empeño el mas claramente advertido y conocido de todos, en despojarse de sí mismo. Siguió desnudo á Jesus desnudo: murió á sí propio de tal manera que dió una profunda sepultura, que se puede llamar aniquilamiento á la multitud de bellas cualidades, que lo hacian brillar, proponiendo que su talento, su viveza, su genio poético y divertido estuviesen enterrados al pié del sangriento patíbulo del Redentor. Desaparecieron todos aquellos chistes y gracejos, que formando su caracter lo hacian tan entremetido. Huyó de sí mismo, como de una fiera espantosa, y se escondió de tal modo, que á sí mismo no se pudiese encontrar sino en la Cruz del Redentor: sus disciplinas y maceraciones eran tan crueles, que mas parecia verdugo de sí mismo, que hombre mortificado: por último se desvió de cuanto habia hecho en el siglo, y no se acordó de sus espediciones, y dias alegres mas que para aborrecerlos y detestarlos.

¡Con qué gusto no se miraba empleado en las ocupaciones mas humillantes! ¡Con qué placer de su alma aseaba hasta los lugares mas inmundos del Convento! ¡Cuanta era su alegria al mirarse por aquellos suelos, ya postrado oyendo las instrucciones de sus Prelados, ya recibiendo las penitencias que aquellos imponen en el refectorio; ya practicándolas de la misma manera! Acos-

tubran los novicios Capuchinos mientras la Comunidad come hacer varios ejercicios de mortificacion, tan duros algunos de ellos, que no nos atrevemos á publicarlos porque no los crea el vulgo exageraciones. La mortificacion menos penosa es tomar una disciplina antes de comer; y mientras la comida tomar el alimento hincados de rodillas: muchas veces con los ojos casi cubiertos con una mortificacion espresamente dispuesta para eso; y con otros no menores sacrificios de la propia comodidad. Todo esto lo practicaba nuestro Fr. Salvador con aquel gusto con que los mundanos asisten á sus diversiones y teatros de desemboltura. Sus connovicios recuerdan los ejemplos que les dió en todas estas ocasiones.

¡Qué dirian esos mundanos, que tanto zahieren la vida monacal, tratando á sus profesores de holgazanes y regalones, si viesen estas cosas tan comunes y triviales en el claustro religioso! Quisiéramos que se acercasen un poco, y que tocasen siquiera con la punta del dedo, eso mismo que á ellos les parece tan facil: puede ser que entonces abrieran sus ojos, y conocieran su miserable equivocacion.

Se ensayó nuestro Fr. Salvador mientras su noviciado en la práctica de aquellas virtudes que dicen por sí mismas mas repugnancia á la naturaleza flaca, se domesticó con ellas, y se puede decir que las poseyó, pudiendo ser un modelo perfectísimo de ellas á los ojos de los mas adelantados. Desde aquellos principios, se impuso perfectamente en todas las obligaciones que constituyen á un Capuchino ejemplar, y en nada quedó poco versado ó instruido. Vamos á verlo otra vez en el Altar santo para hacer su solemne profesion.

CAPITULO 4.

Profesa y jamas deja mientras vive las prácticas Santas del noviciado.

Asi como antiguamente las vírgenes hermosísimas se presentaban por el largo espacio de doce meses para po-

derse desposar con el célebre Rey Asuero, ungiéndose con el oleo de la mirra seis meses, y en los otros seis usando de aromas esquisitos, (1) así tambien el novicio, como esposa espiritual, debe prepararse con esmero en el espacio de los doce meses destinados para su probacion, á fin de celebrar el desposorio de su alma con el celestial Rey por medio de los votos solemnes. De aqui es que debe tambien ungir su cuerpo y sus sentidos con el oleo de la mirra, esto es con la mortificacion á que se debe entregar: aplicándose á sí mismo aquel célebre dicho, *tanto adelantarás, cuanta sea la fuerza que te hagas á tí mismo*. En segundo lugar debe usar de coloridos que den hermosura á la cara de su alma, esmerándose en poseer una intencion purísima, que es la que da mas brillo y elegancia al rostro del alma y la hace preciosísima, porque toda la gloria de la hija del Rey está por allá dentro. Esta intencion santa ha de ir delante de todas sus obras; y por último se ha de valer de los aromas olorosos de las virtudes sólidas, de las que se evapora una fragancia que encanta á los hombres y que arrebatá el corazon de Dios.

De esta manera es como estaba adornado el ejemplar novicio nuestro hermano Fr. Salvador de Sevilla. No solo se habia unguido con oleo de mirra de una mortificacion absoluta, interior y exterior, sino que en esto habia puesto todo su empeño no teniendo mas delicias que las de la Cruz. Su alma se habia hecho preciosísima con el brillo de la recta intencion, pues siendo tan vivo nada entendia de las cosas de por acá bajo, y solo Dios y el complemento de sus designios en él, eran todas sus especulaciones. Aprendió en el tiempo de su noviciado de tal manera el ejercicio de todas las virtudes que ninguna le faltaba y todas en él eran admirables. Su humildad llegó á profundizar tanto, que

parece no podia bajarse mas, ya en el conocimiento que tenia de su miseria, y ya en el placer con que recibia todas las humillaciones que practican los novicios. Su amor á Dios, su caridad con el prógimo, su pobreza, y por último todas las virtudes que plantó en su alma durante el noviciado fueron tan sólidas como veremos con admiracion en adelante; su espíritu estaba perfumado con todos estos preciosos aromas, de tal modo que podia entrar ya en el tálamo del Esposo celestial por medio de la profesion religiosa.

Este momento lo esperaba con ansia y suspiraba por sacrificarse á sí mismo sobre el Altar Santo, como purísimo holocausto, de tal manera y tan absolutamente que nada le quedase del viejo hombre: lo esperaban tambien los Angeles Santos para presentar delante del trono unos votos que acabando con cuanto hay de mas precioso en la naturaleza, son los aromas mas exquisitos que ellos presentan á la Divinidad. Lo esperaban tambien los religiosos, porque preveian los frutos de edificacion y de ejemplo que habian de seguirse al cláustro Capuchino y al siglo mismo.

Llegó por último el día 6 de Enero de 1791, y habiéndose reunido su familia, y mucho concurso, como cuando su toma de hábito, he aqui que se presenta el hermano Fr. Salvador con el rostro pálido por las penitencias, y desfigurado con la barba, sus ojos humildísimos, y todo él predicando penitencia. Allí á la presencia de los Cielos que se complacian mas de este sacrificio que de cuantos se vieron entre magníficos aparatos en el templo de Jerusalem: allí delante del mundo que se admiraba, de su familia que derramaba lágrimas de ternura, de los Religiosos que tomaban el mayor interés en el sacrificio, hizo su profesion solemne en las manos del Sacerdote; ya espiró la víctima; ya se acabó *D. Joaquin Caravallo y Vera*, ya desapareció del teatro del siglo, aquel que antes tanto los alegraba á todos; ya no es el que era; un

caballero, un comerciante, un maestro en Artes, un poeta gracioso; es sí un humilde Capuchino, un pobre, un penitente Religioso: ya se acabaron aquellas telas de seda, aquel primor, aquella finura; en lugar de todo esto va á aparecer en él un desaliño estudiado, un aspecto de desdicha y de miseria; pero si se observa bien al pie del altar endonde se halla, se verán en su mortificado rostro todas las señales mas espresivas de aquel gozo santo, de aquella dulce y amable tranquilidad, de aquella ternura que es sobre todo lo que el mundo puede dar de mas lisonjero. ¡Qué lágrimas tan preciosas mojan sus venerables mejillas! ¡Qué ademan tan espresivo se advierte en todo él! Parece que le está diciendo á Jesucristo en aquella hora aquellas encendidas palabras del grande S. Paulino: *Tengan para si enhorabuena los Reyes sus reinos, los ricos sus riquezas, para mi no hay otra gloria ni otras dichas que mi Crucificado Redentor.* (1) ¡Ya no hay que nombrarle el rico patrimonio que abandona, ni las comodidades de su casa, porque todo esto y mucho mas que tuviese lo ha renunciado tan genrosamente, que ya todo lo terreno es para este fervoroso jóven como el polvo que se pisa con los pies, y como el estiércol que se arroja al muladar.

Desde este dia como el diligente peregrino que habiendo pasado la noche en un profundo sueño, cuando despierta ve al sol en la mitad de su carrera; y sin detenerse sale de la posada, apresura el paso, y en nada se distrae ansioso de hacer su jornada en la parte del dia que le resta: asi este nuevo Capuchino. Ya tenia mas de veinte años cuando hizo su solemne profesion. Sus primeros y mas alegres dias se le pasaron con la rapidéz con que pasan los momentos mientras se duerme. El abre los ojos, y advierte que cuando otros jóvenes comienzan á vivir para Dios, por lo temprano con que aman-

(1) S. Paulin. ap. Lig. in Si bello Sacerdos p. 135.

cen y madrugan para su viage al Cielo en la carrera religiosa, él se habia detenido en el sueño de los pasatiempos y de la vanidad. Asi podemos llamar su vida anterior, sin embargo de que nunca se extravió, comparada con la perfectísima que despues abrazó. Advierte que comienza tarde su carrera, y se dá desde este dia de su profesion tal prisa para caminar, que no solo alcanza á los mas adelantados en la virtud, sino que se puede decir sin exageracion que los dejó atras. ¿Quien ha sido mas exacto que él en la observancia, aun de las pequeneces mas imperceptibles de la vida capuchina?

Dos noviciados distingue el Seráfico Dr. S. Buenaventura, en todo verdadero religioso; (1) uno termina quando concluido el año de la aprobacion promete obediencia y estabilidad en la Orden con sus palabras. El otro dura mientras el Religioso no convierte en fria costumbre aquella manera de vivir que se le ha enseñado: esta es una de las cosas mas ejemplares que se advirtieron siempre en este varon religioso: siempre atendió á la causa que lo habia traído al claustro Capuchino, y el fin que se propuso al abrazar tan rígido instituto; de consiguiente convirtió en costumbre hasta las cosas mas menudas que su riguroso Maestro le enseñó en el noviciado.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO.

(1) S. Bon. de prof. Relig. lib. 1. in Prol.

TERCER CUADERNO

DE LA VIDA DEL

PADRE VERITA.

Agradecido al favor que el Altísimo le había dispensado sacándolo de su casa y familia, cuando él menos lo imaginaba, no podía acordarse de este día de su profesión sin ternura. Este día fue para él tan memorable, como el de la salida de Egipto lo había sido para el pueblo del Señor. Preguntando uno que trataba de hacerse Religioso á cierto Padre de los desiertos (1) ¿Como viviria despues que hubiese profesado el instituto monacal? le contestó: „mira cual eras en el dia de tu consagración á Dios, y vive siempre de la misma manera. Esto es, „considera el estado en que se hallaba tu voluntad, en „aquel primer dia en que resolviste ser todo de Dios. ¡Qué „humilde eras entonces! ¡Qué dispuesto á obedecer á todas „las cosas por ásperas que te pareciesen, aunque fuesen „las mas despreciables! ¡Qué sufrido cuando te corregian, „y cuando te se ofrecia alguna penuria ó escasez, ó cuando padecias algun quebranto! ¡Qué vergonzoso y tímido! ¡Qué diligente en enmendar tu vida, y recuperar los „dias que perdiste en el siglo! ¡Qué poco cuidabas de los „negocios del mundo, sin buscar ni inquirir lo que sucedia, ni referirlo á otros! No atendias á las cosas que distraen el ánimo de su Dios, ni te ocupabas en cosas curiosas. Acuérdate como huiste y despreciaste todos los „afectos carnales, y te ofreciste al Señor holocausto vivo, „todo entero, para que nada en adelante viviese en tí con

(1) Ap. S. Buenav. ibi. c. 1.

„la vida del pecado, sino que esta toda fue sacrificada é in-
 „molada al Señor con la cuchilla de la obediencia, por mi-
 „nisterio del Sacerdote, esto es, de tu Prelado: esmérate
 „pues en vivir en adelante segun esta misma forma de vida,
 „para que no parezcas que en la escuela de la Religion
 „mas bien olvidas que aprendes, y que mas bien vuelves
 „atras que caminas para adelante.“

Esta gran máxima estuvo tan profundamente clavada en el alma del V. P. Salvador, que toda su vida no fue mas que un noviciado continuo; jamas dejó de hacer aquellas cosas que practican los novicios; sus sandalias eran como las de los novicios, su tonsura como la de ellos: tenia su pobre pañuelo metido ó colocado donde los novicios lo guardan. En su celda estaba sentado observando la forma del Noviciado, vivia cerca de él y en una pequeníssima habitacion como el último novicio, y jamas quiso otra; su cuerda, su hábito, su vida toda interior y exteriormente era la de un ejemplar novicio; en el trato con los del siglo, en el que observaba en el claústro, en la asistencia al coro y en el modo de estar en él guardaba las mismas ceremonias que los otros novicios; nunca, ni aun cuando el Señor lo llamó á la vida pública desmintió aquel primer fervor que se le advirtió en su solemne profesion, y siempre fue tan humilde, tan pobre, tan callado, tan sufrido como el último, y mas penitente novicio.

Pero no es esto todo: la virtud de un novicio es virtud (llamémosla asi) niña, mezclada de puerilidades, de imperfecciones y cobardias; mas la virtud de nuestro Fr. Salvador fue siempre una virtud firme, constante, varonil y tan áspera como si hubiese aprendido la disciplina claustral al lado de los Pacomios é Hilariones. Vamos ya á entrar en el campo vastísimo de sus penitentes hechos.

CAPITULO 5.

Su Coristado.

Un Religioso que trata de progresar en el camino de la perfeccion, decia el Seráfico Dr. S. Buena-ventura (1) debe poseer un fervor santo, y cierta grandeza de alma que lo haga pronto, esforzado y devoto para el ejercicio de todas las virtudes, esmerándose por grangear buenas obras. Entonces son arrancados los vicios y extirpados del alma fielmente, si ceden y se rinden á las virtudes: mas nada es tan util para vencerse, y humillarse á sí mismo como un fervor nacido de la caridad mas encendida, y expresado hasta en la postura del cuerpo cuando ora al Altisimo. Un religioso puede orar en pie como el publicano, postrado en el suelo como la Cananea, puesta su boca sobre el polvo como Daniel, y tambien sentado como Job en su muladar; mas la postura que indica mayor reverencia y que por sí misma causa mayor incomodidad es orar con las rodillas en tierra.

N. V. P. Fr. Salvador parecia de marmol. Siempre oraba, y continuamente de rodillas, tan inmovil que á no ser porque la obediencia lo llamaba á otras ocupaciones, jamas se hubiera separado de la oracion. Su postura indicaba el gran fuego de amor de Dios, que le devoraba las entrañas. Admiraba á toda la Comunidad tanto espíritu en un jóven que comenzaba entonces la carrera de la perfeccion; de este su continuo orar y de tener siempre las rodillas por el suelo se le originó aquella enfermedad de que hablaremos al fin de este capítulo, y de aquí le nació aquella tan grande solidez de espíritu que podemos decir era el modelo mas cabal de un religioso corista, y de un verdadero Capuchino.

Habiendo aprendido en el trato con su Dios el modo mas breve de llegar á la profesion religiosa que consiste

(1) Spec. Discipl. ad Nov.

no en hacer cosas grandes, sino en practicar bien y perfectamente las obras comunes y diarias de la religion, las hacia con tanta puntualidad, alegria y devocion que no habia quien no alabase al Señor en las obras de su gracia que tanto brillaban en el V. P. Salvador. Obraba segun aquella sentencia del gran P. S. Agustin. (1) *Quieres siempre alabar á Dios? Pues haz bien esas mismas cosas que haces, y siempre estarás alabando al Señor.*

Un corista Capuchino en casi nada se distingue de un novicio. El debe practicar por el espacio de cuatro años las costumbres santas del Noviciado. Debe observar un continuo retiro, debe hablar de rodillas á cualquiera, aunque sea de su misma clase; debe todos los dias decir la culpa, y hacer cuanto practican los novicios. En todo fue tan exacto nuestro V. P. Salvador, que jamas se le advirtió faltase en cosa alguna de las que son características de un corista. Despues que concluia con las ocupaciones propias de su clase, se encerraba en su celda y alli tenia todas sus delicias; „La celda y el Cielo tienen entre sí un gran parentesco, „decia S. Bernardo. (2) Lo que se busca en los Cielos „se halla en las celdas; á saber: vacar á Dios, y gozar „de Dios. Los Angeles tienen á las celdas por Cielos, „igualmente se deleitan en las celdas que en los Cielos, „y de la celda se sube al Cielo. La celda es la tierra „santa y el lugar de santificacion; allí el alma se „junta con Dios.“ Esto que decia S. Bernardo lo experimentó tambien el P. S. Gerónimo. *Para mí, decia, las cosas todas del mundo son como una hñrrida cárcel, y la soledad como un paraiso de delicias.* (3) Estos placeres del espíritu que se gozan en la soledad, endonde sin temor de ser registrado por el ojo humano, el alma hace lo que le inspira su fervor, los

(1) S. Aug. in Ps. 118. (2) S. Bern. de imit. lib. 1. c. 10. (3) S. Hieron. ap. Lohu. f. r. mihi f. 429.

vemos desde corista en el V. P. Salvador. No faltará ocasion en que se hable de lo que se le observó apesar suyo en el retiro de su celda.

Persuadido de que los votos que acababa de professar eran los medios principales para conseguir la perfeccion, puso desde corista un singular estudio en su observancia. *Altisima es vuestra profesion*, decia S. Bernardo. (1) *Ella pasa los Cielos, es igual á los Angeles, y semejante á la pureza Angelical. No solo habeis profesado toda santidad, sino la perfeccion de toda santidad, y el fin de toda consumacion. De otros es servir á Dios; de vosotros el estar unidos con Dios.* Esto lo vemos en el V. P. Salvador: su regla es estrechísima, sus preceptos son muchos, y la perfeccion á que se sube por su guarda es tan sublime, que sus profesores no son hombres, sino Angeles. ¿Como os llamaré Yo? decia S. Bernardo á los Monges de su tiempo. (2) *Yo no sé si llamaros hombres celestiales, ó Angeles terrenos que andando por el mundo tienen su conversacion en el Cielo. Ciertamente no sois del mundo sino sois ciudadano de los Santos y domésticos de Dios.* Este mismo elogio merecen todos los profesores de la regla seráfica, que desprendidos de todas las cosas de la tierra, viven en ella sin dependencia alguna de sus bienes y comodidades.

Igual esmero se observó en nuestro Venerable acerca de la observancia de las constituciones y prácticas de la Orden. ¿Quien fue mas puntual que él en todas las muchas menudencias que estan á cargo de un jóven corista? Le parecia que el citado P. S. Bernardo habia dicho para él lo que dirigió á todos sus religiosos. (3) *Yo os ruego hermanos, y encarecidamente suplico que de tal modo obreis y permanezcais tan constantes en vuestro propósito, solícitos siempre en la guarda de las cosas de la orden, que la orden os guarde á vosotros. Es*

(1) S. Bern. hom. 40. (2) Ibi. (3) S. Bern. ad fratres ep. 27.

máxima de los Santos, que aquel es perfecto religioso que observa cuidadosamente las leyes y constituciones todas de su orden. Este podrá esperar con justísima razon que Dios le ha de comunicar copiosos auxilios de gracia para llenar todas las partes que constituyen la perfeccion, y que hacen adquirir las virtudes todas, segun aquella promesa de Jesucristo. (1) *O siervo bueno y fiel, porque en cosas pequeñas has sido fiel, yo te sublimaré sobre cosas mas grandes: entra en el gozo de tu Señor.* Estos auxilios tan oportunos, y esta adquisicion de las virtudes de resultas de su aplicacion á la observancia de nuestras leyes, las vimos ejemplarísimamente en el P. Salvador: vamos á comprobar todo esto en un hecho que por sí solo dice mucho, y da á entender el temple de nuestro venerable en las cosas de su alma.

Una sola vez le vimos en toda su vida que caminase subido en bestia, única en que parece se separaba de la observancia de sus leyes; pues esta misma va á llamarnos la atencion para conocer su fervor y la grandeza de sus santas resoluciones. Como él siempre que podia oraba de rodillas, en la celda, en el coro, en la Iglesia y en los sitios mas retirados, sin tomar descanso alguno, sino solamente cuando se conformaba con la Comunidad en la oracion pública, resultó que las rodillas se le hincharon. Acudió allí un humor que congelando e en gran porcion llegó á estar estremadamente atormentado. El no desplegó sus labios, á nadie manifestó el estado de sus rodillas, y permanecia hincándose en el suelo sobre ellas, como si tal cosa padeciese. Segun se observó en varias ocasiones lejos de buscar alivio, daba con tal dureza contra el suelo al tiempo de arrodillarse, que no parecia sino que de propósito tiraba á despedazar á aquella parte tan dolorida; temblaba el coro y se conmovia con el golpe: mas nadie caía en lo que podria ser aquello. El mal se empeora

(1) Mat. 25.

en términos que el Prelado echa de ver que estaba padeciendo; le obligan á que se descubra y las tenia tan malas que se creia era preciso usar de la cuchilla para sajarlas. A este fin estando de corista en Sevilla lo mandan á Cádiz, tal vez con ánimo de que el famoso Canibel, que era el Cirujano de Capuchinos, le hiciese la operacion con aquel acierto con que las hacia todas. Va efectivamente, y cuando ya estaba curado, pero todavia con la delicadeza en aquella parte que se deja discurrir; recibe una orden del M. R. P. Provincial para que pase á Jerez á estudiar la Sagrada Teología en el curso que habia allí establecido, y que iba á entrar en el primer año de esta facultad.

Recibida la órden trata de obedecer al momento, mas el Prelado lleno de prudencia, y considerando el estado de tanta delicadeza en que se hallaba en razon de la penosa enfermedad que acababa de sufrir, y lo reciente de las cicatrices que habian causado las cuchillas, é instrumentos de cirugía, le mandó por santa obediencia que desde el Puerto habia de ir á caballo hasta nuestro Convento de Jerez: nuestro Venerable que nada tenia mas en su corazon que mortificar su cuerpo con toda clase de maceraciones, singularmente con la gravosísima de caminar á pie, que impone la regla Seráfica, quisiera de este modo andar el camino; pero viéndose obligado á obedecer ¿que hace? ;O que ingeniosa es la penitencia en los siervos del Señor! No discurre tanto un voluptuoso en los medios que pueden promover sus delicias y placeres, como el V. P. Salvador en los que han de arruinar y demoler su delicada naturaleza. Al salir de la Ciudad, se le presenta la bestia en que ha de ir montado, y antes de subir á ella se aparta á un lado, busca piedras, llena de ellas las alforjas y despues que las colma á su satisfacion pone esta carga sobre el animal, en seguida sube y cuando ya estaba montado se echa á cuestras aquella carga

de piedras, para que ya que no podia dejar de ir subido por ser esta la orden del Prelado, fuese al menos con cuanta mortificacion y quebranto pudiese. ¿Puede llegar á mas el fervor de este varon Justo? Esta fue la única vez que anduvo á caballo; porque jamas en su vida se le vió tomar algun alivio en los caminos: y en esta única vez que usó de este alivio ¿como lo hizo? ¿Que de virtudes descubrió en esta ocasion? Su amor á la regla Seráfica, pues para hacerle que subiese se necesitó un precepto formal de santa obediencia; su sumision á la voz de Dios, en la ordenacion de los Prelados; la firmeza de sus santas resoluciones, sabiendo encontrar arbitrio para mortificar su cuerpo en el acto mismo en que parecia aliviario; su humildad presentándose de esta manera en uno de los caminos mas concurridos de nuestra Andalucía. ¿Quien puede leer esto sin que el corazon se le conmueva? Sin embargo estas no son mas que las primicias de su espíritu: vamos á ver otras que son mucho mayores.

CAPITULO 6.

Lo pon'n á estudiar en Jerez; cosas estraordinarias de su penitente vida en el tiempo de sus estudios.

Los claustros han sido en los siglos de barbarie el asilo de las ciencias. (1) La mayor parte de aquellos grandes sabios que se han hecho célebres en la Iglesia Católica, por la santidad de su vida y por lo esclarecido de su doctrina, ó han sido Monges, ó se han educado y criado por mucho tiempo entre ellos, de suerte que allí han trabajado la mayor parte de sus obras. De los cuatro Santos Doctores que venera la Iglesia Griega, dos ciertamente fueron Monges. S. Basilio y S. Juan Crisóstomo; sin hablar de S. Gregorio Nacienceno, que como dice el escritor de su vida, mas bien vivió como Monge que como seglar. S. Atanasio vivió entre los Monges del Egipto, y por complacerlos escribió la vida del

(1) Berg. Dicc. Theol. v. Lettres. science : université.

9

gran Antonio. Lo mismo podemos decir de los PP. de la Iglesia Latina; á escepcion de S. Ambrosio, de quien no sabemos hubiese habitado en Monasterio alguno, los tres restantes S. Agustin, S. Gerónimo y S. Gregorio el grande, sin duda alguna profesaron la vida religiosa. S. Gregorio de Tours, que pertenece al siglo sexto de la Iglesia, demuestra que los Monasterios de su tiempo eran como otros tantos Colegios de jóvenes, endonde principalmente se enseñaban las ciencias eclesiásticas. (1) Por lo que S. Agustin que escribió en el siglo V. dibuja exactamente las costumbres de Monges que vivian en su época; refiere que ellos pasaban todo el tiempo de su vida orando, leyendo y disputando. (2) Estos Padres, continua el Santo, no solo eran escelen-tísimos por la pureza de sus santas costumbres, sino tambien por la abundancia de doctrina en que resplandecian.

No es de nuestro instituto hacer aqui una apología de la literatura monacal; mas nos vemos forzados á decir algo para que no se crea que la santidad y rigor de la disciplina claustral ha mirado jamas con aprecio la rusticidad y la ignorancia. Pocas religiones hay mas modernas que los Capuchinos, y poquísimas que profesen mas severidad y abstraccion de las cosas del mundo; sin-embargo vease la obra en folio de los escritores de esta reforma, escrita por el sabio P. Bernado de Bolonia, y alli se verá, que enmedio de nuestro retiro no se ha ignorado ciencia ni facultad alguna, y que los Capuchinos han escrito sobre toda clase de literatura y de artes, y quizas con mas felicidad de lo que regularmente se piensa.

Los sabios no ignoran que teniamos en Paris la célebre Congregacion de S. Honorato, tan recomendable como la de S. Mauro, que los Monges Benedictinos poseian en aquella misma Ciudad. Los sumos Pontífices

(1) S. Greg. Turon. l. 5. c. 14. (2) S. Aug. de morib. Ecl. c. 31.

Benedicto XIV, Clemente XIII y Clemente XIV, honraron con su proteccion aquel célebre establecimiento. Allí habia hombres sapientísimos, y muy versados en las lenguas todas orientales. Allí se hicieron nuevas traducciones de los libros sagrados tan correctas y elegantes que fueron el pasmo del orbe literario. (1) Allí acudian los Misioneros que iban á la Persia, al Japon, á la China y á otros remotísimos paises por disposicion de la Sagrada Congregacion de *Propaganda fide*; aprendian á hablar perfectamente la lengua estraña de la Provincia adonde se dirigian, y los Misioneros llevaban el importante encargo de remitir á la Congregacion de S. Honorato cuantos manuscritos ó impresos de aquellas regiones pudiesen haber á las manos, con ánimo de traducirlos y publicarlos en la Europa: trabajaron mucho en enmendar las ediciones de los Santos Padres, segun los originales mismos, si los podian consultar, ó á lo menos segun las copias mas fieles y exactas. Estos y otros muchos frutos daba aquella célebre Comunidad de sabios religiosos. Vino á tierra este árbol frondosísimo y que tantos bienes prometia al golpe de la hacha devastadora de la revolucion filosófica. Esto prueba que los Capuchinos han sabido unir la aspereza de su instituto con las letras y con los conocimientos de las ciencias.

Entre nosotros ninguno puede predicar sin haber antes cursado siete años cumplidos la Filosofia y sagrada Teología, y se obliga á todos á que precisamente estudien aunque ellos, ó no tengan mucha capacidad, ó quieran elegir la abstraccion y el recogimiento; ó aleguen que tratan de dedicarse á ministerios que no exigen instruccion. Esta práctica tenazmente sostenida produce efectos ventajosos á la Religion y á la Iglesia, como facilmente se deja discurrir.

En conformidad con estos antecedentes fue colocado N. V. P. Salvador en un curso de Filósofos que iba ya en

(1) Véase la obra de estos Padres, „Penseés, Discutés, Sur &c.

el Convento de Jerez, á dar principio á el estudio de Sagrada Teología. La religion tuvo á bien dispensarle la Filosofia por haber concluido esta facultad en el siglo hasta doctorarse en ella como hemos visto en la primera parte. Curadas sus rodillas, como advertimos en el capítulo pasado, y habiendo llegado á Jerez por Febrero del año de 1791 dió principio á su estudio de Teología. Consta de sus apuntes que además de los lugares teológicos habia cursado en el siglo otro año mas aquella sagrada facultad. Sinembargo la comienza de nuevo para perfeccionarse en ella. Su Lector era el M. R. P. Fr. Fidel del Castillo, uno de los hombres mas doctos y elocuentes que ha tenido esta Provincia de Andalucía. Su genio era fogocísimo; y su caracter eficaz se deja ver en el empeño que puso en que sus discípulos saliesen instruidos para que pudiesen dar honor en los Púlpitos, ó en la Cátedra al hábito que vestian. En efecto á si se vió verificado. Los discípulos del R. P. Fidel, y condiscípulos del V. P. Salvador, se han distinguido en la Provincia algunos de ellos por sus talentos y progresos literarios, otros por su celo en la oratoria sagrada, y todos por su religiosidad y virtud.

Mucho se alegró el R. P. Lector con el nuevo discípulo; vió en él renovada la idea de nuestra primitiva severidad, acompañada de un talento nada comun. Apesar de su encogimiento y extraordinario amor á los desprecios y humillaciones que le hacian esconder sus hermosas cualidades y preciosos dotes con que le habia condecorado la mano del Señor, no podia menos que descubrir en los actos literarios algo de su mucha capacidad. El poseia una memoria prodigiosa, de manera que nada olvidaba de lo que una vez habia aprendido. (1) Sus condiscípulos dan testimonio de esta verdad con ejemplares que manifiestan lo poseidos que estaban de ella. Su entendimiento era agudísimo y muy fácil á

(1) P. Santofi. su cond. Relac. N. 1.

concebir cosas abstractas; desuerte que si el hubiese desplegado sus bellas cualidades ó la humildad no las hubiese atado y amarrado con tan fuertes cadenas, quizas habria sido uno de los primeros sabios de su tiempo. Se dedicó con tan brillantes cualidades al estudio de aquella ciencia, que dando conocimiento de la divinidad y sus perfecciones, era la mas propia al genio y virtud del V. P. Por esta escala subian sin cesar los afectos de su alma, hasta llegar al santuario del mismo, á quien tanto amaba. Su alma pura devoraba el libro santo de nuestros sublimes misterios para despues eructar su corazon y sus labios la palabra buena. El estudiaba no llevabado de la gloria ó de la vanidad, sino del deseo de su propia santificacion y la de sus prógimos

„ Hay algunos que quieren saber, dice el P. S. Bernardo, (1) solo con el fin de hacerse instruidos y „ aprender, y esto es una curiosidad torpe; hay otros que „ que quieren saber para ser tenidos por sabios, y es „ una fea vanidad; hay otros que quieren saber para „ hacer tráfico de su ciencia, ó para adquirir honores, „ y es un torpe comercio; y hay otros que quieren sa- „ ber para edificar al prógimo, y esto es caridad; y „ otros para ser edificados, y es prudencia.“ Esta prudencia y aquella caridad, eran los únicos estímulos de nuestro Venerable en su estudio. ¿Que cosa mas prudente que aplicar á sus labios aquel torrente que sacia al alma vacia y humilde, para que embriagada transforme y haga una misma cosa con él? ¿Que cosa mas justa que el que estudia para santificar á otros, se santifique á sí primero? N. V. P. Salvador de tal modo estudiaba, que el estudio lo levantaba á Dios. Llenaba su corazon y su alma de pensamientos santos, y se empapaba en piadosos afectos. Cuanto leia lo recibia en su interior como alimento espiritual de su alma, y esta recibia aquellas instrucciones como la tier-

(1) S. Bern. Serm. 35. in Cant. ap. Mabillon.

ra fecunda y fertil recibe el grano que se le arroja, de aqui le nacia aquella abstraccion continua y aquella presencia amorosa de su Dios que se notaba muy bien por sus palabras. Concluidas las horas de clase, y finalizado el tiempo preciso para la leccion y demas ocupaciones, todo lo demas lo consagraba á la oracion y á las penitencias.

¡Que luces tan puras no recibiria en estas ocasiones su claro y vivo entendimiento! ¡Como volaria con las alas de la revelacion conocidas en las sagradas letras, y las de la meditacion á la region sublime de la divinidad! ¡Que no habria alli de afectos encendidos y de luces copiosísimas! Cuantos han estudiado de esta manera, han sido como antorchas puestas sobre el candelero. Asi estudió un Santo Tomas de Aquino, y salió un Sol tan luminoso que ha llenado de claridad la Iglesia el mundo y la vasta estension de todos los siglos que dure el orbe hasta su consumacion. Asi estudió un S. Buenaventura y se hizo un Serafin tan abrasado y encendido en el fuego de la divinidad, que cualquier leve contacto con su literatura enciende, inflama, eleva y hace de hombres terrenos, hombres divinos y celestiales. Asi estudió tambien el P. Salvador, y aunque no puede entrar en comparacion con estos portentos de la gracia é ilustracion de Dios, sin embargo fue mas sabio de lo que generalmente se ha creido. Todos lo han tenido siempre por un varon ejemplar, mas raros han sido los que han conocido su mérito.

Estudió aquellos cuatro años con tanto aprovechamiento que era muy capaz de haber ocupado la cátedra como el mas sabio de su tiempo: mas el solo atendió á esconder sus luces para ser tenido por ignorante; quiso abrazar los desprecios de la cruz, y esta fue su vocacion ciertamente. Vamos á ver las virtudes que se descubrieron en él durante el tiempo de sus estudios.

CAPITULO 7.

Santidad y virtudes ejemplarísimas que se descubrieron en el V. P. Salvador, durante su mansión en la carrera de los estudios en Jerez y Cádiz.

¿ Quien puede tener fuego encerrado en su seno y no sentir abrasársele la ropa? (1) Es imposible que el Justo de tal modo esconda sus preciosas cualidades, que algunas veces no se le descubran. El fuego material no conoce diques que le sujeten. El rompe, despedaza y reduce á pavesa todos los obstáculos que se le presentan para impedir sus vuelos y aprisionarlo, y lo mismo sucede con el fuego divino de la caridad, cuando llega á apoderarse del corazón del Justo. Por mas que este busque los desprecios, por mas que se vista del modo mas desaliñado y despreciable, por mas que quiera aparecer mentecato y de ningun provecho; el fuego que le abrasa las entrañas saldrá á fuera, y se descubrirá por sí mismo. Esos mismos medios de que se vale para ocultarse lo descubrirán mas, y sus ardides humilladores serán como las sombras en la pintura, que solo sirven para hacer sobresalir el mérito de las imágenes, y el talento y habilidad del pintor. Vamos á ver todo esto en nuestro V. P. Salvador.

No puede formarse una idea cabal de los ardides y astucias de que se valió para que todos los despreciasen, lo arrojaran de sí, y lo mirasen como la hez de la religion. Hizo cosas que son muy difíciles de hallar ni aun en las vidas de algunos grandes siervos del Señor. Acostumbramos los Capuchinos á tener hermandad con algunos cuerpos ó Comunidades religiosas que en los días de nuestro Seráfico Fundador nos honran asistiendo todos sus individuos á nuestro pobre Templo, y nosotros le pagamos de la misma manera, acompañándolos en los de sus Patriarcas ó en otras ocasiones, segun el pacto y mutuo convenio que hay con ellos. En Jerez don-

(1) Prov. 6.

de estaba nuestro V. P. Salvador hay esta alianza con el Convento y Comunidad de los religiosísimos PP. Carmelitas Calzados. Allí va la nuestra de Capuchinos en el solemne día de su gran fiesta, según el pacto. Como aquella ciudad es tan decididamente devota de María Santísima del Carmen y tan religiosa, es muy grande el concurso de todas las clases de la sociedad que acuden á sus funciones; especialmente las Señoras con sus adornos y trages ricos. En una ocasión de la función del Patriarca, estando nuestra Comunidad mezclada con la de los RR. PP., ocupados unos y otros en recibir á los demas cuerpos religiosos, ó tal vez por los cláustros esperando la hora de la función, le avisan apresuradamente al P. Lector ó al Prelado, que vaya á reprender al V. P. Salvador, porque se hallaba ridiculizándose á sí mismo, y siendo el asco de cuantos entraban en el Templo. Acude como un rayo el Prelado, juzgando seria alguna de aquellas cosas que acostumbraba hacer, para que lo despreciara el mundo, y halla al V. P. con esta postura: se habia colocado junto á la pila del agua bendita, adonde todos precisamente acuden, para rociar con ella su frente, y estaba allí con los ojos cerrados, las manos metidas en la manga, muy derecho, el capucho puesto, y su estremidad recta ó hácia arriba, y de sus narices salia en gran abundancia aquel humor asqueroso que todos tratan de limpiar, para no ofender con su vista á los demas; y en esta aptitud estaba allí como un marmol, oyendo lo que á cada uno se le antojaba decir, en vista de un objeto tan poco conforme con el aseó y la limpieza. Las Señoras con especialidad eran las que mas asco mostraban, y las que decian contra él lo que les dictaba su enojo en aquella ocasión. Estando así llega el Prelado, lo ve en esta disposición, lo quita de allí y lo reprende con aquella dureza que cada cual puede hacerse cargo: figurándose el Prelado que aquel porte des-

sonraba el caracter Capuchino, que aunque pobrísimo, es apesar de su pobreza el modelo de la limpieza y del aseo. (1) ¡Que de vencimientos no tendria que hacer nuestro Venerable, para reducirse á aquel estado por amor de su Dios! Un hombre tan primoroso, un jóven que llamó la atencion en cuantos estrados visitó por lo aseado y primoroso de su ropa ¡hacer esto! ¡y en tanta publicidad! ¡sufriendo y sabiendo que iba á sufrir tantos desprecios! O lo que puede la gracia triunfadora! Si leemos las vidas de los Santos, veremos los artificios que usaron para buscar los desprecios, unos fingiéndose locos, otros haciendo cosas que ponian en ridículo su virtud, y otros ocultándose de otra manera. A David se le cae la saliba en el Palacio del Rey de Geht, llamado Achis (2) y hace halli el papel de tonto. S. Felipe Neri y S. Felix de Gantalicio se proponen hacer en la publica plaza de Roma acciones nada conformes con su virtud, para que el mundo los tuviese por insensatos. S. Juan de Dios fingió haber perdido el juicio en las calles de Granada con sus saltos y ademanes, de modo que, seguido de muchachos, tuvieron que encerrarlo en la casa destinada para los dementes. Esta practica de buscar los desprecios del mundo, supone una virtud agigantada y varonil, y esta es la que debemos reconocer en el V. P. Salvador por este hecho.

De esta clase de hechos está sembrada toda su vida. El V. P. no discurria otra cosa con mas empeño que el modo con que seria desconocido. Siempre se consideraba el último de sus discípulos, y como el siervo de todos ellos. Nunca manifestaba sus talentos, antes hacia cuanto le era posible para que le tuviesen por de cortos alcances, y consiguiente á esta resolucion, quando defendia en la clase alguna cuestion cedia á

(1) Nota. Este hecho lo oyó el mismo A. á su discípulo el P. Fr. Felipe de la Higuera que fue testigo de él.

(2) S. Reg. 21. 15.

Los argumentos y réplicas ó instancias que le hacian como viése podia hacerlo. No obstante que segun la confesion de sus mismos condiscipulos tenia el mejor ingenio, de los trece Colegiales que eran, siempre buscaba el ocultar sus luces para que no lo apreciassen. (1)

Sus demas virtudes como fundadas sobre tan firme y sólido cimiento eran pasmosas. Su obediencia al R. P. Lector llegó á tocar los grados de heroica. Un dia estando bañándose sus condiscipulos en el estanque que tiene la huerta de nuestro Convento, él estaba con su acostumbrada modestia á un lado, su Lector le dice, ¿y V. C. por qué no se baña como los demas? Padre, respondió humildemente el P. Salvador, porque no tengo esa costumbre: pues bñese, le replicó con entereza. Apenas oye esta expresion cuando sin detenerse un momento se arroja al estanque vestido como estaba sin aguardar á despojarse del santo hábito. En seguida le reprenden con vigor porque habia hecho aquella accion, y logra de este modo dos triunfos de sí mismo, el primero obedeciendo al momento y sufriendo la incomodidad de arrojarse al baño con el hábito, el segundo tolerando sin réplica la reprehension que se le hace. (2)

Su pobreza en el tiempo de Colegial era tanta, que para sí buscaba lo peor, lo mas desechado, lo que nada valia. Su celda se podia llamar el Palacio de la pobreza. No cabia mas escasez que la que alli se advertia, sólo abundaban los trapos y los deshechos de los religiosos, que encontrándolos tirados al muladar los recogia, por el celo con que miraba á la virtud santa de la pobreza. En una ocasion un condiscipulo suyo le sacó de la celda cuantos hilachos y pedacillos de sayal habia encontrado en mucho tiempo. Los tenia detras de la puerta por si acaso podian servir en alguna oca-

(1) Su condisc. el P. Sant. N. 11. de su relacion.

(2) Asi lo ha manifestado un condiscipulo suyo el P. Fr. Felipe de la Higuera á los religiosos de la Comunidad de Marchena.

sion, (1) A este extremo redujo el amor de Dios al V. Padre: si se le preguntase ¿quien lo habia desnudado de sus conveniencias, y lo habia obligado á buscar trapos y deshechos, podria responder como el famoso S. Serapion (2) que habiendo dado cuanto tenia á los pobres, y hallándose en la mayor pobreza, le preguntaron ¿Padre quien os ha puesto así? Este, respondió el Santo, mostrando el libro de los Evangelios en que leia entonces. Este es el que me ha despojado de todo, y me ha reducido á esta desnudez en que me veis: lo mismo podia decir el V. P. Salvador. El amor de Jesucristo y sus virtudes Evangélicas, son las que lo han reducido á este estado.

CAPITULO 8.

Siguen sus virtudes practicadas en el tiempo de Colegio Teólogo.

Un Justo es á la manera del Paraiso en el que fue colocado el hombre primero. En su alma escogida abundan las flores y fragancias de todas las virtudes, sin que le falte ninguna que pueda contribuir á hacer la deliciosa mansion del Espíritu Santo. Allí descuella ademas la frondosidad de unas gracias tan altas, tan sublimes que se parecen á los altos cedros, al corpulento cipres á la elevada palma y á aquellos árboles deliciosos adonde fue á refugiarse el delincuente Adan, para ocultarse á los ojos de un Dios irritado. El esmero en la santificación propia, decia el P. S. Basilio, (3) es para el que lo posee como una heredad ó posesion preciosa. El dá un gustosísimo espectáculo á aquellos que tienen el honor de tratarlos. En donde hay virtudes, decia S. Agustin (4) ¿qué mas puede buscarse ni desearse? Si alguno llegamos á observar que vive segun las reglas de la equidad y de la justicia, que tiene un alma ador-

(1) Asi lo escribe su condiscípulo el R. P. Fr. Ant. de Montejaque.

(2) Vitas. PP. t. 1.

(3) S. Basil. epist. 42. ad Max. ap. Lohner. v. virtus.

(4) S. Ag. l. 4. de civ. Dei. ap. eund.

nada con las gracias esquisitas que el Señor concede á sus amigos; este, decia S. Juan Crisóstomo, (1) aunque lo viésemos oprimido y cercado de innumerables cadenas, aunque haya vivido siempre en un calabozo, si lo vemos reducido á la mayor desdicha, á este debemos llamar Bienaventurado, á este considerar como dichoso, y á este debemos levantar hasta los astros.

Esta opinion debemos tambien formar nosotros del virtuoso y V. P. Salvador, ¡qué le faltaba para constituirlo un hermoso espectáculo á los ojos del Señor y un perfecto religioso! Adornado con los atractivos de una edad fresca, de unos modales agraciados, y de una finura graciosa y amable, hacia resaltar hasta un punto de extraordinario ejemplo y edificacion la compostura y modestia de su semblante. Nunca levantaba los ojos no solo para mirar objetos profanos, sino que opinan sus mismos condiscípulos que ni aun vió el techo de su celda en todo el tiempo de Colegial.

Por las calles iba con tanto recogimiento interior, y con tal mortificacion de la vista, que yendo una tarde con su Lector de compañero venia uno, que tal vez seria montañés, hacia ellos con unas tablas encima. (2) El pobre hombre no repara mas que en su peso, solo atiende á su camino y nada se le dá (como suele tantas veces observarse) tropezar con otro ó causar con su estorvosa carga algun mal encuentro, pues asi hubiera sucedido con nuestro Venerable; iba este caminando con su acostumbrada modestia, y si el Lector no le grita para que se separe hácia un lado, el bueno del hombre le rompe la cabeza con los tableros, porque el Venerable nada veia. Pues si no miraba estas cosas ¿cómo habia de ver las del mundo? Bien se puede asegurar que estuvo en Jerez, y que nada vió de esta populosa Ciudad.

Trasladaron el curso á Cádiz para que allí con-

(1) S. Crisost. ibi. (2) Relac. del P. Santof. N. II.



cluyese la sagrada Teología. Como esta Ciudad ofrece mayores motivos de distraccion y objetos mas peligrosos, el Venerable redobló en ella toda su vigilancia y cuidado. Jamas levantaba los ojos para mirar cosa alguna, y vivia en aquella Babilonia de Andalucia como si morase en los desiertos de la Libia; ¿Qué diremos de su penitente maceracion en aquellos dias de su juventud? No arriesgaremos nada en afirmar que era un verdugo de sí mismo, y que trató á su cuerpo como pudiera un Diocleciano á un profesor del Evangelio. Su carne y la hermosura de su rostro llegaron á desfallecer y marchitarse. Sus disciplinas de sangre, sus ayunos, sus cilicios destruyeron la lozania de su cuerpo, y mas parecia ya un cadaver ambulante, que un hombre con vida. Ya habia desaparecido todo el brillo de sus alegres años; ya la cuchilla de tantas maceraciones lo habian de tal manera sacrificado á Dios, que solo para él vivia, y su vida estaba escondida en su amable Redentor.

Aun era mayor que la exterior la mortificacion interior de sus pasiones; las llegó á dominar de tal manera, que para él no habia ni aun siquiera aquellos primeros movimientos que á ocasiones imprevistas asaltan repentinamente aun á los mas santos y virtuosos. Nunca se le observó alterado, ni mudado; aunque lo sorprendiesen con la reprehension mas injusta, nunca salia de sus labios ni una excusa, ni una queja del agravio que recibia.

Su silencio era continuo, no hablaba ni aun con sus propios condiscipulos. Su boca no se abria ni aun para las palabras mas inocentes, á no ser que la obediencia ó la necesidad lo estrechase. Siempre se hallaba ó en las ocupaciones que le tenia destinadas la obediencia, ó en el retiro de su celda. Pues si es constante que la virtud no admite estabilidad en un grado mismo, sino que siempre va subiendo y perfeccionándose mientras el Justo vive esta carne mortal, ¿qué será nuestro V. P. cuando llegue

á ser varon perfecto y consumado? ¿Si sus principios son tan agigantados, cuales serán sus progresos, y su terminacion? Sigamos sinembargo la velocidad de este astro en su carrera, y veremos cosas mayores.

CAPITULO 9.
Recibe los sagrados Ordenes: sucesos que le acaecieron en el viage.

Los Justos, dice el Espíritu Santo (1), caminan siempre de virtud en virtud, y no sosiegan hasta que llegan á la intuitiva vision de la Divinidad, en la sublime Sion de la eterna bienaventuranza; de aqui es que siempre vemos en ellos cosas nuevas que nos deslumbran, nos espantan, y nos dejan sin aliento, como le sucedió por otro orden á la Reina de Sabá, cuando oyó la sabiduría de Salomon, y presenció sus riquezas, abundancia de sus mesas, y los adornos esquisitos de sus criados (2) No hay quien al observar las acciones ejemplares de los Justos, no esclame con palabras muy parecidas á aquellas en que prorumpió entonces aquella sabia muger: ¡dichosos los hombres que sirven á Dios, que estan siempre delante de él, y oyen aquella sabiduría que solo revela á estos párvulos, al mismo tiempo que la esconde á los sabios y prudentes del siglo! ¡Bendito sea el Señor que se ha complacido en formar almas tan puras que solo tratan de hacer su voluntad, y agradarle! Ellos estan sobre sí, y sus pasiones, como los monarcas sobre sus tronos; ellos obran juicio, y justicia, no solo por lo rectamente que manejan sus operaciones santísimas, sino porque el impío y malo que las observe, será juzgado por ellas. En efecto, cada accion de los Justos impone al que las observa, y llevan consigo un cierto caracter de novedad.

Nuestro V. P. Salvador era de este temple, no podia observarse muy de cerca, sin pasmarse al ver el alto punto á que habian llegado sus virtudes; sus condiscípulos que lo trataron aproximadamente en algunos viages re-

(1) Ps. 83. (2) 3. Reg. c. 10.

fieren de él cosas de la mayor edificación. Sucede entre nosotros, y lo mismo entre todos los demas regulares, que la recepcion de los Ordenes Sagrados pende no precisamente de la voluntad del súbdito, ni de su edad y capacidad, sino de la discrecion y voluntad de los superiores que mandan á sus Religiosos vayan á Ordenes quando lo tienen á bien. Asi sucedió á nuestro V. P. A poco de haber profesado comenzó á recibir los Ordenes consecutivamente. En el dia 24 de Setiembre del mismo año en que profesó, que fue el de 1791, recibió en Sanlucar las primeras Ordenes de mano del Escmo. é Ilmo. Sr. D. Ildefonso Marcos Llanes y Argüelles, Arzobispo de Sevilla, digno por sus amables prendas de eterna memoria. Las demas las tomó en Sevilla sin dilacion ni demora, pues las del Sacerdocio las recibió en las de Pasion del siguiente año.

En una de estas ocasiones en que salió de Jerez para ordenarse en Sevilla, sucedió que al salir del Convento dió órden el P. Guardian á su compañero, que lo era en aquella ocasion su condiscípulo el R. P. Fr. Antonio Rafael de Montejaque, que si llegaba el barco (pues se embarcaban en Sanlucar) despues de las oraciones á Sevilla, de ningun modo se fuesen al Convento por la gran distancia que hay desde el rio á Capuchinos, y porque podia acaecerles á deshoras algun quebranto, en razon del desamparo que ofrecen los muros y sus inmediaciones en oscureciendo, mas que pasasen la noche en casa del V. P. Sucede pues, que efectivamente quando los dos Colegiales saltaron en tierra, era ya bien entrada la noche. Entonces el compañero dijo al V. P. la órden que tenia de su Prelado, para que llegando despues de Ave Marias, no fuesen al Convento, sino á su casa que estaba alli próxima al rio.

¡Qué sentiría el corazon de este Justo en aquella ocasion! ¡Cual seria su quebranto y su amargura! El que venia resuelto á irse en derechura á su claustro, sin hacer caso de su casa para nada, como si tal familia ni madre

existiese; y ahora se ve en la necesidad de entrarse por sus puertas.

Asi como el oro entonces se conocen sus quilates cuando se le pone en la fragua, ó en el crisol abrasador, asi la virtud del Justo se comprueba en los casos dificiles que se le presentan: N. V. obedece sin réplica á la órden del superior, se dirige á la casa de su madre, llega á la puerta, toca y sale una criada, preguntando quien llamaba; él nombrándose á sí mismo contesta que dijese á la Señora, que si queria hacerle la obra de caridad de recogerlo por amor de Dios aquella noche á él y á su compañero, que venian de camino. ¡Qué espectáculo! El Venerable se detiene como si fuese el mas desconocido, y espera la vuelta de la criada con el permiso para entrar. Figúrese cualquiera lo tierno y edificativo de este lance; un hijo tan querido de su madre que llega á su casa y no se atreve á entrar sin su órden. Ver aquel religioso tan humilde, tan pobre y tan abatido, á las puertas de aquella casa tan rica que poco antes le habia pertenecido, con tanta indiferencia y cortedad como si jamas hubiera pisado aquellos umbrales, y fuese para la familia el mas extraño del mundo. Muchas lágrimas derramó el Padre del Evangelio al ver á su hijo que se reputaba indigno de serlo; mas su conducta habia dado sobrados motivos para que se humillase de esta manera; pero el V. P. Salvador ¿por qué se abate tanto sin atreverse á entrar en su propia casa? ¿Qué delitos eran los suyos? ningunos, la profunda humildad de su corazon le hacia obrar de este modo tan raro, y ejemplar. ¡Qué lágrimas no se derramarían por toda la familia en vista de encuentro semejante! ¡Qué seria ver á su virtuosa madre sorprendida por la llegada de su hijo y al mirarlo de aquella manera! ¡Cual estaria su corazon al ver que pedia por amor de Dios permiso para entrar en su casa! ¡O que trastornos hace el amor de este Señor en las almas de sus escogidos!

¿quien diria que este que asi entraba y asi se portaba, era el mismo D. Joaquin Caravallo que reunia en su persona y modales tantas gracias, tantos chistes y tanto despejo que formaba la alegria de cuantos le trataban? Es muy particular este hecho, y él solo forma una apologia del insigne varon cuya vida escribimos.

No debemos estrañar que una alma tan pura y tan humilde hallase delante del Señor tal aceptación, que sus oraciones fuesen oidas en los momentos de alguna grande amargura: su condiscípulo que lo acompañó en el lance referido, atribuye á sus ruegos, y á la eficacia de sus súplicas el caso que él mismo refiere, y de que fue testigo. Yendo embarcado con el V. P. se suscitó de pronto una borrasca de aires furiosísimos, de modo que se dobló la vela, y todos temian un desastre: en este apuro el V. P. Salvador se hinca de rodillas, y se pone en oracion: á los pocos momentos de estar clamando al Señor, la tormenta se sosiega, y todos quedaron consolados y llenos de alegria. No sabe el citado P. Montejaque si fue en este mismo viage ó en otro, cuando advirtieron á media noche que el V. P. Salvador habia desaparecido de entre los que iban en el barco. Habiéndolo echado menos su compañero pregunta por él al Patrón, lo buscan con cuidado, y recelosos porque no parecia, advirtieron en medio de la oscuridad que se entreveia un bulto encima de la cubierta; van allá, y se encuentran al V. P. á la inclémencia de los aires, hincado de rodillas, con el capucho echado y haciendo oracion: lo dejaron y se fueron edificados de verlo. Era barco que llevaba mucha gente, y él huyendo de la concurrencia se habia retirado hácia aquel sitio á sus acostumbrados ejercicios. Estos son los casos que hemos averiguado, acaecidos en los tiempos de sus Ordenes. La devocion con que recibió estas, el modo con que acrisolaba su alma para disponerse á ellas facilmente se pueden inferir.

mas para entrar en su casa: amor de este Señor en las almas de sus escollos

CAPITULO 10.

Se ordena de Sacerdote, celebra su primera Misa en Sevilla; y se regresa á Cadiz donde continua y concluye sus estudios.

No hay un personage que asi se familiarice con su Monarca, que tenga tanto ascendiente sobre él, y que asi se vea honrado y favorecido de su grandeza y soberania, como un Sacerdote lo es de su Dios. El es un representante de la divinidad, su intérprete y legado para con los hombres; el que les manifiesta sus órdenes, se las intima, ofrece premios al que las observa, y amenaza con castigos al transgresor. El usa de las facultades del que lo envia, y lo que hace en la tierra, eso mismo se da por hecho en los Cielos. „Ellos son, dice S. Próspero, (1) la „hermosura de la Iglesia, que sin Sacerdotes no podria subsistir. En ellos resplandece mas, y se deja ver con toda su „brillantez la Iglesia, aquella Soberana de las naciones. Los „Sacerdotes son las firmísimas columnas, sobre las cuales „estriba toda la multitud de los fieles fundados en Jesucristo. Ellos son las puertas de la Ciudad eterna, por „las que entran á Cristo todos los que creen en él. A „ellos se les han dado las llaves del Reino de los Cielos. „Ellos son los dispensadores de la Casa Real, y á su arbitrio se distribuyen en el Palacio del eterno Rey los „grados y oficios de cada uno.“ „Un Sacerdote, dice S. Efren, (2) es un milagro estupendo, una potestad inefable, él toca los Cielos, trata con los Angeles, y se familiariza con el mismo Dios.“ „A los que moran sobre la tierra, dice el Crisóstomo, (3) se les ha comisionado el que dispensen en aquellas cosas que estan sobre los Cielos; á estos se les ha dado el que tengan un poder, que el Dios óptimo no ha querido que se le deni á los Angeles, ni á los Arcángeles. Tienen los Príncipes terrenos tambien la potestad de atar, pero solo á

(1) S. Prosp. lib. 2. de vit. ap. Lohn. v. Sacerd. (2) S. Efrem. Serm. 1. ap. eund. (3) S. Cris. ibi.

„los cuerpos; mas la facultad que tienen los Sacerdotes
 „para atar, toca al alma, y penetra hasta los Cielos.“ „¡O
 „Sacerdote de Dios! esclama el gran Casiano, (1) si con-
 „templas la altura de los Cielos, tu eres mas alto; si la
 „hermosura del sol, luna y estrellas, tu eres mas hermo-
 „so; si la discrecion de los Angeles, tu eres mas discre-
 „to; si la sublimidad de todas las dominaciones, tu eres
 „mas sublime: solo eres inferior á Dios.“ Para recibir
 esta dignidad, es preciso tener una conciencia recta, un
 entendimiento ilustrado, una alma llena de ideas de san-
 tificacion. N. S. P. S. Francisco la reusó, y no quiso jamas
 aceptar el cargo sagrado de consagrar el cuerpo de Je-
 sucristo. Ha habido Santo, que estrechado á admitir el
 Sacerdocio, se ha arrancado la oreja para inutilizarse;
 tal fue S. Ammonimo; (2) S. Timoteo á petición del Pue-
 blo quiere ordenarlo, el Santo lo resiste, y queriendo vio-
 lentarlo aun mas, respondió intrépidamente: *Si mi len-
 gua es la que os place, á causa de oír con gusto la predi-
 cacion mia, y por eso quereis obligarme á admitir el Sa-
 cerdocio, me la cortaré con mis propios dientes:* viendo es-
 to lo dejaron. De S. Teodoro se cuenta en las vidas de
 los PP. que jamas pudieron persuadirlo á que subiese
 al Sacerdocio. (3)

Sin embargo siendo precisa esta dignidad en la Igle-
 sia, de modo que prevalecerian las puertas del abismo,
 y se acabaria si no hubiese Sacerdotes; y siendo hom-
 bres, y no Angeles los que han de ejercerla, hace una
 accion laudabilísima, y de gran gloria al Señor el que
 por obediencia lo admite: ¡desgraciado del mundo, si los
 ejemplos alegados amedrentasen á los buenos, y no se
 atreviesen á subir al Altar! „Asi como el corazon, dice
 „el P. S. Cirilo, (4) es entre todos los miembros del cuer-
 „po humano el primer móvil, asi tambien el Sacerdote
 „en la república es el primero y principal instrumento

(1) Casian. in Cat. ap. Lohn. v. Sacerd. (2) Ap. Lohn. 1. cit. (3) Ibi.

(4) S. Ciril. Alex. c. 3. in Isaiam. ap. Lohn.

„de todos los bienes de la gracia, en que consiste la vida del alma; y asi como del corazon se transfunden al cuerpo, y á todas sus partes los espíritus vitales que dan la vida, el movimiento y el calor, asi igualmente de los Sacerdotes se trasmiten á los demas los espíritus vitales de los Sacramentos, y de otros bienes espirituales: y asi como sin corazon no hay vida, asi sin Sacerdotes no hay ni habrá salud, ni vida eterna en el órden comun de la divina Providencia.“ „Ademas, asi como la cabeza y los ojos presiden nuestros pasos, y dirigen nuestros caminos, asi los Sacerdotes, dice S. Gregorio, (1) presiden y gobiernan el mundo espiritual. Si no hay ojos, los pies tropiezan, se extravian y yerran, y el cuerpo todo está espuesto á una ruina, asi tambien sin Sacerdotes el pueblo se extravia, yerra el camino, y se espone á una eterna ruina“ Preciso es pues que haya Sacerdotes, y que los Prelados estrechen á sus súbditos dignos á que admitan esta dignidad. Nuestro V. P. Salvador la temía tanto que se tiene por cierto que su primera inspiracion fue para Religioso lego; mas los Prelados no quisieron atender á sus ruegos, y obraron prudentísimamente.

Habiendo llegado á Sevilla, y recibido el Sacerdocio en el mes de Marzo del año de 1792, se dispuso con unos fervorosos ejercicios espirituales de diez dias para celebrar su primera Misa. Anonadado su espíritu en la presencia del Señor, absorto con la contemplacion de la bondad infinita que lo habia sublimado á tan escelsa dignidad, separado de las criaturas y dado enteramente á su Dios, se le pasaban las noches en gemir á los pies del Tabernáculo sagrado, llorando y regando con sus lágrimas el pavimento de la Iglesia. „¡Quién soy yo, Señor, (exclamaba) para que hayais hecho esto conmigo! ¿Por donde he merecido tanta dignacion? ¿Cómo ha de subir este pecador esas gradas? ¿Cómo ha de llegarse hasta la zarza abrasadora que arde sin cesar sobre las aras?

(1) S. Greg. ap. eund.

„¿Como he de entrar yo dentro de sus llamas? ¿Como he
 „de estender estas manos inmundas para tocaros? ¿Qué
 „dirán los Angeles que asistiran entonces temblando de-
 „lante de vuestra augusta presencia, si ven á un pecador
 „tan abominable, poner sus dedos sobre vos? ¡Como no
 „se estremecerán al ver mi atrevimiento! ¡Como aparta-
 „rán la cara á otro lado para no mirarme! ¡Como rugi-
 „rán los abismos al verme asi! Señor, ¿como permitireis
 „en este vil gusanillo tan enorme atentado? ¿Quien sois
 „Vos, y quien soy yo? Vos infinitamente grande, inmenso,
 „la misma santidad por esencia, y yo vaso de inmundicia,
 „yo el peor de los nacidos. Mas... ¿qué es esto que esperi-
 „mento al mismo tiempo dentro de mi alma? Es verdad,
 „indigno soy de levantar mis ojos, y mirar hácia Vos; mas
 „por otra parte mi alma suspira por el momento de po-
 „seeros, de veros entre mis manos, de oir de cerca vuestra
 „voz, de poner mi boca sobre la llaga de ese costado, y de
 „mojar mis labios con la preciosa sangre de vuestras venas!
 „¡O como descansaré yo entonces! ¡Como os apretaré á
 „mi corazon! ¡Con qué gusto me daré á Vos, para ser siem-
 „pre y eternamente vuestro!“

De esta manera, ya hundido en el abismo de sus mi-
 serias, y lleno de confusion, y ya arrebatado de los vuel-
 los rapidísimos de su amor pasaba las noches, disponién-
 dose para el gran dia en que habia de ver en sus ma-
 nos por la primera vez la hostia sacrosanta. La Comuni-
 dad estaba tan edificada, que hallándose el que aho-
 ra escribe esto de Novicio en el mismo Convento, se
 lo proponia el Confesor por modelo de fervor, y de es-
 píritu.

Llegó el dia 8 de Abril del año de 1792 en que la
 Iglesia nuestra Madre celebraba la Resurreccion de nues-
 tro Redentor Jesucristo, y que estaba destinado por el
 Señor para que en él consolase su corazon, y le resar-
 ciere en alguna manera las injurias que dos dias antes,
 el Viernes Santo de aquel mismo año, habian cometido

los franceses de la asamblea nacional. (1) ¡O año de luto y de lágrimas para la Iglesia de Jesucristo! ¡O año de sangre y de horrores! ¡Año de triunfo para los impíos, y de confusion para los Católicos! En este año fue cuando cayó derribado el trono de Luis XVI, trono á quien la Religion y la antigüedad parecia haber sentado sobre sólidos fundamentos. Agonizó en Francia una Monarquía de las mas antiguas del orbe, y con ella agonizó tambien alli la piedad, el pudor, y hasta la razon misma, con que Dios condecoró al hombre. La naturaleza se cubrió de vergüenza al ver tantos horrores; pero la Religion fue la víctima mas horriblemente sacrificada: dos dias antes que el V. P. Salvador celebrase su primera Misa en el Convento de Capuchinos, el dia 6 de Abril Viernes Santo prohibió la Asamblea de Francia todo hábito eclesiástico y religioso; en seguida se cometieron los atentados mas enormes; los facinerosos iban impunemente á arrebatár á las religiosas de sus monasterios para insultarlas, y á forzar á los religiosos á desamparar los claustros: por todas partes se veian escombros de los templos que se daban priesa á profanar y demoler, y sobre aquellos restos miserables se veia la magestuosa sombra de la Religion que daba el último á Dios á la Francia.

Este era el estado que ofrecian á los ojos de la piedad los dias aciagos en que el V. P. subió al Altar. Este Justo con su hábito penitente, con su fervor y con sus lágrimas forma un contraste capaz de enamorar á los mismos Angeles, y tal vez suficiente á suspender el enojo del Señor en vista de tantos crímenes. El P. Salvador en el Altar... ¡qué objeto de tanta ternura! El dia 8 de Abril de 1792 fue el destinado para tan dulce espectáculo. La funcion se hizo con la mayor ostentacion y grandeza; su virtuosa Madre quiso que nada se omitiese por costoso y brillante que fuese, que pudiese contribuir á hacerla mas clásica y solemne. Costeó vestuarios esqui-

(1) Memorias para la Hist. Ecl. del siglo 16. t. 4. f. 43.

sitos en el gusto y en el primor de sus bordados; un terno completo de Casullas, paños de Púlpito y demás: regaló á la Iglesia varias otras cosas que aun duran y son testimonios harto expresivos de la generosidad de aquella Señora. Se hizo en obsequio de aquel acto religioso cuanto cabe y permite la estrechez de la profesion Capuchina. Sus padrinos de capa fueron el M. R. P. Fr. Antonio Barea, Dominicano, y el R. P. Fr. José de Santa Teresa, del Pópulo.: los otros tres padrinos fueron sus Tios D. Bartolomé Romero, y D. Manuel María de Vera (1), y su Hermano D. Joaquin Carravallo.

¿Quien dirá lo que entonces sintió su corazon? ¿Como estaria aquella alma, tan acrisolada con la penitencia, tan fervorosa, tan desprendida de todo lo terreno, cuando vió por la primera vez la Sagrada Hostia en sus manos, cuando observó que todo un Dios habia obedecido á la voz del hombre, y que no podia este Señor haberlo aproximado mas á sí que dándole á todo si mismo en aquella tierna ocasion? Si antes el V. P. Salvador era un Justo, ahora parece un Serafin: su alma es el trono de Dios, segun quiere el P. S. Agustin (2) que lo sea la del Sacerdote; en sus pensamientos purísimo, en su caridad un fuego abrasador, y en todo él un modelo de Sacerdotes. No habia en todo el gran concurso que asistió á este acto, quien no derramase dulces lágrimas, singularmente su familia, su madre y hermano.

Concluida esta funcion, purificados los labios de este nuevo Isaías con el fuego sagrado ¿quien podrá ya contenerlo á la vista de los suyos, y entre los aplausos de los conocidos? El hábia ido á Sevilla por obediencia de sus Prelados para que alli celebrase su Misa primera. Ya obedeció, cumplió con lo que le mandaron sus superiores, ya no hay quien pueda detenerlo

(1) Apuntes del V. P. Salv. t. 2. (2) S. Agust. in c. 11. Isaie.

un solo dia. Pasado el siguiente, á la celebracion del nuevo Sacrificio, que era el segundo solemnísimoo de la Pascua, en que no era decente ponerse en camino, llega el tercero menos solemne, en que podia sin nota alguna caminar, y sin que lo pudiesen contener los ruegos de su madre, ni las instancias de la familia, sale sin detencion de Sevilla para Cádiz en 10 de Abril para continuar sus estudios.

Se presenta de nuevo entre sus condiscípulos, ya con el caracter de Sacerdote, si antes habia sido su conducta ejemplar, lo fue con mucho mas motivo en seguida. Su abstraccion era entonces absoluta, no trataba mas que con Dios cumpliendo al mismo tiempo con su estudio, no se permitió jamas el mas leve alivio, ni el recreo mas sensillo.

Cuando se concluyó el curso de Teología, sus condiscípulos gozosos y llenos de aquella alegria que trae consigo una ocasion tan deseada, trataron de hacer entre ellos mismos para divertirse una especie de representacion, en la cual cada uno habia de hacer su papel. Como que este juego iba á ser tan oculto que solo religiosos habian de presenciarlo, el asunto que iban á representar era el mas inocente y proporcionado á unos jóvenes Capuchinos, y el modo habia de corresponder por el mismo órden; no tuvieron inconveniente en convidar al V. P. Salvador para que hiciese su papel, que como naturalmente festivo y de humor gracioso, pudiera haberlo hecho con soltura, primor y belleza; mas no fue posible sacarlo de su paso: allá encerrado dentro de sí mismo, como si estuviese en el tercer Cielo con S. Pablo, asi se mantuvo todo aquel tiempo que duró la diversion, sin levantar la vista, ni ver nada de lo que pasaba. Despues que se concluyó aquel acto. se hincó de rodillas delante de sus condiscípulos y les pidió perdon por no haberlos obedecido. Llamó mucho la atencion una severidad tan sostenida, y no pueden menos

que acordarse aun de este pasage. (1) Hablaba poquissimas veces, y si alguna entraba en disputa facilmente cedia y no continuaba alegando sus razones. Esta conducta observaba, no solo en la clase como ya lo hemos advertido, sino tambien en el trato con los demas religiosos. Si alguna vez la gravedad de la materia, ó el celo por la gloria del Señor lo acaloraba algun tanto, despues pedia perdon, como si hubiese cometido algun defecto ó culpa, y lo sentia profundamente en su corazon. En una ocasion tuvo una disputa con el P. Santofia su condiscípulo: la materia que se versaba en ella era si habia sido ó nó acertada la paz que se acababa de hacer con los Franceses; (no sabemos de cual paz se trataba) el caso fue que el V. P. llevado del celo de la Religion era de opinion contraria, y porque habia hablado con un poco de calor, fue en seguida á su celda y le pidió humildemente perdon. Esta conducta tan sostenida de silencio y de humillaciones lo pusieron en el caso de parecer insensible á todos los acontecimientos que pudieran ocurrirle. Estaba muerto enteramente á sí mismo, y solo vivo para Dios.

CAPITULO II.

Concluidos sus estudios es destinado el Venerable Padre Salvador al Convento de Sevilla.

El varon Justo en cualquiera circunstancia en que lo coloca la Providencia, adelanta y hace progresos en el camino de la perfeccion. Quanto le acaece lo recibe como disposiciones del Altísimo, y como los eslavones de la cadena preciosa de su predestinacion. Todo le es próspero, todo le sirve para su santificacion; tan Justo y tan acepto á los ojos de Dios es Moyses en la soledad del Horeb, como en el Palacio del Monarca mas orgulloso del universo: tan apreciable era David en sus elevaciones victoriosas y aplausos como en las persecuciones que sufrió de sus enemigos, y Elias fue el mis-

(1) Santofia por carta del Prelado.

no cuando lo mantenian los cuervos, que cuando en el palacio de Acab sostenia los derechos del Señor. La mutacion de lugares no altera la virtud de los Siervos del Señor. Ellos son como la luz, que á cualquiera parte donde la lleven ilumina de la misma manera; sin que la diferencia de los lugares pueda disminuir la brillantez y hermosura de sus rayos.

Es verdad que no hay cosa que mas tema y haga estremecer la virtud de un Religioso que ama entrañablemente su salvacion, como el ir á vivir entre los suyos, á la vista de aquella misma gente que lo trató y conoció desde su pequeña edad. La patria tiene mucho aliciente; el corazon naturalmente se complace con aquellos objetos que le rodearon desde la cuna; hasta el aire patrio parece mas vital, y el cielo que cubre á nuestros hogares nos parece mas delicioso. El Señor ordenó á Abraham que abandonase su Patria; y la Esposa querida que está destinada á asistir al lado del Eterno Monarca oye de sus labios este precepto: *Olvida tu Pueblo, y la casa de tu Padre.* Sin embargo cuando el hombre se conduce por la luz celestial que ilumina á todos los escogidos, entonces ya desaparecen todas estas razones. Isaías, Jeremías, y los antiguos Santos se hicieron entre los suyos Justos, y amigos de Dios: en la nueva alianza son innumerables los que han adornado á su patria con las virtudes mas heróicas; sin salir de Sevilla cuantos Justos cuentan sus anales, que alli mismo dentro de sus muros se hicieron célebres: véase el catálogo de Varones ilustres de esta Ciudad, y alli se verá esto hasta la evidencia; solo en el Convento de Capuchinos, ¿donde se hizo famoso por su celo, predicacion y virtudes un V. P. Isidoro, de Sevilla, autor del célebre título y advocacion con que en el dia es celebrada Maria Santisima de Pastora de las almas, sino en su patria Sevilla? ¿Donde floreció en virtud un V. P. Feliciano de Sevilla, tan conocido por el culto que tributó, y estendió por todas partes con sus famosísimas misio-

nes, al misterio augusto de la Santísima Trinidad, sino en Sevilla? Son muchos los Capuchinos ejemplares que hemos tenido de Sevilla, y que aqui mismo se han santificado: y esto mismo lo veremos tambien en el V. P. Salvador. En Sevilla fue donde concibió sus santas resoluciones, en Sevilla fue donde pasó su ejemplar noviciado, en Sevilla celebró su primera Misa, y á Sevilla es adonde lo mandan los Prelados que vaya á vivir de familia.

En efecto, concluidos los cuatro años de Teologia fue examinado el V. P. al tenor de nuestras leyes, para despues recibir el título de Predicador: ya he dicho que sus condiscípulos lo creian por el estudiante mas hábil de su Colegio, el mas digno de consiguiente de la Cátedra, y el primero y mas acreedor á cualquier cargo científico que se le quisiese encomendar: el mismo juicio formaron los Religiosos de la Comunidad, y con mucha mas razon los que lo examinaron en las materias de Filosofia y sagrada Teologia: él solo fue el que formó otro juicio muy distinto, creyendo que nada sabia, y que solo era á propósito para meterse en un rincon donde no estorbase á los demas. Con esta idea se propuso esconderse aun todavia mas, cuando estuviese asignado á alguna Comunidad. Mientras Colegial tenia que sostener algun trato con los demas condiscípulos, tenia tambien que entrar en alguna disputa, tenia que argüir... y todas estas cosas juntas con el mecanismo de el Convento, que todo está á cargo de los Estudiantes, le ofrecia á su espíritu, llamado al recogimiento, algunas ocasiones que pareciéndole de disipacion, le servian de bastante quebranto: ya han terminado todas estas ocupaciones del Colegio. El Venerable recibe una órden ó mandato que nosotros llamamos *obediencia*. para que llevando por compañero al R. P. Fr. Francisco de Santoña, su condiscípulo, pasen ambos de familia al Convento de Sevilla.

Este ha sido mirado con el mayor respeto en todos tiempos por la Provincia, y por los mismos seglares: fundado sobre un terreno mojado en sangre de mártires, y endonde fueron sepultados los cuerpos de las Patronas de Sevilla, las Santas Vírgenes y Mártires Justa y Rufina, ha sido siempre, siempre el jardin mas delicioso de la Provincia toda: Aqui se han visto en todo tiempo ejemplos singularísimos de virtud; aqui han vivido hombres penitentísimos que han regado hasta sus panteones con la sangre de sus venas: aqui se han formado esos gigantes de santidad que han asombrado con su predicacion á la España toda, y á las Américas; aqui no hay ni un palmo de tierra que no sea digno de las bendiciones del cielo: en sus panteones antiguos, y nuevo yacen hombres de virtud asombrosa, cuya memoria será eterna en el pueblo Sevillano: aqui en fin fue donde la Divina Providencia destinó al V. P. Fr. Salvador.

¡Qué hombres encontró aquí! ¡Qué estímulos tan poderosos para la penitencia! ¡Qué cosas no se veian á deshoras en aquella Iglesia, en aquel coro, y hasta en aquellos claustros bajos. El no podia menos que edificarse con lo mismo que veia en sus hermanos: antes de Novicio habia notado mucho, pero como estaba encerrado en el Noviciado, no le era posible ver ni ser testigo de muchas y estraordinarias cosas: aqui vino el V. P. Salvador despues de concluir en Cadiz los estudios: en el viage el Patron y los marineros quedaron asombrados aquellos dias en vista de su modestia, su exterior edificativo, su silencio, sus ojos bajos. (1)

Habiendo llegado á Sevilla, y encontrado una Comunidad tan ejemplar, no es decible quanto se enardeció su espíritu, y cuales y cuan sublimes fueron sus progresos en la virtud. Como el fuego que crece á proporcion que se le arroja mas pábulo, ó mas materia combustible, sin que jamas se canse de crecer y aumentar sus llamas,

(1) P. Santoña compañero en este viage refiere lo dicho al N. 11 de su relacion.

mientras halla en que cebarse; así era el espíritu del V. P. Salvador. El se inflama de nuevo, y como si hasta allí nada hubiese hecho, así emprende el plan de vida mas retirada, mas severa y penitente.

Entró á vivir en el Convento de Sevilla el V. P. en el día 24 de Febrero del año de 1794, y desde esta época debemos contar su estada y permanencia fija en la ciudad de Sevilla, á escepciou de los días y tiempo de la invasion francesa, en que se vió necesitado á abandonar su patria y peregrinar por otros países.

CAPÍTULO 12.

Plan de vida penitente y retirada que observó en su nueva conventualidad.

Hay religiosos, dice el Seráfico Dr. S. Buenaventura (1), que de tal modo aspiran á la perfeccion de su estado, que puede designarse por aquellos Levitas que llevaban sobre sus hombros el mismo santuario de Dios (2) esto es, el arca, el altar y la mesa de la Propiciacion con sus respectivos vasos, mas envueltos y cubiertos. Estos son los que se esmeran en arreglar y disponer su hombre interior, en el que habita Jesucristo por la fé, se egercitan en las verdaderas virtudes, y estirpan los vicios de la carne y del espíritu. Ellos hacen una guerra continua á la ira, á la envidia, á la pereza, á la avaricia, á la soberbia, á la gula y á la lujuria, y ponen en su lugar las virtudes contrarias, la humildad, la caridad, la mansedumbre, la devocion y demas. Estas virtudes son el santuario verdadero, y el que las tiene es Santo. Estos llevan el peso sagrado sobre sus propios hombros, porque se someten sin cesar á la práctica de todas las virtudes, sin confiar en las ajenas, porque ¿de qué sirve habitar entre varones Santos, si reusamos imitarlos en el estudio de la santidad? Las cargas de los Levitas referidos segun su materia eran duras, pero muy preciosas y santas, porque el ejercicio de las virtudes es la-

(1) De prof. Relig. l. 1. c. 3. (2) Núm. 4.

borioso, especialmente á los que no son perfectos, pero noble, honesto y santo. Llevaban los Levitas aquellas cosas ocultas porque mientras andamos aqui por la fé y no por la vista de Dios, no vemos la hermosura de las virtudes. Necesitamos envolverlas en los ejercicios de las obras exteriores, tanto para bien nuestro como para ejemplo de los demas que no ven nuestras intenciones, sino por los vestigios de las obras que aparecen.

Esta sublime doctrina nos sirve de luz para conocer el mérito de la vida oculta y penitente que entabló nuestro V. P. Salvador á su llegada á Sevilla. Lo primero que se propuso fue grabar en su alma pura las máximas del Evangelio para que estas fuesen la norma de todas sus operaciones. Puso sobre su corazon el arca santa, el altar y la mesa de la Propiciacion; esto es, el ejercicio de aquellas sublimes virtudes que elevan al hombre interior á una gran conformidad con la vida de Jesucristo. Sometió sus hombros á esta carga que tan suave es para los que aman, y tan dura para los que no tienen verdadera caridad, y resolvió constituirse á sí mismo verdadero imitador del Crucificado, segun la copia que aparece tan exactamente formada en las heróicas acciones de N. S. P. S. Francisco. Quiso seguir todos los pasos de este varon Santísimo, segun la gracia que el Señor se dignase comunicarle. Para esto declaró sangrienta y cruel guerra á todos los vicios y pasiones, separando de sí mismo lo que pudiera servirles de pávulo ó de incitativo. Puso un entredicho severo á todos sus sentidos para que no usasen de sus facultades, sino en orden al servicio del Señor, y solamente para gloria suya y santificacion de su alma. Le dijo á sus oidos que no habian de escuchar sino la voz de la obediencia, á sus ojos que no habian de mirar mas que la tierra en que se habia de convertir, de su paladar que no habia de tener otras delicias que el ayuno y los manjares desabridos. Le dijo á su cuerpo

que era una bestia indómita y feroz, y como á tal la iba á refrenar y contener. A su cuerpo que era forzoso se dejase crucificar, y á todo sí mismo que era un reo, un criminal, y que se veia en la necesidad de hacerle sufrir un castigo tal que con él evadiese el eterno que tenia merecido. Se negó á todo trato; le dijo á su madre y hermanos no os conozco, y se entregó decididamente á la penitencia y á la abstraccion de toda criatura. Dijo como S. Pablo (1) *el mundo está crucificado para mi y yo para el mundo.*

Todo la vida de un cristiano decia el P. S. Agustín (2) si vive segun el Evangelio, es una cruz, es un martirio. ¿Con cuanta mas razon debemos llamar crucifixion la vida que emprendió el V. P. Salvador? De él se puede decir lo que el antiguo Theofilacto de los Monges de su tiempo (3) que la Cruz del Redentor le era familiar, y como la esposa y parienta querida suya. Toda su vida fue una mortificacion y afliccion continua, lágrimas, abatimiento, sujecion y demas cosas que acompañan á la Cruz: un crucificado ó uno sentenciado á este suplicio, tiene manos y pies, mas no se sirve de ellas sino para sufrir penas y tormentos. No se puede mover ni volver de un lado á otro, todo él padece, todo él está en continua afliccion: para él no hay ni placeres, ni riquezas, ni honores; pues así el P. Verita; él está crucificado con todas sus pasiones y concupiscencia: no usa de sus sentidos sino para mayor mortificacion. El está fijo con los clavos no solo de sus tres votos solemnes y las leyes de su instituto, sino tambien con los de unas resoluciones tan firmes que jamas moverá pie ni mano, sino para herirse mas profundamente á sí mismo. No sosegaré, decia con un gran siervo de de Dios, hasta que me vea agonizar y dar mi último aliento en la Cruz de mi Redentor.

Este era su tenor de vida: se levantaba muy de

(1) Ad. Gal. 6. 14. (2) Aug. Serm. 11. de Sanctis. (3) Theoph. oracion de cruce.

madrugada, aunque mejor diremos que no sabiamos cuando se levantaba, ni en qué lecho dormia, porque en aquellos años en que gozó de salud, nadie lo vió dormir; siempre estaba ó velando en el estudio, ú orando en el Templo ó en su celda. Asistia á la oracion de Comunidad, y á todo el Coro sin dispensarse jamas de ninguna hora: su postura indicaba la interior devocion de su espíritu, derecho y con los ojos ó inclinados al suelo ó fijos en el Tabernáculo, y todo él respirando modestia. Celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, con tanta detencion y gravedad cuanta le dictaba su interior fervor: se encerraba en su habitacion concluidos los actos públicos de religion, y allí se consideraba como Moyses sobre la montaña. Lo que pasaba entre él y su Dios, no es facil poderlo alcanzar: cerró sus labios tan estrechamente que no solo no se abrieron para palabras de malicia, ni para escusar sus pecados, pero ni para el inocente trato con los demas religiosos: si el silencio, segun S. Juan Clímaco, cuando está acompañado de la sabiduria celestial, es el que produce la oracion, ¿cual seria la del V. P. Salvador que lo observaba con tanto rigor? Si el silencio, como afirma el mismo Santo (1) es el que conserva el fuego divino que abrasa el corazon ¿como estaria el de este varon Justo? El silencio es la centinela que descubre los enemigos, la prision interior donde se entra el alma á llorar sus pecados, es el amigo de los gemidos y de las lágrimas, es un pintor espiritual que dibuja al vivo los tormentos del Infierno: es un sabio y curioso observador de los juicios divinos y eternos: es el coadjutor fiel de la tristeza saludable de la penitencia: es el enemigo de la confianza presuntuosa: es el compañero inseparable de la tranquilidad del espíritu: es el acrecentamiento de las luces del Cielo en nuestra alma: es el ayudador de la contemplacion: es una secreta elevacion del alma hácia

Dios. Todo este conjunto de preciosísimas virtudes que produce el silencio se hallaron precisamente en el alma del V. P. porque ¿quien ha callado mas rigurosamente que él? El silencio de Jesucristo impuso respeto á Pilatos, y el del V. P. lo hacia mirar á todos como un hombre bajado del Cielo.

En este silencio era donde desafiaba á todas las potestades del abismo, para luchar con ellas á brazo partido; mientras callaban sus labios hablaba su corazon para orar, y sus manos para macerar su carne: su penitencia en los años de su retiro, segun observaron los Religiosos, era severisima. Se disciplinaba hasta regar en sangre la tierra que pisaba; su cuerpo era como una víctima caida á los pies del sacrificador: cubria sus carnes con asperísimos cilicios, y en una palabra la penitencia le abrevió sus dias, y le atrajo los males de que despues adoleció.

Consiguiente á este espíritu de penitencia era todo lo demas: su vestido penitente era el mas remendado y pobre que podia haber á las manos: su cama se cree era la desnuda tierra, y esto por poquísimos momentos, porque hubo Religioso que se propuso ver cuando se recogia, llevado de la santa curiosidad, de observar si dormia sobre la pobre tarima que tenemos los demas, y no pudo conseguirlo; siempre estaba ó con Dios, ó estudiando; su abstinencia era rigurosísima en tanto grado, que el Prelado lo reprendió públicamente (1) porque no se alimentaba ni aun lo que era indispensable y preciso. Se le advertia (y esto fue siempre) que cuando comia llevaba un papel guardado con ciertos polvos que rociaba sobre el grosero manjar que le presentaban. (2) Aunque lo hacia con gran disimulo, mas no pudo esconderse de la vigilancia del Religioso que comia junto á él.

Todas estas grandes virtudes las procura ocultar, te-

(1) Así lo afirman Religiosos que oyeron las reprobaciones.

(2) Véase seg. carta del R. P. Guardian de Sevilla.

niendo gran esmero en que nadie conociese lo que hacia, como efectivamente lo logró en parte, pues su humildad nos ha privado de noticias preciosísimas, que pudieran edificar al mundo, y amenizar la historia de su vida; mas él, semejante á los Levitas, hijos de Caath, de quien hablamos antes, traia todas sus virtudes tan envueltas, y tapadas con el velo de su disimulo y silencio, que lo mas precioso se nos ha escapado, sin llegarlo á entender.

CAPITULO 13.

Sigue su vida abstracta y penitente.

Si alguno quisiere venir tras de mí, decia nuestro Señor Jesucristo, *niéguese á sí mismo, tome su cruz y siga-me.* (1) Estas espresiones envuelven en sí la suma de cuanto debe hacer el cristiano, y especialmente el Religioso para llegar á la cumbre de la perfeccion Evangélica. *Si alguno quisiere venir,* Jesucristo no obliga á nadie, á ninguno hace fuerza, dice S. Juan Crisóstomo, (2) sino convi-da con dulzura y con amor: nos alienta con su ejemplo; el hombre no es el que primero sube á la Cruz, ni el que se sujeta antes á la muerte, ni al martirio prolongado de una vida austera; él no hace mas que seguir á un Dios que va delante. Para esto nos anima, no solo con su ejemplo, sino con auxilios y gracias muy poderosas; nos asegura el triunfo, y nos promete la corona. „Yo no mando nada, „nos dice, sin que primero lo practique; yo seré vuestro „gefe, y vuestro guia.“ ¡Gran estímulo para un soldado ver delante de sí á un general que de este modo anima y alienta á su tropa! *Niéguese á sí mismo.* ¡Precepto grande que jamas pudieran alcanzar los sabios legisladores de la antigüedad! Todo lo que hay en el hombre, vive y florece con el hombre. El Señor manda que mortifiquemos, y en cierto modo arranquemos y separemos de nosotros aquellos afectos, aquellos sensuales y bajos amores que repugnan á la ley y voluntad del Señor, y

(1) Mat. 16. 24. (2) Ap. Alap. in hunc loc.

que tomemos para nosotros esta misma voluntad y ley suya, y nos vistamos de ella. Quiere el Señor y ordena, que el hombre se retire de sí mismo, que se haga ageno, y como forastero á sí, que deje de ser lo que era, comience á ser lo que no era, y se haga como un nuevo hombre. *Niéguese á sí mismo*, sus deseos, sus inclinaciones, sus concupiscencias, sus razones humanas, su voluntad, y la invierta toda, y conforme con la voluntad de Dios: ¿Te sugiere la vista, el oído, el gusto, que veas, oigas, y gustes cosas curiosas, detractorias, delicadas? ¿que de estas te llenes, y te embriagues? *Niégales estas concupiscencias suyas, prohibidas por Dios, y diles: no quiero oír, ver, ni saber estas cosas, quiero á mi Dios, su voluntad y ley santa. Tome su cruz*, asi como yo tomé la mia: yo soy el capitán, el que va delante, para que el cristiano me siga alegremente hasta la muerte de cruz, y hasta la gloria del Paraiso. Esto debe hacerlo todos los dias, cada hora, cada momento, y en cualquiera molestia que le ocurra, sufriendola con paciencia y fortaleza toda su vida, porque en toda ella debe vivir en la cruz, y morir conmigo en la cruz. Esta cruz es *suya* propia, es la de su estado, la de su vocacion, es la de las circunstancias que le cercan, pobreza, desnudez, tentaciones y demas; *suya* porque no es sobre sus fuerzas, sino acomodada á las gracias que recibe; *suya* porque está dirigida á su bien espiritual y eterno; y es la marca preciosa de su predestinacion. *Y sígame* por la cruz á la muerte, y por la muerte á la inmortalidad dichosa y bienaventurada. El que perseverare en la cruz este será salvo.

¿Y quien duda que el V. P. Salvador llenó á la letra, y cumplió exactísimamente esta sublime doctrina? *Se negó á sí mismo*: no tuvo condescendencia con ninguna de aquellas inclinaciones que antes habian sido sus favoritas, y en las que gustaba brillar y distinguirse. *Se negó á sí mismo*; un hombre tan aseado, jamas quiso otra

vez el primor, ni el aseo de su ropa: anduvo siempre con un hábito desaliñado, roto, y á veces sucio: Parece tomó para sí aquella sentencia de S. Hilarion que decia: *inutil y escusado es buscar limpieza y aseo en el basto y grosero cilicio.* (1) Se negó á sí mismo huyendo de manifestar sus talentos, y aun aquellos gracejos á que naturalmente se inclinaba. Se negó á su memoria, para no complacerse en aquellas cosas lisonjeras que le habian ocurrido, no refiriendo jamas las que pudiesen resultar en honor ú alabanza suya: se negó á su entendimiento no manifestando los estensos conocimientos que poseia sobre muchos ramos de literatura: se negó á su voluntad para no amar con ternura ni á sus padres, ni á su hermano, ni á ninguno de su familia. Llegó á endurecer su corazon para todos los objetos mas tiernos que aprecia la naturaleza: se consideró muerto á todo lo que no es Dios. Cada vez que le precisaba la obediencia ir á ver á su madre, era para su espíritu la mortificacion mas sensible; tenian los Prelados que mandarle fuese á su casa; obedecia, ¿pero cómo? llevando en su exterior tal circunspeccion, tal modestia en los ojos, tal porte, que indicaba cuan recogido en Dios iba, y cuan amarga le era aquella distraccion. Se negó á todos los deseos que no le llevaban á su último fin. Se negó á cada uno de sus sentidos para que no saliesen de los estrechos límites de la necesidad; á sus ojos para que no se fijasen en cosas hermosas, y de curiosidad, como ya hemos notado. A sus oídos para no admitir coutestacion que no fuese inspirada por el espíritu de la caridad mas pura: nunca se le vió mas rigurosamente metido en sí mismo, que cuando alguno proferia delante de él alguna palabra por ligera que fuese, que pudiera no digo lastimar, pero ni aun rebajar el mérito de las personas ausentes: nunca asistió á conversaciones, que aunque nada tenian que perjudicase la conciencia; eran de pura distraccion, ó entretenimiento. Se negó á

(1) Ap. Vit. PP.

sus labios para tenerlos por espacio de siete años que duró su vida oculta en un rigoroso silencio, como hemos visto en el capítulo anterior. Se negó á su paladar ayunando desmedidamente, hasta notar su abstinencia los Prelados, y reprenderlo en público: se quitó á sí mismo el gusto que prestan los manjares, acibarándolos. Aunque enfermo, en las ocasiones en que no era reducido á un estado de absoluta impotencia, se contentaba con la comida de los demas, sin tomar la de la enfermeria. Se negó al olfato, pues jamas se le advirtió que tuviese en su celda ni una flor que aliviase su cabeza: se negó por último á su carne, no dándole alivio alguno, ni aun cuando se veia oprimido de sus males. En una palabra, el V. P. Fr. Salvador se negó tanto á sí mismo, que el espíritu solamente era el que iluminado por la gracia del Señor mandaba en él.

Tomó su Cruz, la de su estado de Capuchino, con tantas veras que fue un perfecto imitador de nuestro Seráfico Patriarca. No faltó ni á un ápice de sus obligaciones, fue pobrísimo hasta tocar en los últimos grados de la virtud de la pobreza. No solo no tenia aficion alguna á los bienes de la tierra, no solo recibia con paciencia la escasez y la miseria que acompaña al estado capuchino, sino que amó, buscó y deseó las ocasiones de carecer aun de lo preciso. *Tomó su Cruz*, de aquellos dos modos con que dice S. Gregorio (1) que se toma, el primero cuando por la carencia de todas las cosas, y por la mortificacion se aflige al cuerpo y el segundo cuando por la compacion se aflige el ánimo, porque ¿quien se dió á sí mismo peor trato, y quien fue mas compasivo con los otros que el P. Salvador? El castigaba su cuerpo á imitacion del Apostol (2) y lo reducía no solo á la servidumbre del Espíritu, sino á un estado de caimiento y de flaqueza, y él podia tambien decir con aquel grande Santo ¿quien enferma que

(1) Ap. Alap. in hunc locum: Quarto &c. (2) Ad. Cor. 9. 27.

á mi no me haga enfermar? ¿Quién es escandalizado que no lo sienta hasta abrasárseme el corazon y las entrañas de sentimiento? *Tomó su Cruz* con tanto gusto, con tanta alegría que mas parecia volar con ella que caminar. Todas las cosas de la Religion se le hacian fáciles y llevaderas. *Tomó su Cruz* eligiendo siempre lo peor para sí, se observaba traer las naranjas mas podridas al refectorio y comérselas, todo lo que usaba era lo peor; su hábito, el palo con que andaba siempre, las alforjas que llevaba de continuo á cuestas cuando salia á fuera, todo predicaba pobreza. *Tomó su Cruz*, y siguió constantemente á *Jesucristo*, perseverando en su mortificacion, en la negacion de sí mismo y en su encogimiento hasta morir. ¡Que concepto tan bajo no tenia formado de sí mismo! Siempre se le observó temblar de sus operaciones, aun las mas inocentes, las mas puras le parecian manchadas: recelaba como el Santo Job (1) de todas sus obras, siempre se le veia despavorido, y temblando, no sea que ofendiese á Dios en alguna cosa: en una palabra es difícil presentar á los ojos del mundo una imagen mas viva de la penitencia interior y exterior que la que representó en sí mismo. Siete años (dice un testigo ocular (2)) duró su vida retirada, y en este tiempo renovó en su cuerpo las austeridades de los primeros Capuchinos. Su mortificacion en todos sus sentidos fue pasmosa. En aquel tiempo era el asombro de la Comunidad.

CAPITULO 14.

Su oracion.

La oracion siendo considerada en sí misma es una familiaridad santa (3) y una union sagrada del hombre con Dios, mas si se considera segun la eficacia de su virtud y los efectos que ella produce, es el sosten y la conservacion del mundo, la reconciliacion del hombre con Dios, la madre y la productora de las lágrimas,

(1) Job. 9. 28. (2) P. Sautoñ. E. 12. (3) S. Juan Climac. grad. 28.

y la hija de las mismas lágrimas que ha producido: la puente que nos hace pasar con seguridad el torrente de las tentaciones, la mediadora para la remision de los pecados, la exterminadora de todos nuestros enemigos invisibles, el ejercicio de los Angeles, el maná espiritual que nutre las almas, el gozo de los Bienaventurados en la felicidad de la vida futura. La oracion es la riqueza de los religiosos, el tesoro de los anacoretas, la mitigacion de la cólera y el espejo endonde se ven los progresos que hacemos en la piedad. Dios se deleita mucho, dice el Seráfico Doctor (1) en la oracion frecuente por las grandes utilidades que resultan al mismo que ora. Este se une con Dios y se hace un mismo espíritu con él, gozando de aquella parte óptima que María Magdalena escogió para sí. Crece en el amor de Dios y vienen sobre su alma copiosos auxilios de su gracia. El Señor por esta razon ha dispuesto que siempre tengamos motivos para orar, ya por nosotros mismos, ya por otros, ya para escapar de males que nos amenazan, y ya para adquirir bienes que necesitamos y nos enamoran. La oracion está figurada en aquel fuego sagrado que el Sacerdote alimentaba en la antigua Ley, fomentándolo con la leña que todos los dias por las mañanas le arrojaba, (2) Sobre este fuego se ofrecian al Señor los hoco-caustos; sin el no se le ofrecia ninguno, ni admitia víctimas que no pasasen por el fuego. Este debia ser perpetuo, y no faltar jamas del altar sagrado. Lo mismo la oracion es un fuego tan activo, dice S. Juan Clímaco, (3) que no solo consume los vicios, sino la materia de todos los vicios, á saber, la corrupcion de la concupiscencia; é introduce en el alma el ardor celestial de la caridad. ¿Qué desorden puede haber en la criatura que no acabe la oracion, ó qué virtud que esta no consiga? Por eso todos los Justos de una y otra alianza se han dado á la oracion

(1) S. Bon. de Prof. Relig. l. 2. c. 69. (2) Levit. 6. 12.

(3) Grad. 5. N. 44.

y de ella han salido para asombrar al mundo con sus pasmosas empresas. De la oracion salió Moyses para aterrar á Faraon, trastornar los elementos, abrir los mares, dividir los peñascos. y hacer portentos tales, que no parecia aquel legislador sino un Dios visible. Con la oracion ató las manos al Omnipotente enojado, para que no castigase á su pueblo; con la oracion sin pelear venció ejércitos los mas aguerridos. Con ella Josué destruyó setenta Reyes, echó por tierra murallas fortísimas, paró el sol en medio de su carrera, é hizo otras muchas maravillas. La oracion armó el brazo de Judit para que degollase á Holofernes, la oracion la conservó sin embargo de sus encantos y hermosura entre los mayores peligros. La oracion libertó á Susana, conservó á Daniel en el lago de los leones, y ha llenado al mundo de maravillas. Sin ella nadie ha merecido las confianzas de Dios, y con ella hasta un ladron ha conseguido en su última hora arrebatarse el reino de los Cielos. Sin oracion no se puede dar un paso hácia la perfeccion, y el Religioso que quisiese sin este auxilio llenar sus deberes, seria tan necio, con el que sin álas quisiese volar, sin naves surcar los mares, y sin alimento pasar la vida natural.

El V. P. Salvador, aun quando era seglar, sabia ya arrojarse en los brazos de su Dios, postrarse ante las aras, y derramar allí su corazon. No sabemos que tuviese un sistema de continua oracion, ó de horas diarias destinadas á esta ocupacion en los primeros años de su vida, mas se le vió orar muchas veces; y acudia á este ejercicio siempre que alguna afliccion ó inspiracion del Cielo le incitaba á ello. Su virtuosa madre lo tenia á su lado de continuo antes de su viage á las Américas, y precisamente le instruyó en esta práctica piadosa; mas despues que tomó el hábito Capuchino, y singularísimamente en los siete años de su reclusion y vida austerísima; entonces su vida era una continua oracion. Por eso huia las criaturas, por eso se habia ne-

gado tan absolutamente á todo trato, para tener su alma mas desembarazada de ideas terrenas, y poderse dar enteramente y sin distracciones á este sublime ejercicio.

Hemos hablado algunas veces de su recogimiento, de su devocion en los actos religiosos, especialmente los que miran al divino oficio, y hemos tambien hecho mencion de su fervor, orando de rodillas hasta enfermar, y ser necesario que fuese á Cadiz para curárselas. Mas siendo la oracion, el rico fondo de donde sacó sus tesoros espirituales, con los que se enriqueció á sí mismo, y á sus prógimos en las distintas ocupaciones á que se dedicó despues, hemos juzgado un deber preciso hablar de ella con alguna mas particularidad.

FIN DEL TERCER CUADERNO.

CUARTO CUADERNO

DE LA VIDA DEL

PADRE VERITA.

El Padre Salvador oraba continuamente de dia y de noche, sin mas intermision que la indispensable para aplicar su ánimo á otros objetos de su obligacion: y ¿qué sabemos si á él le sucederia lo que á la Esposa de los cantares, que mientras dormia el cuerpo velaba el corazon y el alma? Ello es que un hábito continuado fija las ideas de modo que siempre se tienen presentes aquellos objetos ó atenciones que han formado nuestra primera y principal ocupacion. ¿Y que hábito mas continuado que el que tenia de orar el V. P. Salvador? El oraba no solo cuando estaba delante del augusto Sacramento, en la Iglesia en las horas destinadas por la Comunidad y las de su peculiar distribucion, sino en todo el dia y en toda circunstancia en que se hallase; siendo muy facil advertir su interior ocupacion, solo con mirarlo con alguna reflexion; á cualquiera cosa que iba á hacer aunque fuese la mas trivial, como beber agua, tomar algun alimento... Se llamaba tanto al interior, levantaba los ojos al Cielo con una especie de enagenamiento, y hacia en su exterior tales y tan dulces y expresivos movimientos, que cualquiera podria advertir que iba su alma á los pies del amable dueño con algunas jaculatorias ó expresiones de amor, que son como la leña que fomenta el fuego de la oracion santa para que nunca se apague. Era esto tan continuo y tan al alcance de cuantos le trataron, que ninguno dejaria de advertirlo. Si trataba de hacer algun acto

devoto como bendecir Rosarios, rezar las Ave Marías, las Animas... y cosas semejantes: se le advertia tal atencion, tal compostura y tal llamamiento adentro, que es imposible la tenga ningun otro que no esté en habitual oracion, y en actual, amorosa y continua presencia del Señor: se le iba á ver á su celda, y mientras se discurría con él, era muy comun verlo con los ojos cerrados, casi sin contestar mas que algunas cortas espresiones, de modo que era preciso dejarlo, y no inquietarlo ni mortificarlo. Esta conducta, aunque siempre fue igual en él, porque en todas las épocas de su ejemplarísima vida no tuvo otro afan que su santificacion propia y el trato con Dios, sin embargo cuando se le notó mas este recogimiento interior fue en los años de su retiro y vida oculta. Entonces estaba violento, quanto se veia precisado á tratar con las criaturas, y sus regalos eran el trato con Dios, el Coro, la Iglesia y demas atenciones espirituales.

De aqui le nacia aquel ardor extraordinario que salia á fuera, y lo advertian los Religiosos cuando se hallaba en el Oficio Divino en el Coro. Como él tenia un entendimiento tan claro, un conocimiento tan completo en el idioma latino, y como ademas tenia sobre la frente de su alma aquella luz brillantísima, que ilumina y dá la inteligencia de los testimonios del Señor á los púrvulos y humildes, que pronuncian y meditan su divina palabra: estaba tan arrebatado de las grandezas de Dios, que en ella se encierran, que salia como fuera de sí al contemplarlas: su fervor á veces era tal, que segun relacion (1) de algunos que lo abservaron, parecia como que se salia del asiento para volar hacia el dulce objeto de su cariño. Su rostro pálido y estenuado con la maceracion solia encendérsele como la grana, y otras cubrirse de cierta blancura que indicaba muy

(1) Así lo afirman Religiosos que vivieron con él en los años de su retiro.

bien los distintos afectos de su alma, ya de amor y abrazada caridad, ya de temor á sus divinos juicios, y otros que solo el Espíritu Santo que los inspiró los podrá contar. Cuando en la Iglesia se ponía en cruz para rezar la estacion al Satisimo Sacramento, elevaba tanto sus brazos, y lo hacia esto tan devotamente que todos se edificaban. El tiempo que gastaba en orar, no se sabe. Cuando acababa los Maitines á media noche se quedaba en oracion, y no se sabe que nadie lo hubiese visto ni de madrugada salir del coro: uno quiso averiguar que tiempo gastaba el V. P. en orar acompañándolo siquiera una vez, y no pudo resistir su naturaleza el estarse allí tanto tiempo, se aburrió y lo dejó.

Lo que entonces pasaba en su corazon y en el retrete de su alma no lo sabemos: ignoramos que tuviese éstasis, revelaciones y cosas extraordinarias con que el Señor suele remunerar la virtud de sus escogidos. El V. P. estaba llamado al anonadamiento de sí mismo; tenia un empeño decidido en que nadie supiese lo bueno que Dios le comunicaba, y nos persuadimos que él pidió con instancias, y que el Señor se lo concedió, que no saliesen al exterior las cosas sublimes con que le favorecia su amable é infinita bondad: el alma se le deshacia cuando en la oracion le hablaba su amado, pero él solo escuchaba su language. Dios se inclinaba hacia él, y su espíritu se arrebatava á la contemplacion de los atributos del Ser inmenso; Dios y él en cierto modo se conglutinaban; (1) mas toda esta felicidad no salia de el precioso gabinete de su interior.

Sin embargo se notó, que alguna vez fue hallado en aquella disposicion, que el Apostol S. Pablo cuenta de sí mismo, cuando refiere sus visiones y revelaciones sublimísimas. (2) Esto es que no sabia si estaba en el cuerpo ó fuera de él. El caso fue que estando de maes-

(1) S. Bon. de Stimulis div. amor. c. 3. (2) Sive in corpor. &c.

ro de novicios interinamente fue á deshoras uno á hablarle cosas precisas; toca á la puerta de su celda y no le responde, vuelve á llamar y le sucede lo mismo, abre, entra y vé al V. P. Fr. Salvador postrado en tierra en oracion tan absorto y tan embriagado en la contemplacion, que apesar de que lo llama allí mismo, lo toca y lo mueve, no vuelve en sí, y tiene que volverse, y dejarlo en aquella misma postura en que lo habia encontrado: (1) esto que entonces acaeció está en el orden de su vida contemplativa, que se repetiria muchas veces. Aquellos ojos enteramente cerrados, aquel estarse tantas horas hincado de rodillas, aquel no advertírsele movimiento alguno de cabeza ni de parte alguna de su cuerpo, permaneciendo inmovil delante de la Magestad de Dios tanto tiempo ¿puede esto suceder sin que el alma esté allá abismada en las delicias del amor de Dios? Ciertamente se le pueden poner en sus labios aquellas espresiones del Seráfico Dr. S. Buenaventura (2) „¡O amor ¿que te daré yo que me has hecho „divino? Vivo yo, mas yo no, sino Cristo es el que „vive en mí; inenarrable es tu poderio ¡ó amor! que „esto haces en el hombre hasta transfigurarle todo en „Dios. ¿Que cosa hay ó puede haber mas poderosa, „mas dulce, mas agradable y deliciosa que tu? Buen „amor que pones las cosas terrenas en el Cielo, yo desfallezco acordándome de tí, y hago cuanto puedo por unirme con el amado. ¡O amor feliz! que nos haces enfermar y ser sustentado con los abrazos de nuestro Espos! ¡O amor deseable que llenas á los necesitados de delicias sumas! ¿Como no muero en tus brazos? ¿Como no me consumes? ¿Como mi alma no queda absorta en tí?“

(1) Así lo testifica un Religioso que trató mucho al V. P.

(2) Stimuli amoris. p. 2. c. 8.

Se le dá por la obediencia el cargo de Confesor: comienza á egercitar el de Predicador que se le habia conferido, y lo hacen Predicador de Plaza.

Un religioso Capuchino puede abstraerse del trato con las criaturas, puede vivir como si no tuviese cuerpo terreno, y tener su conversacion en los Cielos como acabamos de ver en quanto se ha dicho hasta ahora del V. P. Fr. Salvador: mas este retiro nunca puede ser como el de un Anacoreta que se interna en un bosque, se encierra en una gruta, y alli vive sin volver á tratar con las criaturas del mundo que abandona. ¡Vida divina! ¡vida celestial! Asi fue la de Elias, la de Eliseo, la de S. Juan Bautista y la de otros innumerables que á imitacion de estos poblaron los desiertos: mas la de un Capuchino no puede ser por este órden; somos deudores al pueblo del pobre manjar que nos sustenta, y es forzoso que le demos el celestial y divino que encierran los Sacramentos y palabra de Dios, como en remuneracion y agradecimiento á lo que hacen con nosotros. Esta es nuestra vocacion; este es el rango que ocupamos en la Iglesia de Dios. A cada cual de nosotros se nos intima; „vé y ten cuidado de „tus hermanos (1) atiende y repara si todas sus cosas „van con prosperidad, y dá cuenta de ellos al Padre „Celestial con tus oraciones. La Sede Apostólica (dice „S. Buenaventura) (2) que tiene el cuidado de la Iglesia inmediatamente, y de quien manan todas las leyes de „los Sagrados Cánones, viendo en estos últimos tiempos „que segun el Apostol, instan ocasiones peligrosas y que „cuando aflojadas ó ensanchadas las redes de la predicacion Evangélica acudian tantos peces de hombres á „la profesion cristiana, que la red se rompía viendo que „la mies es mucha, y los operarios idóneos pocos á causa de que los pecados se multiplican en la Iglesia, y

(1) Gen. 37. 14. (2) S. Bon. Quest. 2. circa Reg. S. Francisco.

„los Obispos no pueden atender á todo; viendo que no
 „hay quien instruya á los pueblos y los saquen de las
 „heces de sus pecados, nos ha llamado á los hijos de
 „N. P. S. Francisco para que demos socorro, tanto al
 „clero como al pueblo, á fin de que por el oficio ó
 „ministerio de la confesion y predicacion socorramos las
 „almas, y aligeremos el peso Pastoral de los Obispos, ayu-
 „dándolos; asi como S. Pedro y sus compañeros no pu-
 „diendo traer á la orilla la red llena de peces por
 „su muchedumbre, hicieron señas á Santiago y á Juan
 „tambien compañeros suyos que estaban en otra nave,
 „que es figura y representación de las corporaciones re-
 „gulares, para que viniesen, y los ayudasen, no sea que
 „ellos se sumergieran, y los peces todos ya cogidos vol-
 „viesen á perderse en los abismos del mar. Esta es nues-
 „tra gerarquia en la Iglesia; el que saliese de aqui para co-
 „locarse en otro puesto mas retirado y abstracto no llenaria
 „el deber de su espiritual y santo destino; asi como el Mon-
 „ge que quisiese darse á ministerios exteriores, siendo llamado
 „para la contemplacion, no cumpliria con el suyo.

En virtud de unos antecedentes tan notorios el V.
 P. Salvador recibió de sus Prelados la órden para que
 se espusiese de Confesor y comenzase á poner en ejer-
 cicio la facultad de anunciar á los pueblos la divina
 palabra: él obedece, cumple con lo que se le ordena;
 pero sin abandonar su vida oculta y entregada á la
 maceracion y al recogimiento. Será ahora como Moyses
 que baja de la montaña para despues volver á ella,
 siendo el retiro y la penitencia la prenda amada de
 su corazon hasta que Dios le ordene otra cosa, en
 cuyo caso lo veremos sin cesar atender al bien de los
 prógimos.

Habiendo recibido el V. P. la órden para presen-
 tarse en sala para ser examinado de Confesor, como es-
 taba tan dado á Dios, tan desprendido de sí mismo, tan
 ansioso por los desprecios y humillaciones, hizo en estas

circunstancias una accion de las mas raras que se leen en los siervos de Dios, decia el sabio Mabillon, (1) que *la humildad no se aviene frecuentemente con la erudicion*, citando en su favor al P. S. Bernardo (2) y á la verdad es preciso mucha oracion, mucho espíritu para no dejarse engreir cuando los conocimientos no son vulgares y se posee un rico fondo de sabiduria. Lo poseia este el V. P. Fr. Salvador, pero era mayor el de su humildad y esta es la que sobresalió en la ocasion que vamos refiriendo: sucedió pues, que habiendo entrado en la sala, viéndolo los señores examinadores tan humilde, tan pobre, con los ojos tan modestos y que parecia mas bien un limosnero que un sabio; dijo uno que lo conocia bien á los demas, *este Padre es el P. Vera, muy capaz y sugeto de toda recomendacion, es maestro en Artes de la Universidad*. Oyó este elogio el V. P. y como si una flecha le hubiese pasado el corazon, así fue su sentimiento, huye de sí mismo, se anonada y se esconde tanto dentro de su propia bajeza, que resuelve hacer la plaza de necio ó tonto en aquella ocasion, para que de ese modo lo despreciasen y borrasen de su mente aquella idea favorable que habian formado de su singular mérito. Con esta resolucion en su alma, hace lo que no sabemos haya hecho ninguno otro por humilde y justo que sea puesto en iguales circunstancias. Cuando los ojos de todos los examinadores estaban fijos en él, cuando esperaban oír de sus labios espresiones que manifestasen su erudicion, entonces mismo el Venerable se oculta dentro de la mas profunda humillacion, le preguntan, y como si le preguntaran á un marmol nada responde, sus labios se cierran tan enteramente como si no tuviese una respuesta que alegar: le vuelven á preguntar y sucede lo mismo: le instan, le suplican, le vuelven á rogar que conteste alguna cosa, mas él permanece tan inmovil como si no fuese con él aquella sesion.

(1) Mabillon de studiis Mon. t. 13. p. 41. (2) Ep. 144.

Los examinadores se miran unos á otros: quien lo desprecia, quien lo estraña, y quien divisa en este portecillo algo de su asombrosa humillacion. Esto último era facil de colegirse: sus ojos no se levantaron de la tierra: su semblante, abatido y confuso, presentaba la idea mas patética y expresiva del bajisimo concepto que tenia formado de sí mismo, y todo el exterior predicaba su abatimiento. Quizas se acordaria entonces de aquellas expresiones del mas sabio de los hombres: *aparenta en muchas cosas ignorancia y estate callado* (1) ó de aquellas otras del Apostol S. Pablo: *si alguno entre vosotros parece ser sabio en este mundo, hágase estulto ó necio para que sea verdadero sabio*, (2) abrazando la humildad y la Cruz de Jesucristo que á juicio del mundo es estulticia, mas en el juicio de Dios es la verdadera y sola sabiduria (3). Quizas querria en aquella ocasion beber alguna gota del caliz amargo que el Salvador gustó en los tribunales, cuando enmudeció, y no quiso contestar á muchas de las preguntas que le hicieron: lo cierto es que nuestro Venerable nada habló como si fuese sordo, asi estaba pareciendo que nada oia, como si estuviese mudo no abria su boca, y fue en todo semejante al hombre que no oye y que no tiene en su boca nada que contestar. (4) Viéndolo en este estado los examinadores, y que era inutil hacerle mas preguntas, le ordenan que se retire. Sale de la vista de los jueces lleno de gozo, porque á su parecer quedaba ya desacreditado; mas no fue asi, aquellos hombres sabios conferencian sobre lo ocurrido y todos convienen que aquel silencio tenia su origen en el corazon y no en el entendimiento del jóven Capuchino. Se le dá la licencia para oir Confesiones, como si hubiese respondido con oportunidad. Este hecho llega á noticia de los religiosos, lo entiende el Prelado, y llamando al V. P. Salvador lo reprende con aspereza, y de tal modo se

(1) Ecl. 32. 13. (2) 1. ad Cor. 3. 18. (3) Tirin. in hunc loc. (4) Ps. 37. 14. 15.

9

enoja con el humilde súbdito, como si hubiese cometido un gravísimo delito. Á la verdad mirado este hecho con las luces solas de la razon humana, es menester confesar, que tiene todos los coloridos de una imprudencia, ¿como ha de aprobar la prudencia humana una conducta al parecer la mas estravagante, y propia para desacreditar el honor del hábito sagrado, y el suyo propio, que ningun Sacerdote debe mirar con desprecio? Mas el Justo se conduce por otros principios mas sublimes; sus pasos estan llenos de luz, y nada hacen que no hayan antes recibido del Padre Celestial. Esta es una de aquellas muchas y extraordinarias cosas que el Ser inmenso esconde á los sabios y prudentes del mundo, y que solo revela, ó descubre, á sus pobres y pequeñuelos. No hay un Justo de los innumerables que brillan como astros luminosos en el firmamento de la Iglesia, que no haya practicado muchas de estas que el hombre asido á la razon sola, llama locuras y extravagancias.

Habilitado ya para oír pecadores en el tribunal de la penitencia, y con facultades para anunciar la divina palabra adonde lo llevase la voz de la obediencia, solo le faltaba poner en ejecucion estos dones preciosos que habia recibido de la mano del Señor. Nuestro V. P. Salvador se prepara para tan sublime ejercicio con la oracion, la penitencia y los reiterados clamores de su corazon. Ruegos al Señor de la mies, para que se dignase enviarlo á aquella que fuese mas de su agrado. Despues de muchos y repetidos actos de humillacion, de lágrimas y de súplicas, se siente movido interiormente á ir á curar á los que tienen el corazon mas afligido, á predicar á los presos de la Real Cárcel de Sevilla, que para ellos hay tambien perdon en las dulcísimas entrañas de nuestro amable Dios. El espíritu del Señor vino sobre él, y animado del deseo de la salvacion de aquellas desgraciadas víctimas de las pa-

siones humanas estrañó con ellos su celo y les ofreció las hermosas primicias de su fervorosa predicacion. El dia 9 de Abril del mismo año que habia entrado en Sevilla, para fijar en aquel Convento su morada, que fue el año de 1794, dijo su primer Sermon en las Cárceles. El fruto que de él se siguió precisamente, seria el de ablandar los ánimos encallados de aquellos miserables, y hacer que sufriesen con resignacion los duros trabajos de una situacion tan desdichada.

En este tiempo viendo los Prelados que el V. P. Salvador era un modelo de observancia regular, perfectísimo imitador de la severidad de los primitivos Capuchinos, y que nada habia en él que no predicase penitencia y desprecio del mundo; le dieron la difícil y árdua comision de instruir á los novicios en los caminos del espíritu. Los superiores le dieron este cargo solo interinamente, temiendo tal vez, que redoblando sus rigores, abreviase los dias de su preciosa vida. El R. P. Guardian no queria nunca perderlo de vista, siempre estaba observando lo que hacia, lo que comia, y las penitencias que practicaba este su Venerable súbdito: (1) moderaba sus rigores, le ordenaba que se alimentase, y sus mas severas exortaciones se dirigian á contener las fogosidades de su fervor. Si le han dejado ir, ciertamente hubiera pasmado con los heroismos de su maceracion, y hubiera sido otro S. Pedro de Alcántara. Este rigor tal vez seria el motivo de no haberlo nombrado maestro de novicios en propiedad, sino solo interinamente. Estuvo poco tiempo en el Noviciado, mas entonces fue cuando lo encontraron absorto y fuera de sí segun dijimos tratando de su oracion. Entonces vieron aquellos jóvenes en el espejo de su maestro, tales cosas, tales virtudes y tan sublimes que no podian desear mas: su maestro era mas novicio que ellos; los acompañaba á todos sus ejercicios, que son

(1) Asi lo testifica un Religioso que vivia entonces allí con el V. P.

muchos, gravosos, no los perdía nunca de vista y los inflamaba poderosamente con sus exortaciones al amor de Dios, á la práctica de la oracion mental, y al cumplimiento de aquellos rigurosos deberes que constituyen á un religioso Capuchino.

Desempeñada esta comision, dispuso el Altisimo, que este nuevo Bautista no estuviese mas tiempo oculto, y encerrado en el hórrido desierto de su vida penitente; sino que se dejase ver sobre las márgenes del caudaloso Guadalquivir, como aquel sobre las del Jordan predicando penitencia: en el mismo año de 94 es nombrado Predicador de Plaza, y empezó á egercitar este ministerio en el Arrenal junto al rio, subido sobre el malecon. Como toda la Ciudad lo conocia, y lo habia visto pocos años antes en otro trage, arrebató tras de sí las atenciones y los corazones de todos; corrian por ir á escuchar este Varon respetable, con la veneracion con que se escucha á un enviado de Dios. Su hábito pobrísimo, sus pies descalzos, su rostro macilento y estenuado, aquella cuerda tan grosera, y aquel aspecto tan mortificado hacia que todos mirasen en él un retrato el mas vivo de los antiguos habitantes del yermo: asi era mirado un S. Basilio, un S. Gregorio Nacianceno, cuando dejaban sus grutas y cavernas para venir á las ciudades á anunciar las verdades del Evangelio de Jesucristo. *Yo no soy el Bautista* (decia este último) *mas acabo de llegar del desierto.* ¡Qué espectáculo tan hermoso á los ojos de la Religion! Al rededor de este hombre penitente, están escuchándolo multitud de criaturas de toda clase y gerarquía, que lo habian visto y tratado en los dias de sus pasatiempos y diversiones. Los jóvenes distraidos que van al paseo, al verlo se acercan, lo miran; la curiosidad conduce sus pasos, y la gracia del Señor visita sus corazones. Ellos ven subido en lo alto á aquel espectáculo de severidad evangélica que reprendia tácitamente su molicie y su lujo; y á esta vista el corazon se estreme-

ce; el alma recibe un toque celestial, los ojos se llenan de lágrimas: las señoras que pasaban por allí cerca á ostentar la vanidad de sus vestidos, y á cautivar en las redes del amor profano al incauto y poco advertido, oyendo aquellas voces se paran, se acercan, lo conocen.... Era menester que el vicio estuviese muy hondo en sus corrompidos corazones para no quedar atónitas y conmovidas. Todos se pasman al observar al V. P. Salvador sobre el malecon del Arenal anunciando el Evangelio de Jesucristo.

„Yo, dice su Catedrático el R. P. Fr. Gabriel Rodríguez (1) yo lo ví con sumo gusto y edificación „mia por algunos años no poner los pies en su casa „(sino se lo mandaban), y venir de su Convento á predicar junto al Triunfo de la Santísima Trinidad, vuelta la espalda á su casa... Esta conducta era tan edificante, y sus exortaciones penetraban tan adentro „de los corazones, que compungian á su auditorio que „lo seguia como á un Justo, y lo detenia para besarle „el santo hábito y pedirle su bendicion.“ Mas adelante será forzoso volver á tocar este punto con alguna estension: treinta y seis años egercitó en el mismo sitio tan sagrado ministerio, y sus resultados fueron felicísimos.

No fue esta sola la ocupacion que por este tiempo recibió de la obediencia el V. P. Aunque siempre se habia esmerado tanto como hemos visto en que nadie alcanzase ni llegase á conocer su erudicion, como esta es semejante á la antorcha brillante que nunca se oculta tanto, que no se entrevean algunos de sus rayos, los Prelados sabian muy bien quien era el V. P. Salvador. En esta inteligencia, sin atender á su encogimiento le confieren el honroso cargo de ejercer la presidencia de las conferencias morales, que siendo aquella Comunidad muy numerosa y abundando en todas épocas de reli-

(1) Carta del dicho. N. 2.

giosos instruidos, ofrece bastante cuidado, y necesita para su desempeño de mucha capacidad y despejo. Ademas pusieron á su cargo la Biblioteca pública de la Comunidad que en aquellos tiempos era rica y abundante: todas estas ocupaciones las tenia y desempeñaba á un mismo tiempo con tanta exactitud y esmero, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO 16.

Llena el V. P. sus deberes en las comisiones que le habia confiado la obediencia: ejemplo que daba á sus hermanos los religiosos: algunos rasgos de su pasmosa humildad.

Endonde habita el varon virtuoso, allí abunda copiosamente la paz, la dulzura, la ciencia y las demas bendiciones con que el Señor favorece á sus escogidos. Nada hay mas util á una corporacion sea civil, sea religiosa, que un individuo suyo á quien Dios ame, y en cuya alma haya fijado su mansion gustosa. Lo que era aquella hermosa fuente que regaba el Paraiso de las delicias para mantenerlo en su verdor y lozania, eso es una alma que posee la verdadera sabiduria en medio de sus semejantes: sus palabras edifican y como el rocío que cae sobre la tierra asi agradan y se admiran. Sus acciones son de gran utilidad y todos reciben copiosos bienes de su trato. Este puede figurarse muy bien en aquella fragancia que arrojaba de sí el bálsamo con que ungió los sacrosantos pies del Salvador, aquella muger dichosa de que habla el Evangelio de S. Juan. (1) Asi como al derramarse aquel precioso licor, la casa toda se llenó de un olor suavísimo que recreaba á cuantos lo percibian; asi las acciones que se advierten en el escogido del Señor, á todos recrean y causan ventajas incalculables. Mejor es el fruto de la santidad que el oro y las piedras preciosas (2) y sus producciones valen mas que la plata escogida. La compa-

(1) C. 12. v. 20. (2) Prov. 8.

ña del Santo Jacob llenó de bienes la casa de su suegro Laban, el Señor bendijo la de Putifár, á causa de que en ella habitaba el casto José, y el antiguo pueblo de Israel debió su prosperidad á las virtudes heroicas de sus Patriarcas.

Un amigo de Dios es, dice el P. S. Juan Crisóstomo, (1) un Compañero amable, obsequioso con todos, á ninguno es pesado ni incómodo, porque él es devoto para con su Dios, y benigno con el prójimo. El con el ejemplo de una vida irrepreensible anima á los tibios, fortalece á los flacos, enciende á los fervorosos, y á todos los lleva dulcemente al cumplimiento de sus deberes, y los inflama en el amor de las cosas eternas. En él se ven todas aquellas escelencias que hacen amable la sociedad; la dulce afabilidad de un hermano, la confianza de un verdadero amigo, la franqueza de un igual, y la tierna compasion que inspira la caridad verdadera en el corazon recto. El es un bien general que á nadie se niega, y á todos se comunica; lo que él tiene lo tienen los demas. Su alma está abierta para cuantos se hallan en alguna necesidad; conforta al enfermo, alienta al afligido, instruye al ignorante, y comunica sin envidia las luces que ha recibido de lo alto. El es un tesoro precioso de donde todos sacan cuantas riquezas pueden desear, mas apreciables ciertamente que las perlas y margaritas; un manantial inagotable de copiosas gracias y bendiciones. ¡Dichosa la Corporacion que cuenta con un amigo del Señor! Allí habitan con él la prosperidad, la alegría, y la proteccion del Cielo.

Este bien gozan las Comunidades todas que aspiran á llenar los deberes de su profesion. Nosotros hemos tenido en la nuestra de Sevilla multitud de estos frutos; y jamas han faltado poderosos modelos que inciten á sus individuos á llevar sobre sus hombros el yugo pesado á la naturaleza, mas suave al espíritu de la observancia

(1) S. Juan Cris. in Math. ap. Lohner, v. societas.

regular. Entre estos podemos contar al V. P. Salvador, singularmente en la época de su vida oculta y penitente: él tenia los penosos cargos de Presidente de las conferencias morales, el de Predicador de Plaza, el de Bibliotecario, y de Maestro de Novicios de que ya hemos hablado.

No es decible la exactitud con que desempeñó todas estas comisiones: él iba á predicar los dias festivos sin faltar jamas, á no estar enfermo, presentándose infaliblemente sobre el malecon de Triana á la vista de todos, y teniendo mas complacencia en este ejercicio, que á los ojos de los mundanos parece de poca recomendacion, que el togado cuando se sienta debajo de dosel á ejercitar la magistratura. El no se miraba nunca á sí mismo, sino únicamente la gloria del Señor y la salvacion de las almas.

En los dias de trabajo siempre estaba ó entregado á sus penitencias, ejercicios de disciplina y oracion; ó dedicado al estudio con el objeto plausible de hacerse útil á sus hermanos. Sostenia las conferencias morales con una constancia inalterable mientras que el Señor no lo llamó á la vida pública; sus resoluciones estaban acompañadas de aquella sabiduría humilde que tanto cautiva los corazones. Oia los dictámenes de los demas, y despues resolvía lo que creia mas conforme á la sana doctrina; si alguno trataba de replicarle, él jamas ni levantaba la voz, ni se alteraba en lo mas leve; nunca perdía aquella igualdad y circunspeccion que es propia de los que tienen bien arraigado en su corazon el conocimiento de su propia bajeza.

Como era Bibliotecario, todo el tiempo que le permitian sus ocupaciones, y su oculta distribucion lo pasaba en la librería (1) registrando é imponiéndose en cuantos tratados y materias contenian las muchas obras, que especialmente en aquellos tiempos anteriores á la

(1) P. Santok. N. 3.

devastacion francesa, alli se conservaban. No parece sino que (como afirma un Religioso digno de todo crédito y condiscípulo suyo) se actuó de todas, y las devoró como Ezequiel el volumen de la ley: Lo cierto es que si algun Religioso necesitaba material para componer algun sermon; ó para salir de alguna dificultad por rara que fuese, por desconocida y poco versada, con solo llegar al V. Bibliotecario y proponerle su necesidad, al momento él decia adonde estaban las materias. No es de estrañar en el V. P. esta exactitud, y este profundo conocimiento de todas las materias, porque como ya dejamos advertido en otra parte, su memoria era prodigiosa; su talento muy despejado, y á estas bellas disposiciones juntaba una aplicacion inimitable, porque hasta despues de comer y cenar estudiaba, y una abstraccion y retiro tan grande, que casi nunca salia á la calle.

¿Y qué diré de su puntualidad á los actos de Comunidad, y del ejemplo que daba á todos los Religiosos? Jamas faltaba á ninguna de aquellas concurrencias que le enseñaron en el Noviciado: en el Coro é Iglesia era un Serafin que de dia y de noche asistia lleno del fuego de la mas encendida caridad á las alabanzas de su Dios; hemos dicho en otro capítulo su compostura exterior, su recogimiento, y su piedad; en el santo Sacrificio de la Misa al mismo tiempo que parecia absorto, y enagenado en la contemplacion de aquellos sublimes misterios, se le notaba tal exactitud en las ceremonias, que no permitia que ni él, ni el ayudante faltase en lo mas leve; se le observó advertir al acólito que le servia el incienso, que le besase la mano al tiempo de darle el incensario, no obstante su rarísima humildad: estaba en todos los pormenores de aquel tremendo Sacrificio. En la oracion que hacia con la Comunidad era señisible, y conocido de todos el respeto con que se presentaba delante del Señor, ya por su postura, y ya tambien por el recogimiento de sus sentidos: la piedad verdadera, que segun el Apostol vale

para todo, (1) de tal modo habia penetrado su corazon, que parecia haberlo hecho todo suyo; esta era (2) la que por su devocion lo elevaba hácia Dios, por su compasion lo transformaba en Jesucristo, y por su caritativa condescendencia lo inclinaba hácia el prógimo: esta piedad era el móvil que dirigia todas sus operaciones: su placer regalado era el trato con Dios en la oracion; de alli salia para hacerse siervo de todos sus hermanos, y servirlos á todos. Los enfermos recibian de sus labios palabras de consuelo; los tristes se aliviaban de sus penas con su trato; y á todos socorria del modo que le era posible. En su pobre celda hallaban recurso todos los que padecian alguna necesidad: el Religioso que necesitaba algo iba á buscarlo en la celda del V. P. Salvador, con la seguridad certísima, que teniéndolo el Venerable, ya podia contar con ello. ¡Cosa qué gusto daba cuanto era de su uso! Se quedaba muchas veces sin aquellas cosas que le eran precisas, por no dejar desconsolado á ninguno; sus libros, su papel, sus tinteros, en una palabra, cuanto tenia era de sus hermanos. El que escribe esto experimentó en muchas ocasiones esta generosidad caritativa; y muchas mas la vió practicada con los demas religiosos: en una palabra, el V. P. era el consuelo y el ejemplo de la Comunidad; nada habia mas humilde, nada mas fervoroso, nada mas pobre que este verdadero imitador de nuestro P. S. Francisco. Mas aunque todas las acciones de este hombre Justo fueron de gran edificacion á todos, lo que mas enamoraba era aquella profundísima humildad que aparecia en toda la economía de su religiosísima vida. Siendo este su caracter peculiar, y como el distintivo con que se hizo tan esclarecido á los ojos de Dios y de los hombres; es preciso llamar la atencion de nuestros lectores sobre esta importantísima materia; varias veces hemos hablado de su humildad, pero nunca la hemos tocado, de modo que apurando cuanto practicó, nada nos

(1) 1. ad Timot. c. 4. (2) S. Bonav. Leg. Sti. Franc. c. 8.

reste que decir. En la época de su vida penitente fue con especialidad tan sublime el ejercicio que hizo de esta virtud, que se consideraba como el pasmo y la admiracion de la Comunidad. Vamos á decir alguna cosa en comprobacion de esta verdad.

CAPITULO 17.

Sigue su humildad ejemplarísima.

Humildes son, decia S. Lorenzo Justiniano, (1) los que conocen su propia flaqueza; y conociéndola se desprecian á sí mismos, y se tienen por viles y dignos de toda afrenta. Esta leccion no se aprende en los liceos, ni en las academias. Los antiguos filósofos quisieron hacerse célebres por el desprecio de los honores y de las honras mundanas, pero nunca pudieron entrar en el conocimiento de la humildad verdadera. Esta sabiduria es toda celestial, fue menester que Dios mismo viniese en persona á enseñarla y practicarla para que el hombre la pudiese conocer. Una vez sola se lee que Jesucristo hubiese dicho *aprended de mí*: voz de autoridad, voz de Maestro que enseña, voz de una santidad inefable, que se pone á sí misma por modelo del hombre, voz de un Dios humano que quiere le imitemos los miserables mortales. *Aprended*, dice, no por medio de palabras elocuentes, no por razones abstractas, no por disputas y sentencias agudas, sino por los ejemplos, no de otros, sino *mios*: *aprended de mí*, que os hice, que os busqué, de mí que os hallé, y os reduje cual ovejas estraviadas á la presencia de mi Padre, á mi redil con tanta misericordia. *Aprended de mí* que soy vuestro Maestro, vuestro camino, verdad y vida. ¿Y qué hemos de aprender? Por ventura á fabricar Cielos, á resucitar muertos, á sanar varios géneros de enfermedades, á hablar cosas sublimes, y anunciar las futuras? No. ¿Pues qué hemos de aprender, cual es la doctrina que nos quereis enseñar? *Aprended de mí*, dice, *que soy manso y humilde de corazon*. ¡O palabra dulce! ¡O dóctri-

(1) S. Laur. Just. Lign. vitæ de humilit. 3.º

na salubérrima! ¡O espresion digna del pasmo y admiracion de todos los siglos! ¿Quién habia de creer que un Dios tan grande habia de bajar espresamente del alto sologio de su inefable Magestad, donde le adoran temblando los supremos Serafines para dar esta enseñanza, y para ponerla en práctica? La puso efectivamente en Belen, en Nazaret, en el Calvario. ¿Quién jamas en su vida se ha abatido tanto, se ha anonadado tanto como nuestro Dios y Salvador Jesucristo? Toda su conversacion que en este mundo tuvo con los hombres, fue ejemplar de humildad. Esta leccion la aprendieron los Apóstoles, los Mártires, los Anacoretas, las Vírgenes, los Predestinados todos: en esta hizo progresos admirables N. S. P. S. Francisco, y cuantos han seguido sus heróicas pisadas, y esta misma la practicó toda su vida ejemplarísimamente el V. P. Salvador de Sevilla.

No puede reducirse á palabras lo que él hizo para buscar los desprecios, y para que todos lo tuviesen en el concepto mas bajo y despreciable. Ya hemos visto en los capítulos pasados varias acciones bastante raras y edificativas á los ojos del mundo, mas no las que practicaba dentro del convento, y á la presencia de los Religiosos: como se tenia por el mas inútil, y el que menos merecia el gran beneficio de la vocacion al claustro Capuchino, buscaba siempre el último lugar; su gusto era servirles á todos ya en la Hebdomada, ya en lo que se les ofrecia. Nunca se le vió la menor apariencia de vanagloria, antes cuando se hacia alguna estimacion de su mérito temblaba, se horrorizaba, y hacia cuanto le era posible para que no se pensase de él tan favorablemente.

En una ocasion sucedió que un Religioso fue á su celda, y le dió la noticia de que el M. R. P. Provincial habia resuelto darle la Cátedra, por ser el mas benemérito de todos sus condiscípulos. Al oír esto se afigió tanto, fue tanto lo que fue y vino á la celda del Prelado, lo que clamó, lo que se apuró, y tal la amargura de su

espíritu, que para consolarlo fue preciso decirle que no se pensaría en darle semejante colocacion y destino: hasta que el Superior le habló así, no pudo descansar, ni hallar alivio su espíritu afligido. ¡O que edificacion era ver á este Varon santo postrado en el suelo, rogar, gemir, y aun derramar amargas lágrimas porque se le anunciaba un puesto de honor y de distincion! ¿Qué mas puede hacer un amator de la vanidad por adquirir la gloria mundana, de un destino sublime, que este Venerable Religioso hizo por desecharlo? Estamos firmemente persuadidos que cualquiera tribulacion, cualquiera pena por amarga que fuese, cualquiera persecucion no le habria arrancado un suspiro de sus labios, ni por eso tampoco hubiera manifestado el menor quebranto, antes bien, como se le notó innumerables veces lejos de consternarse ni de afligirse hubiera manifestado grande conformidad, alegria de espíritu, y una magnanimidad muy singular; mas tratándose de honores, y de un puesto distinguido en la Religion, hace lo que no hacia en ninguna otra afliccion, y se llena de una estremada amargura. Si el Prelado lo hubiese colocado en la ínfima clase de sus súbditos, si lo hubiera puesto de cocinero, portero, limosnero, ú otro semejante, seguro está que hubiese replicado ni clamado; clamó por el honor con que su humildad, y el desprecio con que se miraba á sí mismo le hacia considerarse indigno de toda atencion y honor. ¡O que humildad tan edificativa! La clase de los Lectores entre nosotros es mas honorífica que en otras corporaciones regulares; porque entre muchos Colegiales, uno solo es electo; y aunque muchos sean capaces de regentar Cátedras, se quedan sin esta colocacion. Esta circunstancia hace que se mire este destino con aprecio, como señal por lo comun de un mérito superior; mas esto mismo era lo que hacia temblar al V. P. Salvador. „Es propio indicio de la humildad, dice el citado S. Lorenzo Justiniano, (1) el huir de toda ele-

(1) Sti Laur. Just. Lign. Vitæ. de humil. c. 5.

„vacion y dignidad. Considera el humilde que cuanto mas
 „elevado es el lugar en que alguno se mira constituido,
 „tanto mayor es el peligro en que se halla. Hubo no po-
 „cos que hallándose en un grado humilde, se conocieron
 „á sí mismos, y supieron gobernarse ejemplarmente con
 „vigilias, trabajos, abstinencias; que mientras se les de-
 „jó vivir como personas privadas, no cuidaban de otra
 „cosa que de sí mismos; eran humildes, agradaban á Dios,
 „y crecian no poco en virtudes: mas elevados despues,
 „y puestos en la necesidad de corregir á otros, y diri-
 „girlos, unos no han podido sufrir desde su principio
 „peso tan grande, y se han substraído; y otros perdiendo
 „su conciencia y humildad anterior en el ejercicio de su
 „empleo, se han hecho á sí mismos gravísimos perjuicios,
 „y nada han aprovechado. Entendiendo esto los humil-
 „des siempre han mirado con horror toda altura de dig-
 „nidad, para no perder en alta mar lo que en el puer-
 „to habian conseguido.“

„Mas cuando la humildad, esta reina de las virtudes,
 „decia S. Juan Clímaco, (1) creciendo en nosotros de dia
 „en dia por un progreso ó adelantamiento todo espiri-
 „tual, se ha fortificado y arraigado en nuestras almas,
 „entonces no solamente nos miramos con desprecio, sino
 „tambien con cierto horror, recelando de todas nuestras
 „acciones por buenas que sean, y persuadiéndonos que
 „aumentamos todos los dias el peso de nuestras culpas
 „con muchas faltas secretas que no conocemos.“ Este
 „grado de humildad tan crecido lo poseyó el V. P. Fr. Sal-
 „vador de Sevilla de una manera la mas heróica. En con-
 „firmacion de esta verdad referiremos un caso que nos ha
 „contado un Religioso que lo presencié, y fue testigo
 „de él.

Era Guardian de nuestro Convento de Sevilla el R.
 P. Fr. Juan Nepomuceno de la misma Ciudad, y Maes-
 tro de Novicios el P. Fr. Francisco de Burgos, el prime-

(1) S. Juan Clím. Scal. St. grad. 26 de humilit.

ro muy exacto de la disciplina regular, y el segundo severísimo, é inclinado con ardor á las penitencias y mace-
raciones: el noviciado era muy numeroso; y para ejercitar á los jóvenes en el abatimiento y en la abnegacion de sí mismos, que es la base principal sobre que se levanta el edificio hermoso de la perfeccion religiosa, suelen los Prelados, cuando dicen la culpa, á la hora de comer los demas Religiosos, reprenderlos, ponderar sus defectos por pequeños que sean, é imponerles ásperas penitencias: las de menos consideracion y mas comunes son las de tenerlos postrados con la cara contra el suelo mientras dura la reprehension, hacerles que se den una disciplina sobre las espaldas, y despues que coman hincados de rodillas, teniendo el plato sobre la tierra: ya dijimos algo de esto en otra parte, mas ahora es forzoso repetirlo por lo que vamos á referir. Ademas de esta mortificacion suele añadir el Prelado, ó el Maestro de Novicios, si este preside, algun otro acto de humillacion, segun es la culpa que se le ha reprendido á los Novicios.

En una de estas ocasiones, presidiendo el acto el dicho R. P. Guardian Fr. Juan Nepomuceno de Sevilla, reprendió á los novicios agriamente, echándoles en cara que entre ellos se iban introduciendo ciertas relajaciones que disipaban el espíritu de mortificacion y penitencia, en que tanto debe resplandecer un novicio Capuchino. Esta relajacion consistia en que remendaban las suelas de cáñamo (únicas que usan) con pedazos de sayal viejo, buscando tal vez con esto el alivio y la comodidad; esto decia y exageraba el Prelado. ¡O en que cosas tan pequeñas pone su consideracion un superior celoso! Vean las personas del siglo que lean esto, cual es el espíritu de rigor y de severidad con que se educan las tiernas plantas, que viniendo de sus casas se trasladan al jardin de la Religion. Si tanto se castigan las cosas pequeñas ¿qué se hará con las grandes? Tres eran los novicios que habian cometido este pequeñísimo

defecto. El superior además de hacerles que tomasen la disciplina, y comiesen en tierra; les ordenó que se quitasen las sandalias de cañamo que traian remendadas, y que fuesen de religioso en religioso mostrándose las, pisando entretanto el suelo con los pies desnudos, para que todos viesen su poco espíritu y escasa mortificación.

Fueron efectivamente los tres novicios, llevando en las manos las sandalias, y comenzando por el Prelado, se las iban manifestando á cada cual de los religiosos por su orden; llegaron al P. Salvador, se las pusieron delante; el V. P. levanta la cara, las mira y lleno de confusión se encoge, se amilana y resuelve ejecutar el acto de profundísima humildad que vamos á ver en seguida. El V. P. traia las sandalias igualmente remendadas, segun las que él mismo habia acabado de ver en los novicios. Aunque esto lejos de ser defecto, es una señal de pobreza y de humildad, con todo el V. P. se creyó reo de gravísimo defecto y trata de darse á sí mismo el castigo que á su parecer merecia. Acostumbran los novicios despues que se concluye la comida y han rezado la estacion al Santísimo Sacramento, ir á la Sacristia á asear las cosas y preparar las que han de servir al dia siguiente en el Santo Sacrificio; y concluida esta ocupacion se forman en dos filas y esperan á que su Maestro llegue, y diciéndoles *sea por amor de Dios*, les mande retirar al Noviciado. Esta era precisamente la ocasion oportuna que estaba aguardando el V. P.; hallábase allí próximo oculto esperando que los jóvenes novicios estuviesen formados, y cuando ya estaban todos asi juntos, con su Maestro, entra en la Sacristia el V. P. Salvador con los ojos bajos ó casi cerrados, las manos metidas en la manga y dirigiéndose adonde estaba el P. Maestro, se hinca de rodillas, se postra contra el suelo, y lleno de confusión dice en voz alta: „Perdónenme Vuesas caridades hermanos mios, por

„el mal ejemplo que les he dado; yo tal vez he sido
 „la causa de que este Venerable noviciado haya sido
 „hoy reprendido y públicamente castigado; yo he dado
 „este mal ejemplo usando de suelas de cáñamo remen-
 „dadas de sayal: Padre mio perdóneme V. P. y Vue-
 „sas caridades, hermanos perdonenme por amor de
 „Dios.“ Estas palabras las dijo con tal fervor y con una
 humildad tan profunda, que los novicios estaban pas-
 mados y como fuera de sí, al ver aquel Sacerdote tan
 recomendable por sus talentos y virtud postrado en
 tierra, tan humillado, tan pegado con el polvo, hacién-
 dose reo y causa del castigo que ellos habían sufrido.
 El maestro que estaba acostumbrado á ver en el V. P.
 estas humillaciones, lejos de admirarse le habló con des-
 agrado y aspereza, y le dijo, *Vaya V. P. con Dios:*
 él volvió á clamar sin quererse levantar de allí hasta
 que lo pordonasen, mas el maestro repitió lo mismo
vaya con Dios, volvió á instar, y mas sus palabras no se
 entendieron bien, tal vez por las lágrimas y confusion
 con que las dijo, y el P. maestro volvió á repetir se-
 camente la misma palabra *vaya con Dios*: entonces se
 levanta del suelo y se retiró lleno de confusion como
 el reo cuando sale del tribunal donde ha declarado sus
 delitos. Desde entonces se le notó que jamas volvió á
 poner sobre el cáñamo de las sandalias pedazos de tra-
 po ó de sayal viejo.

Son innumerables las veces que se humilló de esta
 manera á la presencia de los demas religiosos. Si decia
 alguna espresion en las pocas palabras que hablaba, en-
 traba despues en temor si habria ofendido con ella, y
 al momento iba á su celda y se postraba en el suelo
 para suplicarle que por amor de Dios lo perdonase; sor-
 prendiéndose el que veia esto al notar su delicadeza
 y humildad. En estas humillaciones ponía todo su em-
 peño, de modo que parece no cabia mas abatimiento,
 y humillacion. El último grado que constituye la verda-

dera humildad consiste, segun el testimonio de S. Lorenzo Justiniano (1) en gozarse en los oprobios, en la infamia y en verse reputado digno de desprecio... Este grado tan alto lo alcanzó el V. P. Se le vió alguna vez sorprendido con una injuria repentina, y se le admiró tan pacífico y contento como si le estuviesen haciendo el mayor obsequio: en una palabra baste decir que jamas se le observó ni la mas leve espresion en toda su vida, ni la accion mas ligera, que no tuviese alguna clara y palpable señal de la humildad de su corazon. Si hablaba, su language era el de un hombre que conoce su nada, y su miseria: si trataba con las gentes, siempre era anonadándose, y echándose por los suelos: si se vestia, era con lo mas pobre y despreciado; todo él predicaba humildad y desprecio del mundo, y esta fue la causa de que todos lo apreciassen tanto, segun aquella espresion del Sto. Job. *El que fuere humillado estará en gloria, y el que inclinase sus ojos ese se salvará.* (2)

CAPITULO 18.

Lo liberta el Señor de un evidente riesgo de perecer.

No hay cosa que deteste tanto el infierno como la vida de un Justo; este es un guerrero que asistido de la gracia triunfadora del Altísimo, sabe manejar las armas poderosas de la oracion, humildad y demas virtudes: con ellas vence al dragon infernal, lo abate, reduce á polvo todas sus máquinas y artificios. Por mas que repita sus asaltos, por estrepitosos que sean sus rugidos, aunque semejantes al torbellino, y al huracan furiosísimo parezca que arrancan los peñascos para arrojárselos encima; y que conmueven las olas del abismo para que los sepulte en su seno, la humildad sola de que estan poseidos desbarata todos estos aparatos de horror, y llena de confusion al soberbio Angel que los produce: en este caso trata del modo que le es permitido deshacerse de este enemigo insuperable, destruirlo, arruinar su existencia, y si

(1) De Ligno vitae est supra. (2) Job c. 22.

posible le fuese desmenuzarlo entre sus garras espantosas: testigo de esta verdad el Sto. Job. El que en sus Angeles encuentra defectos, se gloria de tener en aquel héroe un siervo suyo, humilde, sencillo, temeroso de Dios, que huirá de toda sombra de pecado, y en fin tan virtuoso que no tenia semejante en el orbe todo; esta verdad la confiesa á pesar suyo el enemigo astuto, mas atribuyendo estas virtudes á la proteccion que le dispensaba el Señor, pide su permiso primero para tocarle en sus bienes, y despues para herirle sus carnes; y fue tal el estrago que hizo en ambas cosas, que lo redujo á la absoluta privacion de todo consuelo, y á que podridas sus carnes, se viese lleno de gusanos y podredumbre, sin alivio alguno. Lo que pretendió entonces respecto de Job, pretende igualmente respecto de los demas siervos de Dios, que poseen cualidades análogas á las que distinguian á aquel su amigo. En estas pruebas, duras á la carne flaca, se experimenta la proteccion del Altísimo; por ellas han pasado los Justos todos, y siempre ha resultado gloria inefable al brazo Omnipotente, que ampara al Justo, y una vergonzosa humillacion al tentador.

El V. P. Salvador tenia muchas y preciosísimas cualidades: era Varon humilde, sencillo y temeroso de Dios: ninguno de los atractivos y ardidés de que se vale el infierno para hacer vacilar la virtud, habia podido desquiciarlo de sus propósitos y santas resoluciones: fue pues preciso que la tentacion lo probase, y que se le permitiese al dragon infernal atacar su existencia; para que brillase sobre él de una manera la mas gloriosa el amor que su Dios le tenia, y el cariñoso y dulce amparo que le dispensaba: fue el caso muy ruidoso en Sevilla, y debemos referirlo con todas sus circunstancias.

Era el V. P. Fr. Salvador muy apasionado por los ejemplares PP. Cartujos; alguna otra vez solia irse á su Monasterio, y estarse alli algunos dias. (1) Este santó-rez

(1) Relacion del P. Santofia N. 13.

tiro lo tomaba como por recreacion, porque era acometido frecuentemente de terribles tristezas y melancolías. En una de estas ocasiones llevó por compañero á un Religioso demente, con el cual habia ido ya otras veces. Este fue el instrumento de que se valió el infierno para procurar su ruina. Como privado de juicio era susceptible de cualquier arrebató ó locura que le sugiriese. No era furioso, antes sí hablaba rara vez, y le acompañaba naturalmente una modestia tan edificativa que llamaba la atencion por su compostura y exterior mortificacion: de suerte que el extravio de su razon no le habia despojado de aquellas bellas cualidades que le habian enseñado en el Noviciado; por estas circunstancias apreciabiles nadie reusaba salir á la calle con este loco, y el mismo V. P. le habia llevado muchas veces de compañero para ir á predicar en la Ciudad; se llamaba el hermano Fr. Pacífico de Antequera: ya es difunto, y murió en la misma demencia. El V. P. Fr. Diego José de Cadiz estaba actualmente en este Convento, y sin duda presintió el lance terrible que iba á suceder. Llegó al Prelado y le dijo: *¿No pudiera dársele otro compañero al P. Salvador?* El Superior le contestó: *P. Fr. Diego, si Fr. Pacifico ha ido ya varias veces con el Padre, y sale tambien cuando se ofrece con otros Religiosos... y asi no hay cuidado. Adelante,* respondió el V. P. Cadiz.

Habiendo llegado á Cartuja el V. P. Salvador acompañado del hermano Fr. Pacífico, se encontró que era dia de recreo, en que aquellos venerables anacoretas se van á la huerta á respirar el aire libre, y tomar algun alivio de sus muchas y rigorosísimas mortificaciones. De consiguiente aquella tarde todos estaban fuera de sus celdas á escepcion del R. P. Procurador (1) que por una

(1) Esta narracion varia algo de un apunte de su madre que copiado por el V. P. dice asi: „En 13 de Mayo de 1800 lo echó en un pozo de Cartuja el hermano Fr. Pacifico, luego Capuchino, cogiéndolo por los pies lo echó en el pozo, invocó en el corazon á mi P. S. Francisco, y con sus ruegos y la felicidad de que el pozo hacia á cos celdas y en la de junio habia dos Padres Cartujos, le echaron una soga con un caldero, en que se metió de pies, y lo sacó uno de dichos Padres á pulso, Dios le pague esta caridad.” Hemos querido copiar

providencia particular del Señor que se suelen llamar casualidades, se habia quedado en la suya. Esta celda estaba contigua á aquella en que se hallaba el V. P. Salvador. Es de advertir que los PP. Cartujos tienen para su uso un pozo que sirve para dos celdas, y de consiguiente son de mediania. Hallándose allí solo el V. P. con el loco le dice este que queria una poca de agua; cualquiera otro le hubiera dicho ahí está el pozo, tómela V. C.; mas el V. P. como era tan humilde, se fue hacia el pozo y se puso á sacar el agua. Estando pues sacándola, ¿que hace el loco? lo coge por detras y lo arroja en lo hondo del pozo. Este tendria como dos varas y media de agua: el V. P. al caer boca á bajo no perdió el sentido como él mismo lo contó despues, y asi invocó de todo su corazon á N. S. P. S. Francisco. Al caer se hunde hasta lo profundo, mas en seguida haciendo movimiento hacia arriba sacó la cabeza sobre el agua, levantó la vista y vió al R. P. Procurador que habiendo oido el golpe y ruido que causó al caer se asomó y vió la catástrofe sucedida: inmediatamente le echa la caldereta que le servia á dicho P. para sacar el agua para su jardinito y celda. El P. Salvador reconoce en aquel religioso la providencia paternal del Señor que por los ruegos de N. P. S. Francisco acudia á aquella necesidad y gravísimo peligro. El P. Salvador echa mano de la sogá, afianza bien la caldereta y se coloca sobre ella misma, y el R. P. Procurador tira para arriba y lo saca.

Todas las circunstancias que concurrieron en este caso son extraordinarias: todas predicán la bondad de Dios, y son un testimonio nada equívoco de la proteccion que el Señor dispensaba á este Justo. El haberse quedado aquel Monge en la celda, sin haber ido con los demas á desahogarse un poco y tomar aquel rato

de esparcimiento que solo lo tienen una vez cada semana: parar la atención en el ruido de la caída, y sobre todo un hombre que no era joven y tal vez quebrantado en la salud, porque casi todos lo están, sacar á pulso á otro que aunque no era corpulento al fin subia con un hábito todo mojado, y esto con una cuerdecilla delgada de esparto y casi medio podrida de estar al temporal, esto no puede menos que ser todo prodigioso. No lo es menos lo que se refiere, y es que aun antes que llegase esta noticia á nuestro Convento el V. P. Fr. Diego de Cádiz le dijo á un religioso *gracias á Dios que nada le ha sucedido al P. Fr. Salvador.* La señora Doña Teresa de Vera su madre, quiso que se hiciese en nuestra Iglesia una función muy solemne en acción de gracias, al Señor principalmente, y á nuestro S. P. S. Francisco por haber intercedido. La predicó dicho V. P. Cádiz, sermón asombroso que jamás se borrará de la memoria de cuantos lo oyeron: parece que en aquella ocasión se escedió á sí mismo aquel grande hombre, y el V. P. Salvador fue el que cantó la Misa.

Este es el caso, cuya fama se extendió rápidamente por toda Sevilla. Hemos procurado referirlo con la posible delicadeza para no omitir circunstancia que sea de notar. Aquí se ve que este varón escogido „levantó los „ojos de su alma á las montañas de la bondad divina, (1) y que de allí le vino el socorro; que este fue „propio de aquel gran Dios que hizo los Cielos y la „tierra, que amándolo no permitió que peligrase, y ve- „ló sobre la conservación de su utilísima vida; que á „no ser porque el Señor estaba con él cuando el demente se levantó contra él para precipitarlo, ciertamente „hubiera perecido como parece el que es devorado de una „fiera: cuando el furor de la locura se irritó contra él, „tal vez el agua del pozo se le hubiera tragado sin ha-

(1) Alusión á los Ps. 120 y 123.

ber podido levantar la cabeza: él vió sobre sí una multitud ó torrente de aguas, quizás le hubiera sido imposible el superarla. Bendito sea el Señor que no permitió concluyese sus dias en aquella ocasion, porque hubiera sido tan desgraciado como el que espira entre los dientes de un Leon feroz. Su vida escapó milagrosamente y fue semejante al pajarillo que habiendo caido en el lazo del cazador escapa de él. El lazo se hizo pedazos y él se vió libre de todo peligro." Pasemos ya á la tercera época de su vida.

TERCERA PARTE.

Su vida pública.

Una sabiduria que está escondida, y un tesoro que no se ve, ¿qué utilidad podremos hallar en estas dos cosas. (1) Nada hay tan útil en la sociedad humana como la verdadera sabiduria, ó la santidad que hace al hombre justo y amigo de Dios. Entre las cosas terrenas no hay una tan apreciada como un rico tesoro; mas si este está escondido, si nadie sabe de él, si pasan por cima el hambre, y el necesitado, y perecen en su indigencia, ¿de qué sirve la preciosidad de sus riquezas? Pues asi como la multitud de oro y piedras de gran valor, de nada sirven si no puede el hombre valerse de ellas para su uso, asi el hombre virtuoso, en quien Dios ha depositado las riquezas de su celestial sabiduria, instruccion, talento y dignidad para que sean la sal de los pueblos, la luz puesta sobre el candelero, la Ciudad colocada en la alta montaña de la Iglesia, si se esconde y no comunica sus luces, será tan inútil como lo es el tesoro que se halla en las entrañas de la tierra. Esto nos lo enseñó nuestro Redentor Jesucristo en la Parábola de los talentos: al que escondió en el sudario el que habia recibido de su dueño reprendió con severidad, y fue terriblemente castigado.

(1) Ecl. c. 41. v. 17.

„Aquel. dice el P. S. Gregorio, (1) envuelve su talento
 „en el sudario que oculta las gracias y dones que ha re-
 „cibido del Señor en el ocio de su pereza. Si eres sabio,
 „y al mismo tiempo te mantienes en la soledad y el re-
 „tiro, ¿á quien has de enseñar? Si eres predicador, ¿á
 „quien has de convertir? Si sabio, ¿á quien has de dar
 „consejo? Si Sacerdote, ¿á quien has de administrar los
 „santos Sacramentos? Si Santo, ¿á quien has de edificar?
 „Si robusto para el trabajo, ¿en utilidad de quien tra-
 „bajas?“ S. Gregorio sigue estrechando esta doctrina, y
 dice: si ocultar el trigo á un pueblo que perece de ham-
 bre es tan gran delito que al que hiciese esto se le ten-
 dria por autor de todas las muertes y desgracias que re-
 sultasen de la necesidad, ¿qué castigo merecerán los que
 viendo á las almas que perecen de la hambre de la di-
 vina palabra, no les administran el pan de la gracia y
 de la doctrina? Y aplica el Santo á estos aquella maldi-
 cion que está en los Proverbios (2) „El que esconde el
 „trigo será maldito en los pueblos.“ Oigan estos lo que
 decia el Santo Rey Devid: „*Ecce labia mea non prohibe-*
 „*bo, Domine tu scisti.*“ (3) He aqui que yo no cerraré mis
 „labios, tú lo sabes, Señor. *Justitiam tuam non abscondi-*
 „*in corde meo veritatem tuam, et salutare tuum dixi.* Yo
 „no he escondido dentro de mi corazon aquella justicia,
 „con la cual eres justo infinitamente, ni aquella con que
 „nos justificas á nosotros, á saber, la ley y tus mandatos
 „justos, (4) he manifestado á todos la verdad tuya, esto es,
 „la fidelidad con que cumples tus promesas, especialmen-
 „te aquella con que diste al mundo tu salud, esto es, al
 „Salvador de los mortales Jesucristo nuestro Señor, pro-
 „metido en los tiempos antiguos, y ya mandado á los
 „hombres.“ Esto decia aquel Santo Rey, segun la inteli-
 gencia que dan á estas palabras los sagrados espositores;
 y esto^a podia decir tambien el V. P. Fr. Salvador Joaquin
 de Sevilla.

(1) Ap. Alap. in hunc loc. (2) Prov. 11. 26. (3) Ps. 39. 10. (4) Trin. in hunc loc.

Siete años estuvo encerrado en su Convento, como lo está el hierro dentro de la fragua, caldeándose con el incendio de la oracion continua, y recibiendo sobre sí los golpes de una maceracion rigorosa, hasta que aquel mismo Señor que lo habia llevado á la soledad para hablarle allí á su corazon, lo llamó afuera para que acudiese á socorrer á sus hermanos que perecian. Jamas ha necesitado de villa, la España, y aun la Iglesia santa de varones ejemplares tanto como en los dias del V. P. Salvador. ¡Qué siglo! Siempre las puertas del Infierno han estado en oposicion contra la Iglesia de Jesucristo, pero quizás nunca con tanta furia como en los aciagos dias que hemos alcanzado. Se ha tratado de insultar á Dios en su misma cara, se le han disputado sus derechos y soberanía, y no se le ha destronado porque no hay un arbitrio para escalar su escelso palacio, ni para insurreccionar contra él sus fieles tropas. Sin embargo, el vil insecto que arrastra por el polvo, ha creido poder, ya que no sea derribarlo de su solio, á lo menos despedazar ó desmenuzar la magnífica obra que él mismo bajó de los Cielos á erigir entre los mortales; obra preciosísima trazada desde *ab eterno* por su inefable sabiduría, obra que fue la querida y privilegiada de su amor, la obra príncipe de sus manos, y en la que puso tanto esmero, que nada le ha costado ni puede costar mas. Creyó el impío que esto lo podia conseguir: levantó su frente, erigió su brazo, se fue derecho hácia Dios con el cuello erguido, y juró que habia de poner bajo sus plantas el edificio que Jesucristo habia levantado con el sudor de su frente, y con la sangre de sus venas. El Alcazar de la Religion fue socabado por sus cimientos, tembló todo este magnífico palacio, bamboleó en términos que no ha habido un fiel, un creyente que no clamase despavorido, *Señor, ayúdanos; el Templo sagrado se hunde, viene á tierra, perecemos*. La misma suerte amenazaba á los tronos. La desmoralizacion no podia ser mas general. Como un torrente impetuoso que ha-

biendo roto los diques que lo contenian, se despeña horrosamente, y lo mismo arrasa y se lleva tras sí al tugurio pequeño, que al magnífico y suntuoso palacio, todo lo derriba, todo lo inunda, así la corrupcion de las costumbres. No hallaba la Esposa del Cordero quien enjugase sus lágrimas: el Dios de la Magestad terriblemente insultado, juró la ruina del pecador: y ciertamente hubiéramos todos espirado al golpe de su enojo, si su misericordia no hubiera detenido los estragos de la espada es-terminadora. ¡Qué pestes tan voraces! La muerte se har-tó de víctimas en los principios de este siglo, los carros que conducian los cadáveres á los públicos enterramientos parecian los de la cólera de Dios paseándose en triunfo por nuestras calles. A este azote que se repitió en varios puntos, se siguió la hambre, la guerra, la irrupcion de los estrangeros. Mas en vez de abrir los ojos y conocer que el dedo de Dios era el que estaba sobre España, nos hicimos peores. El veneno de unas máximas las mas insolentes é irreligiosas circuló por las venas todas del cuerpo social, y se creyó que la gangrena era irremediable.

En un estado de cosas tan funesto, ¿cual es el Justo que se queda encerrado en su pequeña estancia, esperando como Jonás la ruina absoluta de sus hermanos? *Excogitat justus*, dice el Espíritu Santo (1) *de domo impii, ut detrahat impios a malo*. El Justo debe estar animado de una caridad tan ardiente, y de un celo tan firme y emprendedor, que no solo ha de atender á su santificación propia y la de su familia, sino á la salud agena aun de los mismos impíos. Un amigo de Dios discurre modos, arbitrios y razones para introducirse sagazmente en las casas de los impíos para hablar con ellos, y sacar de sus errores y mal estado, no solo á estas desgraciadas víctimas de la incredulidad, sino tambien á la Esposa, á la Madre, á la Hija, que se hallan en el caso de participar

(1) Prov. 21. 32.

del contagio: ya los induce á la piedad, haciéndola amable y dulce con el consejo oportuno, ya con alguna dádiva, ya en fin con prestarle algun obsequio que haga agradable la religion por causa del justo mismo. *Excogitat justus de domo impii ut detrahat eos à malo.* A esta conducta lo mueve el amor á la ciudad en que vive, á su reino, á su nacion con el objeto tambien de separar los males públicos, ocasionados por los desórdenes de los impíos: lo mueve el amor á su Dios, á quien ve tan ofendido. Nada hay que llegue tanto al corazon del varon Santo, como el ver ultrajada la santidad de la Religion con los pecados y extravíos de la razon humana, y para apartarla de estos escollos discurre medios y arbitrios. Los que no los alcanzan, los creen rarezas extravagantes y aun defectos dignos de reprehension. Cualquiera que hubiera visto al grande Antonio dejar los desiertos, abandonar á sus hermanos y meterse en una Alejandria, donde habia tanta relajacion, tanta impiedad y tantos peligros para la virtud y pureza de un anacoreta, hubiera creido que el Santo se separaba de sus deberes de solitario, y que faltaba á su obligacion. Mas él hizo en esta circunstancia ún servicio mas importante á la Iglesia que el que le hubiera prestado con sus ayunos y penitencias en los áridos desiertos del Egipto. S. Julian de Sabás ¿no estaba animado del mismo espíritu? El supo cuan afligida se hallaba la Iglesia á causa de las impiedades de su tiempo, se sale de la soledad, se va á Antioquia, sostiene públicamente la causa de Dios y de la Religion perseguida por el Emperador Valente, inficionado del Arrianismo, confirma la doctrina apostólica con sus prodigios y con sus virtudes, y hace conocer á todo el mundo, como dice Theodoro (1) que él era un Sol de piedad, un apoyo de la doctrina del Evangelio y un gran luminar de la verdad y de la Iglesia. El memorable Persa S. Afrates;

(1) Theodorot. ap. Vit. PP. in Prolog.

¿no estaba inflamado y consumido de esta misma llama sagrada? La causa de la Iglesia lo obliga á venir á la dicha ciudad de Antioquia, cerca de la cual estaba la soledad en que vivia. Se pone en marcha; el Emperador Valente repara en él, lo mira y le pregunta que adonde iba: él responde *voy á la Iglesia á rogar á Dios por la salud del Emperador y de el mundo todo.* Aquel Príncipe impío que sospechaba bastantemente el motivo de su venida, le replicó con severidad que extrañaba mucho que un solitario dejase su silencio y su reposo para venir al tumulto de las ciudades. El entonces levanta su rostro, mira al Emperador, aunque con respeto, mas con energia y entereza y le responde, (1) „Señor, si una jovencita hermosa y retirada en la casa de su padre, por recatada y honesta que fuese, viera que se prendia fuego á la casa, y que las llamas la iban á devorar, ¿no se saldria inmediatamente, daria gritos, llamaría la atencion de todos, y se esforzaria cuanto pudiese por lograr que el fuego se apagase? A esta conducta le obliga el amor que le profesa á su padre, el que se debe á sí misma y á su propia conservacion y la de su misma casa: ¿Quién puede tachar de imprudente una resolucion tan racional y juiciosa? Pues este es, Señor, el caso en que yo me hallo. Si V. Magestad imperial me reprende á mi porque he dejado mi soledad, V. Magestad mas bien se debia reprender á sí mismo, porque ha puesto fuego á la casa de mi Padre y Señor. En mi no hay culpa, yo no hago mas que venir á apagar el fuego que V. Magestad ha encendido.“ Esta sabia respuesta asombró al Emperador, y viéndola sostenida con sus virtudes ejemplarísimas, no se atrevió á desterrarlo, y confesó que era un hombre admirable. Ved aqui el juicio que debemos formar de la vida pública del V. P. Fr. Salvador.

El estaba en lo mas interior del desierto como Moy-

(1) Ap. Vit. PP. in Prolog. trad. de Andilly.

ses en la montaña, sin pensar mas que en su propia santificacion con el rigor que hemos visto, cuando Dios lo llamó para favorecer á sus hermanos heridos con el azote de la epidemia. Entonces hizo los prodigios de caridad que veremos adelante; mas conoció que otra peste mas destructora sin comparacion, contagiaba ya los entendimientos, y se resuelve á emprender una vida distinta de la que hasta entonces habia observado. Dios ciertamente le inspiró esta resolucion, como lo probarémos; sus miras eran muy sublimes y dignas de toda consideracion. Quería el Señor que todos viesen con frecuencia un hombre estenuado con los rigores de su penitente vida, para que unos se llamasen adentro, y otros tuviesen este fiscal que los hiciese inescusables ante su rectísimo tribunal. Por eso hacia bajar de las altas montañas, y salir de las cavernas para que se presentasen en las Ciudades y Palacios de los Príncipes, los Elías, los Eliseos y otros Profetas del antiguo Testamento. Quería que los impíos viesen á un hombre criado con delicadeza y con la abundancia, reducido á tanta humillacion por amor de aquella Religion misma que ellos tanto ultrajan. Quería que entrase este Justo en las casas de todos, que todos oyesen sus palabras de edificacion y de piedad; que recibiesen de su mano ya rosarios, ya estampas, ya reliquias, ya otros recuerdos de Religion. Quería que los estraviados que se valen de las tinieblas de la noche para sus perversas maquinaciones, tropezasen con él, y á veces sintiesen sus pasos que seguian á estas ovejas perdidas para buscarlas. Quería que los miserables tuviesen en el V. P. Savador una acogida benigna y favorable en todo tiempo y á toda hora. Quería que fuese á las casas á deshora de la noche, ya para oír confesiones, ya para administrar el Santo Sacramento del Bautismo á muchos niños que sin este socorro tal vez hubieran peligrado. Quería que los enfermos recibiesen sus visitas en horas inesperadas, mas opor-

tunísimas para su remedio y felicidad. Quería que acudiese á todas las clases de personas, ricos, pobres, nobles, plebeyos, á todos los barrios de la Ciudad, á los Pueblos de la Provincia y á otros muchos mas distantes. Que para esto lo mirasen descalzo, sin sandalias, por el lodo, por los rios, por los sitios escabrosos, de dia, de noche, á todas horas. Sin que hubiese clase, ni gerarquía alguna, ni tampoco Pueblo, ni Aldea, ni Cortijo, ni tugurio adonde no llegase el calor de su corazón. Esto quería Dios del V. P. Salvador; á estos trabajos se sintió y reconoció llamado desde el año de 1800. Era un deber suyo corresponder á la voz de Dios. Murmuran algunos, lo zaherian, lo vituperaban, mas él como si nada oyese, seguía adelante su vocación. Si los Prelados de la Religión le mandaban que se estuviese encerrado en su claustro, que no saliese á la calle, ó que si salía fuese con compañero, jamas desobedeció. El lo que acostumbraba era humillarse mucho, abatirse, coserse con la tierra, y así humillado clamaba, lloraba y tanto hacia hasta que los superiores le concedían el que continuase en sus ejercicios públicos como antes.

Esta conducta en nada se opone á la perfección religiosa, antes es precisamente la que debe seguir un Justo á quien Dios llama por caminos que los hombres no alcanzan, ni él tiene orden de descubrir. N. S. P. S. Francisco es llamado por Dios á predicar penitencia, pero con la obediencia y dependencia de los Obispos. Va á uno á quien debía presentarse para perderle permiso, el Obispo se lo niega, lo trata con dureza, lo arroja de sí ¿que deberá hacer Francisco? ¿Obedecer? ¿Dejar la predicación? De ningún modo, porque entonces faltaria á su destino: ¿pues que hace? El Obispo lo despide por una puerta y él se entra por otra, y tanto ruega hasta que logra lo que deseaba. Esta tambien ha sido la conducta de los Santos todos llamados á ocupaciones que no son del orden comun. Y de aqui han nacido las persecu-

ciones que han tenido que sufrir, no ya solo de los extraños, sino de los propios y domésticos, y aun de personas muy distinguidas por su piedad y virtud. A la Santa Madre Teresa de Jesus la llamaba el Nuncio de su Santidad muger andariega é inquieta. Ella misma se queja de que personas de mucha oracion la perseguian. ¿Que reformador no ha padecido grandes trabajos nacidos todos de un principio mal dirigido de obediencia y de sumision? Consúltense las historias de todas las reformas regulares, y se verá lo que padecieron sus autores. ¿Que no sufrió un S. Juan de la Cruz? ¿Que los primeros Capuchinos? ¿Que infinitos otros que seria molesto referir? Ellos instaban humildemente á sus Prelados por cumplir la voluntad de Dios, mas no siéndoles esta conocida los trataban de ilusos, no querian oírlos, y los perseguian sin cesar, y con excesivo rigor. A S. Juan Francisco Regis lo llamó el Señor para que anduviese fuera del gremio de sus hermanos, catequizando, predicando y confesando por las Aldeas y Caserios. Los superiores mientras no conocieron el espíritu del Señor que movia los pasos de este siervo suyo se oponian á el. Un Prelado desaprobó su derramamiento hácia fuera, asi llamaba la ocupacion tan util de este Santo, é hizo con él las pruebas mas duras: obedecia, mas siempre clamaba por seguir su vocacion. He aqui puntualmente lo que ha sucedido con el V. P. Fr. Salvador. El suplicaba humildemente hasta conseguir que lo dejaran.

Este porte tuvo sobre sí todas las señales de probidad y de rectitud que se pueden desear. Las obras de Dios llevan en sí mismas el caracter de la virtud de Dios, de modo que es imposible equivocarnos por mucho tiempo con las sugeridas por las pasiones, por las manias, ó por el perseguidor de toda virtud, llamado en el Evangelio el hombre enemigo. Cuando una obra ó conducta es toda luminosa, toda justa, toda pura que exala en cualquiera parte la fragancia del buen ejemplo y

de la virtud; y esto hoy, esto mañana, esto este año y esto siempre, observándose en todo tiempo y ocasion una igualdad de rectitud inalterable, sin mezcla del menor vicio ó imperfeccion: cuando una obra asi de este caracter es perseguida, es vulnerada, es zaherida, y subsiste siempre inalterable sin que jamas se le haya advertido que para sostenerla haya puesto en práctica el menor movimiento de queja, ni de impaciencia: cuando ha estado siempre apoyada sobre una humildad la mas profunda, la mas abatida, cuando por otra parte se ven opimos frutos de santificacion en las almas, preciso es que esta obra sea buena, sea santa, sea dimanada de Dios. Las obras de los hombres ó las que sugieren los caprichos de los mortales, no tienen estos caracteres, tuvo razon (1) el docto y místico Gerson en asegurar á los directores con grande aseveracion, que no duden de cualquiera obra que sea precedida, acompañada y seguida de la humildad sin mezcla de lo contrario, porque es cierto que proviene de buen espíritu, y tiene á Dios por autor. Estas son sus palabras. *Omnis denique nostra interior, exactiorque operatio, si humilitas præcedit, comitetur, et sequatur, si nihil eam perimens misceatur; crede mihi, signum habent, quod á Deo sint, aut á bono ejus Angelo; nec falleris.* (2) Sentimiento muy conforme al del Abad Antioco, que da á la humildad por señal no congetural ó probable, sino evidente de que Dios habita en aquel corazon en que ella reside. „Es un argumento certísimo y evidente „(dice) de que alguno tiene al Espíritu Santo, si es modesto y pacífico, si siente de sí mismo humildísimamente, „si se abstiene de toda vana codicia de este siglo, y se estima á sí mismo muy inferior á los demas hombres,“ (3) y esta es puntualmente la conducta del V. P. Fr. Salvador. El estaba con frecuencia solo y sin compañero, y asi se presentaba en público, pero ¿cual fue el seglar que no se edificó de ver á este hombre virtuoso por las ca-

(1) Ap. Scaramelli tract. de Discrec. de Esp. N. 99. (2) Ap. eund. (3) ibi.

lles de Sevilla? ¿Cuando se le vió ó advirtió en él un paso, un movimiento, una mirada que no fuese ejemplarísima? ¿Quien no salió mejorado de ver y tratar á este Capuchino? ¿Que cosa mas humilde que su porte? ¿Cuando se le vió en medio de las contradicciones que le fue preciso sufrir, una señal la mas ligera de enfado, ni se le escuchó la espresion mas leve contra los que se oponian á su modo de proceder? ¿No estaba siempre en su semblante dibujada la humillacion mas sumisa, y la paz mas inalterable?

¿A quien no se le ocurría que era preciso saliese solo, el que tenia atenciones tan distintas, tan importantes, tan útiles, tan gloriosas á la Religion, tan laboriosas y tan penosas que era imposible que religioso alguno le pudiese seguir los pasos? ¿Que carne aunque fuese de bronce habia de resistir el movimiento continuo de este varon infatigable? ¿Quien habia de ir con él por medio de los caminos lodosos, por los campos, por las Aldeas, á todas partes sin cesar noche y dia? Nadie, porque nadie sino él tenia esta vocacion. Asi era preciso que fuese para que pudiese ser un P. Fr. Salvador, ó un P. Verita, un todo para todos para favorecer y ayudarlos á todos.

Vamos ahora á ver algo de lo mucho que hizo, y en que empleó sus dias en obsequio de sus hermanos los prógimos, segun el ejemplo de nuestro amabilísimo Redentor Jesucristo, que se sacrificó á sí mismo por la salud de todos los hombres.

CAPITULO I.

Epidemia de Sevilla en el año de 1800: sale el V. P. Fr. Salvador con este motivo de su retiro, y se entrega á obras de fervorosa caridad.

El máximo de todos los preceptos es el amor que debemos tener á Dios que por tantos títulos merece toda nuestra alma, vida y corazon; debemos tambien amar á nuestros hermanos, los que son de nuestra misma natura-

leza. Este precepto es muy semejante al primero, y forma por sí mismo el caracter y distintivo del cristiano. *Este es mi precepto*, decia Jesucristo, (1) *el que os ameís unos á otros: tengan los legisladores otros caminos para guiar á los hombres; adopten distintos medios para su felicidad; imponganles enhorabuena los preceptos que gustan, el mio, el que distingue á mis discípulos de los demas hombres, el mandato que yo quiero y amo, y roba todo mi corazon es este, que os ameís unos á otros: ¡O clemencia asombrosa de nuestro Dios! ¡O piedad inefable,* exclama S. Gerónimo, (2) *nos ofrece premios para la cosa mas dulce que puede haber, que es el amor mutuo, y quiere premiarnos porque nos demos unos á otros aquellas mismas cosas de que tenemos una necesidad.* Este es el primer motivo que nos asiste para querernos, ser esta la voluntad del Señor. La condicion de nuestra naturaleza nos escita tambien á esto mismo: *cada viviente ama á su semejante*, (3) y si esto se ve aun en los animales mas feroces, de modo que el leon no hace daño á otro leon, ¿con cuanta mas razon deben tener los hombres esta correspondencia reciproca? Debemos amarnos tambien porque hay en todos los hombres una fraternidad natural. ¿Por ventura no es uno el Padre de todos nosotros? (4) ¿Por qué pues desprecia cada uno á su hermano? Asi habla Dios por Malaquias: *nada hay tan discordes por el vicio, ni tan social por la naturaleza, como el género humano*, dice el P. S. Agustin. (5) Estrecha este lazo mas la hermandad espiritual que tenemos unos con otros. „No useis „con arrogancia el nombre de Padre, decia Jesucristo (6) „porque uno es el que verdaderamente merece este nombre, uno es vuestro Padre que está en los Cielos, y todos vosotros sois hermanos. Lo somos efectivamente, „dice el P. S. Agustin (7) en razon de hombres, pero „mucho mas porque somos cristianos. Nuestro Padre es

(1) Joan. 15. (2) D. Hier. ap. S. Antonin. in sum. 4. P. t. c. 4. (3) Ecli. 13. (4) Malach. 2. (5) S. Aug. l. 10. de Civ. D. (6) Mat. 23. (7) S. Aug. 27. S. Ant. ib. (8) Joan. 14. (9)

„Dios, nuestra Madre la Iglesia, y nuestra herencia el „Paraiso.“ Jesucristo nos estimula á esto con sus ejemplos. El nos amó tanto que ha dado cuanto tenia por nosotros. Este es nuestro modelo; á este debemos seguir: él quiere y nos ordena que nos amemos con un amor semejante á aquel con que él mismo nos ha amado. De tres modos nos amó Jesucristo, con un amor desinteresado, con un amor discreto, con un amor fuerte é invencible. 1.^o Nos amó con un amor desinteresado, sin que precediesen méritos ningunos nuestros, y con un amor que le empeña á sacrificar por nosotros sus propios intereses. *En esto se vé la gran caridad de Dios, dice S. Juan (1) en que nos amó, no porque nosotros le hubiésemos amado antes, sino porque él primero nos amó.* Asi debemos amar á los prógimos, y no como hacen los mundanos que no quieren amar sino á aquellos que saben que los aman. No nos amó Jesucristo por su utilidad, sino por la utilidad nuestra, no para recibir de nosotros, sino para darnos á nosotros. 2.^o Es tambien discreto el amor de Jesucristo, llamamos asi aquel amor con que amamos las personas y no los vicios suyos. Jesucristo tomó nuestra carne, pero aborreció nuestros pecados, dice S. Bernardo (2) á ese modo nosotros debemos amar á nuestros prógimos, de manera que no consintamos con ellos en sus desórdenes. 3.^o En tercer lugar nos amó Jesucristo con un amor vehemente. *No hay amor ó caridad tan grande, decia el mismo Señor, (3) como la de aquel que dá su vida por sus amigos:* asi tambien nosotros, de suerte que si es preciso nos espongamos á morir por ellos. „En esto conocemos la caridad de Dios con nosotros, en que él dió su vida por nuestro amor, y nosotros á su imitacion debemos dar la vida por nuestros hermanos. Esta es la primera y principal señal exterior, dice el Seráfico Dr. (4) S. Buenaventura, de que alguno ha llegado á conseguir la caridad perfecta. Si está dispuesto y pre-

(1) Ap. eund. (2) ibi. 3.^o Joan. 15. (4) S. Bon. de sept. itineribus ætern. art. 3.

parado á morir y dar la vida por sus prógimos: la razon es la que alega el P. S. Agustin. (1) Una caridad pequeña no basta sino para cosas pequeñas: mas para esponerse á morir que es lo último que se puede hacer por nuestros prógimos, se necesita una caridad grande, esto es, una caridad perfecta. Esta caridad perfecta, esta caridad generosa, discreta y sobre todo tan fuerte como la muerte, fue la que el Espíritu Santo habia encendido en el corazon del V. P. Fr. Salvador.

¿Que habia de resultar de tanta oracion, tanta penitencia, tanto empeño en imitar y seguir los ejemplos de nuestro amabilísimo Redentor Jesucristo, sin apartarlo jamas de su vista, sino el haberse vestido de su mismo espíritu, y habérsele abrasado las entrañas con aquel gran fuego que lo llevó á él mismo á consumirse y á anonadarse en un patíbulo? ¿Que se podia esperar de unos pasos tan gigantes sino resoluciones asombrosas? El V. P. Salvador tenia una alma naturalmente grande, pero se la hizo en cierto modo inmensa el incendio de caridad que ocultaba en sus senos. El amó á Dios con un amor emprehendedor y magnánimo; y como el del prógimo es semejante á este en cuanto á su objeto formal, porque lo amamos por Dios, resulta que fue tambien generosísimo. El que todo lo terreno lo habia despreciado por el amor de su Redentor, supo tambien despreciar su misma vida en obsequio de sus prógimos.

Uno de los grandes y espantosos azotes que Dios nuestro Señor ha mandado á esta Provincia de Sevilla, fue la epidemia que se esperimentó en ella el año de 1800. Apareció este voraz contagio en la Ciudad de Cádiz, y como corre el fuego cuando encuentra en abundancia materias combustibles sin que puedan cortar sus estragos las medidas mas enérgicas, asi la epidemia. Sea porque este mal se comunicase por la llegada á aquel Puerto de algunos buques Americanos, procedentes de dis-

(1) S. Aug. ibi.

tintos puntos endonde se padece la fiebre amarilla, ó sea porque el soplo de un Dios irritado con nuestros crímenes quiso suscitar esta llama esterminadora; ello es que el imperio de la muerte no se ha visto jamas en los dias que hemos alcanzado mas formidable. Las Ciudades antes tan risueñas y alegres se convirtieron en teatros de horror. Paró el comercio, se cerraron las casas del placer, se abandonaron los talleres, y solo se pensó en guarecerse de un golpe que á pocos perdonaba. No se oian mas que lamentos, no se miraban mas que horrores, y no se esperaba otra cosa que el lance fatal. Cádiz se horrorizó al ver desaparecer como el humo en medio de los aires lo mas escogido de su juventud. ¡Que de cadáveres! ¡Cuanta miseria! ¡Que escasez de ministros! Los enemigos del Altar que entonces existian y fueron testigos de los clamores de tantos moribundos como espiraban pidiendo los auxilios de la Religion y agonizando muchos sin este socorro, ¿se atreverán á insultar las corporaciones regulares, llamando á sus individuos ociosos, inútiles y aun perjudiciales al estado? ¡Ay! ¿que hubiera sido de Cádiz si no hubieran existido alli Religiosos? Estos, estos son los que primero se ofrecen á morir por sus prógimos. Estos los que se arrojan á los hospitales, á las casas, á los tugurios y chozones mas despreciables para dar á los infelices los auxilios de la Religion que son los únicos que pueden consolar en aquellos momentos de dolor y de desamparo. Entonces cuando suele no haber ni hijo para padre, ni esposa para esposo, ni amigo para amigo; entonces cuando no hay mas que miseria, horrores y espectáculos de desdichas; entonces estos hijos del Evangelio antes tan vilipendiados, se buscan, se desean, se clama por ellos, y se les vé correr á todas partes, entrar en los hospitales, acercarse á los que tienen sobre su frente la señal de la muerte, y no solo favorecerlos espiritualmente, sino tambien prestarles todos los auxilios que solo la caridad de Jesucristo puede inspirar á

los corazones. Unos los sirven, los asean, los alimentan; otros llevan sus cadáveres acuestas para colocarlos en los carros; otros reciben sobre sus vestidos pobres las aspiraciones que arrojan de sus bocas al tiempo de espirar, y todos andan entre los infelices moribundos con tanto esmero y diligencia, y tan sin miedo como si al dedicarse á los oficios de caridad, hubieran hecho antes pacto con la muerte de que no los habia de tocar. Mas ello es que no ha sido así; son muchos los Religiosos que murieron en todos los Conventos, y especialmente en los nuestros, mártires de la caridad. ¡Ay! es una ingratitud olvidar unos beneficios tan públicos, tan sabidos y que tantas veces se han repetido.

La epidemia de Cádiz fue como un volcan cuyas lavas incendiaron toda la Provincia: á poco de estar haciendo estragos en aquella Ciudad la fiebre contagiosa, se descubrió tambien en esta Capital de Sevilla. Facil es inferir la zozobra y el miedo que se apoderaria de los ánimos de todos: las Autoridades oficiaron al R. P. Guardian, para si querian algunos Religiosos ir á asistir á los epidemiados de Triana, que fue donde comenzó la epidemia. El V. P. Fr. Salvador, desde que supo los desastres que la fiebre hacia en Cádiz, estaba ya inquieto, como la aguja que busca al Norte, esperando que la voluntad del Señor se le manifestase por el órgano de su Prelado. Este junta á la Comunidad, les propone el caso, les hace ver la situacion tan crítica en que se hallaban los de Triana, y el castigo tan espantoso que amenazaba á toda la Ciudad. En este caso ¿qué resolverian los Religiosos? Estoy persuadido que los filósofos que tanto se precian de filantropos, esos elocuentes panegiristas de los derechos del hombre, defensores acérrimos de sus privilegios, esos amigos tan constantes de la humanidad, no recibirian con mucho agrado esta notificacion: ni se prestarian á hacer sacrificios costosos en favor de sus iguales: no hay cosa mas facil que el charlatanismo, ni mas di-

ficil que ejecutar los hermosos proyectos que se pronun-
 cian. Varios fueron los Religiosos que se prestaron á sa-
 crificar sus vidas en beneficio de la humanidad doliente;
 mas el P. Fr. Salvador se distinguió sobre todos. No va
 el avariento con tanta priesa adonde se halla el oro que
 busca con asia, como el V. Padre á Triana. Obtenida la
 bendicion del Superior, vuela gozoso en busca de la muer-
 te. Nada es capaz de arredrarlo, ni lo asqueroso de la
 enfermedad, ni la hediondez que ofrecen los Hospitales en
 estos casos, ni la corrupcion del aire que va á introdu-
 cir hasta sus entrañas mismas, ni la casi evidencia de la
 ruina de su salud, y tal vez de su vida, todo lo avanza,
 á todo se arroja con tal de socorrer á los desvalidos: te-
 nia entonces treinta y cuatro años de edad, su salud es-
 taba quebrantada con los rigores de la penitencia; todo
 esto aumentaba el peligro: no se acordó de su casa, ni le
 fueron del menor obstáculo las lágrimas de su virtuosa
 Madre, allá vuela adonde lo arrebatara su fervorosa cari-
 dad. Se entra en el Hospital de Triana, al momento se va
 á las camas; á unos consuela, á otros auxilia, aquel le
 administra los Santos Sacramentos, y á todos asiste dia y
 noche sin sosiego, y sin intermision. ¡Qué fervor! En cada
 enfermo le parecia ver á Jesucristo; los atendia y favore-
 cia con tanto empeño como si cada cual fuese su mismo
 Redentor. Asi estuvo algun tiempo; el contagio cunde por
 todo Sevilla; apenas hay casa que no esté funestada con
 los horrores de la muerte. Propagada la fiebre por la
 Ciudad, deja el Hospital, y sale por las calles á favore-
 cer á cuantos lo llaman: cual relámpago que apareciendo
 en el oriente, corre, brilla, y se presenta casi á un mis-
 mo tiempo en la parte contraria, asi era la caridad fo-
 gosa del V. P. Fr. Salvador. Los límites de un Hospi-
 tal son muy estrechos para contenerla. El quiere con-
 solarlos á todos, confesarlos á todos sin que ninguno
 perezca sin los auxilios de la Religion. En todo piensa
 menos en sí mismo: alli se le ve confesar á un enfermo,

dentro de muy breves momentos se le halla confesando otro; se dice que en estas ocasiones parecia un Angel iluminado del Cielo. (1) El iba delante de los penitentes diciéndoles los pecados, de modo que no tenian mas que conformarse con sus preguntas, y esto le hacia poder atender á tantos desdichados: otras veces se le advertia llevar al Santísimo Viático á todas partes. ¡Qué cosas no puede un hombre animado del espíritu de Dios! Parecia un S. Carlos Borromeo en la epidemia de Milan, un S. Camilo de Lelis, y si se quiere un S. Luis Gonzaga en la que experimentó la Ciudad de Roma. Aunque estos personajes merecen mas alta consideracion, sin embargo podemos decir sin ofenderlos, que el mismo espíritu que animaba á ellos, era el que conducia al V. P. Salvador; El no descansaba ni de dia ni de noche. El corria por todas las Parroquias administrando sin distincion de personas los Santos Sacramentos. El se hacia todo para todos, para hacer bien y socorrerlos á todos: diez mil y cuatrocientas almas de comunion tiene Triana, y sobre todos y cada uno se estendia el incendio de su caridad: no solo hizo cuanto ya hemos referido en aquel barrio, sino tambien llegó la grandeza de su espíritu á tan alto punto de fervor, que en algunas horas del dia en que podia, iba á Sevilla que ya estaba infestada, y recogia pan y otras limosnas que conducia sobre sus hombros, y despues repartia á las casas necesitadas, que careciendo de recursos perecian de necesidad, despues de haber escapado del azote de la epidemia. Cuando se retiró á Sevilla para asistir á los enfermos, escogió la Parroquial del Sagrario, que es la mayor de esta Capital, pues tiene cuatro mil vecinos, y nueve mil cuatrocientas ochenta personas de comunion. Allí se hizo cargo de la administracion de los Santos Sacramentos; mas teniendo en consideracion los Curas el inmenso trabajo que cargaba sobre sí, pues salia Su Magestad, y en muchas horas no regresaba al templo, tuvieron la pru-

(1) Asi lo testifican los que lo trataron en esta ocasion.

dencia de reservarle las deshoras para que descansase: mas ¿como habia de descansar? ¿ Quien ha visto al fuego teniendo pávulo contenerse? El incendio del amor de Dios y del prógimo tiene todavia propiedades mas enérgicas y fogosas que la llama material. El no deja descansar al pecho que posee: asi fue en el V. P. Salvador. Su caridad no le sufre tomar descanso. Se presenta al Sr. Cura de la Magdalena, y le da noticia del destino que tenia en el Sagrario, y que estaba desocupado en las deshoras, para que si gustaba lo ocupase en aquel tiempo. El Párroco no se dejó rogar: lo recibió como un Angel bajado del Cielo, porque ya le iban faltando las fuerzas, y aceptó el ofrecimiento que le hizo el V. P. Salvador. ¿Y qué resultó de aquí? Lo que no es creible pueda sufrir cuerpo compuesto de carne y sangre, y sujeto al cansancio.

FIN DEL CUADERNO CUARTO.

QUINTO CUADERNO

DE LA VIDA DEL

PADRE VERITA.

Resultó que despues de andar el V. Padre todo el dia sin descansar por las calles de la collacion del Sagrario tardes y mañanas enteras sin volver á la Parroquia con Su Magestad; despues de estar socorriendo á cuantos moribundos lo necesitaban; despues de andar de casa en casa para consolarlos á todos; corriendo á veces y fatigándose extraordinariamente para favorecer á los que entraban en la agonía; y clamaban ellos ó la familia para que se les diesen prontamente los socorros espirituales; despues de no vérsese jamas detenido para descansar, ni saberse cuando tomaba el preciso alimento; despues de todo esto, cuando podia retirarse á tomar el indispensable alivio del sueño que tan poderosamente reclama la naturaleza, entonces se le veía toda la noche en la Parroquia de la Magdalena visitar todos sus enfermos, sacramentarlos, confesarlos, sin intermision hasta que amanecia que se regresaba al Sagrario, á continuar el mismo ministerio, con tanto afan, con tal aplicacion y desvelo, como si nada hubiera hecho en toda la noche. ¿Quien ha oido jamas cosa semejante? ¿Puede por ventura resistir esto la naturaleza humana? ¿Cabe en lo natural que un hombre tan estenuado con los rigores de la maceracion, y de un fisico endeble y delicado, hubiera podido hacer cosa semejante? Yo me figuro que no solo se pasmó Sevilla, y cuantos lo observaron, sino que hasta los mismos Angeles se pasmarian.

Pero es mucho mas asombroso sin comparacion lo que

queda que decir. En medio de un trabajo tan superior á las fuerzas naturales, entrando en tantas casas contagiadas, acercándose á los enfermos, y percibiendo su hábito corrompido y emponzoñador, le sucedió el contraer la misma enfermedad: el V. P. Fr. Salvador se siente acometido de los síntomas funestos: la fiebre destructora se apodera de su cansado y fatigado cuerpo: ¿qué deberá hacer en este caso? Lo que han hecho aun los mas celosos operarios; rendirse á la enfermedad, y suspender mientras dura todo otro negocio ú ocupacion: todos saben que la fiebre epidémica atacaba de tal modo los nervios, que no era posible dejar de experimentar cierto abatimiento de fuerzas, y cierta debilidad, que durante muchos dias los hacia inhábiles para todo trabajo, por ligero que fuese; esto era lo comun; mas no sucedió así al V. P. Fr. Salvador. Enardecido é inflamado con la calentura no se rinde á ella: el fuego interior de su alma era sin comparacion mas activo, mas eficaz y poderoso que el de aquella enfermedad. Con las mejillas encendidas con la fuerza del mal, con los ojos abatidos, y tristes anda por las calles de Sevilla entrando en todas las casas, confesando y administrando los Santos Sacramentos, como si tal dolencia estuviese padeciendo; ni un dia siquiera hizo cama; ni un dia dejó de celebrar la Santa Misa, ni rezar el Oficio Divino, ni dejó de hacer lo mismo que practicaba cuando sano; sin dormir, sin dar reposo á su cuerpo, de dia en el Sagrario, y de noche en la Magdalena: ademas no hay barrio en Sevilla adonde no fuese á asistir á los contagiados, porque no siendo muy necesario en una parte por ir en ella cesando la fiebre, acudia á otra donde estaba en su fuerza: así estuvo cuatro meses continuos que fueron los que duró el mal. ¡O caridad ejemplarísima! ¡O milagro del poder de Dios! Esta fue la conducta del V. Padre, abrasado del deseo de salvarlos á todos ¿Se puede apetecer mas para conocer la encendida caridad del V. Padre Salvador?

¡Cuando olvidará Sevilla estos heroismos! ¡Quiera el cielo que imitemos todos sus hechos y virtudes! Concluida la epidemia se resolvió á seguir un plan ó sistema de vida, que se emplease toda en utilidad del prógimo como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO 2.

Despues de la epidemia se dedica el V. P. Salvador á los ejercicios de una vida pública en favor de las almas.

Negociad mientras vengo (1) estas espresiones que nuestro Redentor puso en los labios de aquel Rey que se fue á un pais muy distante á tomar posesion de sus estados, despues de haber dado varios talentos á los que tenia á su servicio para que se manejasen con ellos hasta su vuelta, son de grande instruccion para todos con especialidad para los ministros de el Evangelio. Jesucristo quiere (2) que nosotros estemos continuamente negociando con sus talentos, esto es, con aquellos dones y gracias que él mismo nos dá para que aumentemos sin cesar la ganancia en nuestras obras y méritos. „Entonces, „dice el P. S. Gregorio, (3) ciertamente hacemos este „negocio que nos ha encomendado el Señor, si viviendo y hablando ganamos las almas de los prógimos; si „anunciando y predicando á los flacos los gozos del reino celestial, los fortalecemos en el amor de Dios; si trocando contra los protervos y orgullosos les ponemos „delante los tormentos del Infierno, y de este modo los „humillamos; si á ninguno dejamos de decir la verdad „sin respeto ni miramiento; si entregados á las amistades celestiales, no tememos las enemistades humanas.“ Esto decia el grande S. Gregorio, y esto fue lo que practicó con todo esmero el V. P. Fr. Salvador mientras duró el azote. El alentaba á los flacos, consolaba á los afligidos, aterraba á los obstinados y nada omitia para ganar las almas de sus prógimos durante aquella horrible calamidad. Fue un siervo fiel á su Señor que nego-

(1) S. Luc. c. 19, v. 12. (2) Alap. hic. (3) S. Greg. ap. eund.

ció cuanto pudo por aumentar con su celo y vigilancia el hermoso y abundante capital que se le habia entregado. Entonces *gustó y vió que esta negociacion era buena*, (1) porque era la que de él exigia la voluntad del Señor. Hasta entonces habia gustado de las delicias y abrazos de su Dios en la oracion y en los ejercicios interiores; pero no habia tomado el gusto á la negociacion que el mismo Verbo eterno vino á ejercitar en el mundo; ganando almas para el Cielo; negociacion que fue la que lo trajo á este valle de miserias, la que le hizo nacer en un pesebre, vivir pobre, y morir en una Cruz. Por esta negociacion se le vió cansado y fatigado sentarse sobre el pozo de Sicar para ganar una alma; por esta predicó en toda la Judea, iba á todas partes, se sentaba con los pecadores á la mesa y comia con ellos. Estas eran sus delicias, y de estas *gustaba* tanto que las llamaba su manjar querido. (2) Esta lucrosísima negociacion apenas habia llegado á los labios del P. Salvador en los siete años de su retiro, pues aunque predicaba y exortaba á penitencia, apenas concluia sus sermones se volvia á sepultar en la soledad y en el silencio; mas cuando la *gustó* con motivo de la epidemia, cuando experimentó lo que es sacar una una alma de las garras de la eterna perdicion; cuando el Señor le dió á beber de su mismo caliz, entonces vió que era buena, escélen- te y sobre toda ponderacion preciosa su negociacion; lo vió asi por una luz celestial que iluminó su alma, y le hizo conocer la importancia de la salud de las almas, como por un movimiento fuerte que el Espíritu Santo imprimió en su corazon, lo vió tal vez de otro modo mas sublime que no hemos llegado á entender á causa del empeño que siempre puso en ocultarse; quizas lo veria, como vió S. Pedro en aquella sábana bajada de los Cielos y llena de animales inmundos, su vocacion á predicar y anunciar el reino de Dios á los incircun-

(1) Prov. 3. (2) Joan. 4. 32.

sos. Lo cierto es que el V. P. Fr. Salvador de resultas de haber manejado tantas conciencias, haber convertido á tantos pecadores con sus exortos, haber iluminado á tantos infelices que fueron sorprendidos del contagio, hallándose en medio de las tinieblas de sus pecados, gustó y supo por esperiencia cuan grande, cuan importante y cuan dulce es el lucro de esta negociacion celestial, y resolvió no apagar en su vida toda la antorcha luminosa de su celo y de su caridad que la gracia del Señor habia encendido en su alma pura, durante el contagio: *Gustó el alma perfecta de este varon justificado,* podemos decir con el V. Beda, (1) *esto es, conóció con el intimo deseo de su alma, que es buena la negociacion de la vida inmarcescible; que por una eternidad merecemos en los Cielos, por haber abandonado los atractivos del mundo. Gustó, y supo por esperiencia claramente que es bueno reducir á cuantos puede al camino de la salvacion por la continua predicacion: y por tanto la antorcha de su devocion y de su fervor no será estinguida con ningunas tinieblas de tribulaciones, ni con la muerte misma.*

Concluida la epidemia ya este V. Varon no es el que era, no es aquel solitario retirado del mundo que huye de todos, y de su misma madre. Frecuentemente se le ve en las calles, en las casas, y donde quiera que la caridad lo necesita; mas aqui lo raro, y lo que demuestra casi evidentemente lo cierto de su celestial vocacion: en medio del siglo no se le pega el menor y mas pequeño defecto, anda en medio del incendio y no se quema; maneja la pez, y no se tizna, parecia que en él se verificaba aquella gran promesa que hizo Jesucristo á los Apóstoles y discípulos *que quitarian con sus manos las serpientes, y no les harian daño, y que beberian el veneno, y no les perjudicaria.* (2) Los que con sus buenas esplicaciones, espone el P. S. Gregorio, (3) *quitan la malicia de los corazones de*

(1) V. Bed. ap. Alap. in hunc loc. (2) S. Marc. 16. 18.
 (3) S. Greg. ap. Alap. in hunc loc.

otros, estos matan las serpientes, y los que escuchando consejos y persuasiones pestilenciales, de ningun modo se inclinan á obrar mal, estos beben el veneno, y no les hacen daño. Asi era el V. P. Salvador. El andando en medio de todas clases de gentes parecia (permítaseme el que lo diga asi) ó un Bernardo en medio del Claraval, ó un Bruno en el espantoso desierto de Cartuja. Su rostro penitente, su hábito pobrísimo, su cuerda bronca, y sus pies con unas despreciables sandalias, le hacian aparecer en medio de esta populosa Ciudad (1) como un espectáculo de penitencia y de edificacion. Cuando venia de la calle, despues de haber manejado asuntos que parece debian haberlo distraido, iba al Coro, ó á la oracion, como todos lo vieron tan recogido, tan interiorizado que parecia que acababa de bajar del monte Casino como Benito el gran Padre de los Monges, ó del monte Arana como nuestro Seráfico P. S. Francisco. Yo no diré que se presentaba en medio del mundo lleno de luces extraordinarias y sublimísimas para anunciar las cosas futuras, investigar las ocultas, conocer lo que pasa en el recinto impenetrable del corazon humano, y hacer lo que los hombres célebres en virtud, que veneramos en los altares, han practicado en testimonio de sus virtudes, y particulares circunstancias con que eran distinguidos; mas tampoco me atrevo á negar lo que veo confirmado con testimonios irrefragables: dejó á un lado multitud de hechos por los cuales se conoce que era iluminado de Dios para saber aun las cosas mas distantes y remotas: no diré que prohibió á voces á una señora la entrada en su casa de un sujeto de quien ella nada sospechaba, mas que se supo despues iba con el perverso designio de asesinar á su esposo; no diré muchos acaecimientos de esta clase, que pudiéndose atribuir por una crítica severa á casualidad, pueden iergiversarse. Solo referiré uno que es incontestable.

(1) P. Santofia N. 14.

ble, y no admite ningún colorido ni interpretación.

Una Señora de esta Ciudad llamada Doña María de la Soledad Butrón, tenía un hermano y un primo que era al mismo tiempo cuñado suyo, ambos Oficiales de Marina: el primero se llamaba D. Diego Butrón, en el dia Gefe de Escuadra, y el segundo D. Rafael Villavicencio, ya difunto, los cuales se hallaron en la batalla de Trafalgar (la cual fue desgraciadísima como todos sabemos.) El primero se hallaba de segundo Ayudante del General Gravina en el Navio Trinidad, que fue el que mas padeció: el segundo era Comandante de otro Navio. Llegadas á Sevilla las primeras noticias ó rumores de la batalla, afligida esta señora y sobresaltada, quiso saber cual habia sido la suerte de su hermano y de su primo, y aunque no conocia al P. Salvador de trato, y solo si de fama, ó por la voz comun, le mandó á su hijo mayor D. Juan de la Cruz Tena, que fuese á Capuchinos y preguntase sobre esto al V. P. Verita. Salió el hijo (que tampoco trataba al P.) y tomó el rumbo hácia Capuchinos: en el camino se encontró con él, y despues de saludarle, antes que el referido D. Juan le dijese quien era ni á que venia, le dijo el P. Salvador: dígame Vd. á su madre que están buenos, que no les ha sucedido nada, que la Santísima Virgen los ha libertado: como en efecto á pocos dias tuvo la señora noticias por el correo de que habian salido libres, y que no les habia sucedido cosa alguna. En este acontecimiento se descubre, ó á lo menos debemos sospechar una luz extraordinaria. La batalla ó combate habia sido funestísimo: el corazon se estremece al recordar lo que alli perdimos: nada se sabia mas que el rumor pavoroso. ¿Por donde sabia el Padre el resultado favorable para aquella señora? ¿Por donde la comision del D. Juan? Confesemos que esto es grande, y que supone mucho: veamos ahora cuales fueron sus ocupaciones espirituales; empecemos por la que mas parece llamó sus atenciones, porque lo

vimos siempre ocupado en ella, esto es, por su anhelo y ansias por hacer Bautismos.

CAPITULO 3.

Sus Bautismos, y multitud de criaturas á quienes administró este Santo Sacramento.

La accion de Bautizar es una de las mas santas, mas importantes y de mas gloria que tiene la Religion de Jesucristo. Uno que bautiza concurre poderosamente á la propagacion de la Iglesia, aumenta el número de sus hijos, arroja al fuerte armado de su fortaleza, le quita sus mejores y mas preciosos vasos, en cuya posesion se gloriaba, y no descansa hasta que observa á el dueño legitimo triunfar por sí mismo del orgulloso usurpador. Bautizar es lo mismo que declarar guerra al Infierno, despedazar sus cadenas y arrebatarle los despojos de su tirania. Bautizar es lavar una alma manchada, fea, horrorosa, incapaz de ser mirada por su Soberano Autor, y restituirla á una hermosura sin igual que enamora el corazon de Dios hasta hacerla suya, su hija, su esposa, su querida, segun aquellas palabras que se leen en Ezequiel. „Quando naciste (1) nadie se compadeció de tí para usar contigo de misericordia, estabas arrojada „sobre la faz de la tierra... yo te ví, y me compadecí „de tí, te lavé con agua, te ungué con el óleo, te adorné „con vestidos de distintos colores y te hiciste hermosísima,“ todo esto lo hace el Bautismo. Bautizar es lo mismo que abrir los Cielos, y franquear sus puertas cerradas por la culpa: es romper las cadenas que oprimian al infeliz pecador, y darle una noble y gloriosa libertad. Bautizar es hacer de un esclavo digno de todo desprecio, un hijo querido de Dios, con derecho á sus infinitos bienes y riquezas. Bautizar es curar las heridas que abrió el pecado en el alma, á causa del primer peccador, aplicarle el bálsamo prodigioso de la sangre, y méritos del Redentor, y restituirla á el estado de una salud

(1) Ezech. 16.

perfecta. Bautizar es dar vista á un ciego que no podia mirar las bellezas del órden espiritual, lengua á un mudo, que no sabia pronunciar palabras de vida, pies á un cojo que nada andaba hácia la patria celestial; movimiento á un paralítico, que no tenia el uso de sus miembros; ó de sus facultades intelectuales para buscar su eterna felicidad; resucitar á un muerto, que carecia de la vida verdadera. "Por esta accion tan santa, tan noble, tan prodigiosa, el alma queda marcada con un sello ó caracter indeleble, que la declara propiedad del Salvador, se le infunde una gracia que la regenera, que la da un ser nuevo, una vida que antes no tenia, una gracia que la hace recta, justa, santa, querida y amada de Dios, una gracia que la purifica de toda culpa original y actual, tanto mortal como venial que la absuelve de toda pena eterna, y de toda satisfaccion temporal, se le restituye la inocencia, y se le franquean los Cielos. (1)

Siendo el bautizar una accion tan gloriosa, ¿qué extraño es que el V. P. Fr. Salvador de Sevilla se sintiese llamado poderosamente á ejecutarlo? Es verdad que el ministro no es el que produce tan nobles efectos: *aquel sobre quien vino el Espiritu Santo en forma visible en el Jordan, ese es el que bautiza.* (2) En los Sacramentos su autor es el que da la gracia, y produce aquellos maravillosos prodigios que se verifican en el alma, que dignamente los recibe. Mas ¿de quien se vale el Señor para derramar estos tesoros sobre sus predilectos? ¿Cuales son los instrumentos de que se sirve sino los Sacerdotes? Estos son los que ejerciendo unos ministerios tan sublimes, ponen en movimiento las aguas de las inefables misericordias sobre los mortales. Estos se llenan de un honor y de una gloria sobre todo encarecimiento: por su medio Dios es glorificado, y la Religion Santa reconoce aumentada su dichosa fecundidad. Por sus manos pasan los tesoros que la piedad divina prodiga á los miserables mor-

(1) S. Bonav. Certilog. Sect. 40. (2) S. Aug. Millelog. v. Bapt.

tales, y ellos son los ecónomos y dispensadores de estos bienes preciosísimos: además en el Bautismo concurren circunstancias muy particulares, que unen al bautizado con el Sacerdote; sus relaciones son muy estrechas. El que ha recibido la potestad de hacerse hijo de Dios por el Bautismo, recibe también el consuelo de ser constituido hijo espiritual del Sacerdote: el Eterno Padre y la Trinidad toda beatísima al tiempo de ser lavado puede decir: *Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias*; (1) y el Sacerdote debe mirarlo como casa que de un modo especial le pertenece. ¡Cuántos motivos para inflamar el corazón de un Justo! El V. P. Fr. Salvador nada deseaba tanto como estender la gloria de su Dios, y unirse más estrechamente con sus prógimos por lazos espirituales, que le proporcionasen las ventajas de un trato más inmediato, y más al alcance de sus deseos de promover la santificación de todos.

Es verdad que la Iglesia tiene sus ministros señalados para la administración de este Sacramento que por muchos siglos se dispensaba solamente por los Obispos, ó por los que ellos particularmente designaban: mas habiendo variado esta disciplina; ¿por qué hemos de censurar la conducta de este siervo del Señor? ¿No es este Sacramento una cosa Santísima? ¿No produce unos bienes incalculables? ¿No hace el que lo administra un beneficio inestimable á las almas? ¿No es su administración un medio poderosísimo para que se desahogue un corazón inflamado en la caridad de Dios, y del prógimo?

Se habla inconsideradamente cuando se censuran las acciones de las personas virtuosas; no porque una conducta y manejo sea fuera del orden comun que practican los otros de su clase, no porque sea extraordinaria, y raras veces vista, se ha de reprobar: véase si las cosas que obran los Justos son santas, son conformes á los principios de la revelación; si su conducta varia en su rec-

(1) S. Antonio, t. 3. c. 2.

itud, y en su justicia por seguir aquel rumbo extraño; obsérvense sus modales, véanse si estan acompañados de todo el complejo de virtudes que forman á un verdadero imitador de Jesucristo; y si lo estan ¿por qué se ha de motejar su conducta, solo porque es extraordinaria? Si esta regla se hubiese de seguir, ¿qué Santo ocuparia los altares? ¿Cual es el que no se ha distinguido en alguna cosa que no siendo practicada por los de su clase, era tachada, censurada y motejada? ¿No se han visto cosas mas raras que las del V. P. Salvador? Y sin embargo ¿no nocen ya todos, que fueron obras de la gracia y no del capricho ni de la mania? Ya estan sobre los Altares un S. Guillermo Abad transformado de Monge en guerrero; una Sta. Catalina de Sena hecha embajadora; un Sto. Domingo de la Calzada haciendo puentes y caminos; y otros innumerables que se emplearon en obras que tenian relaciones políticas, y que ciertamente no eran tan santas como el Sacramento del Bautismo. (1)

¿Pero que fines pudo proponerse el V. P. Salvador en una ocupacion que precisamente tenia que distraerlo de su claustro, y que no producia al estado ni á la Iglesia ventajas conocidas? porque para el uno y para la otra lo mismo es que los hijos de la Religion estén bautizados por el V. P. Salvador que por cualquiera otro de los ministros del Evangelio. ¿No seria mejor que se hubiese mantenido en su claustro llenando los deberes de su profesion? Es verdad que la Iglesia no reporta un interes conocido del Bautismo administrado por estas ó por aquellas manos, ella tiene sus ministros destinados á el efecto, y no es justo creer poco idóneos á aquellos á quienes sustituyó el V. P.; mas ¿quien es capaz de calcular los bienes que no son conocidos, que han resultado á las almas, de que el V. P. las haya santifi-

(1) S. Paulino deja el Obispado, y por redimir al hijo de una viuda se hace esclavo, abandonando al parecer sus primeros deberes. Nuestro B. P. y General de la Orden Lorenzo de Brindis, deja su retiro y monta á caballo para ponerse al frente de las tropas del Archiduque de Austria, en una batalla que dió á los Turcos.

cado con el Bautismo, y no otro alguno? ¿ Quien puede alcanzar los fines que en esto se propuso este Varon escogido ademas de su propia ventaja, adquiriendo para sí el gran mérito que resulta de una administracion tan llena de bienes y de gracias? El no faltó en esto á sus deberes religiosos: él estaba con facultades absolutas de los Esemos. Sres. Arzobispos, de los Curas á quienes siempre las pedia, y de sus Prelados Provinciales. (1) Los fines que él se pudo proponer, inspirados por el Padre celestial son muchos, podria proponerse la gloria del Señor, queriendo él concurrir de un modo activo á aquella accion que abre la puerta á todas las gracias que comunica á su Iglesia; pudo anelar á adquirir mayores aumentos de gracia, concurriendo á la santificacion de las almas, pudo formar el designio de cooperar cuanto pudiese á la salvacion de todo el mundo; pudo proyectar por este medio formarse relaciones íntimas, para hacer las cosas heróicas que practicaba, introduciéndose adonde era preciso para salvar á las desgraciadas víctimas de Lucifer. Pudo tener otros sentimientos aun mas altos que nosotros no llegamos á alcanzar. (2)

No se estrañe que yo me estienda sobre una materia que es la que ofrece mas reparos. Yo considero, como lo he hecho hasta aqui, un deber mio, el unir las acciones de este Justo con las doctrinas de la Iglesia, porque de otro modo no podria proponerlo como modelo de virtudes, ni me seria permitido exitar al pueblo á su imitacion. Ademas, pues, de los motivos referidos hay otros que no puedo dispensarme de alegar para justificacion de la conducta de este ejemplar Sacerdote; y es que el modo de obrar el Espíritu del

(1) Consta de sus papeles que tenia licencia del Sr. Véra, Provisor, para administrar el Santo Sacramento del Bautismo y matrimonios, fecha en 16 de Agosto de 1800, y del Sr. Torres sin limitacion alguna en 4 de Noviembre de 1800, y confirmadas por el M. P. Provincial Fr. Gerónimo de Cabra en 6 de Marzo de 1801.

(2) Nota. Pudo tambien tener por motivo el ejercitar sobre el dominio una autoridad tan fuerte y de efectos tan infalibles como los que produce el Bautismo, y los exorcismos que le preceden. Ademas tenia ansia por ejercer todos los ministerios de santificacion; que estraño es que la tuviese por este?

Señor en los que escoge para sí, no está sujeto á nuestra penetracion.

Asi como el espíritu sopla donde quiere, decia Jesucristo nuestro Redentor á Nicodemus, (1) y oyes su voz, no sabes dedonde viene ú adonde vá, asi es todo el que nace del espíritu: Entremos en el conocimiento de este language sublime del Salvador, y con esta antorcha luminosa en la mano vamos á mirar la conducta del V. P. en órden á la presente materia de los Bautismos. No es el claustro, no la vida recogida, no el destino mas severo ó penitente, no la disciplina monacal que tiene la virtud de santificar el alma y de elevarla á la altura de la perfeccion, sino el espíritu del Señor. Este es el que santifica al hombre, y cualquiera que sea el lugar, el rumbo ó la ocupacion en que esté, como alli lo haya el mismo conducido, aquel y no otro es el mas análogo á la santificacion propia y á la de los demas. No es justo indagar sus designios, investigando porque es conducido por este mas bien que por otro rumbo ó camino. El Espíritu del Señor conduce á un Justo á la soledad, y despues lo saca de alli y lo presenta enmedio de los concursos y de las Ciudades. Llevó á Jesucristo al desierto y lo condujo despues al templo á predicar á las turbas que alli habian concurrido. *Spiritus Domini super me, evangelizare pauperibus missit me.* (2) Lleva á los Gregorios, á los Basilios, á los Bonaventuras y á otros infinitos á los cláustros, á las soledades, y despues á estos mismos los saca de alli y los presenta en las grandes poblaciones, les dá cargos los mas peligrosos y dificiles, y los hace vivir en santidad y justicia enmedio de los atractivos de aquel siglo, del cual antes los habia sacado. „El espíritu cuando quiere sopla, (3) y donde quiere alli se hace sentir, „sin que se sepa dedonde viene y adonde va: si los „vientos, dice S. Juan Crisóstomo, (4) se sienten y no

(1) S. Joan. 3. (2) Luc. 4. 18. (3) Joan. 3. 8. (4) S. Joan. Cris. Ap. Alap. in hunc. loc.

„se sabe dedonde vienen, é ignoramos el camino por
 „donde han llegado á nosotros, ¿dime hombre como has
 „de escudriñar las operaciones del Espíritu divino en las
 „almas? Este Espíritu del Señor donde quiere se insi-
 „nua, y á quien quiere inspira sus impulsos ya de fé,
 „ya de penitencia, ya de otras gracias: oyes su voz, esto
 „es, sientes su eficacia y sus efectos; mas no sabes de
 „donde viene y adonde va; no se sabe como introduce en
 „los creyentes la fé y como lleva á los fieles á la espe-
 „ranza y á las otras virtudes; no se sabe como inmu-
 „ta al alma del hombre, como la renueva, como la san-
 „tifica y á cuanta perfeccion conduzca al que nace de
 „él. (1) Asi, dice Jesucristo, asi es todo el que nace del es-
 „píritu, ó asi es el reino de Dios, como se lee el Evan-
 „gelio de S. Marcos (2) que tiene bastante semejanza
 „con las exposiciones anteriores.“ Alude en ellas el Se-
 „ñor á los antiguos héroes, que impelidos de su santísi-
 „mo espíritu, hicieron obras heróicas de fortaleza y de
 „ótras virtudes. Cuando Sanson emprendia alguna cosa
 „extraordinaria por su grandeza, se dice que se apode-
 „raba de él el Espíritu del Señor. Asi Gedeon, y asi tam-
 „bien otros. Son ocultísimas las cosas que Dios obra en
 „las almas de sus escogidos, cuando los ilustra con los
 „rayos de su celestial luz: los que solo ven las cosas que
 „aparecen al exterior, no saben á que fin se ordenan ni
 „de que principio nacen, mas siempre sienten su voz sen-
 „siblemente, sus obras son santas, son puras, son sin cri-
 „men ni pecado.

Nadie sabe ni puede conocer dedonde le venia al
 V. P. Fr. Salvador tanta ansia por bautizar, á que fin
 andar por las parroquias, esperando ocasiones oportunas
 para dedicarse á este ministerio, que andaba largos ca-
 minos, que sufría cansancios, sed, fatigas innumerables
 con tal de hacer un Bautismo; nadie podia hacerse car-
 go del fin á que se dirigian estas operaciones extraordi-

narias. Aunque fuera veinte leguas en el rigor del invierno las andaba gustosísimo por administrar este Sacramento, á pie y con las grandes incomodidades que diremos en otra parte. En una ocasion fue desde Badajoz hasta Lisboa solo con este fin. Si hubiera podido hubiera bautizado él solo á toda criatura: tenia escritos todos los Bautismos que habia hecho, con sus circunstancias tan exactas y comprobadas, que si se extraviasen de los archivos las partidas originales, se encontraria en sus libros cuanto se podria desear. Consta de ellos que hasta Julio de 1830, tenia bautizadas siete mil personas. Es imposible conocer, penetrar y menudamente escudriñar adonde iban á parar estas tan raras, tan asombrosas operaciones de su espíritu; *mas se oia bien su voz, se sentia, se palpaba, como se siente la impresion del aire agitado*: esto es, se echaba de ver hasta la evidencia lo verdadero de su fervor, que todo dimanaba de aquel fuego de caridad. Nadie podia dudar de su virtud, cuantos le hablaban, cuantos le trataban, cuantos lo observaban y miraban no podian menos de confesar que era un Justo, un amigo de Dios, un hombre extraordinario, y de consiguiente que todo lo que hacia era dirigido por el Espíritu Santo, por los movimientos de su gracia... Un antiguo filósofo (1) decia: „Aquellos que se dirigen por un instinto divino, no conviene sean aconsejados, segun la razon humana, sino que sigan el instinto interior, porque son movidos por un principio mejor. Aquel, decia el Angélico Maestro, (2) á cuya sabiduria y poder todo está sometido, con sus movimientos interiores, nos asegura para no caer en la estulticia, ignorancia y otros vicios, cuando por sus dones seguimos con perfeccion los impulsos suyos.“ Asi debemos creerlo del V. P. Fr. Salvador; y este es el concepto que se merece en razon de la santidad de su vida.

(1) Arist. l. 7. moral. (2) Ap. Alap. ubi. supra.

CAPITULO 4.

Se dedica el V. P. á oír confesiones, y otros ejercicios propios de su fervorosa caridad.

El oficio de Jesucristo en este mundo fue salvar pecadores: este Señor tenía un placer en recibir á estos infelices, tratarlos con cariño y admitirlos á su amistad. ¿Cuándo se le vió mas afable que cuando miró á Zaqueo en el árbol? Baja, le dijo, „que hoy me conviene á mi hospedar-
„me en tu casa,“ ¿quien ha oído language semejante? Zaqueo era un pecador, el Príncipe de los Publicanos, el que tenía necesidad de Jesucristo. Sin este Señor él seria un réprobo, una víctima infeliz de su avaricia: sin embargo, Jesucristo no dice que á Zaqueo le tiene cuenta que lo reciba, sino que el mismo Señor es el interesado: y á la verdad, cada uno tiene un interes en conseguir aquello que vivamente desea. ¿Y quien duda que Jesucristo deseaba vivísimamente la salud de los pecadores? Por ellos vino del seno de su Padre á tomar nuestras desdichas, lloró, padeció, y gustosamente dió su vida por salvarlos; y nada puede haber mas grato á su corazon que el ganar un alma. Por el contesto de la parábola del Pastor, se ve esta verdad claramente demostrada; pierde una oveja, y desde que la echa menos, no sosiega en su cabaña, deja á las demas, la busca hasta dar con ella, y encontrada la coloca sobre sus hombros, la vuelve al rebaño; y juntando á sus amigos, pide que le den el parabien por la oveja que ha hallado. El interes es de la incauta ovejuela, que á no haber tenido este Pastor tan solícito, ciertamente hubiera perecido entre las garras del lobo; con todo, el Pastor quiere que a él le den la enhorabuena, mas bien que á la oveja, porque su perdicion y ruina le angustiaban el corazon, y su hallazgo le restituye la tranquilidad y el sosiego. El bien y felicidad de la oveja electriza mas al Pastor que á ella misma. Jesucristo por sí propio, por la gloria de su propia divinidad, por su mismo Eterno Padre no pudiera haber hecho mas de lo que ha hecho

por los pecadores. El que se pierde, se pierde á pesar suyo, y por su dureza le sucede esta desgracia. ¿Por que se amilana el miserable pecador? ¿Por que se acobarda? Anímelo el cuidado de su Salvador en buscarlo, su amor en recibirlo, y su gozo y congratulacion en abrazarlo. (1) Esta caridad de Jesucristo es el modelo de la del Sacerdote: el debe ser como la antorcha luminosa que muestre á los que se estravian el puerto de la salud: debe buscar al pecador y atraerlo con la dulzura de sus palabras si es docil, ó aterrarlo con los ayes del enojo del Señor si es protervo. *De ellos pende el alma ó la salvacion del pueblo*, dijo Judit. (2) Sus palabras deben ser tan poderosas que atraiga con su dulzura y eficacia hasta á los públicos pecadores, los Marcos, las Adulteras, los Zaqueos. *No desprecies, dice el Espíritu Santo, (3) al hombre que se aparta del pecado, y no le echas en cara su miseria, acuerdate que todos somos dignos de reprehension. El que hiciere (4) que el pecador se convierta del error de su camino, salvará su alma de la eterna muerte, y pondrá á cubierto de la ira de Dios la multitud de sus pecados.* Jesucristo va en busca de la oveja que perece, no dice ¿que tengo yo con ella? ella se buscó su mal, que lo sufra: cuando la encuentra, no le afea sus estravios, no la castiga, sino la caricia, la arrima á su corazon, y despues la coloca sobre sus hombros para ahorrarle el trabajo de ir por sus pies, él le sirve de carroza, la alaga y cuida de ella,

Segun este sublime modelo dirigió su conducta el V. P. Fr. Salvador de Sevilla. Desde que el Señor lo llamó á la vida pública no tuvo otras ideas en su mente, ni otros anelos en su corazon que buscar pecadores y reconciliarlos con Dios. Tenia licencias remotas ó sin límites, para confesar toda clase de personas: en las Diócesis de Sevilla por el Sr. Borbon: (5) de Cádiz por

(1) Tirin. in script. t. 2. (2) Judit. 8. 21. (3) Ecl. 8. 6. (4) Jac. 5. v. ult. in ind. (5) Consta de sus papeles.

el Sr. Utrera: de Córdoba por el Sr. Ayestarán y Sr. Trevillo: de Almería por el Sr. Mier: de la jurisdicción Castrense para todos los dominios de S. M. por el Vice general D. Angel Oliver; de la Abadia de Olivares, por el Sr. Poblaciones; con otras facultades de los Prelados religiosos para sus monjas, y de algunas Vicarías exentas para sus feligreses. Autorizado así se dedicó á favorecer á toda clase de pecadores y en toda hora y lugar. Siendo los que mas le llamaban la atención los mas necesitados. Hizo muchas conversiones con sus palabras y ejemplos, é iban á buscar á este Varon ejemplarísimo para desahogar sus interiores, sabiendo cuanta era la caridad con que los recibía, y cuanta su espedicion en desenredar las conciencias mas intrincadas. No es posible dar una idea circunstanciada de lo mucho que trabajó sobre este importantísimo negocio; pero se podrá formar una idea aunque imperfecta de esto por alguno de los rasgos que vamos á presentar sacados de sus apuntes.

En el año de 1808 hizo en cuatro meses cuarenta y dos confesion generales, unas de 46, otras de 30, y otras de mas años, que ajustados los años todos que importaban las confesiones generales de aquellos meses, llegaban á 826 años. Si tanto hizo solo en cuatro meses, ¿que haria en todo el resto de su laboriosísima vida? El no perdía ocasion de ganar una alma; tenia una insaciable sed por salvar pecadores sacándolos del estado infeliz en que se hallaban. A él lo encontraban cuantos lo habian menester y á cualquiera hora. El, bajo pretexto de urbanidad, iba á deshoras á visitar algunos enfermos, les daba consejos saludables, y les ponía delante la medicina para sanar de sus espirituales dolencias. Tiene en sus escritos varias menudencias que no pertenecen aqui el escribirlas, mas para que se vea cuanta era su caridad y como acudia á todas las necesidades del prógimo, diré alguno otro de sus apuntes sobre este asunto. „En Miérco-

„les 24 de Mayo de 1809, de camino de Huelva pa-
 „ra Sevilla al pasar por Villalva y estar aqui descan-
 „sando, supe que uno de los monacillos habia caido en
 „el pozo de la misma Iglesia: fui con otra gente por
 „si le podia dar algun socorro; pero inutilmente porque
 „lo sacaron ya al parecer muerto, mas con los golpes
 „que con el agua; con todo lo absolví bajo de condi-
 „cion al sacarlo; llamábase José de Lara.“ Aqui se ve
 su solicitud caritativa por favorecer á los que necesi-
 taban de socorros espirituales, y tambien su caracter
 exactísimo refiriendo cosas tan menudas y de poca im-
 portancia. Otro apunte dice: „Viernes 19 de Julio de
 „1811, en Tabira de Portugal en la acesoria de la
 „casa donde yo estaba... absolví (aun sin licencia en es-
 „ta Diocesis) *in articulo mortis*, á Teresa de Jesus, muger
 „de... con seis ó siete hijos, de un dolor, le encomen-
 „dé el alma, y le apliqué la indulgencia &c.“ De esta
 clase de apuntes tiene muchísimos, y por ellos se ve cla-
 ramente que jamas se negaba á ninguna necesidad, que
 su corazon lleno de ternura, estaba siempre abierto pa-
 ra todos sin dejar á nadie desconsolado.

Consta tambien de sus escritos que auxilió y asistió
 hasta espirar á innumerables, refiriendo las circunstan-
 cias de desamparo ó de alguna otra necesidad extraordi-
 naria en que se veian. Referiremos uno de los muchí-
 simos casos que refiere, para que por él se infiera su
 empeño en este ejercicio, y la exactitud con que especifica
 los demas. „En 24 ó 25 de Abril de 1812 en Cortega-
 „na, por la mañana, en las casas de Cabildo donde está
 „la Cárcel, en la segunda habitacion, asistí, auxilié y
 „encomendé el alma á Francisco Serrano, natural (segun
 „apenas se le entendia decir) del Colmenar del Arroyo,
 „destituido de todo socorro humano, apaleado poco antes
 „por su Sargento, que lo traia con otros pocos tratán-
 „dolos á todos mal, de modo que ya se le han muerto ca-
 „torce desde las Castillas, desde antes de Cuaresma; otro

„iba moribundo que espiraría antes de llegar al cerro.
 „Este Serrano murió como á las dos de la tarde, se le
 „dobló, y á la mañana siguiente se le enterró, segun creo
 „tras del Coro de la Iglesia Parroquial de nuestro Sal-
 vador.“ De estos hechos podriamos referir muchos, bas-
 tan los dicho para formar juicio.

Administró los demas Sacramentos en muchas oca-
 siones: hizo en su vida 157 casamientos, 158 velacio-
 nes. Administró en distintos tiempos el Sagrado Viáti-
 co á los enfermos, aplicándoles á todos la indulgencia
 plenaria para la hora de la muerte por facultades que te-
 nia para ello: y no solo hizo todo esto, sino muchas co-
 sas mas que son dificiles de referir. Bendijo Imágenes,
 Vestuarios Sagrados, y algunos Vasos del culto divino de
 los que no necesitan la uncion Sagrada, como Viriles, Co-
 pones, &c. bendecia las casas nuevas para la familias que
 iban á morar en ellas, bendijo naves, pilas bautismales &c.
 ¿Que mas? Se le vió andar leguas, caldearse, sudar y sufrir
 malos ratos por conjurar viñas, sembrados y arboledas.
 En una palabra no hubo ocupacion alguna en que pu-
 diese ser de alivio á sus prógimos en que no ejercitase
 gustoso su infatigable caridad.

CAPITULO 5.

Sus Viages.

Uno de los grandes trabajos que ofrece la vida Ca-
 puchina es el caminar á pie. N. Seráfico Fundador nos
 dejó esta enseñanza como un testimonio de la pobreza de
 nuestra profesion, y como una señal nada equívoca del
 espíritu de penitencia y desprendimiento de las cosas del
 mundo que debe animarnos. Un hijo de N. P. S. Fran-
 cisco es un imitador verdadero de Jesucristo que ejerci-
 ta á la letra aquellas instrucciones que este divino Maes-
 tro dió á sus discípulos en la primera ocasion en que los
 mandó á predicar el reino de los Cielos. „Id, les dice, pre-
 „dicad, diciendo que se acerca el reino de los Cielos. (1)

(1) S. Mat. 10. 9.

„no poseais oro ni plata, ni lleveis dinero, ni en que
 „conducir los víveres, id descalzos sin zapatos en vues-
 „tros pies.“ Sobre estas espresiones está fundada la Reli-
 gion Seráfica. A imitacion de los Apostóles caminan los
 hijos de Francisco sin prevenciones ni comodidad algu-
 nas, á menos que la naturaleza ya rendida con los tra-
 bajos, ó necesitada les ponga en la precision de usar de
 otros alivios. A pie y descalzos se han visto á estos nuevos
 Eliseos atravesar montañas, pisar los yelos, é ir á llevar las
 insignias del Crucificado á los extremos de la tierra. De
 esta manera se han presentado en los palacios soberbios
 de los Potentados de la tierra, se han hecho respetar de
 las primeras dignidades del orbe, y han sido mirados en-
 medio de su desnudez y pobreza, con el asombro con
 que Elias y Eliseo eran considerados de los Príncipes
 de su tiempo. ¿Que pais habrá tan bárbaro que no ha-
 ya sido pisado por los pies desnudos de los hijos de Fran-
 cisco? ¿Que nacion tan remota, ó tan bárbara que no
 haya escuchado el language del Evangelio de los labios
 de estos pobres de Jesucristo? Testigos de esta verdad
 la Tartaria, (1) el Mogol, el Asia, la América y los rin-
 cones mas abrasados é inhabitables del Africa; en todas
 partes se ven señaladas las huellas de estos varones Apos-
 tólicos, que sin otro interes que la gloria de la Reli-
 gion han sufrido trabajos incalculables, esponiendo sus
 vidas á cada paso, superando horribles obstáculos, y se-
 llando con la sangre de sus venas las verdades que
 anunciaban.

Es un espectáculo de los que mas edifican ver á un
 hijo de Francisco á pie y descalzo: Jesucristo nuestro
 Señor anduvo asi; y este es uno de los ejemplos que Su
 Magestad nos dió de mas edificacion. Asi cansado lle-
 ga al pozo de Sicar; asi anduvo la Judea; y toda la
 Palestina, como facilmente se infiere de los mismos Evan-

(1) Son muchas las Misiones que los Capuchinos teniamos en todos los paises mas remo-
 tos del globo. Vease la obra grandezas de la Religion Capuchina.

gelios. S. Marcial, uno de los 72 Discípulos de Jesucristo, dice el Seráfico Dr. S. Buenaventura, refiriendo un trozo de su vida, (1) „cuando iba apredicar, no caminaba á caballo, ni en asno, ni cubria sus pies con calzados, sino segun la sentencia de su Señor y Maestro Jesucristo, que solia inculcar á este su Discípulo y á los Apóstoles, andaba á pie y sin calzados. Yo quisiera ver, decia S. Gregorio Nacianceno, (2) hombres que viviesen al ejemplo de Jesucristo, predicador del Evangelio, hombres que anduviesen con los pies desnudos, pobres por el reino celestial, y Keyes por la pobreza.“

Si este gran Santo hubiese vivido en los dias del V. P. Salvador habria contentado sus deseos. El andaba á pie, y de una manera tal que no podia menos que ser inspirado por un espíritu de maceracion la mas asombrosa; se puede decir que se tenia á sí mismo un odio mortal, y que el andar los caminos del modo que lo hacia, era para destruir su cuerpo, harto debilitado, ya por las abstinencias y continuas vigiliass, y por el rigor de los cilicios y de las disciplinas. Como su corazon estaba tan abrasado de la caridad, adonde esta lo impelia allá iba sin dilacion, sufriendo las mas terribles incomodidades. Sus viages eran frecuentes, ¿pero como? un palo grosero y tosco en sus manos, este era su báculo (3), las alforjas sobre el hombro, y metidas debajo del manto, siempre con bastante peso, ó de piedras ó de rosarios, y otras cosas de devocion, quitadas las sandalias bajo el pretesto de que le estorbaban para andar. ¡Que ingeniosos son los santos para ocultar, y cuando no pueden, á lo menos disculpar sus penitencias! las colgaba de la cuerda, y que lloviera, que granizara, que hubiera lodo, arroyos, &c. nada le detenia. El entraba con los pies desnudos en medio de la nieve y del fango, él se los despedazaba con las espinas, y los mortifica-

(1) S. Bonav. in tract. de sandaliis Apostolor. (2) apud eunde.

(3) P. Santofia su relacion N. 15.

ba con las piedras y malezas. En el rigor del verano, aunque fuera á las doce del dia, caminaba él con tanta indiferencia, como si fuera un hermoso dia de Primavera. Jamas se subió en ninguna bestia, fuera de aquel único caso que referimos en la segunda parte, en que se lo mandaron por obediencia, y entonces lo hizo llenando las alforjas de piedras, y echándoselas encima. „Los Griegos, dice S. Buenaventura, (1) cuando miran á sus misioneros que no reciben dineros, y que andan con los pies desnudos por los caminos, los llaman varones apostólicos, y los veneran como discípulos de Jesucristo. Los Monges de la India, dice el mismo Santo, refiriéndose á testigos de vista, no usan de calzados andando con los pies desnudos. En las vidas de los Padres se lee en muchos lugares en alabanza de los Monges perfectos, que andaban con los pies desnudos. Orígenes lo hacia así, y alegaba para ello la imitación de Jesucristo. S. Gerónimo en el libro contra Joviniano, lo reprende porque cuando antes como perfecto Monge andaba á pie desnudo, despues apostatando de la perfeccion monacal, se habia calzado.“ Segun estos testimonios tan brillantes, ¿que juicio deberemos formar del V. P. Salvador al verlo andar por los caminos con los pies enteramente desnudos? ¿No diremos que era un hombre Apostólico, un imitador perfecto de Jesucristo nuestro Señor, y que suscitaba la idea ya casi enteramente borrada de los antiguos anacoretas?

Pero hay mas: su espíritu de rigor y de penitencia no se contentaba con andar á pie y descalzo, sino que para mas afligir su estenuado cuerpo se propuso andar tanto que mas parecia volar, que caminar, y esto no una hora ó dos sino todo el dia, de modo que no habia quien le pudiese seguir los pasos, mas parecia posta, que hombre que va de camino. Se dice haber andado en el espacio de unas veinte y cuatro horas ó menos la larga

(1) S. Bon. citat. sup.

distancia que hay desde el Puerto de Santa María á Sevilla sin que lo pudiese alcanzar un coche que venia detras de él. Este caminar con la velocidad dicha, era todos los dias; parecia un milagro que el Señor hacia en confirmacion de la virtud de este ejemplarísimo varon y de lo justificado de sus procedimientos. En una ocasion sucedió lo siguiente. (1) Un eclesiástico que vivia en Bollullos del Condado, pueblo que dista nueve leguas largas de Sevilla, estaba muy enfermo y queriendo tratar asuntos de su alma con el V. P. Fr. Salvador, de quien era amigo, le manda un aviso para que al momento fuese á consolarlo. Va el V. P. al Prelado á pedirle su permiso, mas este le hace ver que era preciso asistir al dia siguiente á la Procesion del Corpus, y que bajo de este supuesto no podia darle la licencia. El V. P. cuyas entrañas estaban abrasadas del incendio de la caridad, le contesta que si no tenia otro motivo, él se ofrecia á ir á consolar á aquel Sacerdote y no faltar al dia siguiente á la referida Procesion, asistiendo á ella con la Comunidad. En este supuesto el Prelado condesciende, y al toque de vísperas sale de la Ciudad á pie y descalzo como siempre, va á Bollullos, desempeña la comision y á las ocho y media de la mañana, cuando la Comunidad llegó á la Catedral se encontró allí con el V. P. Salvador tan sereno como si nada hubiera hecho, y dispuesto á salir incorporado con la Comunidad como así sucedió. Muchas cosas hay aqui que admiran; su obediencia y puntualidad en hacer lo que el Prelado le habia ordenado; su abrasada caridad tomándose una molestia tan penosa por darle el consuelo al enfermo, y la velocidad del viage. Anduvo diez y ocho leguas en diez y siete horas poco mas, trató el asunto á que iba, cenaria poco ó mucho, diria Misa, porque ademas de ser dia festivo jamas la omitia, y aunque hubiese querido oirla en Sevilla no podia porque á las doce se acaba la Pro-

(1) Apuntes del P. Santofía.

cesion y haria todo lo demas que se le ofreceria. ¿Como seria esto? Yo no sé que esta caminata hubiese podido verificarse con las circunstancias referidas, sin una especie de milagro, semejante á aquel que el Angel hizo con Abacuc cuando lo llevó por los aires á Babilonia para que socorriese al Santo Daniel, que se hallaba en el lago de los Leones. (1) Por este órden eran los viages del V. Padre todos maravillosos, todos velocísimos, y todos destructores de su salud.

CAPITULO 6.

Adquiere la perfeccion religiosa enmedio de sus ocupaciones; observando exactísimamente su Regla seráfica, y los votos propios de su estado.

La raiz, forma, fin, complemento y vínculo de la perfeccion es la caridad, á la cual nuestro amabilísimo Redentor reduce la ley y los Profetas, y de consiguiente todos los documentos que Dios ha dado á los hombres. Esta caridad tiene tres estados, uno ínfimo, que consiste en la observancia de los mandamientos de la Ley, el segundo medio, que estriba en el cumplimiento de los consejos evangélicos; el tercero sumo, que está en el goce de las delicias y placeres eternos. Por tanto debemos considerar tres clases de perfecciones señaladas en la Sagrada Escritura; una es de necesidad, de la cual nos dice Dios (2) „Serás perfecto y sin mancha delante del Señor Dios tuyo:“ y de esta dice S. Próspero (3) „Perfectos son aquellos que queriendo lo que Dios quiere „no consienten en culpa alguna.“ La segunda perfeccion es de superogacion, de la cual habla Jesucristo cuando dice (4) „Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes y dalo á los pobres;“ de esta habla S. Gerónimo diciendo (5) „El perfecto siervo de Jesucristo nada tiene mas que á Jesucristo, y si alguna cosa posee fuera „de Jesucristo ya no es perfecto.“ La tercera es la per-

(1) Dan. c. 6. (2) Deuf. 18. (3) S. Prosp. de Vita conf. lib. 3. c. 12.

(4) S. Mat. 19. (5) Ep. ad Eliodorum.



feccion acabada ó ultimada en toda su plenitud; de esta dice el Espíritu Santo (1) „La senda de los Justos, „como luz que resplandece y brilla, crece y se adelanta „hasta el dia perfecto;“ esto es hasta la claridad fulgentísima de la vision intuitiva de Dios. La primera y segunda perfeccion se diferencia de la tercera como el mérito se diferencia del premio. La segunda incluye la primera, que es la observancia de los mandamientos, y añade ademas quanto admite la posibilidad de viador. De aqui es que lo segundo con lo primero se llama perfecto, mas lo primero sin lo segundo, aunque sea en cierto modo perfecto, mas respecto de lo segundo se llama imperfecto, como se espresa el P. S. Ambrosio. (2) Esta segunda y principal perfeccion es una conformidad del viador con Jesucristo, por aquel hábito de virtud por el cual poniendo en práctica los consejos evangélicos se evita lo malo, se practica lo bueno, y se sufren con paciencia las cosas adversas. La concupiscencia de los ojos, la de la carne, y la soberbia de la vida han de evitarse en esta segunda perfeccion, no solo en quanto al acto y al consentimiento, lo cual se verifica por las virtudes contrarias, sino tambien en quanto á la ocasion. Jesucristo para perfectamente separar de nosotros la concupiscencia de los ojos, aconseja que se dejen todas las cosas temporales. „Si quieres ser perfecto, ve y véndelo todo, „y dalo á los pobres.“ (3) Para perfectamente sujetar la soberbia de la vida persuade que se niegue la voluntad propia: „Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese á sí mismo.“ (4) Y para perfectamente domar la concupiscencia de la carne enseña que separemos de nosotros quanto pueda conducir á los placeres del sentido. En estas tres cosas consiste no solo toda la perfeccion evangélica, sino su primera parte. La segunda está en alcanzar aquellos bienes precisos para elevarnos hácia Dios, y bajarnos en

(1) Prov. 4. 18. (2) De officiis l. v. c. 11. (3) Mat. 19. (4) Ibid.

seguida hácia el prógimo; ó la práctica de las dos vidas contemplativa y activa.

Toda esta grande perfeccion, segun la distribución que acabamos de proponer, que es tomada del Seráfico Dr. S. Buenaventura, (1) se encierra en la seráfica Regla, y aquellos son perfectos delante de Dios y de los hombres que la observan con toda exactitud, adquiriendo con la práctica de sus preceptos aquella gran caridad, y amor de Dios y del prógimo, que forma la perfeccion evangélica. Aunque hemos visto hasta aqui que el V. P. Fr. Salvador fue un verdadero hijo de mi Padre S. Francisco, nos vemos necesitados á llamar sobre este punto la atencion, para que considerándolo mas de cerca, lleguemos á un conocimiento mas inmediato de su santidad.

Si estando en el siglo, tierra árida y sin el riego de las copiosas gracias que el Señor comunica en este país de bendicion, jamas cometió pecado mortal, segun el testimonio de su Confesor, (2) ¿á qué perfeccion llegaría en el claustro Capuchino, mediante la observancia de sus severísimas leyes? Estas las puso en práctica desde que se vistió el áspero sayal, con tanta puntualidad que jamas se separó un ápice de lo que nos prescribe nuestro Seráfico Fundador. No solo no manejó el dinero ni tuvo ropas interiores, ni caminó á caballo, ni hizo ninguna de aquellas cosas que reprueba el Santo, sino que en la práctica de los preceptos se inclinó siempre á lo mas sublime; y lo que por consiguiente está en mayor contradiccion con la fraccion del instituto. Nunca quiso aceptar las limosnas que ofrecen los fieles por el Santo Sacrificio aplicados por sus almas, no porque esto sea prohibido, pues sin este auxilio con dificultad podria mantenerse la orden, sino porque se propuso lo mas perfecto en cada cosa. Nunca iba á los amigos espirituales para que estos le comprasen sandalias, lienzo para

(1) Apolog. paup. c. 2. (2) Asi consta del escrito del R. P. Mtro. Luciano.

los paños y demas cosas indispensables sin las cuales no podriamos subsistir; él se manejaba de modo que le socorrian en lo preciso sin ser necesario recurrir á cada paso al dinero. Su ropage ó hábito era cual todo Sevilla vió: su cuerda no podia ser mas basta ni grosera: su suelas como las que dan á los novicios cuando profesan, sin tener nada por detras para contener el talon y poder andar; sus alajas ningunas, la divina Pastora y unas estampas de papel eran el adorno de las paredes. Tenia sí, copiosa cantidad de reliquias, cruces, rosarios, &c. porque á esto lo llamaba su caridad, y habiendo formado escrúpulo de estas pequeñeces, recurrió al R. P. Provincial, pidiéndole licencia para usarlas, y distribuir las que se le concedió con la mayor amplitud como consta de sus papeles. No obstante este estremado amor á la santa pobreza, su aplicacion continua al estudio, le hizo reunir una copiosa librería con orden espesa de los superiores, y con ánimo de que resultase en utilidad de sus hermanos. Formó con este fin un copioso índice en 17 tomos, de las materias contenidas en ellos que aun no lo concluyó. En lo demas no cabia mas estrechez, su celda era pequeñísima, y todos sus utensilios miserables y pobrísimos. A los ojos del mundo que lo veia por las calles parecia otro Francisco de Asis ó uno de sus fervorosos discípulos. Asi fue como echó por tierra con la honda y piedra de su Evangélica profesion el Goliath de la concupiscencia de los ojos que arrastra y lleva tras de sí á la mayor parte de los hombres, pues casi todos no piensan mas que en este ídolo detestable.

Su obediencia era prontísima, obedeciendo sin réplica á cuanto le ordenaban los superiores. Ya hemos dicho en la introduccion á esta tercera parte sus súplicas y humillaciones para que los Prelados lo dejasen seguir sus interiores impulsos para la práctica de su vida activa. Allí justificamos este procedimiento con la

doctrina de los Santos, y nada tenemos que añadir: en lo demas obedeció siempre hasta las insinuaciones mas penosas: que se le mandase estar á la cabecera de los enfermos, que se le intimasen viages largos y penosos, que se le diesen las comisiones mas escabrosas y difíciles todas las cumplia con una exactitud ejemplarísima. Esto se vió en el fiel desempeño de la penosísima comision que la Providencia puso á su cargo, cuando se abrió la causa para la Beatificacion de N. V. P. Cádiz ¿ como es posible referir su fidelidad en el cumplimiento de este encargo que le impuso la obediencia? ¿ Quien sino el V. Padre podia dar tantos pasos y tan molestos, hablar á tantas personas, tomar tantos conocimientos para que estuviesen corrientes, y á sus tiempos los sugetos que habian de declarar? El con su amable política y con la dulzura de su humildad rendia los ánimos de los Sres. Jueces, para que no obstante sus penosísimas tareas se prestasen gustosos á las del nuevo tribunal, sin otro interés que la gloria de la Religion. El cuando murió, dejó la causa casi concluida, y á sus diligencias y pasos se debe cuanto se ha hecho. Por este orden eran todas sus cosas, su voluntad estaba fuerte é íntimamente unida á la de Dios por el lazo estrecho de la obediencia religiosa. En él no vivia la soberbia de la vida, origen y primera fecundísima fuente de todos los males que inundan al género humano.

¿ Que diré de su castidad? Un hombre que trataba con tanta clase de gentes, que hablaba con personas del otro sexo, que entraba en todas partes, ¡ observar tanta pureza! ¡ Un candor tal que parecia no constar de la miserable constitucion que forma á los demas! ¡ Tanta indiferencia como si los objetos á quienes se dirigia careciesen de todo influjo sobre las pasiones! Esto no puede ser sin un prodigio de la gracia del Señor que prueba demasiado que Dios lo tenia para la edificacion del mundo, y lo llamaba por el camino de la vida pública. Los solitarios que han pa-

sado sus vidas en el ejercicio de las mas horrorosas austeridades, cuando se vieron combatidos por los objetos lisongeros, hicieron ver cuan flaca es la virtud humana en medio de las ocasiones. El uracan furioso de la concupiscencia de la carne, no hay cedro del Libano que no tronche, cuando se pone á su alcance, no hay fortaleza que no desplome, no hay baluarte que no inutilice; contra este enemigo no hay otras armas poderosas que la fuga. Sin embargo el V. P. Fr. Salvador, rodeado siempre de estos alicientes jamas le hicieron el menor quebranto: andaba entre los amantes de la vanidad como Pacomio entre los peñascos de sus soledades. Su carne ciertamente estaba espiritualizada á fuerza de tantas penitencias ó era un Angel en carne humana. ¿Pero que cautelas usaba tan exactas y preciosas? Sus ojos estaban siempre contenidos dentro de la mas estrecha modestia. Por las calles no miraba mas que la tierra que pisaba, y cuando era preciso tratar con mugeres lo hacia de modo que jamas fijaba en ellas su atencion. Nunca se le observó quedarse mirando al rostro de ninguna, y tenia un modo tal de mirar, que observado con atencion, se advertia que no atendia á los objetos. Para conservar este candor entre las espinas de tanto peligro, ademas de una continua presencia de Dios que era facil conocerlo: jamas dejó sus penitencias y austeridades: trataba su cuerpo con cuanta dureza podia, y siempre vivió en una continua penitencia. Por esta razon su cama era la mas miserable, dura y sin alivio; herbia en chinches, sin cuidar sino raras veces de que se la aseasen. Nada diré de sus demas penitencias, porque habiéndose ya tratado en otra parte, debemos suponer que el mismo sistema siguió toda su vida en cuanto se lo permitian sus continuos males: en una palabra, fue siempre mas enemigo declarado de sí mismo que Ester de Aman, que Judit de Holofernes, y que Jael de Sisara. Su carne con todas sus concupiscencias estaban siempre crucificadas.

Ademas, siendo propio de la profesion Capuchina emplearse en la salvacion de las almas, fue tan estremado en el cumplimiento de este deber, como lo veremos cuando llegemos á tratar de su celo por la gloria de Dios, y salvacion de las almas.

Nadie le escedió en el amor á su profesion, y de esta verdad dió un testimonio nada equívoco en los desgraciados dias de la invasion francesa. Entonces todos, ó casi todos los Religiosos tuvieron que despojarse de sus sagrados hábitos. porque siendo esta la orden de aquel gobierno, no se podia existir entre ellos sino con el traje de Clérigos seculares. Nuestro V. P. Salvador herido su corazon de sentimiento al ver tanta profanacion, tanto sacrilegio, tanto desacato, quiso mas bien esponerse á morir que presenciar tantos horrores, ni despojarse de su hábito sagrado. El dia 24 de Enero del año de 1810 salió de Sevilla, y se dirigió por Ubrique á Jimena, S. Roque y Algeciras, huyendo de los Franceses. En esta Ciudad se encontró con el ejemplar Sacerdote, y entonces Prebendado de esta Sta. Iglesia, ya difunto, D. Andres Amaya, que andaba tambien errante por la misma causa; estuvieron juntos en un falucho que iba á Ayamonte con ánimo de hacer este viage, pero por el poniente que soplabá fuerte, y despues por el vendabal tuvieron que desembarcar y tomar otro partido, allí conferenciaron aquellos dos Varones virtuosos sobre el rumbo que les convenia tomar; y el V. Padre pasó desde S. Roque á Gaucin, cortó por Caños Santos, Algamitas, Saucejos, Puebla de Osuna, y andando siempre por fuera de camino á pie, á deshoras de la noche, sin parar en poblaciones grandes donde hubiese acantonadas tropas francesas; y entre millares de peligros pasó á Estremadura hasta entrar en Portugal, endonde estuvo algun tiempo; y despues la mayor parte del tiempo anduvo errante por la sierra de Almonaster, Encinasola &c., resultando que por el amor á su profesion, por guardar su regla, y no despojarse de su santo hábito, anduvo á pie se-

gun los apuntes de dicho V. Padre trescientas y ocho leguas todas á pie y descalzo, á escepcion de seis leguas que anduvo embarcado. ¿Puede decirse mas de su fidelidad en cumplir lo que habia prometido al Señor?

CAPITULO 7.

Su instruccion.

No hay una cosa que sienta tanto la Iglesia Santa como la insuficiencia de sus ministros. La ignorancia es el enemigo grande de la Religion. El hombre sabio, por deprabadas que sean sus costumbres, por corrompido que esté su corazon, como enmedio de todos sus desórdenes busque la verdadera sabiduría, él la amará, y ella misma separará sus pasos del camino de la iniquidad, y lo llevará á los brazos de la virtud. La gracia del Señor asi como encuentra obstáculos casi invencibles, y que necesitan de toda la energía de la virtud de Dios para vencerlos, cuando ilumina y manda sus rayos sobre una alma corrompida, y al mismo tiempo sumida en una grosera ignorancia, asi por el contrario hace brillar con mas ostentacion la hermosura de sus luces cuando estas se derraman sobre un entendimiento despejado con la sabiduría. La mayor parte de los incrédulos tienen que atrincherarse bien en la ignorancia de lo mismo que niegan y combaten, para haber de sostener sus desvaríos. Son tan luminosos los principios sobre que se apoya la revelacion, son tan claras sus pruebas, y es tan rico el tesoro en que se encierran nuestras verdades, que aunque estas en sí mas sean oscuras, por la sublimidad y elevacion del dogma, no puede menos cualquier hombre instruido de conocer que Dios es el que las ha revelado. Este conocimiento se lleva hasta un punto de evidencia. „Tus testimonios, Señor, decia el Santo Rey David, (1) tus testimonios, ó las verdades con que tu nos „testificas tu santa y divina ley son dignísimas de todo „crédito; la razon humana puede si quiere indagar, es-

„cudriñar hasta persuadirse con una certeza indubitable que las verdades que tu nos has manifestado son tuyas, dictadas por tí, y no sugeridas por el capricho del hombre.“ Por eso un sabio, y con mucha mas razon un Sacerdote, que posee profundamente los conocimientos que debe, y son propios de su caracter y oficio, hace desaparecer con su instruccion (como lo hemos visto en nuestros dias) esa nube de miserables langostas que ha vomitado el pozo grande de la incredulidad para desmoralizar á los incautos. Por tanto se necesita instruccion en los Sacerdotes del Señor. „Los labios de estos, dice Dios, (1) guardarán ó serán el depósito de la ciencia, y los pueblos exigirán de sus luces la esplicacion de la ley. Al Sacerdote pertenece responder á las preguntas que se le hagan sobre materias de Religion,“ (2) decia S. Gerónimo. El Señor mandaba en la antigua Ley (3) que en la túnica de que estaba vestido el Sacerdote cuando entraba en el *Sancta Sanctorum*, se colocasen unas campanillas en la fimbria, ó parte inferior de ella, con el fin de que se oyese su sonido, para significar que el Sacerdote debe dejarse oír para instruccion de los fieles. (4) El Concilio de Toledo dice estas formales espresiones dignas de toda atencion. „La ignorancia, madre de todos los errores, se ha de evitar especialmente en los Sacerdotes de Dios, que tienen el oficio de enseñar al pueblo. Sepan, pues, las Sagradas Escrituras y los Cánones, para que toda su ocupacion consista en la Predicacion y en la Doctrina.“ De otra manera, si es ignorante, se le podrá decir: „Porque tú desechaste la ciencia, yo te desecharé á tí para que no ejerces las funciones del Sacerdocio.“ (5)

Muy lejos estaba de esta repreensible ignorancia el V. P. Fr. Salvador: desde pequeño se descubrieron en él grandes luces y talento despejado, como ya lo dijimos

(1) Malach. 2. (2) S. Hieron. in prolog. Bibliæ. (3) Exod. 28. (4) Dist. 38. can. 3.

(5) Oreas. 4.

en su lugar, mas ahora debemos añadir noticias posteriores y que son dignas de nuestra consideracion. En su juventud las letras humanas se llevaron por algun tiempo su atencion, (1) y la poesia fue su pasion dominante. La vivacidad estremada de su imaginacion lo llevaba naturalmente al estilo satírico y epigramático; pero como le cupo en suerte una alma buena, su razon y sus religiosos sentimientos sujetaron y tuvieron siempre á raya su genio. Asi fue que ni de muchacho, ni cuando ya jóven hizo un solo verso que desdijese de la mas sana y pura moral. Doliase no obstante muy profundamente de haber consumido mucho tiempo en composiciones inútiles, pero se consolaba de no haber caido en ninguno de los muchos estravios en que comunmente suelen caer los poetas jóvenes. „Yo fui (solia decir) desde los doce años hasta los diez y nueve verdaderamente un loco, y solamente la infinita bondad y misericordia de Dios me preservó, sin conocerlo yo, de cometer muchas maldades.“ Catorce años tenia cuando con motivo de cierta ocurrencia poco honesta, sucedida á uno de los condiscipulos, acudieron algunos de estos á él con mucho empeño, para que escribiese unas décimas alusivas al asunto. „La vanidad me tentó bastante (decia) pero la gracia de Dios me libertó de condescender y de aumentar con mis versos el escándalo.“ Entonces, acaso para facilitarse en la composicion, fue cuando compuso las Concordancias de Virgilio, obra laboriosísima y quizas original, con la cual, y un poco de ingenio es facil hacer bellos versos latinos.

Quando se dió á las ciencias exactas estudiaba con aplicacion, y se graduó como dijimos en la primera parte, de Maestro en Artes, porque (decia) „por mas que procuraba contener la vanidad, y empeñarme en este punto, habia en mi dos deseos opuestos, y no en todas las ocasiones tuve la fortaleza de someter el ma-

(1) Informe del R. P. Mtro. Luciano N. 1.

„lo al bueno, y esta fue una de ellas, me gradué por
 „vanidad mas bien que por ninguna otra causa. A esta
 „síncera y humilde confesion que siempre era acompa-
 „ñada de lágrimas (1) añadía la de que en nada ha-
 „bia tenido que trabajar tanto como en domellar la
 „vanidad, y en desprenderse de un cierto aire de pe-
 „timetría á que su genio lo inclinaba.“ Se sabe que
 escribió muchos tomos de erudicion y literatura, mien-
 tras estuvo en el siglo, mas su humilde encogimiento los
 hizo desaparecer.

Trasladado por la mano de Dios al claustro Capu-
 chino, y dedicado á los estudios aprovechó, de mane-
 ra que como insinuamos en otra parte, podria con-
 tarse entre los primeros sabios de la nacion, si no se
 hubiera ocultado y escondido tanto. Siempre desconfia-
 ba de sus trabajos literarios, y solia con frecuencia so-
 meterlos al parecer ageno: escribió muchas y escelentes
 obras en prosa y verso latino y castellano. Con motivo de
 querer dedicar á la Trinidad Beatísima su coleccion de
 papeles y libros que se dieron á luz en la gloriosa épo-
 ca de nuestra revolucion contra el Tirano, compuso un
 tomo en folio en versos latinos, imitando los de Ovidio,
 sobre el misterio adorable de un Dios Trino en las per-
 sonas, esplicando sus operaciones *ad intra*, y las de *ad*
extra con todas las perfecciones y atributos de este
 Ser inmenso, que él pudo con su sabiduria y capaci-
 dad ilustrada, conocer y explicar. Obra preciosísima dig-
 na de la atencion de los sabios, y acreedora á la luz
 pública. Escribió otra obra tambien en versos latinos, so-
 bre la vida de Nuestra Señora, que es de mucho gus-
 to y sabiduria: otra de todos los sucesos acaecidos du-
 rante la guerra de los franceses: otra en nuestro idio-
 ma curiosísima en que explica los varios caracteres de to-
 dos los Santos que conoce y venera la Iglesia Santa, v. g.
 Santos que han sufrido el tormento del potro. San N... San

(1) Relacion del referido R. P. Mtro. N. 1.

N... Santos que han sido singulares en la limosna... y por este orden habla de todos cuantos pudo encontrar; escribió un índice trabajosísimo de la obra *Alegoriae Sacrae Scripturae* por Laureto; y quiso hacer esta obra útil á los Predicadores, evacuando las citas, y poniendo las alegorías por orden de materias, y llegó á escribir un número grande de tomos, los cuales se han perdido, y preguntado él mismo por aquellos escritos, respondió que se habian estrañado. Escribió una inmensa multitud de composiciones en versos muy apreciables sobre muchas materias, que serian del gusto del público, si se llegasen á imprimir. Las coplas que generalmente se le cantan á la Divina Pastora son suyas. Otras tambien impresas sobre el Misterio de la Inmaculada Concepcion; en estas se admira su ingenio, pues sobre este Misterio, que al parecer no es el mas fecundo en conceptos para los poetas, compuso mas de cien décimas. Es tambien admirable la composicion latina que se imprimió juntamente con el sermón de Honras del V. y M. R. P. Fr. Diego José de Cadiz, que predicó en Ronda el R. P. Fr. Luis Antonio de Sevilla: estos versos son brillantísimos y muchos; en ellos imitando á Ovidio, da una idea de toda la vida de aquel grande héroe. Son innumerables los opúsculos que escribió, y lo mucho que trabajó en toda clase de erudicion. Supo quanto se le puede exigir á un teólogo para constituirlo sabio, y colocarlo en el número de los mas profundos. Supo Humanidades como Geografía, Historia, Retórica, y demas que hermosean el entendimiento del hombre. Supo varias lenguas como ya dejamos notado. Sabia rebatir perfectísimamente los errores de los falsos ilustrados de nuestro siglo, y tenia sobrada destreza para desalojarlos de sus puestos, y hacerles confesar su ignorancia. Pocos habrá que conociesen mejor que él en sus dias la estension del dogma; y los argumentos de los Protestantes contra él. Catequizó varios á quienes redujo á abandonar sus errores, y abrazar la doctrina de la Iglesia, y su santa y sublime moral. No

habia para el V. Padre argumento nuevo que lo pudiese sorprender. En una palabra, era un Sacerdote instruido en toda la estension de los conocimientos que exige la Religion.

No cuento entre sus obras mas de veinte tomos escritos de sermones, en los cuales era tan fecundo, que jamas predicaba un mismo pensamiento ó division dos veces; ni varias pequeñas composiciones que andan impresas al fin de algunas novenas. En fin es menester concluir que el V. P. Salvador no solo era un hombre Justo y sin tacha, sino tambien un sabio.

CAPITULO 8.

Su delicadeza de conciencia.

„La conciencia del hombre que vive en justicia y santidad (dice el P. S. Agustin) es un Paraiso de delicias. (1)
 „Mas gustoso y deleitable, es alegrarse el hombre á causa de la rectitud de su conciencia entre las molestias y adversidades de la vida, que teniéndola mala regocijarse entre las delicias de la tierra, (2) porque ¿qué cosa mas dulce puede haber debajo del sol que la conciencia buena? Jesucristo se complace en la interior hermosura de la conciencia; alli ve lo que hay, alli ama, alli habla, alli castiga, y alli corona. (3) Esta conciencia de los Justos es el trono endonde Dios se sienta.“ Por eso es que todo hombre virtuoso en nada ha puesto mas empeño que en tener limpio este propiciatorio del Altísimo, y adornarlo con la práctica de todas las virtudes. Alli se registra el oro de la encendida caridad, la plata de su pura y recta intencion, las maderas preciosísimas traídas de Ofir, (4) para formar los apoyos de esta casa del Señor, (5) y las piedras riquísimas que la adornan. Nada manchado ó que tenga la menor apariencia de inmundicia admiten en este su santuario. Antes de recibir en lo interior de este templo de su Dios alguna cosa, la miran y

(1) S. Aug. l. 12. de Gen. c. 54. (2) Lib. de Catechizand. rud. c. 16. (3) in Psalm. 44. et 45. v. 6. (4) 3 Reg. 10. 11. (5) ibid.

vuelven á mirar, la examinan con todo esmero para ver si corresponde á la santidad del dueño á que está consagrado. Cuando en esto no han procedido á su parecer con todo el esmero que quisieran, padecen amarguras increíbles, y que el mundo no puede calcular, porque ignora las cosas que son del Espíritu de Dios. Esta delicadeza es la que mantiene las conciencias de los Justos en tal inocencia y candidez, que causa pasmos y admiracion al que los observa. La ruina de la virtud nace de no tener este cuidado esquisito para conservar la limpieza del alma. Cuando se miran con poca atencion los pequeños defectos que con frecuencia suelen cometerse, solo por la razon de que son pequeños y de poco momento, no tardará mucho en desplomarse, y venir al suelo todo el magnífico edificio de la Santidad, por suntuoso y sólido que parezca. “Una cosa maravillosa, decia el P. S. Juan Crisóstomo, (1) me atrevo á decir, que parecerá nueva, y nunca oida, y es que algunas veces es menester que pongamos mas cuidado y diligencia en evitar los pecados pequeños que los grandes, porque estos traen consigo un horror para que los aborrezcamos, y huyamos de ellos, pero los otros por el mismo caso de que son pequeños nos hacen flojos, y asi nos vienen á hacer grande daño.” Este lo compara S. Agustin á la hendidura que se le hace á la nave, que aunque sea muy pequeña, al fin se le entra tanta agua por ella, que á poco la hunde, y da á pique con todo el buque. (2)

Nunca incurrió en esta omision el V. P. Fr. Salvador. Era cosa digna de todo asombro ver á este ejemplar Sacerdote que viniendo á su claustro al concluirse el dia, despues de haber manejado tantos asuntos y tan graves negocios, hablado con las gentes, y oido sus muchos é impertinentes discursos se regresase con un alma tan pura como si solo hubiera tratado con Angeles. Se asombraba de cualquiera apariencia de pecado; y cuando le parecia

(1) Ap. Rodrig. Exerc. de perf. trat. 1. c. 10. (2) Ibi.

que habia cometido un defecto ya no admitia consuelo. Para él no habia parvedad de materia, ni en la Ley del Señor, ni en los preceptos de su seráfica Regla. Temblaba á la vista de cualquier transgresion; y bien puede asegurarse sin temor de exagerar que jamas cometió un pecado por leve que fuese con plena deliberacion y conocimiento: reparaba en cosas tan menudas, que á todos llamaba la atencion. No era capaz de resolver por sí mismo ninguna dificultad en que pudiese haber el riesgo mas imperceptible de ofender á Dios, y asi lo que hacia era consultar á cuantos le parecia eran de instruccion; teniéndola él tanta, y tan estensa como lo hemos visto en el capítulo anterior, y manejando por otra parte conciencias ajenas; jamas se fiaba de sí mismo, ni se gobernaba por su propio dictamen.

Esta timidez y cobardia le venia de la delicadeza de su conciencia: bastaba que una cosa fuese, ó pudiese ser algo defectuosa para que el V. P. ya no la admitiese: alguna otra vez que alguna persona resentida ó llena de amargura se desahogaba, ó hablaba con él; de tal modo media sus contestaciones, que no se le escapaba palabra menos suave, ó menos caritativa. Por lo comun lo que hacia era estarse como un mármol, sin contestar á cosa alguna: siempre temblaba de ofender al Señor; de aqui nacia sus repetidas idas y venidas á los Prelados para pedirles licencia hasta para pequeñeces las mas menudas; de aqui el escribir á los Provinciales pidiendo su bendicion y facultades para cosas muy triviales; de aqui el no hacer nada por indiferente que fuese sin levantar primero su corazon á Dios, y rectificar su intencion; de aqui aquel encogimiento con que estaba siempre, sin atreverse nunca á desplegar la brillantez de sus talentos, ni á usar de su genio naturalmente ameno y festivo: parecia en esto al Santo Tobias, que hasta del balido de un cabrito queria sacar consecuencias de temor, ó anuncios de haberse cometido alguna cul-

pa (1) Esta delicadeza la tuvo toda su vida, con esta vivió, y con esta concluyó sus días: y era preciso que así fuese para haberse manejado con las personas del siglo sin participar de su contagio. Dios nuestro Señor le puso este freno que bastante lo purificó para que no se deslizase ni en un ápice de la santidad á que el Señor lo había destinado desde sus primeros años.

CAPITULO 9.

Paciencia en sus enfermedades.

No hay una felicidad mas digna de envidia que la de poseerse á sí mismo. „Esta posesion, dice S. Grego-
 „rio, (2) no se puede alcanzar de manera alguna sin el
 „sufrimiento y la paciencia en los trabajos que el Señor
 „nos envia. Esta virtud es la raiz y guardia de todas las
 „virtudes, el que las tiene las tiene todas. Por la pacien-
 „cia poseemos como dueños y señores nuestras almas, esto
 „es, á nosotros mismos; y cuando aprendemos á domi-
 „narnos, en el mismo hecho ya comenzamos á poseer lo
 „que somos. Mejor es, dice Salomon, (3) el Varon que
 „padece y sufre, que el fuerte y valeroso; y el que do-
 „mina á su ánimo es mas apreciable que el conquistador
 „de ciudades. La razon es, dice el mismo Santo, (4) por-
 „que es menor victoria la que se consigue venciendo ciu-
 „dades; en este caso el vencedor triunfa de cosas que
 „están fuera de sí mismo, mas cuando el hombre se ven-
 „ce á sí con la paciencia, obtiene un mayor vencimiento,
 „porque él mismo se vence, se sujeta á sí mismo bajo el
 „yugo que se impone.“ El que tiene esta virtud nada es
 capaz de arredrarle, que rujan los abismos, que el infierno
 todo se ponga en movimiento para hacerle guerra, que
 los hombres traten de despedazarlo, perseguirlo, infamar-
 lo, y reducirlo á la nada, él armado con la paciencia
 todo lo resiste: si como á Job permite que sea tocado por
 el enemigo feroz, y lo cubra de una llaga viva á todo
 su cuerpo, él no perderá su resignacion, y exclamará en-

(1) Tob. c. 2. (2) S. Greg. Hom. 35, in Ev. (3) Prov. 16. (4) Lib. 5, Mor. c. 13.

entre los dolores y padecimientos: „si los bienes y la salud „los recibimos con gusto de la mano de Dios, ¿por qué „no hemos tambien de recibir estos males por amor del „mismo Señor.“ (1) Esta paciencia no la pueden obtener sino los que posean estas dos grandes y precisas virtudes el amor de Dios, y la humildad ó desprecio de sí mismo: por eso la alcanzaron los Santos Mártires S. Ignacio, S. Lorenzo y demas. Trajano, Emperador, que fue el que pronunció sentencia de muerte contra S. Ignacio, dijo: „No hay gente en el mundo que sufra tanto por su Dios „como los Cristianos.“ (2)

La paciencia tiene muchos grados, la de los perfectos, ó el grado mas sublime es alegrarse en las tribulaciones, y gloriarse en ellas cuando el Señor las ofrece, y desearlas cuando faltan. „¿Quién me dará, decia „el Santo Job (3) que se verifique mi peticion. Este „sea mi cosuelo, el que afligiéndome con dolores no me „perdone ni tenga compasion. Yo me alegro, decia el „Apostol S. Pablo, (4) en mis enfermedades: inmolarán „víctimas de Justicia, se dice en el Deuteronomio, (5) „los que se traguen la inundacion del mar como si fue- „se leche. Estos son, dice el Seráfico Dr. (6) los que quan- „do crece la amargura de alguna grande tribulacion, „la reciben con tanto gusto como si fuese la leche de „los mayores consuelos. Estos inmolan víctimas de Jus- „ticia, porque segun S. Gregorio (7) de mayor mérito „es sufrir con paciencia las cosas adversas que hacer y „trabajar mucho en obras santas y buenas. El que por „agradar á Dios castiga su cuerpo ¿por qué no ha de „sufrir con gusto cuando se le presenta una ocasion de „padecer?“

Este grado tan sublime de paciencia, y que tiene en sí mismo el causar, conservar, afirmar y consumir al hombre Justo en la carrera y estudio de las virtu-

(1) Job. 2. 10. (2) Ap. Alap. in Evang. Lucæ. c. 21. (3) Job. 6. (4) 2. ad Cor. 12.

(5) Deut. 33. (6) S. Bonav. de prof. Relig. c. 37. (7) Ap. S. Bonav. cit.

des. Esta paciencia que llega á apagar en el Justo por medio de la tribulacion y enfermedades que sufre, el mismo amor propio, fuente y origen de todas las imperfecciones y defectos. (1) Esta paciencia que á manera de señora rige, mitiga, apacigua y pone en órden todos los movimientos y fogosidades del ánimo, y causa en el espíritu una paz inalterable; esta paciencia digo tan recomendable la adquirió el V. P. Fr. Salvador de un modo singularísimo.

De resultas de tantos viages, tantos ayunos, tantas y tan sangrientas disciplinas y una maceracion tan severa; su naturaleza que no era de bronce, vino al fin á rendirse: desapareció su salud, aquella tan constante y tan fuerte salud con la que emprendia obras tan maravillosas fue destruida casi enteramente. Un flato fatal se apoderó de su debilitado cuerpo: le asaltaron unos vértigos que con frecuencia lo arrojaban al suelo y le hacian padecer y recibir golpes y heridas en su delicado y penitente cuerpo. La primera vez que le asaltó este funesto y penoso achaque fue estando sobre el málecon de Triana predicando: entonces cayó fuera de sí al suelo, lo recogieron y trataron de su alivio. Su Sra. madre que lo apreciaba como era justo, tuvo tal desazon (que como solia decirse por algunos) acaso tendria de ella su origen, ó su causa motiva la enfermedad que despues padeció dicha Sra. y le quitó la vida. Pocos dias antes de su accidente último, dijo el V. Padre que habia diez y ocho años que estaba padeciendo aquellos vértigos: le acometian en la celda, en el coro, cuando hablabla y conversaba con los demas, cuando iba por las calles, cuando transitaba por los caminos, y hasta quando se hallaba celebrando el incruento Sacrificio. Le asaltaba este accidente con tanta repeticion que á ocasiones lo sufría varias veces en la semana, y aun en un mismo dia. Era cosa digna de la mayor compasion ver

(1) Tírtini in Ep. D. Jac. c. 2.

á este Varon ejemplar que de pronto se le inmutaba el semblante, abria y cerraba los ojos con mucha aceleracion, y si no habia quien al momento acudiese á contenerle y echarle mano, caia á plomo sobre el suelo, y alli se estaba un cuarto de hora ó media hora hasta que volvía en sus sentidos. ¡O cuantas veces lo vieron asi en esta tan dolorosa postura en medio de los caminos públicos espuesto á que pasase algun animal y lo pisase ó atropellase! ¡Cuantas cayó al suelo en las calles de Sevilla! ¡Cuantas estando predicando! ¡En cuantas ocasiones se lastimó y llenó de cardenales y sangre la cara y el cuerpo todo! ¿Quien no se compadecia al verle caminar sin embargo de todo eso, y dándole unos ataques tan furiosos, cargados sus hombros con las pesadas alforjas que siempre llevaba encima, á pie, descalzo por medio de las aguas, lodos y demas intemperies, sin poderlo hacer que subiese en alguna bestia, ni tomase el menor alivio? Jamas admitió ningun descanso ni privilegio para aliviar sus vértigos; jamas quiso comer de la enfermería, ni abrigar su cuerpo, ni usar de calzado; ni dejar de hacer lo mismo que toda su vida habia practicado sin particularidad alguna.

Llevaba con tanto gusto y alegre paciencia los trabajos de sus flatos que alguna vez eran el objeto de sus graciosidades. „Mis flatos son escelentes (decia á un Religioso que los padecia tambien, mas de otra clase) mis flatos son mejores que los de Vuesa caridad. Ellos no me dan ruido ni me atacan al estómago; cuando vienen como que no los siento, ni sé cuando vienen, ni me causan pena ni sentimiento. Yo no ando con esos miedos que padecen los otros, que siempre les está pareciendo que se van á morir; los míos son mas prudentes y no me andan amedrentando.“

¡Cuantas veces lo veiamos entrar en el Convento con el rostro acardenalado, que daba lástima mirarlo, y el tan alegre y gustoso como si nada trajese sobre sí! Pa-

„dre Salvador, ¿qué es eso? ¿Adonde se ha caído que se ha causado tanto daño?“ El respondia con la mayor tranquilidad: „Esto no vale nada, esto se quita pronto.“ Cuando cayó la última vez en la Iglesia de S. Pablo, que lo trajeron al Convento para morir, le dijo un Religioso al verlo con una sien y un ojo enteramente negro del golpe, y la cabeza vendada con unos trapos: „¡Ay Padre, que golpe tan furioso se ha dado en esa sien! Eso,“ respondió el Padre, no es cosa, ni me molesta demasiado.“ Jamas se le oyó que se quejase de aquel tan terrible mal, ni andaba buscando remedios para evitarlo, ni se le daba cuidado de su padecimiento, ni pensaba siquiera en él; con tanto gusto lo habia recibido de la mano del Señor, y con tanto placer lo toleraba.

Siendo Procurador en la causa de N. V. P. Cadiz, en la cual trabajó con tanto esmero cual ya hemos visto; como aquel V. Padre para su beatificacion necesita de milagros, y se estaban recibiendo declaraciones en la actualidad de los prodigios que se decian, parece que estaba puesto en el orden que clamase á Dios para que por los méritos é intercesion de aquel gran siervo suyo se dignase concederle una salud que le era tan precisa para seguir en los negocios de su causa; pues jamas quiso valerse de este, ni de ningun intercesor para alcanzar esta gracia; ni nunca le pidió al Señor que le quitase los flatos, ni aun cuando se vió en la afliccion que diremos despues, y solo deseaba con todo su corazon complacer á Dios y agrádarle con el ejercicio de aquel mal: tenia apuntados todos los flatos que le daban, el dia y sitio en que le asaltaban, con ánimo de saber si iban en aumento, ó se disminuian. Trabajaba, escribia, predicaba, y hacia todo, como si nada de enfermedad padeciese. Su alma grande jamas se arredraba por cosa alguna de este mundo; y todo era poco para saciar su hambre insaciable de amar al dulce objeto de sus ternuras.

esta alma y gustoso como si nada trajese sobre sí. Pa-

CAPITULO IO.

*Celo del V. P. Fr. Salvador por la gloria de Dios
y salvacion de las almas.*

El celo de las almas, ó por mejor decir de la honra y gloria de Dios, es un fuego de amor, es un deseo tan encendido y abrasador de que todos amen á Dios, le honren y le sirvan, que el que lo tiene á todos quiere comunicar este incendio que le devora, y lo procura cuanto es de su parte. Si ve que ofenden á Dios, que lo injurian, y no puede remediar este gravísimo mal, gime, se lamenta, llora, y el celo que tiene por la gloria de su Dios lo carcome, lo deshace, y á la manera de un fuego voraz le quema y abrasa las entrañas. „Se encendió „en mi corazon, decia el Santo Jeremías, (1) á la manera „de un fuego abrasador, se encerró dentro de mis huesos, y desfallecí no pudiendo sufrirlo, porque yo oí las „contumelias, esto es, los pecados y escándalos de muchos, „y el espanto y horror que los desórdenes causaban al „rededor de mí. Me abraso de celo, exclamaba el Santo „Elías, (2) por la gloria del Señor Dios de los Ejércitos; „porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, „¡ó Señor! Mi celo, decia el Santo Rey David, (3) me „consume, me acaba y aniquila las carnes, porque veo „que mis eneinigos han olvidado tus palabras.“ Este celo nace del amor y de la caridad. El que verdaderamente ama, no puede mirar con fria indiferencia los desacatos y ofensas del amado: „El celo de tu casa me devora,“ decia David, (4) porque era á proporcion de su caridad á Dios; y esta era tanta que como el ciervo desea las aguas con ansia cuando se ve herido; así anelaba él por su Dios. Ningun sacrificio le es al Señor tan grato como este, segun dice S. Gregorio (5) porque es sacrificio de amor. Es tambien el celo muy excelente acto de amor de los mismos prógimos. El que los

(1) Jer. 8. 6. (2) 3. Reg. 19. 14. (3) Salm. 118. (4) Salm. 68.

(5) Hom. 12. sup. Mat.

ama llora sus culpas, se alegra de sus gracias, y nada omite por su eterno bien. „¿Quién enferma decía S. Pablo, (1) que yo no enferme también? ¿Quién se escandaliza que á mi no me cueste una pena abrasadora? Esto es, ¿quien cae en algun pecado, que no me llegue á mí al alma? ¿Quién recibe molestia alguna, que yo no me compadezca de él como si fuera propia?“

Este celo de la gloria del Señor se habia encendido tanto en las entrañas del V. P. Fr. Salvador de Sevilla, que se puede decir que fue el movíl de todos sus pasos; el alma de todas sus acciones, el norte de todos sus pensamientos, y el gran secreto que descubre perfectamente el motivo y la causa de su vida pública: el celo de la gloria de Dios y salvacion de las almas, fue el que le hizo abandonar su retiro, poner su vida en próximo riesgo de perderla, el que lo trajo siempre por esos caminos tan lleno de trabajos; el que le hizo atravesar esas calles, entrar en las casas, hablar y tratar con las gentes; y el que le quitó la salud y la vida. Este fuego no le dejaba sosegar; no podia vivir tranquilo, mientras que hubiese almas que salvar, pecadores que convertir, escándalos que evitar, afligidos que consolar, enfermos que favorecer, y angustiados á quien remediar. Las ofensas de Dios, los escándalos públicos, las impiedades que hacen cundir la desgraciada ilustracion de nuestros dias le llenaban su espíritu de amargura. Los trastornos políticos y religiosos que en nuestros tiempos ha sufrido la España, y que tanto dolor ha causado á la Iglesia eran su tormento, y su inesplicable angustia. ¿Qué no hizo por aplacar el enojo de Dios ofendido, y por traer las almas seducidas por el error y la malicia de los perversos consejos al camino de la luz y de la verdad. Aprovechaba con mucha destreza todas las ocasiones que se le presentaban (2) de exortar á los hombres á la virtud y á las buenas obras, y de retraerlos de cuanto pudie-

(1) 2 ad Cor. 11. 29. (2) Relac. del M. R. P. Mtro. Fr. Luciano Roman, N. 2.

se perjudicar á su salvacion. En puntos concernientes á la fé y á las buenas costumbres á ninguna clase de personas, disimulaba nada. A unos enseñaba y corregia, á otros amonestaba con humildad y caridad, y de otros se separaba con desagrado despues de avisarles con palabras enérgicas la obligacion que tenian como cristianos y católicos.

A los impíos, ó que hablaban descaradamente contra el dogma y disciplina de la Iglesia, los aborrecia con aquel odio Santo con que los Justos han abominado siempre á estos abortos de el abismo. Moyses, Elias, Finéés en el antiguo Testamento nos dejaron bastantes pruebas de su odio á estos seres detestables. S. Policarpo, en el nuevo, sin embargo de su humilde y afable trato, llama en su cara á Marcion primogénito del Diablo. S. Nicolas de Bari en el Concilio de Nicea da una bofetada al impío Arrio, porque habló en público contra la divinidad de Jesucristo. S. Basilio habla con energia asombrosa al Emperador Valente. S. Juan Crisóstomo no puede resistir que se oigan blasfemias sin conmovirse las entrañas (1) „Yo, Señor, decia á Dios aquel gran Dr. „S. Basilio, yo no cuido de mis cosas, mas me angustio „y sofoco, y mi alma padece graves tormentos por las „cosas que son tuyas. Los perros, decia S. Gerónimo (2) „ladrañ por defender á sus señores, y tu ¿no quieres ladrar por Jesucristo? Yo puedo morir, pero no puedo „callar.“ Jesucristo por sí mismo sin valerse de sus Angeles, castigó á los profanadores del Templo; á nosotros nos toca no permitir que en nuestra presencia sea insultada la Magestad de Dios. El V. P. Salvador poseia estos mismos sentimientos: vamos á referir un caso verdaderamente extraordinario y que supone cual y cuan grande era el celo por la gloria de Dios que ardia en su corazon

Cualquiera que haya tratado con alguna intermediacion

(1) Hom. 26. ad Pap. (2) Ap. Spanner. v. Zelus in fine.

á este Varon venerable podrá muy bien dar testimonio de la verdad que voy á decir. Su caracter era pacífico, humilde, inmutable en cualquiera compromiso en que se le quisiese poner. Para el P. Salvador todo era bueno, ni jamas se resentia por ninguna injuria; de modo que parecia que no tenia pasiones como las tienen todos los hijos de Adan. Cuantos lo conocieron pueden testificar lo cierto y constante de esta conducta tan observada, y tan generalmente advertida y admirada. Un hombre pues tan humilde y tan sufrido como el P. Salvador se atrevió á hacer una de las acciones mas arrojadas que se pueden hallar en las vidas de los Santos. El celo es rápido en sus progresos, y cuando aparece, es propio de su caracter nada temer y arrojarse á todo. Ya sabemos con quanto temor se vivia en los tiempos del sistema constitucional, y que cuando habia delante alguno exaltado en su favor, nadie se atrevia á chistar, temiendo los resultados funestos de que ellos dieron tantas pruebas. Aunque se denigrase la autoridad de los Papas, la soberanía de los Reyes, la santidad de nuestra disciplina Eclesiástica, y aunque se profiriesen palabras atrevidas, que llegaban casi á ser blasfemias, nadie se atrevia á contradecir; todos enmudecian, y ellos con tono cada vez mas insolente y descarado continuaban en sus locuras y ridículas necedades. ¡O que daños tan incalculables han hecho estas conversaciones en nuestros dias! Ignorante el que hablaba, sin saber mas que cuatro desatinos de los incrédulos; é ignorante el que escuchaba, sin estar bien cimentado en la Religion, resultaba de estas conversaciones que el error triunfaba, y la Fé cada vez iba perdiendo mas terreno en este suelo desgraciado.

FIN DEL QUINTO CUADERNO.

SEXTO CUADERNO

DE LA VIDA DEL

PADRE VERITA.

Sucedió pues (1) que entró el V. Padre en casa de un comerciante amigo suyo, en ocasion que estaba allí mismo un oficial de graduacion. Este militar habló, sin embargo de que se hallaba el Padre delante, proposiciones atrevidas y de ningun respeto para con la Silla Apostólica: el V. Padre al oír á un español y cristiano que hablaba de aquella manera, se le enciende el corazon de un santo celo, se le inmuta el semblante, siente en sí mismo un impulso que no puede contener, se levanta como un rayo, enarbola su garrote y descarga sobre aquel señor ilustrado un buen golpe. ¡ Cual se quedaria el dueño de la casa! ¡ Cual el militar mismo viendo una accion tan extraordinaria en aquel penitentísimo y humilde siervo de Dios! Despues de haber hecho esto, le dice el V. Padre al militar, „como Fr. Salvador de Se-
„villa le pido á V. perdon, y V. puede tomar la satis-
„faccion que guste; pero como hijo de la Iglesia defen-
„deré el honor de mi madre. Yo no puedo permitir que
„esta sea ultrajada.“ ¡ Que asombro! ¡ Lo que hace el fuego del amor de Dios en las almas! Parece como que las embriaga y saca fuera de sí. Este hecho tiene en su favor millares de otros aun mas fuertes, en Justos de una y otra alianza, y sobre todo el ejemplo de Jesucristo que jamas levantó su mano para herir á nadie hasta que se trató de la gloria de su Padre; entonces golpeó y echó del Templo á los que en él ofendian la Magestad del

(1) Relacion del P. Santoña.

Señor, mientras no llegó este caso nada fue capaz de alterar su dulce afabilidad. Después lo azotaron, lo abofetearon, lo burlaron, y no desplegó sus labios; mas cuando se trata del honor de su celestial Padre, entonces no es un Cordero que se deja desollar, es sí un León que hace estremecer con la veemencia de sus rugidos. El V. P. Salvador podía decir lo mismo que se dijo en aquella ocasión de Jesucristo. „El celo de la casa de Dios me ha devorado las entrañas.“ Y para que se advierta cuan de Dios, y cuan dictada por el espíritu del Señor fue esta acción no hay mas que poner los ojos en los efectos que produjo. Cualquiera otro que hubiese así acometido á un oficial de graduación, y mucho mas en aquellos tiempos, y por el motivo que era se hubiera espuesto á un quebranto tal, que pudiera muy bien haberle costado la vida; ¿Quién era el Sistemático que sufría, no digo un golpe ó garrotazo, pero ni la menor espresion de un Fraile, sin hacerle experimentar en el mismo momento su enojo con sable en mano, ó de otro modo? Pues todo lo contrario sucedió en esta ocasión. El militar se queda sorprendido: respeta la persona de este Fineés, ó de este Elías, y no abre sus labios contra él. Aun los constitucionales lo miraban con respeto.

Es muy digno de atención el que en las desgraciadas épocas pasadas, en que las plumas y las lenguas parece que no tenían otra cosa en que emplearse, sino en desacreditar el Altar y el Trono, y en infamar y calumniar á los Sagrados Ministros, especialmente Religiosos; nadie puso su lengua ni su pluma contra el V. P. Fr. Salvador, siendo así que á todos era notorio su modo de pensar contrario totalmente á cuanto decían, escribían y pretendían establecer. En medio de todo aquel desorden y desenfrenada licencia el V. P. Salvador predicaba, entraba, salía, andaba por la Ciudad á todas horas del día y de la noche, y no hubo una sola persona que sospechase nunca, ni hablase mal de él. Esto es

un milagro, y observado esto por un M. R. P. Maestro con quien dicho V. Padre consultaba sus cosas; ha sido una de las causas (dice el mismo) que le han detenido para no haberse determinado nunca á indicarle su absoluto recogimiento y pernoctacion en el Monasterio: *Spiritus ubi vult spirat*. ¡Cosa rara, los Religiosos eran el principal blanco de la maledicencia y de la calumnia! Los mas bien reputados y recogidos en sus Conventos, no se vieron libres de ser atrozmente infamados en las sociedades patrióticas y en los papeles públicos, y el V. P. Salvador visitando á toda clase de personas, y viviendo y pernoctando muchas veces fuera del Monasterio, no hubo quien hablase una sola palabra contra su conducta. Todas sus obras y ocupaciones en tales circunstancias eran diametralmente contrarias á aquel sistema, y aun á sus sostenedores y defensores; y á ninguno de estos se le ocurrió siquiera hacer la gestion mas leve para infamarlo: vuelvo á decir que esto es un prodigio.

El hacía quanto era de su parte para cortar los vuelos á la impiedad, y que esta no progresase. ¡Que de consejos no dió! ¡Que de libros malos no arrancó de las manos de los incautos! ¡Que de papeles no hizo desaparecer para que no circulasen! Desde el momento en que llegaba á conocer que alguna persona tenia algun libro que contuviese ideas poco corrientes y sanas en materias de dogma y disciplina, ó que declinasen á las nuevas doctrinas sobre gobiernos, si no tenia con las tales personas satisfaccion, les avisaba lo mal que hacian en leer tales libros; pero si tenia satisfaccion, con mucha mañosidad y muchas veces presenciándolo ellos se los quitaba y los desaparecia. Asi era que en quanto faltaba algun libro ó papel de esta clase, todos daban por supuesto que el V. P. Salvador lo habia quitado de enmedio para que no pareciese jamas. Las personas con quienes esto hacia lejos de ofenderse por ello lo celebraban, y ninguna se ofendia por eso. El les confesaba ingenuamente que en

virtud de lo mucho que los amaba, y de lo bien que llevaban cuanto practicaba, les habia de quitar cuanto pudiese perjudicar sus conciencias.

Llevado de este celo de salvar las almas iba á todas partes para ver lo que podia adelantar: les ganaba la voluntad con las cruces, reliquias, medallas, rosarios y demas donativos espirituales que les franqueaba. Reconciliaba á los que tenian algun odio, ó enemistad con sus prógimos, unia al esposo con su esposa, al padre con el hijo, y era la paz de las familias. Como todos lo veneraban como á un Santo y amigo de Dios, no habia para ellos mayor consuelo que ver entrar por sus puertas al V. Padre y ya sabian que sus entradas no eran para perder el tiempo, ni para limosnas, ni cosas temporales, sino para el bien de sus almas. Por eso lo amaban todos con tanto extremo que cuando iba por la calle continuamente lo paraban personas de todas clases, ricos, pobres, mugeres y niños. El iba siempre cargado con sus alforjas bien prevenidas de mil cositas espirituales, con especialidad de rosarios; y á todos con generosidad franqueaba del tesoro espiritual que consigo traia. Hizo venir de los lugares Santos de Jerusalem cajones de cruces, y reliquias de las que alli abundan, mandadas á él por aquellos santos religiosos con quienes tenia comunicacion, especialmente con los PP. del Convento de N. P. S. Francisco, de Nazaret. De Roma le venian cajones de huesos de santos con sus correspondientes auténticas. Todas estas preciosidades eran el dulce cebo con que atraia las almas para apoderarse de ellas y ganarlas para Dios. Como entrase en alguna casa para algun asunto de conciencia ó para alguna confesion, bautismo, ó cosa semejante, ya se sabia que habia de dejar á su ida alguna señal de su generosidad caritativa y piadosa. De esta manera no es decible cuanto lo amaban todos, y el fruto que producia en las almas.

Este celo por poco nos arrebató á este Elías fervoroso, y nos priva de su utilísima presencia. Queriendo convertir á la fé de Jesucristo al mundo todo, recurrió á la Sagrada Congregacion de Propaganda Fide, el año de 1803 para que se dignase nombrarlo Misionero Apostólico, y ofreciéndose á llevar el Evangelio adonde se le ordenase, con la licencia y permiso de sus Prelados, y la dicha Sagrada Congregacion le despachó el correspondiente título, y dió licencia para hacer Misiones en todas partes; su fecha en Roma en 17 de Diciembre de dicho año; mas despues en el de 1805 fue destinado por la misma Congregacion al Thibet para que allí pudiese predicar la Fé de Jesucristo por diez años. ¡Cuanto gusto y placer de su espíritu hubiera él emprendido este viage á tan dilatados Países para regarlos con sus sudores, y si necesario fuese con la sangre de sus venas! Como le sucedió á nuestro insigne Capuchino el glorioso Martir S. Fidel de Sigmaringa, que siendo Misionero de dicha Sagrada Congregacion, y destinado á países de hereges á hacer en ellos sus Evangélicas Misiones, dió su vida en defensa de la Religion Católica y tuvo la gloria de ser declarado Protomartir de aquella célebre Congregacion. Toda la Iglesia recuerda su martirio, mas el Señor no quiso privar á Sevilla del V. P. Salvador; sus deseos no se realizaron. (1) Aquí empezó, aquí medió y concluyó su carrera para consuelo y honor de esta Capital y de toda su Provincia.

¿Y que frutos tan copiosos no produjo este su apostólico celo en medio de nosotros? El es verdad no tenia gracia para predicar; sus sermones aunque llenos de erudicion y sabiduria, no tenian en sus labios aquella hermosura y elegancia que en los de un V. P. Carabantes, un R. V. P. Fr. Feliciano de Sevilla, y en nuestros dias un V. y R. P. Fr. Diego José de Cádiz, los cuales asombraban en los Púlpitos y arrebataban tras de sí multi-

(1) Nota. Un súbdito no es árbitro de sus operaciones, los Prelados dispusieron otra cosa.

tud de innumerables gentes, que no cabiendo en los Templos, tenian que hacer sus Misiones en las grandes plazas y en los despoblados. El V. P. Salvador no era de estos Misioneros célebres: él no tenia un decir ameno, ni tampoco fuerte ni aterrador; él no se espresaba de manera que pudiese llamar la atencion. Su modo de predicar era en proporcion de su caracter y genio, ó mejor diré de aquel exterior contentible que él quiso adoptar para ser despreciado. Predicaba con un modo desaliñado y sin gusto que no imponia sino á las gentes que conocian su virtud, ó á los sabios que se agradan de las buenas producciones, no calculándolas ó graduándolas por la corteza exterior, sino por lo que son en sí mismas. Estamos persuadidos, y lo estarán cuantos conocieron su mérito y virtud, que si el Señor le hubiese adornado con los dotes que hacen brillar la Oratoria Sagrada, hubiera sido el pasmo de su tiempo otro V. P. Cádiz, y hubiera tenido tanta aceptacion, concursos y aplausos como este hombre extraordinario. Sus talentos eran hermosos y fecundísimos; poseia por principios la Oratoria, tenia un gusto particular en la eleccion de los textos; muy inclinado á moralizar, lo verificaba con una destreza asombrosa. De cualquier espresion de la Sagrada Escritura Santa, sacaba pensamientos raros y nuevos. Dividia mucho, segun el gusto de S. Bernardino de Sena, y otros grandes hombres que se hicieron célebres en la Iglesia en los siglos XIV y XV. A esto juntaba un ingenio perspicaz, y naturalmente agudísimo, de modo que cualquiera sermon suyo predicado por otro hubiera pasmado y llamado la atencion: como efectivamente así se verificó siendo varios los oradores que á él acudieron para salir con lucimiento y fruto de las almas de sus apuros. Pocos hubieran igualado á nuestro V. P. Salvador en estos tiempos si hubiera tenido el don de predicar, mas el Señor no quiso comunicárselo todo, porque á raros les concedé este privilegio. Al que distingue su mano Omnipotente en una

gracia no lo distingue en otra. „A cada uno, dice el „Apostol (1) se le dá la manifestacion del Espíritu, esto es, del don de manifestar por los efectos y señales, „al Espíritu Santo, no para captarse las alabanzas de los „hombres, sino para promover la gloria de Dios y para utilidad ya propia, ya de la república, y ya de toda la Iglesia. (2) A unos se les dá la palabra de la sabiduría, esto es, la facultad de explicar los arcanos mas „dificiles á otros la fé ó la gracia de hacer milagros; á „otros el don de lenguas;“ y por este orden discurre el Apostol hasta concluir que „todas estas cosas las obra „un mismo Espíritu Santo, distribuyéndolas á cada uno „segun quiere y es su Santísima y Justísima voluntad.“ Segun esta doctrina no todos los Justos son escelentes en todo, ni estan destinados á todas las cosas, sino que asi como los miembros del cuerpo cada uno tiene su accion, su destino y su movimiento, asi tambien los predeterminados no tienen todos una misma operacion del Espíritu Santo.

Sin embargo de que el V. P. Fr. Salvador no tenia la gracia de predicar, jamas dejó de procurar la salud de las almas por este medio: trataba de que sus sermones fueran breves para no cansar á los que no gustasen de oirlo, decia con gracia que ya que lo hacia tan mal no queria incomodar doblemente á los que lo escuchaban. Solia decir por chiste que habia tres clases de sermones, unos que eran buenos buenos, otros buenos malos, y otros malos malos. Los buenos buenos eran los que estaban bien trabajados y no eran demasidamente difusos; los buenos malos eran los que siendo buenos y llenos de doctrina, eran demasiado largos y pesados, y los malos malos eran los que predicaban aquellos Predicadores que no habiéndoles dado el Señor gracia de predicar, eran, no obstaute eso, muy largos y pesados, y que él por no ser de estos últimos, ya

(1) ad Cor. 12. 7. (c) Thria, hic.

que era malo, no queria ser dilatado y molesto.

Sacó indecible fruto con su predicacion: las confesiones generales que hizo, y de que ya hemos hablado, y la multitud de pecadores que redujo, todo fue fruto de su predicacion. No solo predicó en las orillas de el Guadalquivir, sino tambien en otras muchas partes, ya en Sevilla y ya fuera. Hizo varias Cuaresmas, y siempre con ventajas estraordinarias: en estas ocasiones adquirió para la Iglesia á algunos Moros y varios Protestantes. Despues de la predicacion que hizo en un pequeño lugarito que está junto á Lepe, se le vió entrar en Sevilla á pie como acostumbraba; pero con un gran Moro al lado, que montado á Caballo venia detras del Padre por medio del Puente de Triana cual oveja que sigue á su Pastor, para ser catequizado y recibir el Santo Bautismo. Siempre anduvo á caza de almas, siempre buscando pecadores, siempre promoviendo la gloria del Señor. No se hartaba su corazon de este celestial manjar, siempre padecia hambre y sed de esta justicia.

¿Que mas? No arriesgarémos la verdad de esta historia en decir que el celo por la gloria del Señor y salvacion de las almas, no solo fue el que lo trajo siempre por las plazas, calles y caminos buscando ocasiones en que emplearlo para bien de sus prógimos, no solo le causó aquellos vértigos y males que sufrió, sino que el mismo celo abrevió sus dias, y contribuyó mucho á su muerte. Véase el fundamento de este nuestro modo de pensar. Vino en la Gaceta de uno de los meses próximos á su muerte, el atentado horrible y espantoso, cometido por una horda de Hotentotes, ó de furias salidas del Aberno, atentado que excitó contra sí los ánimos de los que lo leyeron, y fue el siguiente. Unos Misioneros (tal vez Seucitas) que trataban de reformar en Francia las costumbres y suscitar el espíritu de Religion que tanto ha sufrido en aquellos paises; concluidas las faenas de su Apostólico ministerio para perpetuar el fruto que

9
habian sacado en las almas, y radicar la piedad en los corazones: una de las cosas que hicieron fue colocar en ciertos sitios públicos unas cruces y la Imagen de nuestro dulcísimo Redentor Jesucristo. Se suscita despues una sedición de esas que son tan comunes en los que siguen los principios descabellados de los nuevos filósofos, y lo primero que hicieron los alborotadores fue (lo que hacen siempre) atropellar é insultar la Religion Santa que los admitió tan cariñosamente en su seno. Arrastraron por los suelos las cruces que habian erigidos los Misioneros; llevaron la Sacrosanta Imagen del Redentor por las tabernas, é hicieron otras tropelías y sacrilegios semejantes ó peores. Antes que el V. P. Salvador leyese esto en la Gaceta ó papeles públicos (pues los leia para imponerse del giro que llevaban las cosas públicas del Estado y de la Religion), se lo contaron al Padre y fue tal y tan grande su aflicción y su sentimiento que el religioso que se lo contó afirma que el hierro ó sello de la muerte se le habia impreso en su cara: vivió solo para la gloria y utilidad de las almas. ¿Qué mucho es que este celo le hiciese morir, penetrado de sentimiento al ver profanado su nombre Santísimo, y ultrajada la Magestad de la Religion? Ello es que desde este hecho se le observó peor y en mas mal estado su quebrantada salud.

CAPITULO II.

Su tierno amor á María Santísima, y quanto hizo por estender su culto y devocion.

Yo no extraño que los Santos todos hayan sido tierna y afectuosísimamente devotos de María Santísima. Porque ¿quien es el que no ama la hermosura encantadora, la gracia deliciosa, la dulce amabilidad, el poder y las riquezas reunidas en una Emperatriz toda cariñosa, toda afabilidad para cuantos se valen de su misericordia? ¿Quien es el miserable que no respira con la esperanza que le presenta aquel corazon tan generoso? María Santísima está adornada de cuantos atractivos pueden dul-

cemente arrastrar y llevar tras de sí nuestros afectos. En ella residen cuantos recursos pueden promover la felicidad verdadera; cuantos pueden cautivar la voluntad, y cuantos hechizos la pueden deliciosamente encadenar. Dios la llenó de tantas gracias y bendiciones espirituales, que el mismo Ser infinito la considera como su Cielo y el Paraiso de sus delicias *ad extra*. No hay preciosidad, no hay virtud, no hay excelencia de que es capaz una criatura que no abunde, brille y resalte maravillosamente en esta Virgen gloriosísima: todo lo que hay en los Cielos, todo cuanto se admira sobre la faz del orbe, y todo lo que los hombres pueden imaginar de grande, de sublime, de rico, de hermoso, ó es Dios, ó si no lo es se halla en María, y está precisamente sujeto á la soberanía de esta Señora. Ella es inferior al Ser Supremo, porque es criatura, mas es inmensamente superior á todo lo que no es Dios, porque es su madre.

„¿Como no he de llamar, esclama (1) el P. S. Bernardo,
 „á esta Princesa Celestial, las delicias y los recreos de Dios,
 „cuando veo que en ella se reunen tantas maravillas y
 „prerogativas? Allí está y resplandece en toda su gloria
 „el honor de la virginidad, esmaltada con el dote
 „de la fecundidad: allí se admira el trofeo de la humildad
 „mas profunda: allí el panal deliciosísimo de una
 „bondad tan cariñosa que rebosa y destila delicias de
 „amor: allí unas entrañas todas misericordia: allí la plenitud
 „de una gracia tan abundante que ya no cabe mas:
 „allí la prerogativa de una gloria tan singular que
 „nadie la tiene semejante: allí en fin una superioridad
 „sobre quanto alcanza el entendimiento Angélico y humano.
 „Ninguna criatura ha hallado tanta gracia en el mundo
 „y tanta gloria en los Cielos. ¿Quién ha hecho, ni puede
 „hacer tanto bien á los hijos de Adán como esta
 „Reina poderosísima? Su ternura á todos mira con agrado,
 „Ella recoge al seno de Dios á los pecadores mas aban-

(1) Ap. S. Bon. in Spec. B. V. Mar. c. 5.

„donados, como Rut las espigas que se le caian de las
 „manos á los segadores de Booz, porque recibe con ma-
 „ternal afecto, acaricia y no desampara al pecador des-
 „preciado de todo el mundo, hasta de los Sacerdotes y
 „Maestros del Evangelio, dice el Seráfico Doctor. (1) Ella
 „da vigor, robustece y afirma en la virtud á los buenos
 „que sin este auxilio desfallecerian y volverian atras. Aque-
 „lla muger diligente que complace á su varon, y da
 „vigor y espíritu á sus huesos, y de la que habla el Es-
 „píritu Santo en el Eclesiástico (2) es María Santísima
 „que ha complacido á Jesucristo nuestro Salvador é hijo
 „suyo, y ha dado energía y fuerza á los Justos y Santos
 „que son los huesos de su místico cuerpo, mediante las
 „gracias y comunicacion del Espíritu Santo. Ella en fin
 „es la que liberta de la eterna muerte á cuantos la aman,
 „por eso está figurada en Ester, de quien dice la Sagra-
 „da Escritura, que su Esposo el gran Monarca Asuero
 „la amó mas que á todas las mugeres, y que puso la
 „diadema del Reino sobre su cabeza; siguiéndose de aquí
 „dos ventajas, su exaltacion y la libertad del Pueblo. Asi
 „María Santísima; pero de una manera infinitamente
 „mas gloriosa.“ Dios la ha amado mas que á quanto han
 „formado sus Omnipotentes manos; Dios quiere mas á Ma-
 „ría Santísima sola que á todos los predestinados juntos,
 „porque por grandes que sean sus excelencias, méritos y
 „prerogativas, y por innumerables las riquezas que el
 „Altísimo ha puesto en ellos, no son comparables con los
 „dotes, prerogativas y tesoros que ha puesto en su misma
 „Madre. Esta y no todos los predestinados, ni toda la Igle-
 „sia Santa le ha dado el ser humano, y ha sido consti-
 „tuida Reina y Emperatriz de todo el Imperio de Dios,
 „de modo que cuantos vasallos tiene el Inmenso, los tiene
 „tambien María Santísima, y todo lo que está bajo el
 „Imperio de la Divinidad, lo está tambien bajo el de
 „esta Señora. Esta grandeza ha resultado en gran venta-

(1) S. Bon. ibi. (2) ibi.

ja de los hijos de Adán; porque ella nos ha sacado del gravísimo peligro en que estábamos, y nos ha libertado de la eterna muerte.

Por todas estas razones, no ha habido Justo ni amigo del Señor que no haya hecho extremos de amor en obsequio de María Santísima. Cuando la hablan parece como que salen fuera de sí. „¡Ay de mi! exclama el „P. S. Anselmo, (1) ¿Qué haré yo para manifestar mi „agradecimiento á María Santísima? Ella es la Madre „de mi Dios y mi Señor. Por su fecundidad viéndome „antes cautivo, ya se han roto mis cadenas; por su par- „te estoy ya libre de la muerte eterna; por su Hijo es- „tando perdido cual oveja que se extravía, ya he sido „encontrado y reducido del destierro de las miserias á „la patria de la eterna Bienaventuranza.“ ¡O quien pu- diera hacer que todos muriesen de amor por tal Madre, por tal Bienhechora y por este dulce enbeleso de los corazones humanos y Angélicos. Nuestra propia utilidad nos debería mover á esto: nuestra dicha y el amor que cada cual se tiene á sí mismo y á sus propias ventajas. Así lo han hecho todos los Justos, y lo harán cuantos esten escritos en el libro de la vida. Los desgraciados réprobos destinados por sus pecados á los eternos incendios, esos no la amaran, estos serán los únicos que no harán aprecio de su devocion, y los que se mofarán de su culto, los demas precisamente la han de querer y amar. ¡El corazon se les ha de ir tras de ella, como el norte de sus deseos, el apoyo de sus esperanzas y el título mas seguro para aspirar á la herencia eterna. Entre estos el V. P. F. Salvador ocupa un lugar distinguidísimo. Pocos han escedido á este varon Justo en sus esfuerzos por estender las glorias de esta Madre, y raros los que con tanta eficacia hayan promovido la devocion de su Santísimo Rosario.

Nacido en la Octava de su Asuncion á los Cielos,

(1) Ap. S. Ben. ibi.

protegido visiblemente en toda su vida por esta Reina de los corazones, no es decible cuanto la amaba, y con que esmero se consagró todo á su devocion, y á la propagacion de sus cultos. Cuando bajó de la alta montaña de su contemplacion y retiro, como Moyses del Sinaí, para ir en socorro de sus hermanos afligidos con el contagio, conoció claramente que las almas se hallaban en un estado de ruina y de perdicion. Oyó en su interior la voz de una inspiracion todo celestial que le decia como á Jeremías, „vé y clama en los oidos de esa „Jerusalen y dile que me he acordado de ella, cuando „me seguia en otros tiempos ¿que han visto en mí para „haberse retirado de mi amistad y entregado á la vanidad y á los desórdenes?“ (1) Obedeció á las órdenes del Cielo, se prestó á hacer cuanto pudiese en obsequio de sus hermanos estraviados; mas asi como Barac (2) no quiso mandar los ejércitos del Señor, ni presentarse al enemigo, si no iba con él la valiente Débora, para que lo ilustrase con su sabiduría, y lo alentase con sus ruegos y oraciones; asi el V. P. Fr. Salvador, no se resolvió á poner en práctica sus interiores movimientos sin el auxilio y proteccion de aquella gran guerrera que ha triunfado tantas veces del Infierno, y se ha hecho á sus infernales huellas mas terrible que un ejército bien ordenado lo es á los salteadores y asesinos. Vió el V. P. á toda España inundada de desórdenes, vió que la impiedad hacia estragos en las almas aun mas sencillas é inocentes, vió que el pudor habia desaparecido en el otro sexo, que todos corrian á pasos de gigante á los pasatiempos y vanidades, y ¿que hizo? predicó, exortó, procuró reducir á los infelices al camino de la verdad, y las espigas que se le escapaban de las manos las dejaba á María Santísima. Ella lo animaba á la empresa, y fiado en su proteccion no se acobardaba aunque viese la dureza y la insensibilidad mas execrable, persuadido á que María San-

(1) Jerem. c. 2. (2) Jud. 4. 8.

tísima todo lo puede. Veía que los Justos con tantos malos ejemplos como presenta la vanidad y el desorden, se entibiaban y comenzaban á desertar de los reales del Dios de Israel; y el V. Padre con la proteccion de esta Débora diligente, no desistia, los animaba, y con palabras llenas de prudencia los afianzaba en los buenos propósitos. ¡Cuántas casas preservó asi del contagio de las ideas libres de nuestros tiempos! ¡Cuántos incautos abrieron sus ojos para ver riesgos y precipicios, endonde los alucinados querian que hallasen la ilustracion y el buen gusto. Vió el V. Padre que hombres, mugeres, niños, todos, todos iban á despeñarse en la condenacion eterna que el lujo habia borrado de las mugeres toda exterior, insignia ó señal que las manifestase cristianas, que se iba al Templo de Dios sin tener sobre sí ni un Rosario con que invocar el poderosísimo valimiento de María Santísima. Vió el olvido tan general que habia de las verdades eternas, y que Dios enojado parecía que trataba ya de repudiar esta esposa adúltera, y hacerle sufrir el peso de su terrible enojo. Vió en fin que amenazaba á esta su amada patria y nacion, una catástrofe, una angustia qua haciendo olvidar las anteriores se habia de presentar á los ojos de las Religion como una proscripcion universal aun mas digna de llorarse que aquella á que fue condenada la nacion Hebrea en los estados de Asuero. La ruina estaba ya á las puertas; el golpe iba á descargarse sobre el cuerpo todo de la nacion, ¿que arbitrio para contener la cólera del Señor? Ninguno otro que acudir á la preciosa Ester, interesándola en favor de España, ya con oraciones y ya inclinándo á todos á que fuesen sus devotos. Asi lo hizo el V. Padre y aunque mientras existió este Justo delante de su Reina, mientras repartia Rosarios, y hacia que todos los tuviesen consigo, vino el azote terrible de la invasion francesa, y el todavia mas terrible y desolador de el trastorno de todo orden político y religioso, sinembargo sacudi-

mos gloriosamente el yugo extranjero, y la impiedad no logró sino un triunfo teatral y efímero; ¿y á quien debemos todo esto, á quien sino á María Santísima? A este fin la invocaba y hacia que todos la llamasen por medio de sus Rosarios.

No me acuerdo haber leído que Santo ni Justo alguno haya estendido tanto la devoción del Santísimo Rosario, despues de mi P. Sto. Domingo, que fue su autor y propagador, repartiéndolos y dándolos graciosamente á los fieles como el V. P. Fr. Salvador. He visto cuantos tenia repartidos hasta el año de 1822, porque todo lo tenia apuntado: hasta dicho año habia repartido doscientos mil Rosarios. Dijo á nuestro católico Monarca el Sr. D. Fernando VII (Q. D. G.), que habiendo estado con toda su Real familia honrando este pobre Convento en el año de de su salida de Cádiz 11 de Octubre de 1823, le preguntó ¿que número de Rosarios habia dado? respondió: Señor, como doscientos y doce mil Rosarios; mas despues hasta su muerte ¿quien podrá decir los que repartió? (1) El todos los tenia apuntados, mas no hemos podido ver mas que hasta dicho año. Las indulgencias que les concedia eran innumerables, ya por las facultades que tenia de Roma, ya por las que le habian concedido todos los Sres. Obispos y Arzobispos de España. Tenia tambien las facultades del Esmo. y Rmo. P. General, de N. P. Sto. Domingo para bendecirlos, y de consiguiente para que se pudiesen ganar las innumerables Indulgencias que tienen concedidas los que se hallan con las circunstancias referidas. Ademas de los que él daba, bendecia cuantos se les presentaban en los dias de su predicacion en el Malecon. De estos no es posible formar un cálculo, la noche que precedia á los Domingos y dias de fiesta, su celda era frecuentadísima

(1) Nota. El invierno anterior de morir preguntado por un Religioso ¿cuantos Rosarios habia repartido? respondió que doscientos y ochenta y ocho mil, y que en el año siguiente llegarían como á trescientos mil, y despues.... al decir despues se quedó suspenso como quien reflexiona, y cortó la conversacion quizas porque en su interior previa su cercana muerte.

de religiosos y donados, que le llevaban multitud de Rosarios para que al otro día los bendijese, y despues ellos los repartian. Por fin el V. Padre llenó de Rosarios á toda España, hasta su Magestad el Rey nuestro Señor le pidió Rosarios para su Real familia, segun he llegado a entender por dos veces, y se generalizaron de modo que consiguió introducirlos hasta en las señoras mas dadas al lujo y á la vanidad, y las del mas alto rango. Ya en su muerte, y muchísimos años antes no se usaban mas en todas partes que los Rosarios del P. Verita, que era como los llamaban: se llevaban tambien á los Reinos estrangeros. Muy poco antes de morir dió una porcion de ellos para Malta.

CAPITULO 12.

Su devocion al Santísimo Sacramento.

Dios infinitamente rico y poderoso en sí mismo para nada necesita del hombre: suyo es el Cielo con todos sus adornos: el Trono en que reside, y la carroza en que se sienta de nadie la ha tomado; millares de inteligencias soberanas están á sus órdenes, y al eco de su voz obedece temblando la naturaleza. Si mira desde el alto Trono de su Gloria al hombre, y para levantarlo toma su propia naturaleza, es solo por una efusion incompreensible de su inefable bondad. Naturaleza asi favorecida es empleada toda en remedio y socorro del hombre. Nos redime de la servidumbre del Diablo, no con el oro y la plata corruptibles, sino con su sangre preciosa, que por nuestro bien derrama con abundancia en la Cruz, y queriéndonos hacer de enemigos hijos queridos, de agenos, amigos íntimos y elevarnos á una union inefable consigo mismo, nos alimenta con su propio cuerpo, y gusta de que bebamos la sangre de sus venas. Lo que habia recibido por nosotros, dice S. Lorenzo Justiniano (1), todo nos lo dá para consuelo de nuestra peregrinacion, para señal del amor que nos tiene,

(1) De Euc. Ser. 30.

para testimonio de su misericordia, para prenda de la alianza que queria entablar con el hombre, para que sea la cadena que nos una con él, para misterio de fe, y para precio de nuestro rescate.

Quiere visitar la region de nuestro corazon, y darle asi á el hombre todo lo que el hombre le habia dado á él: hasta el Misterio de la Encarnacion Dios le habia dado cuanto tenia; Cielos, tierra, sol, luna, estrellas; con cuanto llenan los anchurosos senos de los mares, tierra y elementos; mas el hombre nada le habia dado á Dios. Llegó este caso, que tendrá en eterna admiracion á los Cielos; Dios quiso recibir la naturaleza humana: una Virgen preciosísima que la representaba á toda ella por lo elevado de su destino, condesciende con los deseos de Dios, y se la ofrece; el Eterno la acepta, y haciéndose como uno de nosotros, se carga con nuestras miserias, y se sujeta al tiempo; el impassible se hace pasible; el que de nada necesita se mira indigente: Dios no necesitaba de la carne humana para hacerse á sí mismomas feliz ó mas dichoso; porque siendo la felicidad misma por esencia de nada podia necesitar; mas lo necesitaba el hombre; y por eso la naturaleza toda que une asi con tan íntimo lazo, toda, toda la emplea en bien, gloria, y exaltacion del mismo hombre; sin que haya ni una gota de sangre en sus venas, ni una respiracion en sus labios, ni un cabello en su cabeza que no esté todo destinado á su obsequio; con su cuerpo lo redime, y con su carne y sangre lo alimenta. El hombre no ha enriquecido á Dios con lo que le ha dado; mas él mismo ha sido el exaltado, y el engrandecido. „Toma, „le dice Dios hombre, en la última noche que estuvo con „nosotros, toma, come, ese es mi cuerpo, que me has da- „do, yo te lo vuelvo para que sea tu manjar; mañana lo „verás destrozado, siendo tambien tu rescate: yo en el „seno de mi Padre no tenia cuerpo, una Virgen preciosí- „sima me lo dió; tómale allá; yo te lo devuelvo hipostáti- „camente unido con mi divinidad, por este lazo tu y yo

„estaremos íntimamente unidos, como está el alimento
 „con el que lo come; y tú serás yo por una participa-
 „cion asombrosa de mis perfecciones divinas. Asi es como
 „retribuyo y pago lo que he recibido del hombre, para
 „que conozca que en recibir no atendí yo mas que á su pro-
 „pio bien, y no á mi utilidad y ganancia: mañana esta carne
 „que os doy para que la comais, y esta sangre que os pre-
 „sento para que la bebais, toda será inmolada entre acer-
 „bísimos tormentos por vuestro amor. ¡O convite precio-
 „sísimo! ¡O generosidad inefable! Todo lo que hay aqui
 es divino: aqui hay tesoros inefables, dones copiosos, de-
 licias espirituales, maravillas incomprensibles, misterios
 sagrados: aqui se le dá al hombre cuanto Dios tiene; no
 dá mas porque no tiene mas; su humanidad, su divini-
 dad, sus méritos, sus gracias... De aqui han sacado los
 Justos aquellas grandes resoluciones que han pasmado á
 los siglos, los mártires aquella fortaleza con que alegres
 daban sus vidas por la fe: los Confesores aquel despre-
 cio del mundo, aquellas penitencias y austeridades que
 los transformaba en Angeles: de aqui las Virgenes han sa-
 cado aquel candor y pureza que las hacia parecer divi-
 nas; y de aqui los Santos todos sus heroísmos, y sublimes
 virtudes; de aqui en fin el V. P. Fr. Salvador de Sevilla
 sacó las riquezas de una virtud ejemplarísima.

Desde niño lo enseñó su virtuosa Madre á frecuentar
 los Santos Sacramentos. En el Templo lo tenia á su lado
 enseñándole la compostura y modestia en que despues
 hizo tantos progresos. Hemos visto que aun en sus dias
 alegres, y en el tiempo que el Venerable llamaba perdi-
 do, jamas se le advirtió uno de aquellos desórdenes que
 son tan comunes en los de su clase, siempre fue mode-
 rado y cristiano en todos sus modales: este bien le di-
 manó de haber frecuentado la sagrada Comunión, y asis-
 tido á la Sta. Misa, aun cuando iba embarcado para las
 Américas. De esta comida celestial le resultó la vocacion
 al claustro capuchino; pues en los ejercicios que hizo pa-

ra conocer la voluntad del Señor, la sagrada Comunión fue para él un pan no solo de vida por los aumentos de gracias que le confirió, sino tambien de entendimiento por las luces que derramó sobre su alma dispuesta ya con la penitencia para que conociese la vanidad del siglo, y las dulzuras de la vida Religiosa. Cuando ya Capuchino oraba ante el Santísimo Sacramento, y pasaba las largas noches en este ejercicio angélico, con tanta devoción que enternecia, y admiraba á cuantos fijaban en él su atención. Sus delicias y sus recreos era orar ante el Santísimo Sacramento. Tenia muy grande afecto á la celebracion de la Sta. Misa: cuando el Señor le ofreció el mal de los flatos, como estos tomaron tanto aumento, que llegó á darle el ataque de los vértigos hasta en la misma Misa, pensaron los Prelados privarlo del ejercicio de este santo Ministerio. A veces caia sobre el suelo revestido como estaba, y era muy espuesto acaeciese alguna irreverencia al Augusto Sacramento. Apenas llegó á sus oídos que iban á privarlo de decir Misa, cuando un pesar amarguísimo llegó á penetrar su corazón. „Me mue-
 „ro si me quitan la Santa Misa (decia consternado y lle-
 „no de afliccion.) Yo no tengo mas consuelo en el mun-
 „do que este; vaya V. Paternidad (decia á un P. Com-
 „pañero suyo), vaya por Dios y háblele al Prelado, y dí-
 „gale que haga de mi lo que quiera, pero que por amor
 „de Dios me dé el consuelo de celebrar.“ Fue tal su pena, que los Prelados por no contristarle mas le dejaron seguir como antes; pero con la cautela de que siempre se la ayudase un Religioso de la Comunidad; fueron pocos los ataques que al cabo del año sufría mientras la Misa; él los tiene todos apuntados, y el año que mas fueron seis ó siete; por lo comun le asaltó este mal en otras ocasiones. Esta fue la razon para condescender con sus súplicas, sin embargo de que alguna otra vez que le habia sucedido el accidente, habia sido con mucha publicidad. A oír misa le tenia particular amor: cuando en los años

de su encierro se le pusieron las rodillas malas, padeció esta enfermedad por muchos años, porque jamas dejaba de hincarse de rodillas delante de su Magestad. Le mandaron los Prelados que no se pusiera en esta postura mientras le duraban las llagas é inchazon, sino solo al alzar el Sacerdote la Sacrosanta Hostia; asi lo verificaba; pero cuando llegaba el caso de postrarse ó hacer la genufleccion para adorar al Santísimo Sacramento lo hacia con tal ímpetu y fervor que al golpe que daba con la rodilla lastimada, hacia temblar el Coro (1) consiguiendo asi dos cosas, una el mortificarse mas, y la otra el prestar este humilde homenaje á nuestro Redentor Sacramentado.

Cuando daba gracias, siempre era por largo tiempo: lo que entonces pasaba entre su corazon y el de su amado, se puede inferir por lo ejemplar y admirable de su vida. Ello es que podemos decir sin exageracion, que estando este Justo Lot en medio de Sodoma, no participó en lo mas mínimo de su relajacion, y que esto era precisamente por estar sostenido vigorosamente por este manjar llamado por los Santos comida de fuertes; asi como Elías pudo caminar con valor hasta la montaña de Dios alimentado con el pan del Cielo; y como Daniel fue socorrido poderosamente hallándose cercado de Leones; tales podemos llamar los incentivos que presenta el siglo: una de las cosas que practicaba despues del Santo Sacrificio era oír Misa, esto fue siempre, y estando cumpliendo con esta devocion fue cuando dió aquella tan grande caida que precedió á su muerte, y de que hablaremos cuando tratemos de ella. En una palabra, la Sagrada Eucaristía fue en todos tiempos para este varon ejemplar lo que el carbon encendido que el Serafin tomó del Altar para purificar los labios de! Santo Isaias, lo que el maná para los fieles Israelitas, y lo que hubiera sido el arbol de la vida, si los hombres hubieran comi-

(1) Esto lo refiere testigo de vista, como tambien otros muchos dicen todo lo referido.

do de él, mas con efectos mas prodigiosos que los que aquellos signos obraban, porque él tomaba y recibia la realidad misma, representada bajo aquellas figuras.

CAPITULO 13.

Respeto y veneracion que le tenian las gentes.

Es la virtud un iman tan poderoso que aquel que tiene la dicha de poseerla atrae sobre sí las atenciones de los Angeles y de los hombres con una fuerza oculta, y mas misteriosa que aquella con que la piedra referida arrastra hacia sí al hierro. Un amigo de Dios es mirado con respeto hasta por los mismos que no lo reconocen. Los Angeles bajan á complacerse en sus acciones virtuosas; y el mismo Dios se deleita en la inocencia y pureza de sus costumbres. Job sobre el muladar era á sus ojos un espectáculo mas digno de su atencion que Asuero sobre su magnífico Trono, que Salomon sobre su rica carroza, y que los Potentados todos de la tierra, entre el resplandor y aparato de sus opulentas riquezas. Porque ¿ que otra cosa es un poderoso Monarca engreido en su soberanía á los ojos del Inmenso, sino un Ser despreciable de quien aparta su vista? No asi el Justo por desdichada que aparezca su suerte; él es el descanso de su corazon, segun las espresiones del Apostol S. Pedro: habla el Santo con los cristianos primitivos y les dice (1) *Si sois insultados por Jesucristo dichosos vosotros.... porque su Espiritu descansa sobre vuestras almas.* El es un amigo, un confidente á quien descubre sus secretos, un hijo á quien acaricia, y un querido á quien franquea los inmensos tesoros de sus gracias. Estas lo hacen tan amable que cuantos lo tratan ó lo ven, lo miran con cierta especie de asombro y de veneracion. La virtud de la Divinidad oculta que se encerraba en el aspecto humilde de Jesucristo arrebatava tras de sí los corazones. Convertia á los pecadores solo con mirarlos, y los hacia correr tras de sí con decirles una sola palabra. Los hombres,

(1) 1. Pat. 4. 14.

las mugeres, los niños, dejaban sus casas y se olvidaban hasta del preciso alimento por irse detras de él. Millares le seguian en su predicacion embelesados de su dulzura. Este mismo atractivo aunque no tan poderoso lo ha comunicado siempre á todos sus escogidos y siervos cuando ha querido que brillen y sean la luz de los pueblos. (1) De S. Pedro sabemos que ansiaban hasta por su sombra, cuando no les era posible besar sus mismos vestidos. No hay cosa mas generalmente observada que este séquito de la virtud. Los Santos sufren mucho en estas ocasiones, y su humildad se vé harto mortificada con la devocion de los pueblos que llega á tocar en imprudencia, como lo vimos en el V. P. Fr. Diego José de Cádiz, que no sabia donde meterse para que las gentes lo dejaran. Este aplauso y este concepto de Santidad acompañaba tambien al V. P. Fr. Salvador. No le cercaban tantos como á N. P. Cádiz, porque no tenia tan preciosas y raras cualidades exteriores, como aquel insigne Misionero, ó porque estaba siempre, ó casi siempre endonde todos lo veian, asi como aquel no tenia tantos compromisos en Ronda, porque alli á todas horas lo podian ver si querian consolarse con su presencia.

Adonde quiera que iba el V. P. Salvador allá iban tambien los respetos y la veneracion de todo el mundo. Podia decir como el Santo Rey David: (2) *soy á la manera de un gran portento ó prodigio extraordinario á la vista de muchos*, como un fenómeno de la gracia del Señor, ó como uno de los singularísimos ejemplos de virtud que de cuando en cuando hace la diestra Omnipotente brillar entre las tinieblas del mundo; asi era mirado este varon Justo, aun por los mismos Religiosos. Estos acostumbrados á ver todos los dias en sus oscuros claustros hombres extraordinarios que escondiéndose alli descubren preciosos dones de la gracia, girando cada cual por dis-

(1) Nota. Todos han sido perseguidos y calumniados incluso Jesucristo y los Apóstoles, mas la luz que despiden sus hechos los hace confesar su virtud hasta á los impíos.

(2) Salm. 70. 7.

tinto orden á cual mas asombroso segun el impulso ó inspiracion del Espíritu Santo, no son fáciles á dejarse deslumbrar. Mas cuando observaron la vida pasmosa del V. P. Salvador, formaron tal opinion de su virtud, que era la admiracion aun de los mas proyectos, y lo proponian por modelo de observancia á los jóvenes que venian del siglo. Siempre fue tenido en opinion de Varon ejemplar: aun cuando tomó otro rumbo distinto de aquel que llevamos los demas Capuchinos, como se le veia tan santamente empleado, y advertian todos que no aflojaba en un ápice el rigor de su penitentísima vida, lo consideraban como un prodigio de la gracia, y no se oponian abiertamente á sus procedimientos. Los seglares lo miraban como un Angel bajado del Cielo para alivio y consuelo de los mortales. Su compostura se llevaba las atenciones aun de los mas distraidos. Cuando iba la Comunidad formada en procesion que nos presentábamos á la vista de todos los que nos quisiesen censurar y observar, no se oian mas que espresiones de elogio del V. P. Salvador: iban otros Religiosos edificando con su modestia y porte penitente, iba todo un Noviciado que no puede mirarse sin edificacion, y aunque toda la Comunidad era atendida de los que la observaban, mas el que se llevaba todas las atenciones de la gran poblacion de Sevilla era el V. Padre. Cuando se acercaba se decian las gentes unos á otros aquel que viene allí, aquel es el P. Verita; como si dicesen aquel es el Santo, aquel es el Varon de Dios, aquel el que nos edifica con su continuos ejemplos, y nos enamora con sus virtudes. Aquel rostro macilento, aquellos ojos inclinados sin afectacion hácia la tierra, aquel hábito tan pobre, viejo y remendado, aquellos pies descalzos, ó lo que es lo mismo con unas sandalias miserables, lo hacian un objeto de edificacion pública, como tantas veces hemos repetido.

Todos querian tener el consuelo de besarle la mano y recibir de él algun Rosario ó dádiva piadosa; los en-

ermos se consolaban de tenerlo á su cabecera. No habia quien no quisiera tener algunas relaciones con él como no estuviese corrompido con las ideas del nuevo filosofismo. De aqui resultaba que á porfia lo convidaban, especialmente los pobres para que echase el agua á sus hijos y los favoreciese en cuanto se les ocurría. Los que aborrecian el estado monacal, no solian estender su odio sobre la persona de este Justo, sin embargo que su vista sola era una tácita reprehension de sus vicios y desórdenes. Los Escmos. Sres. Arzobispos, los Ilmos. Sres. Asistentes, los personages de la primera atencion, ya en lo eclesiástico y ya en lo militar y político, lo miraban con la mas distinguida consideracion, venerándolo como un Religioso ejemplar y penitente. De aqui era que cuantas gracias y favores pidió todas se les concedian sin repugnancia alguna. No habia casa endonde viéndolo entrar, no se llenasen de satisfaccion y de gusto, considerándose honrados con tenerlo en su presencia. Ninguna jóven por distraida que fuese, dejaba de moderar su exterior segun las reglas de la modestia en el acto mismo de presentarse el V. Padre; todos estaban delante de él con el respeto que infunde la Santidad. Nadie se le atrevió, ni jamas sabemos que hubiese recibido el menor insulto de tantos ilusos y fanáticos como lo vieron; porque á los ojos de cuantos lo observaban era un hombre irrepreensible y un perfecto imitador de N. S. P. S. Francisco.

CAPITULO 14.

Su enfermedad y dichosa muerte.

No hay hombre por distraido que sea, que no quiera concluir sus dias con una muerte ejemplar: mientras se vive, mientras los tiempos son favorables, mientras la salud está robusta y lozana, son pocos los que estienden sus miradas al término que concluye las disipaciones del corazon. Como los objetos que se ven, los que se alcanzan con los sentidos sean alagüeños, sean lisonjeros y conformes á las pasiones, no se piensa mas que en gozarlos,

sin miedo ni sobresalto alguno: mas cuando llega al sol de la prosperidad terrena su funesto ocaso, cuando se acerca la noche tenebrosa de la muerte, cuando tinieblas que no se esperaban sorprenden al alma carnal; entonces ¿qué distintos se presentan á los sentidos, y al conocimiento interior aquellos objetos que antes tanto imponian? Entonces se ven sin preocupacion las riquezas, los honores, los placeres, y la salud en su verdadero punto de vista. Se ve que aquellos bienes tan ponderados no eran mas que unas ilusiones, unos encantos y hechizos falaces, que han seducido al corazon. Se ve aunque tarde que solo la virtud es la que puede promover la sólida felicidad. Se conoce que las flaquezas humanas no son tan fáciles de disculpar; el crimen se presenta con sus negros y espantosos caracteres: la fe tantas veces desatendida enciende una tea ó antorcha, con cuyos rayos harto luminosos se ilumina entonces la conciencia delincuente. ¡O que de cosas se ven que antes no se conocian! No hay omision ni culpa que no parezca horrorosamente fea. Todo lo que en este mundo se mira como alegre y deleitable; lo sublime y lo próspero se conoce que no es mas que una vanidad insensata; que con dificultad se posee, y que prontamente se pierde. „Entonces, dice S. Gregorio, (1) entonces, ó hombre, cuando estés en el lecho de tu dolor, entonces cuando te veas en una extrema necesidad, entonces cuando sudará la frente, se pondrá pálido el semblante, se quebrarán los ojos, enmudecerá la lengua, se pondrán yertas las manos, se enfriarán los pies, el pecho se levantará, se pasmará el alma, se horrorizará el espíritu, y el cuerpo será afligido: entonces en aquellos momentos huirá el mundo; y no se presentará mas delante de tí. Entonces huirá del ambicioso el honor, del soberbio la gloria, del avaro las riquezas, y del lascivo los placeres; y ¡ojala no huyan los Angeles, los Bienaventurados, la Madre de Misericordia María Santísima, y el

(1) Lib. 4. c. 2. in 1. Reg.

„Padre de todas las gracias Jesucristo nuestro Señor!“

El Justo es el que en esta hora se regocija. *Dulce es el sueño al que trabaja*, dice el Espíritu Santo, (1) *coma mucho ó poco*. Los que han pasado su vida en el servicio de Dios, han tenido mucho que sufrir; han sido como el trabajador que ha pasado por el frío, por la escarcha, y por las inclemencias de las estaciones. ¡Qué de contradicciones! ¡Qué tentaciones tan formidables! ¡Qué penitencias no han practicado para asegurar el descanso de una muerte feliz. Llega esta, y es á sus ojos lo que á los del labrador la serena noche, en la que reposa de sus sudores y afanes. ¡Con que gusto pierde de vista á un mundo con quien no ha tenido relaciones! ¡Con que indiferencia mira desaparecer este humo hediondo de las locas vanidades que continuamente lo cercaban! ¡Con que placer mira ya romperse la cadena que le estorbaba correr hácia su Dios! „No he vivido de modo, decia S. Ambrosio, que me dé vergüenza de vivir entre vosotros; no temo tampoco el morir, porque tenemos un buen Señor.“ Asi hablaba este gran Santo cuando estaba próximo á su muerte. „No tenemos porque temer en la muerte, decia (2), si en la vida no hemos cometido cosa que digna sea de temerse. ¡O vida segura donde la conciencia se conserva sin mancha! ¡O vida segura donde sin miedo se espera la muerte! Mejor diré se espera con dulzura y se recibe con devocion.“ (3) Asi concluye el P. S. Bernardo.

Asi se verificó en el V. P. Fr. Salvador de Sevilla. Toda su vida no fue mas que una larga preparacion para la muerte. Sus ansias y su esmero consistian en conservar limpia y pura su alma, para no tener cosa que le angustiase en aquellos terribles momentos. Llegaron estos, y el V. Padre los recibió con aquella serena alegría que inspira solamente la virtud, y que jamas ha podido comunicar á sus alumnos la estulta filosofia de los necios.

(1) Ecclesiast. 5. 11. (2) 1. de bono mortis. c. 8. (3) S. Bern. exh. ad mil. c. 8.

despreocupados de nuestro siglo. Ya hemos notado que por el espacio de diez y ocho años padecia frecuentes vértigos ó flatos. Hemos visto que esta enfermedad le acometia cuando menos lo pensaba, de modo que se caia, dando con todo su cuerpo en el suelo, y á veces se lastimaba y cubria de cardenales. Vimos tambien que el V. Padre no dejaba por esto de continuar en sus diarias ocupaciones, especialmente en los penosos asuntos de las informaciones del V. P. Cadiz; en cuyo negocio comenzado y sostenido por su infatigable celo, trabajó muchísimo. En este estado de cosas, y quebrantada su salud cada dia mas, llegó el mes de Setiembre de 1830. A principios de este mes se sintió indispuerto; mas como él tenia aquel espíritu, y valor superior á todos sus achaques, no hizo caso alguno. No se recogió en la cama, ni dejó de hacer sus acostumbradas tareas. El sabio Médico, que hay muchos años que con indecible caridad y constancia asiste á nuestros enfermos, le habia dicho que se recogiera, é hiciése cama, porque estaba malo; mas él lejos de cuidarse para no salir pronto de este valle de lágrimas, estamos persuadidos que deseaba ardientemente ver desatadas las ligaduras de su debil cuerpo para volar á su Redentor.

Cuando su salud iba asi caminando rápidamente á su término; cuando aquellos achaques se podia decir que eran los golpes del celestial Esposo, que llamaba á su alma para que saliese ya de la cárcel de su cuerpo. Cuando solo su ferviente espíritu era el que le hacia poder andar por las calles de Sevilla; sucedió aquella sorpresa de que ya hemos hablado, cuando oyendo los atentados sacrílegos cometidos en Francia contra las cruces é imágenes de Jesucristo, se quedó yerto, pálido y como fuera de sí de pena. Pasó esto, y en el dia de la Natividad de la Santísima Virgen aunque ya estaba tan indispuerto, sin embargo dijo la Santa Misa. Este era el dia que el Señor tenia notado en el libro de sus eternos consejos

para mandarle el anuncio de su próxima muerte: como habia venido al mundo para gloria de esta Soberana Emperatriz, quiso la divina Providencia que su nacimiento y su muerte se verificasen en las octavas principales de tan amable Señora: vió la luz material en el 16 de Agosto, en que la Iglesia se ocupa con la contemplacion de su entrada triunfante en los Cielos, y lo llamó para que naciese en la Bienaventuranza, cuando esta Señora nacia al mundo para consuelo de todos los hijos de el miserable Adan. En este dia tan señalado fué á decir Misa al célebre Convento de S. Pablo, endonde en sus primeros años habia recibido las primeras luces de la divina gracia; llevándolo su madre allí mismo con frecuencia cuando pequeño á confesar y comulgar; de aqui le nació aquel amor tan grande que profesaba á la Religion de nuestro Padre Sto. Domingo. Les tenia á estos Padres una pasion extraordinaria. Nunca hablaba de ellos sin entusiasmo, ponderando su ciencia y religiosidad. El Angélico Maestro era su privilegiado y querido entre todos los Doctores y Teólogos. Aqui pues celebró la Misa en el dicho dia de la Natividad de Maria Santísima, y concluida se puso en pie o de rodillas á oír otra, segun su invariable costumbre. Estando pues en pie derecho asistiendo al in-cruento sacrificio; en esta postura le acometió el vértigo ó flato, y cayó al suelo de tal manera que el golpe que dió resonó en toda aquella magnífica y espaciosa Iglesia. Acuden todos á socorrerlo, mas el V. P. estaba sin sentido, y totalmente fuera de sí; sobre la ceja derecha tenia una grande herida, y el ojo todo al rededor tan ennegrecido que daba compasion de mirarlo. Aquellos Padres caritativos y llenos de bondad lo llevan á la Sacristía; mas como la casa de la Sra. su Sobrina carnal y única, llamada Doña Teresa Caravallo, estaba mucho mas cerca que nuestro Convento (pues vive en una hermosa casa en calle Francos) lo llevaron allá. Esta Señora y su Esposo que lo amaban tiernamente hicieron venir con la

posible brevedad los mejores facultativos ya de medicina, ya de cirugía. Estos no miraron el caso con desprecio. Luego que volvió en sí, en lugar de quejarse lo que dijo fue: me alegró que me haya sucedido esto, quizás con este incidente hará crisis la enfermedad de los flatos. En efecto la hizo tan funesta que no le volvió á dar ninguno mas, porque el día 8 cayó, y el día 13 á medio día ya estaba con Dios: le asaltó en seguida de la caída una calentura bien alta. En vista de esta y su continuación hubo junta de médicos, y resolvieron que se le administrasen los Santos Sacramentos, no sea que resultase algun síntoma funesto. Nuestro Prelado acudió al momento que llegó al Convento la noticia del golpe, y fué á la casa; preguntó á los facultativos si se podría seguir algun grave perjuicio al enfermo de traerlo al Convento en una silla de manos con todo cuidado y precaución: estos contestaron que no. Entonces el Superior se llega al V. P. Salvador, y le dice lo que habian resuelto los médicos, y que asi seria muy conveniente se viniese al Convento para administrarle. El contestó con una dulzura y tranquilidad admirable: *Padre, yo estoy pronto, porque siempre he querido morir entre mis hermanos; pero yo no podré ir á pie porque no estoy capaz de eso.* Espression que denota cuan en su corazón tenia la observancia regular, y que le era muy sensible no regresarse á su Convento del modo penitente y mortificado con que siempre lo habia hecho: bien que jamas (como ya notamos en su lugar) faltó en un ápice á sus deberes, y llevó adelante hasta su último aliento aun las observancias mas pequeñas del Santo Noviciado. El Domingo 12 de Setiembre, día del Dulcísimo Nombre de Maria fué traído al Convento, y en aquella noche recibió el Santísimo Viático. El Lunes bien temprano vino el Dr. D. Antonio Santaella, y despues de haberlo visto, un Religioso le preguntó ¿qué le parecia? y contestó: esto es cosa larga, dando á entender que no habia por entonces un grave

y próximo peligro. Se equivocó ciertamente sin embargo de su gran sabiduría: en aquella misma mañana fue menester administrarle la Sta. Extrema Uncion. El que escribe estas cosas se la administró por su mano, y fue testigo de su devocion y ternura. Estaba el Venerable enfermo fuera de la cama, y sentado: entra el Sacerdote con la Uncion Sagrada; al rededor de la puerta estaban los Religiosos dispuestos á comenzar los Salmos penitenciales: se le dice al V. Padre si quiere recibir este Sacramento, y él suplica humildemente que se detengan un poco mientras se preparaba. El P. Fr. Gabriel de Montilla estaba á su lado; con él se habia confesado la tarde antes para recibir á su Magestad; dice quiere otra vez reconciliarse; mas que nada hallaba en su conciencia: el P. Montilla le dice que bastaba el que hiciese un acto de contricion: en efecto asi lo hace, se llama al interior, se queda unos momentos con los ojos cerrados, en seguida los abre, mira al Cielo, y hace un acto de contricion tan fervoroso, y con tales golpes de pecho que edificó á todos. Recibe sentado la Sta. Extrema Uncion con tal tranquilidad de espíritu, y tal llamamiento á las cosas de Dios, que no parecia estar tan grave; él no estaba ni recostado, ni caida la cabeza, ni con ninguno de aquellos aparatos exteriores que trae la próxima muerte. Cuando todo esto pasaba, ya se habia cubierto todo su cuerpo de una amarillez ó hictericia estraña y crecidísima; se le puso todo el cuerpo cual si estuviese cubierto de bayeta pajiza, ó pintado con azafran. Téngase presente que esta enfermedad misma, aunque no tan graduada, le atacó dos ó tres veces hallándose en América, y ahora al terminar sus dias vuelve otra vez á aparecer. Precisamente este humor le dominaba, causándole en su vida bastante quebranto, y motivos repetidos de sufrimiento. Se estravasó ó desencadenó en los últimos instantes, y apareció con todo su horror; quizás contribuiria no poco á la rapidez de su muerte.

Administrado el Santo Sacramento de la Extrema-
 Uncion, lo vuelven á la cama. El P. Montilla advierte
 que está un poco inquieto, y le entra un vivo deseo de
 saber lo que pasaba entonces en su interior. ¡O cuan-
 to hubiera sido de desear que los impíos, esos hombres
 desgraciados que se jactan de espíritus ilustrados, se hu-
 biesen hallado allí presentes! Allí verian prácticamente
 lo que es el Evangelio de Jesucristo, único resorte de
 la sólida felicidad; allí tocarian palpablemente que se
 puede morir con delicias, y que esto lo experimenta so-
 lamente el que ha vivido en conformidad con las máxi-
 mas de Jesucristo: „¡O amado mio! esclama la gran
 „Madre Sta. Teresa de Jesus, ¿hasta cuando estaré yo
 „esperando vuestra presencia?... ¡O vida larga! ¡O vi-
 „da penosa! ¡O vida que no se vive! ¡O muerte, muer-
 „te, no se quien te tema, pues en tí está la vida!
 „Mas ¿quién no te temerá, si habrá gastado parte de ella
 „en no amar á Dios?“ Estos son los sentimientos de las
 almas puras, que entonces se tocan cuando ya estan pa-
 ra salir de este teatro engañoso. Al impío no le valen
 sus desprecupaciones: tembló Voltaire, se estremeció
 Diderot, y tendrán que temblar precisamente y que hor-
 rorizarse bajo la mano de Dios todos sus enemigos. La
 tranquilidad en la muerte es el fruto ópimo y dulce
 de la buena conciencia.

Este lo gustó con placer el V. P. Fr. Salvador. El
 Padre Montilla le pregunta viéndolo algo inquieto ¿que
 tiene? ¿ó que le aflige? Cualquiera otro hubiera res-
 pondido que sus pecados y el estado de su conciencia,
 mas el V. Padre contesta *que quiere demarcar el amor de
 Dios y no puede*. He aqui en lo que pensaba; sus re-
 flexiones, sus ideas, no eran otras que de amor; el amor
 de Dios ocupaba entonces su alma, porque en toda la
 vida no habia cuidado de otra cosa que complacer y
 agradar á su Dios. Advierte tambien el mismo Padre que
 entre dientes profería algunas espresiones, se inclina, apli-

ca el oído y repara que estaba repitiendo con frecuencia aquella oración con que la Iglesia llena de gozo alaba al Señor con motivo de la Resurrección de Jesucristo, suplicando que habiéndose dignado de alegrar al mundo todo con este misterio, concediese por la intercesión de María Santísima su Madre, que todos alcanzásemos los gozos de la vida eterna. Las palabras que al V. Padre se le percibían eran estas *perpetuæ capiamus gaudia vitæ*. Alcancemos los gozos de la vida que jamás acaba. Por estas palabras se conoce que esta todo en Dios, todo dulcemente enagenado con la contemplación de los bienes eternos, que él esperaba ir á gozar por los ruegos de aquella Madre cariñosísima, á quien tanto había amado. En fin lleno de merecimientos después de una vida ejemplarísima, penitente y tan sostenida en la práctica de las virtudes que jamás se le advirtió el menor desorden, entre dulces y tiernos coloquios con su Redentor, y con la Emperatriz de los Serafines María Santísima, teniendo de edad 64 años y de hábito Capuchino 39 cumplidos, consumido de enfermedades y trabajos que le hizo sufrir su ardiente caridad; dejó de vivir y entregó su alma en las manos del Redentor el lunes 13 de Setiembre, sexto día de la Octava del Nacimiento de la Santísima Virgen, á las once y media de la mañana.

No es decible el sentimiento que se apoderó del corazón de todos los Religiosos. No había uno que no le amase con extremo: él era adornado de bellísimas cualidades para hacerse amar; era sumamente afable, muy político, amiguísimo de servir á todos. Cualquiera Religioso que lo ocupaba en alguna cosa, como él pudiese infaliblemente lo servía. Jamás se despegó su boca, ni aun por chanza para molestar á algún Religioso, ni jamás trató de las cosas del Convento, si esto está bien ó mal hecho. De consiguiente ¿cómo podía dejar de ser amado un Religioso como este? Murió con la mayor serenidad y dul-

ce paz. Es muy de notar esta circunstancia, atendido su caracter tímido. Dios quiso concederle este singular favor tanto mas digno de consideracion, quanto que en todas sus cosas manifestaba estar muy penetrado de lo terrible de los juicios de Dios. Cualquiera que lo hubiese tratado cerca, y hubiera considerado aquella delicadeza tan estremada de su conciencia, reparando aun en la mas imperceptible imperfeccion, creería que á la hora de la muerte se habia de hallar muy fatigado, y que qual otro S. Hilarion, el pasmo de los desiertos, tendria que animarse á sí mismo y exclamar: *alma mia ¿por qué temes? Tantos años ha que sirves á Jesucristo ¿y todavia estas temiendo?* Pero no se verificó asi; su muerte parecia un dulce sueño. No se le oyó quejarse, y al que le compadecia por su golpe y estado fatal, él mismo lo animaba. (1)

A las diez horas de haber fallecido lo sangró nuestro enfermero el hermano Fr. Mariano de Fuente Obejuna, sin que precediese la diligencia del agua caliente ni ninguna otra que facilitase la liquidacion de la sangre, y la arrojó sinembargo, pareciendo al principio una sangria natural, mas luego cesó, pero continuó saliendo en corta cantidad, tanto que á las diez y ocho horas una persona secular tomó un pañuelo y lo mojó en la sangre que habia caido en el féretro.

Como su enfermedad ó caída no se presentó desde luego con un aspecto maligno, y luego que lo trajeron al Convento la muerte fue tan precipitada, poquísimos la supieron en la Ciudad en el dia mismo en que acaeció. Al otro dia martes por la mañana se verificó el entierro. Los barrios contiguos al Convento llenaron la Iglesia de gente. El bullicio era extraordinario, arrojándose el pueblo á coger las flores de que estaba cubierto el cadaver, segun la costumbre de los Capuchinos.

(1) Toda esta narracion del entierro &c. es del P. Santofia.

Tres veces fue menester repetir la diligencia de llenar el féretro de flores y yerbas olorosas, y cuando salimos los Religiosos á la Iglesia concluido el oficio, ya no habia ni señal de tales flores. Fue preciso usar del auxilio de la tropa para evitar desórdenes; todos lo aclamaban como á Santo, y su ansia era por llegar á besar sus pies ó tocar su pobre sayal. Su aclamacion en aquella se parecia á la que refieren los hechos Apostólicos, (1) que sucedió á la presencia del cadaver de la caritativa muger Dorcas. Multitud de viudas que la rodeaban, lloraban y mostraban á S. Pablo las túnicas y vestidos que les habia hecho para cubrir su desnudez. A ese modo todo el concurso estaba conmovido viendo difunto al que tanto amaban: todos lo elogiaban y no habia quien no refriese algun hecho de su gran virtud y caridad. Varios Religiosos estaban ocupados en tomar los Rosarios y aplicarlos al Venerable cadaver. Cada uno queria poseer algo que le hubiese servido ó tocado. El Sr. Oidor Villanueva dió en esta ocasion un público testimonio de su acendrada piedad y religion, y una prueba nada quívoca del gran amor que profesaba al Venerable difunto. Este Sr. no se separó del féretro, y su presencia no sirvió poco para contener la efervescencia del pueblo. El mismo iba tocando todos los Rosarios que le daban, é hizo mas para imponer á las gentes que los cuatro soldados que cercaban al cadaver. Fue una providencia de Dios que no hubiese cundido por la Ciudad la noticia; si el entierro como fue por la mañana ha sido por la tarde, en que ya el fallecimiento estaba mas publicado en Sevilla, ni una compañía de granaderos contiene al pueblo. Como este Justo era tan conocido y tan venerado de todos chicos y grandes, á las tres de la tarde estaba el pórtico del Convento lleno de gente sin quererse retirar por mas que se les decia que estaba ya enterrado, y aquella tarde y los dias siguientes, parecia

(1) Cap. 9. v. 37.

cosa de Jubileo la multitud de criaturas que se agolpaban al Convento para venerar el cadaver del V. P. Salvador. En fin este varon Justo descansa en el Panteon de la huerta, colocado en uno de los muchos nichos que tiene para los Religiosos, con su lápida ó azulejo encima, endonde está escrito su nombre respetable.

Alabemos la bondad del Señor que ha querido favorecernos, poniendo á nuestra vista los ejemplos y vida de este venerable Sacerdote. Debemos creer piadosamente que en él tenemos todos un poderoso intercesor, y un estímulo que despierte nuestra flojedad y pereza. Ya ha pasado á una vida tranquila y libre de aquellas zozobras que agitan á los miserables mortales. Ya arribó adonde no tiene que temer naufragio, ni dolor, ni alteracion alguna de su alma pura. Ha dejado esta Cindad populosa en que lo vimos y tratamos, y acaba de ser numerado por ciudadano de otra, mucho mas escelente. El es ciudadano de Dios, su doméstico y familiar mejor que cuando vivia entre nosotros. (1) Sus méritos ya estan en seguridad, semejante á una nave cargada de preciosas mercaderías, ha sido colocado en el suspirado puerto. El sostuvo el escudo del temor de Dios contra todos sus enemigos, infatigablemente hasta llegar á conseguir la victoria: porque ¿que otra cosa fue su vida sino una lucha continua contra el astuto y vigilante enemigo de nuestra salvacion? Mientras vivió ¿á cuantos ciegos que se habian estraviado del camino de la verdad, y que ya iban á precipitarse en lo profundo de una inevitable desgracia, les restituyó la vista de su alma con que pudieron ver al Redentor y sus deberes de Cristianos? ¿A cuantos desdichados sordos que lo estaban por su infidelidad y obstinacion, les infundió un oido precioso para que pudiesen corresponder por la obediencia á la voz paternal de un Dios que los llamaba á la misericordia? ¿A cuantos que tenian una alma llena de las

(1) S. Cris. in Orat. de Sto. Phil. tom. 3.

llagas y podredumbre de sus vicios los curó de su enfermedad con el manejo de sus palabras angélicas, y con sus fevorosas oraciones? ¿A cuantos por su abandono en la culpa, llenos de esta miserable lepra expiándolos con sus exortaciones, los limpió y purificó mediante la gracia del Señor que por él obraba? Cuantas almas que animando los cuerpos, estaban sin embargo de eso ya difuntas y oprimidas, y sepultadas bajo la pesada losa de sus delitos resucitó para Dios, llamándolas á la enmienda de sus costumbres como á una nueva vida? No sabemos que él hubiese hecho prodigios y milagros; pero ¿quien negará los que acabamos de referir muchos mas recomendables que aquellos, que solo se dirigen á la conservacion ó restitucion de bienes caducos y perecederos. Debemos tambien persuadirnos piadosamente que ha conseguido la vida eterna, porque ¿qué Capuchino ha habido en estos últimos dias mas observante que él de todos los rígidos preceptos que impone la Regla Seráfica? El la profesó y la guardó aun nimiamente si asi se puede decir. Cuando salió de sus labios la profesion Religiosa se le dijo solamente. *Y yo de parte de Dios, si estas cosas guardares te prometo la vida eterna,* las guardó exactísimamente. Estemos pues persuadidos que Dios lo ha generosamente premiado en la gloria eterna. Quiera el Señor que nosotros tambien lo seamos por la imitacion de sus ejemplos, y al que hemos tenido en la tierra por modelo y consuelo en nuestros males; lo tengamos por compañero en los Cielos de los bienes eternos.

Esta piadosa creencia se fortifica mas si damos asenso á los raros efectos que se han seguido al tránsito del V. Padre. Se refieren muchos prodigios, no somos tan crédulos que nos detengamos á referirlos todos; solo diremos aquellos que han tenido mas notoriedad, y que cualquiera puede por sí mismo averiguar hasta el grado de certeza que guste, mas nunca dándoles mas crédito que

el que se dá á las cosas humanas, sujetas al engaño y á la equivocacion.

Una Señora sobrina del respetable sabio D. Agustín Moreno, Canónigo que fue de esta Sta. Iglesia, y Presidente muchos años de el Sínodo, ó Mesas, padecía unas convulsiones terribles, que no se le podia mirar sin lastimar el corazon. Se hizo cuanto no es decible por su alivio, mas todo inutil; y por medio de un pedacito del hábito del V. P. Salvador,, desmenuzado con una tijera, y echado en una poca de agua quedó sana y buena. Muchos atribuian esta curacion á la casualidad, y no á la virtud y santidad del V. Padre Salvador. Mas ella llena de fe le pidió á Dios que le volviesen las convulsiones, y que luego se las quitase por los méritos del P. Verita, de modo que nadie pudiese dudar del prodigio, para que de ese modo se desengañasen los incrédulos: en efecto, hecha la súplica le repiten las convulsiones de un modo espantoso; inmediatamente le traen una poca de agua, y en ella echan unas hilachas de el hábito, la bebe, y al tomarla sintió como un consuelo que entraba en su interior: acabar de tomarla, y repentinamente cesar la convulsion todo fué uno, con asombro de toda la familia, que hallándose allí presente, comenzaron á prorumpir en exclamaciones de admiracion. Todo esto lo ha referido la misma Señora.

El Hermano Fr. Manuel de Casabermeja, limosnero de huevos en el mismo Convento de Sevilla, refiere el siguiente pasage. Un hombre algo libre en sus ideas, (que por eso no se nombra, ni se dice el barrio donde vive) estaba con unas calenturas que lo llevaban á las puertas de la muerte. El facultativo que lo asistia dijo claramente que el caso era perdido: sin embargo recetó una bebida. La muger le dió la primera toma, y él luego que la recibió exclamó como furioso: me has matado, ¿que diablos me has dado? Se revolcaba, y se queria echar de la cama. Aqui el prodigio. Ya dijimos arriba

que un hombre habia refregado un pañuelo en la sangre que caia del cadaver cuando estuvo en el féretro. Este piadoso hombre, viendo á la muger afligida se lo dió para que con fe se lo atase á la cabeza de su marido. Ella enmedio del furor que le causaba el mal, se lo ató efectivamente á la cabeza, y al instanté el enfermo dejó caer esta sobre la almohada, y se quedó tan sosegado que su muger pensó que habia espirado: ella para cerciorarse mas lo llama, y él la responde, se incorpora y dice: ¿qué quieres? Hombre que pensé que te habías muerto: pues si estoy bueno, respondió él, tráeme chocolate. Entonces ella le dijo lo que habia pasado, y que aquel pañuelo era del P. *Verita*. Admirado el hombre exclamó: Ahora creo que el P. *Verita* es un Santo, y que hay Justós en la tierra.

Esta relacion se la refirió en los términos que dicha va, el mismo paciente al dicho Fr. Manuel de Casabermeja; y desde entonces le da limosna todos los dias que va por allí. Casos como este se podian referir muchos; tal es el de un ahijado del V. Padre que estaba ya casi moribundo, y para auxiliarlo; le pusieron tambien el mismo pañuelo, y le entró un sudor tan copioso, que hoy dia está bueno y sano. Aun estaba el V. Padre todavia en el féretro, y una devota muger que con mil trabajos habia podido venir desde S. Marcos por causa de sus males á ver el cadaver, pudo coger unas flores, se las metió en el seno, llamó al V. P. Salvador con mucha fe, y salió de la Iglesia buena y sana. Llegó á su casa, contó todo lo sucedido, y á una criada que tenia enferma la exortó á que con fe se aplicase tambien aquellas flores; lo hizo y se puso buena: la misma Señora refirió ambos hechos al R. P. *Santoña*.

Está ya retratado, y se puede decir que esta imagen suya, que lo representa muy al vivo en la aptitud en que se presentaba por las calles, y en la de dar rosarios, es un nuevo prodigio: el habil pintor que lo hizo no tra-

taba al Padre, ni lo conocia con proximidad; solo se acordaba de haberlo visto, y con solo esta idea ha salido tan perfecto que no parece sino que lo tenia á la vista; siendo asi que ya habia mucho tiempo que estaba sepultado cuando se retrató. Está colocada esta hermosa pintura sobre la misma portería, antes de llegar á la Iglesia.

La Comunidad toda lo considera gozando de Dios, y por esta razon lo mismo fue darse licencia para el despolio que se acostumbra de sus pobres alhajillas, que acudir todos con la ansia con que el soldado victorioso se entrega al saqueo. ¡Quien se veia salir de su celda llevando en las manos unas suelas ó sandalias viejas; otro el pobre pañuelo; aquel una estampa; el otro el tintero, y asi lo demas; y todos tan llenos de gozo con la parte que les habia tocado, como si tuviesen en ello las riquezas de Creso. Por el dormitorio no se podia atravesar por lo apiñados que estaban alli los Religiosos todos; esto prueba mas que la opinion de los de afuera la santidad de este V. Religioso. Nosotros no es facil padecemos equivoçacion; vemos mas de cerca que los seculares los objetos que ellos admiran; estamos impuestos en que consiste la perfeccion, y no nos deslumbramos con facilidad: teniendo pues los Religiosos sus hermanos á este Varon ejemplar en opinion de Santo; es menester persuadirse que lo fue verdaderamente. El Señor haga por su misericordia que tengamos el consuelo de gozar de su intercesion, ser incitados de sus ejemplos, y por último acompañarlo en la Bienaventuranza. = Amen.

O. S. C. S. R. Ecclesiae.

INDICE

de los Capítulos que contiene esta obra.

CUADERNO 1º

	Pág.
<i>Dedicatoria á Maria Santisima Pastora de las almas.</i>	1
<i>Prólogo.</i>	3
<i>Protesta del Autor.</i>	5
<i>Introduccion general.</i>	6

PRIMERA PARTE.

Introduccion á esta parte.

CAP. 1. <i>Padres y Patria del V. P. Fr. Salvador Joaquin de Sevilla.</i>	21
CAP. 2. <i>Nacimiento y educacion del V. P. Fr. Sal- vador Joaquin de Sevilla.</i>	28
CAP. 3. <i>Sus Estudios.</i>	32
CAP. 4. <i>Pasa á los estudios de filosofia, y recibe en la Real Universidad el grado de Licenciado en esta facultad.</i>	34
CAP. 5. <i>Amabilidad y caracter alegre y despejado que se advertia en él en los dias de su juventud.</i>	37
CAP. 6. <i>Se dedica al comercio, y para habilitarse trata de hacer un viage á las Américas.</i>	40
CAP. 7. <i>Viage á Vera Cruz y Mégico; conducta de D. Joaquin Caravallo en él; y particularidades que le ocurrieron hasta su vuelta á la Peninsula.</i>	44

CUADERNO 2º

CAP. 8. <i>Prosiguen sus ocupaciones provechosas en la América: observaciones que hizo en ella; se re- gresa á España por orden de su Madre.</i>	3
CAP. 9. <i>Llega á su casa, y á poco tiempo despues</i>	

<i>recibe la borla de Maestro en Artes en la Real Universidad de Sevilla.</i>	7
CAP. 10. <i>Jura de nuestro Católico Monarca el Sr. D. Carlos IV: fiestas y regocijos públicos de Sevilla. El alma de D. Joaquin se electriza, se adorna, y hace un papel brillante en esta ocasion.</i>	10
CAP. 11. <i>Ocurrencia desgraciada que le hizo á D. Joaquin abrir los ojos, y conocer la vanidad de los placeres mundanos: mutacion extraordinaria.</i>	14
CAP. 12. <i>Hace unos ejercicios espirituales, y resuelve dejar el mundo y abrazar el áspero instituto de los Capuchinos.</i>	18

SEGUNDA PARTE.

<i>Su vida oculta en la Religion.</i>	25
CAP. 1. <i>Entra en el Noviciado de Capuchinos antes de tomar el santo hábito en clase de catecúmeno.</i>	29
CAP. 2. <i>Toma el santo hábito de Capuchino.</i>	34
CAP. 3. <i>Su Noviciado.</i>	40
CAP. 4. <i>Profesa, y jamas deja mientras vive las prácticas santas del Noviciado.</i>	44

CUADERNO 3º

CAP. 5. <i>Su coristado.</i>	3
CAP. 6. <i>Lo ponen á estudiar en Jerez; cosas extraordinarias de su penitente vida en el tiempo de estudios.</i>	8
CAP. 7. <i>Santidad y virtudes ejemplarísimas que se descubrieron en el V. P. Salvador, durante su mansion en la carrera de los estudios en Jerez y Cádiz.</i>	14
CAP. 8. <i>Siguen sus virtudes practicadas en el tiempo de Colegial teólogo.</i>	18
CAP. 9. <i>Recibe los Sagrados Ordenes: sucesos que le acaecieron en el viage.</i>	21

- CAP. 10. *Se ordena de Sacerdote, celebra su primera Misa en Sevilla, y se regresa á Cádiz donde continua y concluye sus estudios.* 25
- CAP. 11. *Concluidos sus estudios es destinado el V. P. Salvador al Convento de Sevilla.* 32
- CAP. 12. *Plan de vida penitente y retirada que observó en su nueva conventualidad.* 36
- CAP. 13. *Sigue su vida abstracta y penitente.* 41
- CAP. 14. *Su Oracion.* 45

CUADERNO 4º

- CAP. 15. *Se le da por la obediencia el cargo de Confesor: comienza á ejercer el de Predicador que se le habia conferido, y lo hacen Predicador de Plaza.* 5
- CAP. 16. *Llena el V. P. sus deberes en las comisiones que le habia confiado la obediencia: ejemplo que daba á sus hermanos los Religiosos, y algunos rasgos de su pasmosa humildad.* 13
- CAP. 17. *Sigue su humildad ejemplarísima.* 18
- CAP. 18. *Lo liberta el Señor de un evidente riesgo de perecer.* 25

TERCERA PARTE.

- Su vida pública.* 30
- CAP. 1. *Epidemia de Sevilla en el año de 1800: sale el V. P. Fr. Salvador con este motivo de su retiro, y se entrega á obras de fervorosa caridad.* 40

CUADERNO 5º

- CAP. 2. *Despues de la epidemia se dedica el V. P. Salvador á los ejercicios de una vida pública en favor de las almas.* 3
- CAP. 3. *Sus bautismos y multitud de criaturas á quienes administró este Santo Sacramento.* 8

CAP. 4. *Se dedica el V. P. á oír confesiones y otros ejercicios propios de su fervorosa caridad.* . . . 16

CAP. 5. *Sus viages.* 20

CAP. 6. *Adquiere la perfeccion religiosa en medio de sus ocupaciones, observando exactísimamente su regla seráfica, y los votos propios de su estado.* 25

CAP. 7. *Su instruccion.* 32

CAP. 8. *Su delicadeza de conciencia.* 37

CAP. 9. *Paciencia en sus enfermedades.* . . . 40

CAP. 10. *Zelo del V. P. Fr. Salvador por la gloria de Dios y salvacion de las almas.* 45

CUADERNO 6º

CAP. 11. *Su tierno amor á Maria Santísima, y quanto hizo por estender su culto y devocion.* . . . 9

CAP. 12. *Su devocion al Santísimo Sacramento.* . . 16

CAP. 13. *Respeto y veneracion que le tenian las gentes.* 21

CAP. 14. *Su enfermedad y dichosa muerte.* . . . 24

Cap. 4. Se dedica el V. P. á oraciones y otras
 ejercicios propios de su fervorosa caridad. 16

Cap. 5. Sus oraciones. 20

Cap. 6. Adhuc se perfecciona la perfeccion religiosa en medio
 de sus ocupaciones, observando extraordinariamente
 su regla sencilla y los votos propios de su estado. 25

Cap. 7. Su instruccion. 32

Cap. 8. Su debilidad de conciencia. 37

Cap. 9. Paciencia en sus enfermedades. 40

Cap. 10. Nelo del V. P. F. Salva por la gloria
 de Dios y salvacion de las almas. 45

QUINTO LIBRO

Cap. 11. Su tierno amor á Maria Santissima y como
 lo hizo por entender su culto y devocion. 50

Cap. 12. Su devocion al Santissimo Sacramento. 56

Cap. 13. Respeto y veneracion que le tenian las
 gentes. 61

Cap. 14. Su enfermedad y dichosa muerte. 67

dominante y fuerte

tristeza







